

Octavio Paz

El Fuego De Cada Día

Comentario [LT1]:

Selección, prólogo y notas del autor

Hace veinte años publiqué un volumen de poemas, La Centena, escogidos entre los escritos de 1935 a 1968; ahora, en 1989, aparece El fuego de cada día. Esta nueva selección, como es natural, es un poco distinta de la primera. El cambio mayor consiste en la inclusión de más de medio centenar de poemas, elegidos entre los que he escrito después de La Centena, y en la exclusión de los poemas en prosa, destinados a un libro que recogerá mis tentativas en ese género anfibio. Sin embargo, algo permanece a través de los vaivenes del gusto y las variaciones de las formas. La poesía cambia con el tiempo pero sólo, como el tiempo mismo, para volver al punto departida.

O. P.

LIBERTAD BAJO PALABRA

I

BAJO TU CLARA SOMBRA

Primer día

SONETOS

I

INMÓVIL en la luz, pero danzante, tu movimiento a la quietud que cría en la cima del vértigo se alía deteniendo, no al vuelo, sí al instante.

Luz que no se derrama, ya diamante, fija en la rotación del mediodía, sol que no se consume ni se enfría de cenizas y llama equidistante.

Tu salto es un segundo congelado que ni apresura el tiempo ni lo mata: preso en su movimiento ensimismado tu cuerpo de sí mismo se desata y cae y se dispersa tu blancura y vuelves a ser agua y tierra oscura.

II

El mar, el mar y tú, plural espejo, el mar de torso perezoso y lento nadando por el mar, del mar sediento: el mar que muere y nace en un reflejo.

El mar y tú, su mar, el mar espejo: roca que escala el mar con paso lento, pilar de sal que abate el mar sediento, sed y vaivén y apenas un reflejo. De la suma de instantes en que creces, del círculo de imágenes del año,

retengo un mes de espumas y de peces, y bajo cielos líquidos de estaño tu cuerpo que en la luz abre bahías

al oscuro oleaje de los días.

III

Del verdecido júbilo del cielo luces recobras que la luna pierde porque la luz de sí misma
recuerde
relámpagos y otoños en tu pelo.
El viento bebe viento en su revuelo,
mueve las hojas y su lluvia verde
moja tus hombros, tus espaldas muerde y te desnuda y quema y vuelve yelo. Dos barcos de
velamen desplegado tus dos pechos. Tu espalda es un torrente.
Tu vientre es un jardín petrificado.
Es otoño en tu nuca: sol y bruma. Bajo del verde cielo adolescente, tu cuerpo da su
enamorada suma.

Asueto**[DÍA****¿DE QUÉ cielo caído,**

oh insólito, inmóvil solitario en la ola del tiempo? Eres la duración,
el tiempo que madura
en un instante enorme, diáfano:
flecha en el aire, blanco embelesado
y espacio sin memoria ya de flecha.
Día hecho de tiempo y de vacío:
me deshabras, borras
mi nombre y lo que soy, llenándome de ti: luz, nada. Y floto, ya sin mí, pura existencia.

JARDÍN

A Juan Gil Albert

NUBES a la deriva, continentes ambulantes, países sin substancia ni peso, geografías
dibujadas por el sol y borradas por el viento.
Cuatro muros de adobe. Buganvillas: en sus llamas pacíficas mis ojos se bañan. Pasa el
viento entre alabanzas de follajes y yerbas de rodillas.
El heliotropo con morados pasos cruza envuelto en su aroma. Hay un profeta: el fresno -y
un meditabundo: el pino. El jardín es pequeño, el cielo inmenso. Verdor sobreviviente en
mis escombros: en mis ojos te miras y te tocas, te conoces en mí y en mí te piensas, en mí
duras y en mí te desvaneces.

MEDIODÍA

UN QUIETO resplandor me inunda y ciega, un deslumbrado círculo vacío, porque a la misma
luz su luz la niega. Cierro los ojos y a mi sombra floresta inasible gloria, este minuto, y a su
voraz eternidad me alío. Dentro de mí palpita, flor y fruto, la aprisionada luz, ruina
quemante, vivo carbón, pues lo encendido enluto. Ya entraña temblorosa su diamante, en
mí se funde el día calcinado, brasa interior, coral agonizante. En mi párpado late,
traspasado, el resplandor del mundo y sus espinas me ciegan, paraíso clausurado.
Sombras del mundo, cálidas ruinas, sueñan bajo mi piel y su latido anega, sordo, mis
desiertas minas. Lento y tenaz, el día sumergido es una sombra trémula y caliente, un negro
mar que avanza sin sonido, ojo que gira ciego y que presiente formas que ya no ve y a las
que llego por mi tacto, disuelto en mi corriente. Cuerpo adentro la sangre nos anega y ya
no hay cuerpo más, sino un deshielo, una onda, vibración que se disgrega. Medianoche del
cuerpo, toda cielo, bosque de pulsaciones y espesura, nocturno mediodía del subsuelo, ¿este
caer en una entraña oscura es de la misma luz del mediodía que erige lo que toca en
escultura? -El cuerpo es infinito y melodía.

ARCOS

A Silvina Ocampo

¿QUIÉN canta en las orillas del papel? Inclinado, de pechos sobre el río de imágenes, me veo, lento y solo, de mí mismo alejarme: letras puras, constelación de signos, incisiones en la carne del tiempo, ¡oh escritura, raya en el agua! Voy entre verdos enlazados, voy entre transparencias, río que se desliza y no transcurre; me alejo de mí mismo, me detengo sin detenerme en una orilla y sigo, río abajo, entre arcos de enlazadas imágenes, el río pensativo. Sigo, me espero allá, voy a mi encuentro, río feliz que enlaza y desenlaza un momento de sol entre dos álamos, en la pulida piedra se demora, y se desprende de sí mismo y sigue, río abajo, al encuentro de sí mismo.

NIÑA

A Laura Elena

NOMBRAS el árbol, niña.

Y el árbol crece, lento, alto deslumbramiento, hasta volvernos verde la mirada. Nombras el cielo, niña. Y las nubes pelean con el viento y el espacio se vuelve un transparente campo de batalla. Nombras el agua, niña.

Y el agua brota, no sé dónde, brilla en las hojas, habla entre las piedras y en húmedos vapores nos convierte.

No dices nada, niña. Y la ola amarilla, la marea de sol, en su cresta nos alza, en los cuatro horizontes nos dispersa y nos devuelve, intactos, en el centro del día, a ser nosotros.

PRIMAVERA A LA VISTA

PULIDA claridad de piedra diáfana, lisa frente de estatua sin memoria: cielo de invierno, espacio reflejado en otro más profundo y más vacío. El mar respira apenas, brilla apenas. Se ha parado la luz entre los árboles, ejército dormido. Los despierta el viento con banderas de follajes. Nace del mar, asalta la colina, oleaje sin cuerpo que revienta contra los eucaliptos amarillos y se derrama en ecos por el llano. El día abre los ojos y penetra en una primavera anticipada. Todo lo que mis manos tocan, vuela. Está lleno de pájaros el mundo. *Condición de nube*

NUEVO ROSTRO

LA NOCHE borra noches en tu rostro, derrama aceites en tus secos párpados, quema en tu frente el pensamiento y atrás del pensamiento la memoria. Entre las sombras que te anegan otro rostro amanece. Y siento que a mi lado no eres tú la que duerme, sino la niña aquella que fuiste y que esperaba sólo que durmieras para volver y conocerme.

DOS CUERPOS

Dos cuerpos frente a frente son a veces dos olas y la noche es océano. Dos cuerpos frente a frente son a veces dos piedras y la noche desierto. Dos cuerpos frente a frente son a veces raíces en la noche enlazadas. Dos cuerpos frente a frente son a veces navajas y la noche relámpago.

Dos cuerpos frente a frente son dos astros que caen en un cielo vacío.

VIDA ENTREVISTA

RELÁMPAGOS o pecesen la noche del mar y pájaros, relámpagos en la noche del bosque. Los huesos son relámpagos en la noche del cuerpo. Oh mundo, todo es noche y la vida es relámpago.

RETÓRICA

1 CANTAN los pájaros, cantan
sin saber lo que cantan:

todo su entendimiento es su garganta. 2 La forma que se ajusta al movimiento es prisión sino piel del pensamiento. 3 La claridad del cristal transparente no es claridad para mí suficiente: el agua clara es el agua corriente.

LA RAMA

CANTA en la punta del pino un pájaro detenido, trémulo, sobre su trino. Se yergue, flecha, en la rama, se desvanece entre alas y en música se derrama. El pájaro es una astilla que canta y se quema viva en una nota amarilla. Alzo los ojos: no hay nada. Silencio sobre la rama, sobre la rama quebrada.

ESPIRAL

COMO el clavel sobre su vara, como el clavel, es el cohete: es un clavel que se dispara. Como el cohete el torbellino: sube hasta el cielo y se desgrana, canto de pájaro en un pino. Como el clavel y como el viento el caracol es un cohete: petrificado movimiento.

Y la espiral en cada cosa su vibración difunde en giros: el movimiento no reposa.

EPITAFIO PARA UN POETA

Quiso cantar, cantar

para olvidar su vida verdadera de mentiras y recordar su mentirosa vida de verdades.

II CALAMIDADES Y MILAGROS

Nada me desengaña el mundo me ha hechizado.

QUEVEDO

Puerta condenada

INSOMNIO

QUEDO distante de los sueños. Abandona mi frente su marea, avanzo entre las piedras calcinadas y vuelvo a dar al cuarto que me encierra: aguardan los zapatos, los lazos de familia, los dientes de sonreír y la impuesta esperanza: mañana cantarán las sirenas. (Y en mi sangre otro canto se eleva: *Yo no digomi canción sino a quien conmigo va...*) Sórdido fabricante de fantasmas, de pequeños dioses oscuros, polvo, mentira en la mañana. Desterrado de la cólera y de la alegría, sentado en una silla, en una roca, frente al ciego oleaje: tedio, nada. Atado a mi vivir y desasido de la vida.

LAS PALABRAS

DALES la vuelta,

cógelas del rabo (chillen, putas),

azótalas, dales azúcar en la boca a las rejegas, ínflalas, globos, pínchalas, sórbeles sangre y tuétanos,

sécalas, cápalas, písalas, gallo galante,

tuérceles el gazonate, cocinero,

desplúmalas, destrípalas, toro, buey, arrástralas, hazlas, poeta, haz que se traguen todas sus palabras.

MAR POR LA TARDE

A Juan José Arreóla

ALTOS muros del agua, torres altas, aguas de pronto negras contra nada, impenetrables, verdes, grises aguas, aguas de pronto blancas, deslumbradas.

Aguas como el principio de las aguas, como el principio mismo antes del agua, las aguas inundadas por el agua, aniquilando lo que finge el agua.

El resonante tigre de las aguas, las uñas resonantes de cien tigres, las cien manos del agua, los cien tigres con una sola mano contra nada.

Desnudo mar, sediento mar de mares, hondo de estrellas si de espumas alto, prófugo blanco de prisión marinaque en estelares límites revienta, ¿qué memorias, deseos prisioneros, encienden en tu piel sus verdes llamas? En ti te precipitas, te levantas contra ti y de ti mismo nunca escapas.

Tiempo que se congela o se despeña, tiempo que es mar y mar que es lunar témpano, madre furiosa, inmensa res hendida y tiempo que se come las entrañas.

LA CAÍDA

A la memoria de Jorge Cuesta

I ABRE simas en todo lo creado, abre el tiempo la entraña de lo vivo, y en la hondura del pulso fugitivo se precipita el hombre desangrado.

¡Vértigo del minuto consumado! En el abismo de mi ser nativo, en mi nada primera, me desvivo: yo mismo frente a mí, ya devorado.

Pierde el alma su sal, su levadura, en concéntricos ecos sumergida, en sus cenizas anegada, oscura.

Mana el tiempo su ejército impasible, nada sostiene ya, ni mi caída, transcurre solo, quieto, inextinguible.

II Prófugo de mi ser, que me despuebla la antigua certidumbre de mí mismo, busco mi sal, mi nombre, mi bautismo, las aguas que lavaron mi tiniebla. Me dejan tacto y ojos sólo niebla, niebla de mí, mentira y espejismo: ¿qué soy, sino la sima en que me abismo, y qué, sino el no ser, lo que me puebla? El espejo que soy me deshabet: un caer en mí mismo inacabable al horror de no ser me precipita. Y nada queda sino el goce impío de la razón cayendo en la inefable y helada intimidad de su vacío.

CREPÚSCULOS DE LA CIUDAD

A Rafael Vega Albela, que aquí padeció

I DEVORA el sol final restos ya inciertos; el cielo roto, hendido, es una fosa; la luz se atarda en la pared ruinosa; polvo y salitre soplan sus desiertos.

Se yerguen más los fresnos, más despiertos, y anohecen la plaza silenciosa, tan a ciegas palpada y tan esposada como herida de bordes siempre abiertos. Calles en que la nada desemboca, calles sin fin andadas, desvaríos sin fin del pensamiento desvelado.

Todo lo que me nombra o que me evocayace, ciudad, en ti, signo vacío en tu pecho de piedra sepultado.

II Mudo, tal un peñasco silencioso desprendido del cielo, cae, espeso, el cielo desprendido de su peso, hundiéndose en sí mismo, piedra y pozo; arde el anochece en su destrozo, cruzo entre la ceniza y el bostezo calles en donde, anónimo y obseso, me fluye el deseo, río sinuoso; lepra de livideces en la piedrallaga indecisa vuelve cada muro; frente a ataúdes donde en rasos medra la doméstica muerte cotidiana, surgen, petrificadas en lo oscuro, putas: pilares de la noche vana.

III A la orilla, de mí ya desprendido, toco la destrucción que en mí se atreve, palpo ceniza y nada, lo que llueve el cielo en su caer obscurecido.

Anegado en mi sombra-espejo midola deserción del soplo que me mueve: huyen, fantasma ejército de nieve, tacto y color, perfume y sed, ruido. El cielo se desangra en el cobalto de un duro mar de espumas minerales; yazgo a mis pies, me miro en el acero de la piedra gastada y del asfalto: pisan opacos muertos maquinales, no mi sombra, mi cuerpo verdadero.

IV (CIELO)

Frío metal, cuchillo indiferente, páramo solitario y sin lucero, llanura sin fronteras, toda acero, cielo sin llanto, pozo, ciega fuente.

Infranqueable, inmóvil, persistente, muro total, sin puertas ni asidero, entre la sed que da tu reverbero y el otro cielo prometido, ausente.

Sabe la lengua a vidrio entumecido, a silencio erizado por el viento, a corazón insomne, remordido.

Nada te mueve, cielo, ni te habita. Quema el alma raíz y nacimiento y en sí misma se ahonda y precipita.

V Las horas, su intangible pesadumbre, su peso que no pesa, su vacío, abigarrado horror, la sed que expió frente al espejo y su glacial vislumbre, mi ser, que multiplica en muchedumbre y luego niega en un reflejo impío, todo, se arrastra, inexorable río, hacia la nada, sola certidumbre. Hacia mí mismo voy; hacia las mudas, solitarias fronteras sin salida: duras aguas, opacas y desnudas, horadan lentamente mi conciencia y van abriendo en mí secreta herida, que mana sólo, estéril, impaciencia.

PEQUEÑO MONUMENTO

A Ali Chumacero

Fluye el tiempo inmortal y en su latido sólo palpita estéril insistencia, sorda avidez de nada, indiferencia, pulso de arena, azogue sin sentido.

Resuelto al fin en fechas lo vividoveo, ya edad, el sueño y la inocencia, puñado de aridez en mi conciencia, sílabas que disperso sin ruido. Vuelvo el rostro: no soy sino la estela de mí mismo, la ausencia que desierto, el eco del silencio de mi grito. Mirada que al mirarse se congela, haz de reflejos, simulacro incierto: al penetrar en mí me deshago.

SEVEN P. M.

EN FILAS ordenadas regresamos y cada noche, cada noche, mientras hacemos el camino, el breve infierno de la espera y el espectro que vierte en el oído: «¿No tienes sangre ya? ¿Por qué te mientes? Mira los pájaros... El mundo tiene playas todavía y un barco allá te espera, siempre.» Y las piernas caminan y una roja marea inunda playas de ceniza. «Es hermosa la sangre cuando salta de ciertos cuellos blancos. Báñate en esa sangre: el crimen hace dioses.» Y el hombre aprieta el paso y ve la hora: aún es tiempo de alcanzar el tranvía. «Allá, del otro lado, yacen las islas prometidas. Danzan los árboles de música vestidos, se mecen las naranjas en las ramas y las granadas abren sus entrañas y se desgranán en la yerba, rojas estrellas en un cielo verde, para la aurora de amarilla cresta...» Y los labios sonríen y saludan a otros condenados solitarios: ¿Leyó usted los periódicos? «¿No dijo que era el Pan y que era el Vino? ¿No dijo que era el Agua? Cuerpos dorados como el pan dorado y el vino de labios morados y el agua, desnudez...» Y el hombre aprieta el paso

y al tiempo justo de llegar a tiempo
doblan la esquina, puntuales, Dios y el tranvía.

LA CALLE

Es UNA calle larga y silenciosa.

Ando en tinieblas y tropiezo y caigo y me levanto y piso con pies ciegos las piedras mudas y las hojas secas y alguien detrás de mí también la pisa: si me detengo, se detiene; si corro, corre. Vuelvo el rostro: nadie. Todo está oscuro y sin salida, y doy vueltas y vueltas en esquinas que dan siempre a la calle

donde nadie me espera ni me sigue, donde yo sigo a un hombre que tropieza y se levanta y dice al verme: nadie.

CUARTO DE HOTEL

I A LA LUX cenicienta del recuerdo que quiere redimir lo ya vivido arde el ayer fantasma.
¿Yo soy ese que baila al pie del árbol y delira con nubes que son cuerpos que son olas,

con cuerpos que son nubes que son playas? ¿Soy el que toca el agua y canta el agua, la nube y vuela, el árbol y echa hojas, un cuerpo y se despierta y le contesta? Arde el tiempo fantasma: arde el ayer, el hoy se quema y el mañana. Todo lo que soñé dura un minuto y es un minuto todo lo vivido. Pero no importan siglos o minutos: también el tiempo de la estrella es tiempo, gota de sangre o fuego: parpadeo. II Roza mi frente con sus manos frías el río del pasado y sus memorias huyen bajo mis párpados de piedra. No se detiene nunca su carreray yo, desde mí mismo, lo despido. ¿Huye de mí el pasado? ¿Huyo con él y aquel que lo despide es una sombra que me finge, hueca? Quizá no es él quien huye: yo me alejo y él no me sigue, ajeno, consumado. Aquel que fui se queda en la ribera. No me recuerda nunca ni me busca, no me contempla ni despide: contempla, busca a otro fugitivo. Pero tampoco el otro lo recuerda. III No hay antes ni después. ¿Lo que viví lo estoy viviendo todavía? ¿Lo que viví! ¿Fui acaso? Todo fluye: lo que viví lo estoy muriendo todavía. No tiene fin el tiempo: finge labios, minutos, muerte, cielos, finge infiernos, puertas que dan a nada y nadie cruza. No hay fin, ni paraíso, ni domingo. No nos espera Dios al fin de la semana. Duerme, no lo despiertan nuestros gritos. Sólo el silencio lo despierta. Cuando se calle todo y ya no canten la sangre, los relojes, las estrellas, Dios abrirá los ojos y al reino de su nada volveremos.

ELEGÍA INTERRUMPIDA HOY recuerdo a los muertos de mi casa. Al primer muerto nunca lo olvidamos, aunque muera de rayo, tan aprisa que no alcance la cama ni los óleos. Oigo el bastón que duda en un peldaño, el cuerpo que se afianza en un suspiro, la puerta que se abre, el muerto que entra. De una puerta a morir hay poco espacio y apenas queda tiempo de sentarse, alzar la cara, ver la hora y enterarse: las ocho y cuarto.

Hoy recuerdo a los muertos de mi casa. La que murió noche tras noche y era una larga despedida, un tren que nunca parte, su agonía.

Codicia de la boca al hilo de un suspiro suspendida,
ojos que no se cierran y hacen señas

y vagan de la lámpara a mis ojos, fija mirada que se abraza a otra, ajena, que se asfixia en el abrazo y al fin se escapa y ve desde la orilla cómo se hunde y pierde cuerpo el alma y no encuentra unos ojos a que asirse... ¿Y me invitó a morir esa mirada? Quizá morimos sólo porque nadie quiere morir con nosotros, nadie quiere mirarnos a los ojos.

Hoy recuerdo a los muertos de mi casa. Al que se fue por unas horas
y nadie sabe en qué silencio entró.

De sobremesa, cada noche,

la pausa sin color que da al vacío

o la frase sin fin que cuelga a medias

del hilo de la araña del silencio

abren un corredor para el que vuelve: suenan sus pasos, sube, se detiene... Y alguien entre nosotros se levanta y cierra bien la puerta.

Pero él, allá del otro lado, insiste.

Acecha en cada hueco, en los repliegues, vaga entre los bostezos, las afueras. Aunque cerremos puertas, él insiste. Hoy recuerdo a los muertos de mi casa. Rostros perdidos en mi frente, rostros sin ojos, ojos fijos, vaciados, ¿busco en ellos acaso mi secreto, el dios de sangre que mi sangre mueve, el dios de hielo, el dios que me devora? Su silencio es espejo de mi vida, en mi vida su muerte se prolonga: soy el error final de sus errores.

Hoy recuerdo a los muertos de mi casa. El pensamiento disipado, el acto disipado, los nombres esparcidos (lagunas, zonas nulas, hoyos

que escarba terca la memoria),

la dispersión de los encuentros, el yo, su guiño abstracto, compartidos siempre por otro (el mismo) yo, las iras, el deseo y sus máscaras, la vibra enterrada, las lentas erosiones, la

espera, el miedo, el actoy su reverso: en mí se obstinan,piden comer el pan, la fruta, el cuerpo,beber el agua que les fue negada.

Pero no hay agua ya, todo está seco,

no sabe el pan, la fruta amarga,amor domesticado, masticado,en jaulas de barrotes invisibles

mono onanista y perra amaestrada,lo que devoras te devora,tu víctima también es tu verdugo.

Montón de días muertos, arrugados

periódicos, y noches descorchadas y en el amanecer de párpados hinchados el gesto con que deshacemos el nudo corredizo, la corbata, y ya apagan las luces en la calle -saluda al sol, araña, no seas rencorosa- y más muertos que vivos entramos en la cama. Es un desierto circular el mundo, el cielo está cerrado y el infierno vacío.

LA VIDA SENCILLA

LLAMAR al pan el pan y que aparezcasobre el mantel el pan de cada día;darle al sudor lo suyo y darle al sueño y al breve paraíso y al infierno y al cuerpo y al minuto lo que piden;reír como el mar ríe, el viento ríe,sin que la risa suene a vidrios rotos;beber y en la embriaguez asir la vida;bailar el baile sin perder el paso;tocar la mano de un desconocido en un día de piedra y agoníay que esa mano tenga la firmezaque no tuvo la mano del amigo;probar la soledad sin que el vinagre haga torcer mi boca, ni repitamis muecas el espejo, ni el silencioso erice con los dientes que rechinan:estas cuatro paredes -papel, yeso,alfombra rala y foco amarillento-no son aún el prometido infierno;que no me duela más aquel deseo,helado por el miedo, llaga fría,quemadura de labios no besados:el agua clara nunca se detieney hay frutas que se caen de maduras;saber partir el pan y repartirlo,el pan de una verdad común a todos,verdad de pan que a todos nos sustenta,por cuya levadura soy un hombre,un semejante entre mis semejantes;pelear por la vida de los vivos, dar la vida a los vivos, a la vida,y enterrar a los muertos y olvidarloscomo la tierra los olvida: en frutos... Y que a la hora de mi muerte logremorir como los hombres y me alcanceel perdón y la vida perdurabledel polvo, de los frutos y del polvo.

ENVÍO

Tal sobre el muro rotas uñas graban

un nombre, una esperanza, una blasfemia, sobre el papel, sobre la arena, escribo estas palabras mal encadenadas. Entre sus secas sílabas acaso un día te detengas: pisa el polvo, esparce la ceniza, sé ligera

como la luz ligera y sin memoria

que brilla en cada hoja, en cada piedra, dora la tumba y dora la colina y nada la detiene ni apresura.

Calamidades y milagros

ENTRE LA PIEDRA Y LA FLOR

A Teodoro Cesarman

AMANECEMOS piedras.

Nada sino la luz. No hay nadasino la luz contra la luz.

La tierra: palma de una mano de piedra. El agua calladaen su tumba calcárea.El agua encarcelada,húmeda lengua humildeque no dice nada.

Alza la tierra un vaho.

Vuelan pájaros pardos, barro alado.

El horizonte: unas cuantas nubes arrasadas. Planicie enorme, sin arrugas. El henequén, índice verde, divide los espacios terrestres. Cielo ya sin orillas. II ¿Qué tierra es ésta? ¿Qué violencias germinan bajo su pétrea cascara, qué obstinación de fuego ya frío, años y años como saliva que se acumula y se endurece y se aguza en púas? Una región que existe antes que el sol y el agua alzarán sus banderas enemigas, una región de piedra creada antes del doble nacimiento de la vida y la muerte. En la llanura la planta se implanta en vastas plantaciones militares. Ejército inmóvil frente al sol giratorio y las nubes nómadas. El henequén, verde y ensimismado, brota en pencas anchas y triangulares: es un surtidor de alfanjes vegetales. El henequén es una planta armada. Por sus fibras sube una sed de arena. Viene de los reinos de abajo, empuja hacia arriba y en pleno salto su chorro se detiene, convertido en un hostil penacho, verdor que acaba en puntas. Forma visible de la sed invisible. El agave es verdaderamente *admirable*: su violencia es quietud, simetría su quietud. Su sed fabrica el licor que lo sacia: es un alambique que se destila a sí mismo. Al cabo de veinticinco años alza una flor, roja y única. Una vara sexual la levanta, llama petrificada. Entonces muere. III Entre la piedra y la flor, el hombre: el nacimiento que nos lleva a la muerte, la muerte que nos lleva al nacimiento. El hombre, sobre la piedra lluvia persistente y río entre llamas y flor que vence al huracán y pájaro semejante al breve relámpago: el hombre entre sus frutos y sus obras. El henequén, verde lección de geometría sobre la tierra blanca y ocre. Agricultura, comercio, industria, lenguaje. Es una planta vivaz y es una fibra, es una acción en la Bolsa y es un signo. Es tiempo humano, tiempo que se acumula, tiempo que se dilapida. La sed y la planta, la planta y el hombre, el hombre, sus trabajos y sus días. Desde hace siglos de siglos tú das vueltas y vueltas con un trote obstinado de animal humano: tus días son largos como años y de año en año tus días marcan el paso; no el reloj del banquero ni el del líder: el sol es tu patrón, de sol a sol es tu jornada y tu jornal es el sudor, rocío de cada día que en tu calvario cotidiano se vuelve una corona transparente -aunque tu cara no esté impresa en ningún lienzo de Verónica ni sea la de la foto del mandamás en turno que multiplican los carteles: tu cara es el sol gastado del centavo, universal rostro borroso; tú hablas una lengua que no hablan los que hablan de ti desde sus pulpitos y juran por tu nombre en vano, los tutores de tu futuro, los albaceas de tus huesos: tu habla es árbol de raíces de agua, subterráneo sistema fluvial del espíritu, y tus palabras van -descalzas, de puntillas- de un silencio a otro silencio; tú eres frugal y resignado y vives, como si fueras pájaro, de un puño de pinole en un jarro de atole; tú caminas y tus pasos son la llovizna en el polvo; tú eres aseado como un venado; tú andas vestido de algodón y tu calzón y tu camisa remendados son más blancos que las nubes blancas; tú te emborrachas con licores lunares y subes hasta el grito como el cohete y como él, quemado, te desplomas; tú recorres hincado las estaciones y vas del atrio hasta el altar y del altar al atrio con las rodillas ensangrentadas y el cirio que llevas en la mano gotea gotas de cera que te queman; tú eres cortés y ceremonioso y comedido y un poco hipócrita como todos los devotos y eres capaz de triturar con una piedra el cráneo del cismático y el del adúltero; tú tiendes a tu mujer en la hamaca y la cubres con una manta de latidos; tú, a las doce, por un instante, suspendes el quehacer y la plática,

para oír, repetida maravilla, dar la hora al pájaro, reloj de alas; tú eres justo y tierno y solícito con tus pollos, tus cerdos y tus hijos; como la mazorca de maíz
 tu dios está hecho de muchos santos y hay muchos siglos en tus años; un guajolote era tu único orgullo
 y lo sacrificaste un día de copal y ensalmos; tú llueves la lluvia de flores amarillas, gotas de sol, sobre el hoyo de tus muertos-mas no es el ritmo oscuro, el renacer de cada día y el remorir de cada noche, lo que te mueve por la tierra:

IV

El dinero y su rueda, el dinero y sus números huecos, el dinero y su rebaño de espectros. El dinero es una fastuosa geografía: montañas de oro y cobre, ríos de plata y níquel, árboles de jade y la hojarasca del papel moneda. Sus jardines son asépticos, su primavera perpetua está congelada, son flores son piedras preciosas sin olor, sus pájaros vuelan en ascensor, sus estaciones giran al compás del reloj. El planeta se vuelve dinero, el dinero se vuelve número, el número se come al tiempo, el tiempo se come al hombre, el dinero se come al tiempo. La muerte es un sueño que no sueña el dinero. El dinero no dice *tú eres*: el dinero dice *cuánto*. Más malo que no tener dinero es tener mucho dinero. Saber contar no es saber cantar. Alegría y pena ni se compran ni se venden.

La pirámide niega al dinero, el ídolo niega al dinero, el brujo niega al dinero, la Virgen, el Niño y el Santito niegan al dinero. El analfabetismo es una sabiduría ignorada por el dinero. El dinero abre las puertas de la casa del rey, cierra las puertas del perdón. El dinero es el gran prestidigitador. Evapora todo lo que toca:

tu sangre y tu sudor, tu lágrima y tu idea. El dinero te vuelve ninguno. Entre todos construimos el palacio del dinero: el gran cero. No el trabajo: el dinero es el castigo. El trabajo nos da de comer y dormir:

el dinero es la araña y el hombre la mosca! El trabajo hace las cosas: el dinero chupa la sangre de las cosas. El trabajo es el techo, la mesa, la cama: el dinero no tiene cuerpo ni cara ni alma. El dinero seca la sangre del mundo, sorbe el seso del hombre. Escalera de horas y meses y años: allá arriba encontramos a nadie. Monumento que tu muerte levanta a la muerte.

Mérida, 1937/México, 1976.

VIRGEN

I ELLA cierra los ojos y en su adentro está desnuda y niña al pie del árbol. Reposan a su sombra el tigre, el toro. Tres corderos de bruma le da al tigre, tres palomas al toro, sangre y plumas. *Ni plegarias de humo quiere el tigre ni palomas el toro: a ti te quieren.* Y vuelan las palomas, vuela el toro, y ella también, desnuda vía láctea, vuela en un cielo visceral, oscuro. Un maligno puñal ojos de gatoy amarillentas alas de petatela sigue entre los aires. Y ella luchay vence a la serpiente, vence al águila, y sobre el cuerno de la luna asciende... II Por los espacios gira la doncella. Nubes errantes, torbellinos, aire. El cielo es una boca que bosteza, boca de tiburón en donde ríen, afilados relámpagos, los astros. Vestida de azucena ella se acercay le arranca los dientes al dormido.

Al aire sin edades los arroja: islas que parpadean cayeron las estrellas, cayó al mantel la sal desparramada, lluvia de plumas fue la garza herida, se quebró la guitarra y el espejo también, como la luna, cayó en trizas. Y la estatua cayó. Viriles miembros se retorcieron en el polvo, vivos.

III Rocas y mar. El sol envejecido quema las piedras que la mar amarga. Cielo de piedra, mar de piedra. Nadie.

Arrodillada cava las arenas,cava la piedra con las uñas rotas. *¿A qué desenterrar del polvo estatuas?*

La boca de los muertos está muerta.

Sobre la alfombra junta las figuras

de su rompecabezas infinito.Y siempre falta una, sólo una, y nadie sabe dónde está,

secreta.En la sala platican las visitas.El viento gime en el jardín en sombras. *Está*

enterrada al pie del árbol. ¿Quién?

La llave, ¡palabra, la sortija...

Pero es muy tarde ya, todos se han ido,su madre sola al pie de la escalera es una llama que se desvanece

y crece la marea de lo oscuro y borra los peldaños uno a uno y se aleja el jardín y ella se

aleja

en la noche embarcada...

IV

Al pie del árbol otra vez. No hay nada:latas, botellas rotas, un cuchillo,los restos de un domingo ya oxidado.Muge el toro sansón, herido y solo por los sinfines de la noche en ruinas y por los prados amarillos rondan

el león calvo, el tigre despintado. Ella se aleja del jardín desierto y por calles lluviosas

llega a casa.Llama, mas nadie le contesta; avanzay no hay nadie detrás de cada puertay va

de nadie a puerta hasta que llega a la última puerta, la tapiada, la que el padre cerraba cada

noche.Busca la llave pero se ha perdido, la golpea, la araña, la golpea, durante siglos la

golpeay la puerta es más alta a cada sigloy más cerrada y puerta a cada golpe.Ella ya no la

alcanza y sólo aguarda sentada en su sillita que alguien abra: *Señor, abre las puertas de tu*

nube,abre tus cicatrices mal cerradas,llueve sobre mis senos arrugados,llueve sobre los

huesos y las piedras,que tu semilla rompa ja corteza,la costra de mi sangre

endurecida.Devuélveme a la noche del Principio,de tu costado desprendida sea planeta

opaco que tu luz enciende.

III SEMILLAS PARA UN HIMNOEl girasol

TUS OJOS

Tus ojos son la patria del relámpago y de la lágrima,

silencio que habla, tempestades sin viento, mar sin olas,pájaros presos, doradas fieras

dormecidas,topacios impíos como la verdad, otoño en un claro del bosque en donde la luz

canta en el hombro de un árbol y son pájaros todas las hojas,playa que la mañana encuentra

constelada de ojos, cesta de frutos de fuego,mentira que alimenta,

espejos de este mundo, puertas del más allá,pulsación tranquila del mar a

mediodía,absoluto que parpadea,páramo.

ESCRITO CON TINTA VERDE

LA TINTA verde crea jardines, selvas, prados,follajes donde cantan las letras,palabras que son árboles,frases que son verdes constelaciones.

Deja que mis palabras descendan y te cubrancomo una lluvia de hojas a un campo de

nieve,como la yedra a la estatua,como la tinta a esta página.

Brazos, cintura, cuello, senos,la frente pura como el mar, la nuca de bosque en otoño,los

dientes que muerden una brizna de yerba. uerpo se constela de signos verdes como el

cuerpo del árbol de renuevos. No te importe tanta pequeña cicatriz luminosa:mira al cielo y

su verde tatuaje de estrellas. *Semillas para un himno* EL DÍA abre la mano Tres nubes Y

estas pocas palabras. AL ALBA busca su nombre lo naciente Sobre los troncos soñolientos

centellea la luz Galopan las montañas a la orilla del mar El sol entra en las aguas con espuelas La piedra embiste y rompe claridades El mar se obstina y crece al pie del horizonte Tierra confusa inminencia de escultura El mundo alza la frente aún desnuda Piedra pulida y lisa para grabar un canto La luz despliega su abanico de nombres Hay un comienzo de himno como un árbol Hay el viento y nombres hermosos en el viento

FÁBULA

A Alvaro Mutis

EDADES de fuego y de aire Mocedades de agua Del verde al amarillo Del amarillo al rojo Del sueño a la vigilia Del deseo al acto Sólo había un paso que tú dabas sin esfuerzo Los insectos eran joyas animadas El calor reposaba al borde del estanque La lluvia era un sauce de pelo suelto En la palma de tu mano crecía un árbol Aquel árbol cantaba reía y profetizaba Sus vaticinios cubrían de alas el espacio Había milagros sencillos llamados pájaros Todo era de todos Todos eran todo Sólo había una palabra inmensa y sin revés Palabra como un soln día se rompió en fragmentos diminutos Son las palabras del lenguaje que hablamos Fragmentos que nunca se unirán Espejos rotos donde el mundo se mira destrozado

A LA ESPAÑOLA el día entra pisando fuerte

Un rumor de hojas y pájaros avanza Un presentimiento de mar o mujeres El día zumba en mi frente como una idea fija En la frente del mundo zumba tenaz el día La luz corre por todas partes Canta por las terrazas Hace bailar las casas Bajo las manos frescas de la yedra ligera El muro se despierta y levanta sus torres Y las piedras dejan caer sus vestiduras Y el agua se desnuda y salta de su lechom Más desnuda que el agua Y la luz se desnuda y se mira en el agua Más desnuda que un astro Y el pan se abre y el viento se derrama Y el día se derrama sobre el agua tendida Ver oír tocar oler gustar pensar Labios o tierra o viento entre veleros Sabor del día que se desliza como música Rumor de luz que lleva de la mano a una muchacha Y la deja desnuda en el centro del día Nadie sabe su nombre ni a qué vino Como un poco de agua se tiende a mi costado El sol se para un instante por mirarla La luz se pierde entre sus piernas La rodean mis miradas como agua Y ella se baña en ellas más desnuda que el agua Como la luz no tiene nombre propio Como la luz cambia de forma con el día.

MANANTIAL

HABLA deja caer una palabra

Buenos días he dormido todo el invierno y ahora despierto Habla Una piragua enfila hacia la luz Una palabra ligera avanza a toda vela El día tiene forma de río En sus riberas brillan las plumas de tus cantos Dulzura del agua en la hierba dormida Agua clara vocales para beber Vocales para adornar una frente unos tobillos Habla Toca la cima de una pausa dichosa Y luego abre las alas y habla sin parar Pasa un rostro olvidado Pasa tú misma con tu andar de viento en un campo de maíz La infancia con sus flechas y su ídolo y su higuera Rompe amarras y pasa con la torre y el jardín Pasan futuro y pasado Horas ya vividas y horas por matar Pasan relámpagos que llevan en el pico pedazos de

tiempo todavía vivos Bandadas de cometas que se pierden en mi frente; Y escriben tu nombre en la espalda desnuda del espejo! Habla
Moja los labios en la piedra que mana inagotable Hunde tus brazos blancos en el agua grávida de profecías
inminentes.

ESPACIOSO cielo de verano Lunas veloces de frente obstinada Astros desnudos como el oro y la plata Animales de luz corriendo en pleno cielo Nubes de toda condición Alto espacio Noche derramada Como el vino en la piedra sagrada Como un mar ya vencido que inclina sus banderas Como un sabor desmoronado
Hay jardines en donde el viento mismo se demora Por oírse correr entre las hojas Hablan con voz tan clara las acequias Que se ve al través de sus palabras Alza el jazmín su torre immaculada De pronto llega la palabra almendra Mis pensamientos se deslizan como agua Inmóvil yo los veo alejarse entre los chopos Frente a la noche idéntica otro que no conozco También los piensa y los mira perderse

PIEDRA NATIVA

A Roger Munier

LA LUZ devasta las alturas Manadas de imperios en derrota El ojo retrocede cercado de reflejos
Países vastos como el insomnio Pedregales de hueso
Otoño sin confines
Alza la sed sus invisibles surtidores
Un último pirú predica en el desierto
Cierra los ojos y oye cantar la luz: El mediodía anida en tu tímpano.
Cierra los ojos y ábrelos:
No hay nadie ni siquiera tú mismo
Lo que no es piedra es luz.

PRIMAVERA Y MUCHACHA

EN su tallo de calor se balancea La estación indecisa
Abajo Un gran deseo de viaje remueve Las entrañas heladas del lago Cacerías de reflejos allá arriba La ribera ofrece guantes de musgo a tu blancura La luz bebe luz en tu boca Tu cuerpo se abre como una mirada Como una flor al sol de una mirada Te abres Belleza sin apoyo Basta un parpadeo Todo se precipita en un ojo sin fondo Basta un parpadeo Todo reaparece en el mismo ojo
Brilla el mundo Tú resplandeces al filo del agua y de la luz Eres la hermosa máscara del día *Piedras sueltas*

LECCIÓN DE COSAS

aNIMACIÓN

SOBRE el estante,
entre un músico Tang y un jarro de Oaxaca, incandescente y vivaz, con chispeantes ojos de papel de plata, nos mira ir y venir la pequeña calavera de azúcar.

MASCARA DE TLÁLOC GRABADA EN CUARZO TRANSPARENTE

Aguas petrificadas.
El viejo Tláloc duerme, dentro, soñando temporales.

LO MISMO

Tocado por la luz el cuarzo ya es cascada. Sobre sus aguas flota, niño, el dios.

DIOS QUE SURGE DE UNA ORQUÍDEA DE BARRO

Entre los pétalos de arcillanace, sonriente, la flor humana.

DIOSA AZTECA

Los cuatro puntos cardinales
regresan a tu ombligo. En tu vientre golpea el día, armado.

CRUZ CON SOL Y LUNA PINTADOS

Entre los brazos de esta cruzanidaron dos pájaros: Adán, sol, y Eva, luna.

NIÑO Y TROMPO

Cada vez que lo lanza
cae, justo, en el centro del mundo.

OBJETOS

Viven a nuestro lado, los ignoramos, nos ignoran.
Alguna vez conversan con nosotros.

EN UXMAL

LA PIEDRA DE LOS DÍAS

EL SOL es tiempo; el tiempo, sol de piedra;
la piedra, sangre.

MEDIODÍA

La luz no parpadea, el tiempo se vacía de minutos, se ha detenido un pájaro en el aire.

MAS TARDE

Se despeña la luz, despiertan las columnas y, sin moverse, bailan.

PLENO SOL

La hora es transparente: vemos, si es invisible el pájaro, el color de su canto.

RELIEVES

La lluvia, pie danzante y largo pelo, el tobillo mordido por el rayo, desciende acompañada
de tambores: abre los ojos el maíz, y crece.

PIEDRAS SUELTAS

DAMA

Todas las noches baja al pozo
y a la mañana reaparece
con un nuevo reptil entre los brazos.

CAMPANAS EN LA NOCHE

Olas de sombramojan mi pensamiento-y no lo apagan.

ANTE LA PUERTA

Gentes, palabras, gentes. Dudé un instante: la luna arriba, sola.

VISION

Me vi al cerrar los ojos: espacio, espacio donde estoy y no estoy.

PAISAJE

Los insectos atareados, los caballos color de sol,
los burros color de nube, las nubes, rocas enormes que no pesan, los montes como cielos
desplomados, la manada de árboles bebiendo en el arroyo, todos están ahí, dichosos en su
estar, frente a nosotros que no estamos, comidos por la rabia, por el odio, por el amor
comidos, por la muerte.

ANALFABETO

Alcé la cara al cielo, inmensa piedra de gastadas letras:
nada me revelaron las estrellas.

IV

LA ESTACIÓN VIOLENTA

leil c'est le temps de la Raison ardente.

APOLLINAIRE

HIMNO ENTRE RUINAS

donde espumoso el mar siciliano...GONGORA

CORONADO de sí el día extiende sus plumas. ¡Alto grito amarillo, caliente surtidor en el centro de un cielo imparcial y benéfico! Las apariencias son hermosas en esta su verdad momentánea. El mar trepa la costa, se afianza entre las peñas, araña deslumbrante; la herida cárdena del monte resplandece; un puñado de cabras en un rebaño de piedras; el sol pone su huevo de oro y se derrama sobre el mar. Todo es dios. ¡Estatua rota, columnas comidas por la luz, ruinas vivas en un mundo de muertos en vida! *Cae la noche sobre Teotihuacán. En lo alio de la pirámide los muchachos fuman marihuana, suenan guitarras roncadas. ¿Qué yerba, qué agua de vida ha de damos la vida, dónde desenterrar la palabra, la proporción que rige al himno y al discurso, al baile, a la ciudad y a la balanza? El canto mexicano estalla en un carajo, estrella de colores que se apaga, piedra que nos cierra las puertas del contacto. Sabe la tierra a tierra envejecida.* Los ojos ven, las manos tocan. Bastan aquí unas cuantas cosas: tuna, espinoso planeta coral, higos encapuchados, uvas con gusto a resurrección, almejas, virginidades ariscas, sal, queso, vino, pan solar. Desde lo alto de su morenía una isleña me mira, esbelta catedral vestida de luz. Torres de sal, contra los pinos verdes de la orilla surgen las velas blancas de las barcas. La luz crea templos en el mar. *Nueva York, Londres, Moscú. La sombra cubre al llano con su yedra fantasma, con su vacilante vegetación de escalofrío, su vello ralo, su tropel de ratas. A trechos tiritita un sol anémico. Acodado en montes que ayer fueron ciudades, Polifemo bosteza. Abajo, entre los hoyos, se arrastra un rebaño de hombres. (Bípedos domésticos, su carne -a pesar de recientes interdicciones religiosas-es muy gustada por las clases ricas. Hasta hace poco el vulgo los consideraba animales impuros.)* Ver, tocar formas hermosas, diarias. Zumba la luz, dardos y alas. Huele a sangre la mancha de vino en el mantel. Como el coral sus ramas en el agua extendiendo mis sentidos en la hora viva: el instante se cumple en una concordancia amarilla, ¡oh mediodía, espiga henchida de minutos, copa de eternidad! *Mis pensamientos se bifurcan, serpean, se enredan, recomienzan, y al fin se inmovilizan, ríos que no desembocan, delta de sangre bajo un sol sin crepúsculo. ¿y todo ha de parar en este chapoteo de aguas muertas? ¡Día, redondo día, luminosa naranja de veinticuatro gajos, todos atravesados por una misma y amarilla dulzura!* La inteligencia al fin encarna, se reconcilian las dos mitades enemigas y la conciencia-espejo se licúa, vuelve a ser rúente, manantial de fábulas: Hombre, árbol de imágenes, palabras que son flores que son frutos que son actos. *Nápoles. 1948*

MÁSCARAS DEL ALBA**A José Bianco**

SOBRE el tablero de la plazase demoran las últimas estrellas. Torres de luz y alfiles afilados cercan las monarquías espectrales. ¡Vano ajedrez, ayer combate de ángeles!

Fulgor de agua estancada donde flotan pequeñas alegrías ya verdosas, la manzana podrida de un deseo,

un rostro recomido por la luna, el minuto arrugado de una espera, todo lo que la vida no consume,

los restos del festín de la impaciencia. Abre los ojos el agonizante. Esa brizna de luz que tras cortinas espía al que la expía entre estertoreses la mirada que no mira y mira, el ojo en que espejean las imágenes antes de despeñarse, el precipiciocristalino, la tumba de diamante: es el espejo que devora espejos.

Olivia, la ojizarca que pulsaba, las blancas manos entre cuerdas verdes, el arpa de cristal de la cascada, nada contra corriente hasta la orilladel despertar: la cama, el haz de ropas, las manchas hidrográficas del muro, ese cuerpo sin nombre que a su lado mastica profecías y rezongos y la abominación del cielo raso. Bosteza lo real sus naderías, se repite en horrores desventrados. El prisionero de sus pensamientos teje y desteje su tejido a ciegas, escarba sus heridas, deletrea las letras de su nombre, las dispersa, y ellas insisten en el mismo estrago: se engastan en su nombre desgastado. Va de sí mismo hacia sí mismo, vuelve, en el centro de sí se para y grita ¿quién va? y el surtidor de su pregunta abre su flor absorta, centellea, silba en el tallo, dobla la cabeza, y al fin, vertiginoso, se desplomaro como la espada contra el muro. La joven domadora de relámpagos y la que se desliza sobre el filo resplandeciente de la guillotina; el señor que desciende de la luna con un fragante ramo de epitafios; la frígida que lima en el insomnio el pedernal gastado de su sexo; el hombre puro en cuya sien anida el águila real, la cejijunta voracidad de un pensamiento fijo; el árbol de ocho brazos anudados que el rayo del amor derriba, incendia y carboniza en lechos transitorios; el enterrado en vida con su pena; la joven muerta que se prostituye y regresa a su tumba al primer gallo; la víctima que busca a su asesino; el que perdió su cuerpo, el que su sombra, el que huye de sí y el que se busca y se persigue y no se encuentra, todos, vivos muertos al borde del instante se detienen suspensos. Duda el tiempo, el día titubea. Soñolienta en su lecho de fango, abre los ojos Venecia y se recuerda: ¡pabellones y un alto vuelo que se petrifica! Oh esplendor anegado... Los caballos de bronce de San Marcos cruzan arquitecturas que vacilan, descienden verdinegros hasta el agua y se arrojan al mar, hacia Bizancio. Oscilan masas de estupor y piedra, mientras los pocos vivos de esta hora... Pero la luz avanza a grandes pasos, aplastando bostezos y agonías. ¡Júbilos, resplandores que desgarran! El alba lanza su primer cuchillo.

Venecia, 1948

FUENTE**EL MEDIODÍA alza en vilo al mundo.**

Y las piedras donde el viento borra lo que a ciegas escribe el tiempo, las torres que al caer la tarde inclinan la frente, la nave que hace siglos encalló en la roca, la iglesia de oro que tiembla al peso de una cruz de palo, las plazas donde si un ejército acampa se siente esamparado y sin defensa, el Fuerte que hincan la rodilla ante la luz que irrumpe por la loma,

los parques y el corro cuchicheante de los olmos y los álamos, las columnas y los arcos a la medida exacta de la gloria, la muralla que abierta al sol dormita, echada sobre sí misma, sobre su propia hosquedad desplomada, el rincón visitado sólo por los misántropos que rondan las afueras: el pino y el sauce, los mercados bajo el fuego graneado de los gritos, el muro a media calle, que nadie sabe quién edificó ni con qué fin, el desollado, el muro en

pedra viva, todo lo atado al suelo por amor de materia enamorada, rompe amarras y asciende radiante entre las manos intangibles de esta hora. El viejo mundo de las piedras se levanta y vuela. Es un pueblo de ballenas y delfines que retozan en pleno cielo, arrojándose grandes chorros de gloria, y los cuerpos de piedra, arrastrados por el lento huracán de calor, escurren luz y entre las nubes relucen, gozosos. La ciudad lanza sus cadenas al río y vacía de sí misma, de su carga de sangre, de su carga de tiempo, reposa hecha un ascua, hecha un sol en el centro del torbellino. El presente la mece. Todo es presencia, todos los siglos son este Presente. ¡Ojo feliz que ya no mira porque todo es presencia y su propia visión fuera de sí lo mira! ¡Hunde la mano, coge el fulgor, el pez solar, la llama entre lo azul, el canto que se mece en el fuego del día! Y la gran ola vuelve y me derriba, echa a volar la mesa y los papeles y en lo alto de su cresta me suspende, música detenida en su más, luz que no pestañea, ni cede, ni avanza. Todo es presente, espejo sin revés: no hay sombra, no hay lado opaco, todo es ojo, todo es presencia, estoy presente en todas partes y para ver mejor, para mejor arder, me apago y caigo en mí y salgo de mí y subo hasta el cohete y bajo hasta el hachazo porque la gran esfera, la gran bola de tiempo incandescente, el fruto que acumula todos los jugos de la historia, la presencia, el presente, estalla

como un espejo roto al mediodía, como un mediodía roto contra el mar y la sal. Toco la piedra y no contesta, cojo la llama y no me quema, ¿qué esconde esta presencia? No hay nada atrás, las raíces están quemadas, podridos los cimientos, basta un manotazo para echar abajo esta grandeza. ¿Y quién asume la grandeza si nadie asume el desamparo? Penetro en mi oquedad: yo no respondo, no me doy la cara, perdí el rostro después de haber perdido cuerpo y alma. Y mi vida desfila ante mis ojos sin que uno solo de mis actos lo reconozca mí: ¿y el delirio de hacer saltar la muerte con el apenas golpe de alas de una imagen y la larga noche pasada en esculpir el instantáneo cuerpo del relámpago y la noche de amor puente colgante entre esta vida y la otra? No duele la antigua herida, no arde la vieja quemadura, es una cicatriz casi borrada el sitio de la separación, el lugar del desarraigo, la boca por donde hablan en sueños la muerte y la vida es una cicatriz invisible. Yo no daría la vida por mi vida: es otra mi verdadera historia. La ciudad sigue en pie. Tiembla en la luz, hermosa. Se posa el sol en su diestra pacífica. Son más altos, más blancos, los chorros de las fuentes. Todo se pone en pie para caer mejor. Y el caído bajo el hacha de su propio delirio se levanta. Malherido, de su frente hendida brota un último pájaro. Es el doble de sí mismo, el joven que cada cien años vuelve a decir unas palabras, siempre las mismas, la columna transparente que un instante se oscurece y otro centellea, según avanza la veloz escritura del destino. En el centro de la plaza la rota cabeza del poeta es una fuente.

Aviñón, 1950.

REPASO NOCTURNO

TODA la noche batalló con la noche, ni vivo ni muerto, a tientas penetrando en su substancia, llenándose hasta el borde de sí mismo. Primero fue el extenderse en lo obscuro, hacerse inmenso en lo inmenso, reposar en el centro insondable del reposo. Fluía el tiempo, fluía su ser, fluían en una sola corriente indivisible. A zarpazos somnolientos el agua caía y se levantaba, se despeñaban alma y cuerpo, pensamiento y huesos: ¿pedía redención el tiempo, pedía el agua erguirse, pedía verse, vuelta transparente monumento de su caída? Río arriba, donde lo no formado empieza, al agua se desplomaba con los ojos cerrados. Volvía el tiempo a su origen, manándose. Allá, del otro lado, un fulgor hizo señas. Abrió los ojos, se encontró en la orilla: ni vivo ni muerto, al lado de su cuerpo abandonado. Empezó el asedio de los signos, la escritura de sangre de la estrella en el cielo, las ondas concéntricas que levanta una frase al caer y caer en la conciencia. Ardió su frente cubierta de inscripciones, santo y señas

súbitos abrieron laberintos y espesuras, cambiaron reflejos tácitos los cuatro puntos cardinales. Su pensamiento mismo, entre los obeliscos derribado, fue piedra negra tatuada por el rayo. Pero el sueño no vino. ¡Ciega batalla de alusiones, oscuro cuerpo a cuerpo con el tiempo sin cuerpo! Cayó de rostro en rostro, de año en año, hasta el primer vagido: humus de vida, tierra que se destierra, cuerpo que se desnace, vivo para la muerte, muerto para la vida. *(A esta hora hay mediadores en todas partes, hay puentes invisibles entre el dormir y el velar. Los dormidos muerden el racimo de su propia fatiga, el racimo solar de la resurrección cotidiana; los desvelados tallan el diamante que ha de vencer a la noche; aun los que están solos llevan en sí su pareja encarnizada, en cada espejo yace un doble, un adversario que nos refleja y nos abisma; el fuego precioso oculto bajo la capa de seda negra, el vampiro ladrón dobla la esquina y desaparece, ligero, robado por su propia ligereza; con el peso de su acto a cuestas se precipita en su dormir sin sueño el asesino, ya para siempre a solas, sin el otro; abandonados a la corriente todopoderosa, flor doble que brota de un tallo único, los enamorados cierran los ojos en ¡o alto del beso: la noche se abre para ellos y les devuelve lo perdido, el vino negro en la copa hecha de una sola gota de sol, la visión doble, ¡a mariposa fija por un instante en el centro del cielo, en el ala derecha un grano de luz y en ¡a izquierda uno de sombra. Reposa la ciudad en los hombros del obrero dormido, la semilla del canto se abre en la frente del poeta.)* El escorpión ermitaño en la sombra se aguza. ¡Noche en entredicho, instante que balbucea y no acaba de decir lo que quiere! ¿Saldrá mañana el sol, se anega el astro en su luz, se ahoga en su cólera fija? ¿Cómo decir buenos días a la vida? No preguntes más, no hay nada que decir, nada tampoco que callar. El pensamiento brilla, se apaga, vuelve, idéntico a sí mismo se devora y engendra, se repite, ni vivo ni muerto, en torno siempre al ojo frío que lo piensa. Volvió a su cuerpo, se metió en sí mismo. Y el sol tocó la frente del insomne, brusca victoria de un espejo que no refleja ya ninguna imagen. *París, 1950*

MUTRA

COMO una madre demasiado amorosa, una madre terrible que ahoga, como una leona taciturna y solar, como una sola ola del tamaño del mar, ha llegado sin hacer ruido y en cada uno de nosotros se asienta como un rey y los días de vidrio se derriten y en cada pecho erige un trono de espinas y de brasas y su imperio es un hipo solemne, una aplastada respiración de dioses y animales de ojos dilatados y bocas llenas de insectos calientes pronunciando una misma sílaba día y noche, día y noche. ¡Verano, boca inmensa, vocal hecha de vaho y jadeo! Este día herido de muerte que se arrastra a lo largo del tiempo sin acabar de morir, y el día que lo sigue y ya escarba impaciente la indecisa tierra del alba, y los otros que esperan su hora en los vastos establos del año, este día y sus cuatro cachorros, la mañana de cola de cristal y el mediodía con su ojo único, el mediodía absorto en su luz, sentado en su esplendor, la tarde rica en pájaros y la noche con sus luceros armados de punta en blanco, este día y las presencias que alza o derriba el sol con un simple aletazo: la muchacha que aparece en la plaza y es un chorro de frescura pausada, el mendigo que se levanta como una flaca plegaria, montón de basura y cánticos gangosos, las buganvillas rojas negras a fuerza de encarnadas, moradas de tanto azul acumulado, las mujeres albañiles que llevan una piedra en la cabeza como si llevaran un sol apagado, la bella en su cueva de estalactitas y el son de sus ajorcas de escorpiones, el hombre cubierto de ceniza que adora al falo, al estiércol y al agua, los músicos que arrancan chispas a la madrugada y hacen bajar al suelo la tempestad airosa de la danza, el collar de centellas, las guirnaldas de electricidad balanceán dose en mitad de la noche, los niños desvelados que se espulgan a la luz de la luna. los padres y las madres con sus rebaños familiares y sus bestias adormecidas y sus dioses petrificados hace

mil años, las mariposas, los buitres, las serpientes, los monos, las vacas, los insectos parecidos al delirio, codo este largo día con su terrible cargamento de seres y de cosas, encalla lentamente en el tiempo parado.

Todos vamos cayendo con el día, todos entramos en el túnel, atravesamos corredores interminables cuyas paredes de aire sólido se cierran, nos internamos en nosotros y a cada paso el animal humano jadea y se desploma, retrocedemos, vamos hacia atrás, el animal pierde futuro a cada paso, y lo erguido y duro y óseo en nosotros al fin cede y cae pesadamente en la boca madre. Dentro de mí me apiño, en mí mismo me hacino y al apiñarme me derramo, soy lo extendido dilatándose, lo repleto vertiéndose y llenándose, no hay vértigo ni espejo ni náusea ante el espejo, no hay caída, sólo un estar, un derramado estar, llenos hasta los bordes, todos a la deriva: no como el arco que se encorva y sobre sí se dobla para que el dardo salte y dé en el centro justo, ni como el pecho que lo aguarda y a quien la espera dibuja ya la herida, no concentrados ni en arrobos, sino a tumbos, de peldaño en peldaño, agua vertida, volvemos al principio. Y la cabeza cae sobre el pecho y el cuerpo cae sobre el cuerpo sin encontrar su fin, su cuerpo último. No, asir la antigua imagen: ¡anclar el ser y en la roca plantarlo, zócalo del relámpago!

Hay piedras que no ceden, piedras hechas de tiempo, tiempo de piedra, siglos que son columnas,

asambleas que cantan himnos de piedra, surtidores de jade, jardines de obsidiana, torres de mármol, altabelleza armada contra el tiempo.

Un día rozó mi mano toda esa gloria erguida. Pero también las piedras pierden pie, también las piedras son imágenes, y caen y se disgregan y confunden y fluyen con el río que no cesa. También las piedras son el río.

¿Dónde está el hombre, el que da vida a las piedras de los muertos, el que hace hablar piedras y muertos?

Las fundaciones de la piedra y de la música,

la fábrica de espejos del discurso y el castillo de fuego del poema enlazan sus raíces en su pecho, descansan en su frente: él los sostiene a pulso.

Tras la coraza de cristal de roca busqué al hombre, palpé a tientas la brecha imperceptible: nacemos y es un rasguño apenas la desgarradura y nunca cica-triza y arde y es una estrella de luz propia, nunca se apaga la diminuta llaga, nunca se borra la señal de sangre, por esa puerta nos vamos a lo oscuro. También el hombre fluye, también el hombre cae y es una imagen que se desvanece. Pantanos del sopor, algas acumuladas, cataratas de abejas sobre los ojos mal cerrados, festín de arena, horas mascadas, imágenes mascadas, vida macada siglos hasta no ser sino una confusión estática que entre las aguas somnolientas sobrenada, agua de ojos, agua de bocas, agua nupcial y ensimismada, agua incestuosa, agua de dioses, cópula de dioses, agua de astros y reptiles, selvas de agua de cuerpos incendiados, beatitud de lo repleto sobre sí mismo derramándose, no somos, no quiero ser Dios, no quiero ser a tientas, no quiero regresar, soy hombre y el hombre es el hombre, el que saltó al vacío y nada lo sustenta desde entonces sino su propio vuelo, el desprendido de su madre, el desterrado, el sin raíces, ni cielo ni tierra, sino puente, arco tendido sobre la nada, en sí mismo anudado, hecho haz, y no obstante partido en dos desde el nacer, peleando contra su sombra, corriendo siempre tras de sí, disparado, exhalado, sin jamás alcanzarse, el condenado desde niño, destilador del tiempo, rey de sí mismo, hijo de sus obras. Se despeñan las últimas imágenes y el río negro anega la conciencia. La noche dobla la cintura, cede el alma, caen racimos de horas confundidas, cae el hombre como un astro, caen racimos de astros, como un fruto demasiado maduro cae el mundo y sus soles. Pero en mi frente velan armas la adolescencia y sus imágenes, solo tesoro no dilapidado: naves ardiendo en mares todavía sin nombre y cada ola golpeando la memoria con un tumulto de recuerdos

(el agua dulce en las cisternas de las islas, el agua dulce de las mujeres y sus voces sonando en la noche como muchos arroyos que se juntan, la diosa de ojos verdes y palabras humanas que plantó en nuestro pecho sus razones como una hermosa procesión de lanzas, la reflexión sosegada ante la esfera, henchida de sí misma como una espiga, mas inmortal, perfecta, suficiente, la contemplación de los números que se enlazan como notas o amantes, el universo como una lira y un arco y la geometría vencedora de dioses, ¡única morada digna del hombre!) y la ciudad de altas murallas que en la llanura centellea como una joya que agoniza y los torreones demolidos y el defensor por tierra y en las cámaras humeantes el tesoro real de las mujeres y el epitafio del héroe apostado en la garganta del desfiladero como una espada y el poema que asciende y cubre con sus dos alas el abrazo de la noche y el día y el árbol del discurso en la plaza plantado virilmente y la justicia al aire libre de un pueblo que pesa cada acto en la balanza de un alma sensible al peso de la luz, ¡actos, altas piras quemadas por la historia! Bajo sus restos negros dormita la verdad que levantó las obras: el hombre sólo es hombre entre los hombres. Y hundo la mano y cojo el grano incandescente y lo planto en mi ser: ha de crecer un día.

¿NO HAY SALIDA?

EN DUERMEVELA oigo correr entre bultos adormilados y ceñudos un incesante río. Es la catarata negra y blanca, las voces, las risas, los gemidos del mundo confuso, despeñándose. Y mi pensamiento que galopa y galopa y no avanza, también cae y se levanta y vuelve a despeñarse en las aguas estancadas del lenguaje. Hace un segundo habría sido fácil coger una palabra y repetirla una y otra vez, cualquiera de esas frases que decimos a solas en un cuarto sin espejos para probarnos que no es cierto, que aún estamos vivos, pero ahora con manos que no pesan la noche quieta la furiosa marea y una a una desertan las imágenes, una a una las palabras se cubren el rostro. Pasó ya el tiempo de esperar la llegada del tiempo, el tiempo de ayer, hoy y mañana, ayer es hoy, mañana es hoy, hoy todo es hoy, salió de pronto de sí mismo y me mira, no viene del pasado, no va a ninguna parte, hoy está aquí, no es la muerte -nadie se muere de la muerte, todos morimos de la vida-, no es la vida -fruto instantáneo, vertiginosa y lúcida embriaguez, el variósabor de la muerte da más vida a la vida-, hoy no es muerte ni vida, no tiene cuerpo, ni nombre, ni rostro, hoy está aquí, echado a mis pies, mirándome. Yo estoy de pie, quieto en el centro del círculo que hago al ir cayendo desde mis pensamientos, estoy de pie y no tengo adonde volver los ojos, no queda ni una brizna del pasado, toda la infancia se la tragó este instante y todo el porvenir son estos muebles clavados en su sitio, el ropero con su cara de palo, las sillas alineadas en 'a espera de nadie, el rechoncho sillón con los brazos abiertos, obsceno como morir en su lecho, el ventilador, insecto engreído, la ventana mentirosa, el presente sin resquicios, todo se ha cerrado sobre sí mismo, he vuelto adonde empecé, todo es hoy y para siempre. *Allá, del otro lado, se extienden las playas inmensas como una mirada de amor, allá ¡a noche vestida de agua despliega sus Jeroglíficos al alcance de la mano, el río entra cantando por el llano dormido y moja las raíces de la palabra libertad, allá los cuerpos enlazados se pierden en un bosque de árboles transparentes, bajo el follaje del sol caminamos, somos dos reflejos que cruzan sus aceros, la plata nos tiende puentes para cruzar la noche, las piedras nos abren paso, allá tú eres el tatuaje en el pecho del jade caído de la luna, allá el diamante insomne cede en su centro vacío somos el ojo que nunca parpadea y la fijeza del instante ensimismado en su esplendor.* Todo está lejos, no hay regreso, los muertos no están muertos, los vivos no están vivos, hay un muro, un ojo que es un pozo, todo tira hacia abajo, pesa el cuerpo, pesan los pensamientos, todos los años son este minuto desplomándose

interminablemente, aquel cuarto de hotel de San Francisco me salió al paso en Bangkok, hoy es ayer, mañana es ayer, la realidad es una escalera que no sube ni baja, no nos movemos, hoy es hoy, siempre es hoy, siempre el ruido de los trenes que despedazan cada noche a la noche, el recurrir a las palabras melladas, la perforación del muro, las idas y venidas, la realidad cerrando puertas, poniendo comas, la puntuación del tiempo, todo está lejos, los muros son enormes, está a millas de distancia el vaso de agua, tardaré mil años en recorrer mi cuarto, qué sonido remoto tiene la palabra vida, no estoy aquí, no hay aquí, este cuarto está en otra parte, aquí es ninguna parte, poco a poco me he ido cerrando y no encuentro salida que no dé a este instante, este instante soy yo, salí de pronto de mí mismo, no tengo nombre ni rostro, yo está aquí, echado a mis pies, mirándome mirándose mirarme mirado. Fuera, en los jardines que arrasó el verano, una cigarra se ensaña contra la noche. ¿Estoy o estuve aquí?

Tokio, 1952

EL RÍO

A CIUDAD desvelada circula por mi sangre como una abeja. Y el avión que traza un gemido en forma de S larga, los tranvías que se derrumban en esquinas remotas, este árbol cargado de injurias que alguien sacude a medianoche en la plaza, los ruidos que ascienden y estallan y los que se deslizan y cuchichean en la oreja un secreto que reptan por el oscuro, precipicios de ayes y oyes, túneles de vocales taciturnas, galerías que recorro con los ojos vendados, el alfabeto somnoliento cae en el hoyo como un río de tinta, y la ciudad va y viene y su cuerpo de piedra se hace añicos al llegar a mi sien, toda la noche, uno a uno, estatua a estatua, fuente a fuente, piedra a piedra, toda la noche sus pedruzcos se buscan en mi frente, toda la noche la ciudad habla dormida por mi boca y es un discurso incomprensible y jadeante, un tartamudeo de aguas y piedra batallando, su historia.

Detenerse un instante, detener a mi sangre que va y viene, va y viene y no dice nada, sentado sobre mí mismo como el yoguín a la sombra de la hi-guera, como Buda a la orilla del río, detener al instante, un solo instante, sentado a la orilla del tiempo, borrar mi imagen del río que habla dormido y no dice nada y me lleva consigo, sentado a la orilla detener al río, abrir el instante, penetrar por sus salas atónitas hasta su centro de agua, beber en la fuente inagotable, ser la cascada de sílabas azules que cae de los labios de piedra, sentado a la orilla de la noche como Buda a la orilla de sí mismo ser el parpadeo del instante, el incendio y la destrucción y el nacimiento del instante y la respiración de la noche fluyendo enorme a la orilla del tiempo, decir lo que dice el río, larga palabra semejante a labios, larga palabra que no acaba nunca, decir lo que dice el tiempo en duras frases de piedra, en vastos ademanes de mar cubriendo mundos. A mitad del poema me sobrecoge siempre un gran desamparo, todo me abandona, no hay nadie a mi lado, ni siquiera esos ojos que desde atrás contemplan lo que escribo, no hay atrás ni adelante, la pluma se rebela, no hay comienzo ni fin, tampoco hay muro que saltar, es una explanada desierta el poema, lo dicho no está dicho, lo no dicho es indecible, torres, terrazas devastadas, babilonias, un mar de sal negra, un reino ciego, No, detenerme, callar, cerrar los ojos hasta que brote de mis párpados una espiga, un surtidor de soles, y el alfabeto ondula largamente bajo el viento del sueño y la marea crezca en una ola y la ola rompa el dique, esperar hasta que el papel se cubra de astros y sea el poema un bosque de palabras enlazadas, No, no tengo nada que decir, nadie tiene nada que decir, nada ni nadie excepto la sangre, nada sino este ir y venir de la sangre, este escribir sobre lo escrito y repetir la misma palabra en mitad del poema, sílabas de tiempo, letras rotas, gotas de tinta, sangre que va y viene y no dice nada y me lleva consigo. Y digo mi rostro inclinado sobre el papel y alguien a mi lado es-crive mientras la sangre va y viene, y la ciudad va y viene por su sangre, quiere decir algo, el tiempo quiere decir algo, la noche quiere decir, toda la noche

el hombre quiere decir una sola palabra, decir al fin su discurso hecho de piedras desmoronadas, y aguzo el oído, quiero oír lo que dice el hombre, repetir lo que dice la ciudad a la deriva, toda la noche las piedras rotas se buscan a tientas en mi frente, toda la noche pelea el agua contra la piedra, las palabras contra la noche, la noche contra la noche, nada ilumina el opaco combate, el choque de las armas no arranca un relámpago a la piedra, una chispa a la noche, nadie da tregua, es un combate a muerte entre inmortales, No, dar marcha atrás, parar el río de sangre, el río de tinta, remontar la corriente y que la noche, vuelta sobre sí misma, muestre sus entrañas, que el agua muestre su corazón, racimo de espejos ahogados, que el tiempo se cierre y sea su herida una cicatriz invisible, apenas una delgada línea sobre la piel del mundo, que las palabras depongan armas y sea el poema una sola pala-bra entretejida, y sea el alma el llano después del incendio, el pecho lunar de un mar petrificado que no refleja nada sino la extensión extendida, el espacio acostado sobre sí mismo, las alas inmensas desplegadas, y sea todo como la llama que se esculpe y se hiela en la roca de entrañas transparentes, duro fulgor resuelto ya en cristal y claridad pacífica. Y el río remonta su curso, repliega sus velas, recoge sus imágenes y se interna en sí mismo.

Ginebra, 1953

EL CÁNTARO ROTO

LA MIRADA interior se despliega y un mundo de vértigo y llamanace bajo la frente de! que sueña:soles azules, verdes remolinos, picos de luz que abren astros como granadas,tornasol solitario, ojo de oro girando en el centro de una explanada calcinada,bosques de cristal de sonido, bosques de ecos y respuestas y ondas, diálogo de transparencias,¡viento, galope de agua entre los muros interminables de unagarganta de azabache,caballo, cometa, cohete que se clava justo en el corazón de la noche, plumas, surtidores,plumas, súbito florecer de las antorchas, velas, alas, invasión de lo blanco,pájaros de las islas cantando bajo la frente del que sueña! Abrí los ojos, los alcé hasta el cielo y vi cómo la noche se cubríade estrellas. ¡Islas vivas, brazaletes de islas llameantes, piedras ardiendo, res-pirando, racimos de piedras vivas, cuánta fuente, qué claridades, qué cabelleras sobre una espaldaobscura,cuánto río allá arriba, y ese sonar remoto de agua junto al fuego,de luz contra la sombra! Harpas, jardines de harpas. Pero a mi lado no había nadie. Sólo el llano: cactus, huizaches, piedras enormes que estallan bajo el sol.No cantaba el grillo, había un vago olor a cal y semillas quemadas,las calles del poblado eran arroyos secos y el aire se habría roto en mil pedazos si alguien hubiese gritado: ¿quién vive? Cerros pelados, volcán frío, piedra y jadeo bajo tanto esplendor,sequía, sabor de polvo,rumor de pies descalzos sobre el polvo, ¡y el pirú en medio del llano como un surtidor petrificado! Dime, sequía, dime, tierra quemada, tierra de huesos remolidos, dime, luna agónica,¿no hay ag*ua, hay sólo sangre, sólo hay polvo, sólo pisadas de pies desnudos sobre la espina,sólo andrajos y comida de insectos y sopor bajo el mediodía impío como un cacique de oro?¿No hay relinchos de caballos a la orilla del río, entre las grandes piedras redondas y relucientes,en el remanso, bajo la luz verde de las hojas y los gritos de los hombres y las mujeres bañándose al alba?El dios-maíz, el dios-flor, el dios-agua, el dios-sangre, la Virgen,¿todos se han muerto, se han ido, cántaros rotos al borde de la fuente cegada?¿Sólo está vivo el sapo, sólo reluce y brilla en la noche de México el sapo verduzco,sólo el cacique gordo de Cempoala es inmortal? Tendido al pie del divino árbol de jade regado con sangre, mien-tras dos esclavos jóvenes lo abanicen,en los días de las grandes procesiones al frente del pueblo, apoyado en la cruz: arma y bastón, en traje de batalla, el esculpido rostro de sílex aspirando comoun incienso precioso el humo de los fusilamientos,los fines de semana en su casa blindada junto al mar, al lado de su querida cubierta de joyas de gas neón, ¿sólo el sapo es inmortal? He aquí a la rabia verde y fría y a su cola de navajas y vidrio cortado, he aquí al perro y a su aullido sarnoso, al maguey taciturno, al nopal y al candelabro erizados, he aquí a la flor que sangra y hace sangrar, la flor de inexorable y tajante geometría como un delicado ins-trumento de tortura,he aquí a la noche de dientes largos y mirada filosa, la noche que desuella con un pedernal invisible,oye a los dientes chocar uno contra otro,oye a los huesos machacando a los huesos,al tambor de piel humana golpeado por el fémur,al tambor del pecho golpeado por el talón rabioso,al tam-tam de los tímpanos golpeados por el sol delirante, he aquí al polvo que se levanta como un rey amarillo y todo lo descuaaja y danza solitario y se derrumba como un árbol al que de pronto se le han secado las raíces, como una torre que cae de un solo tajo,he aquí al hombre que cae y se levanta y come polvo y se arrastra, al insecto humano que perfora la piedra y perfora los siglos y carcome la luz,he aquí a la piedra rota, al hombre roto, a la luz rota. ¿Abrir los ojos o cerrarlos, todo es igual?Castillos interiores que incendia el pensamiento porque otro mas puro se levante, sólo fulgor y llama,semilla de la imagen que crece hasta ser árbol y hace estallar el cráneo.palabra que busca unos labios que la digan,sobre la antigua fuente humana cayeron grandes piedras,hay siglos de piedras, años de losas, minutos espesores sobre la fuente humana.Dime, sequía, piedra pulida por el tiempo sin dientes, por el hambre sin dientes, polvo molido por dientes que son siglos, por siglos que son ham-bres,Dime, cántaro roto

caído en el polvo, dime, ¿La luz nace frotando hueso contra hueso, hombre contra hombre, hambre contra hambre, hasta que surja al fin la chispa, el grito, la palabra, hasta que brote al fin el agua y crezca el árbol de anchas hojas deturquesa? Hay que dormir con los ojos abiertos, hay que soñar con las manos, soñemos sueños activos de río buscando su cauce, sueños de sol soñando sus mundos, hay que soñar en voz alta, hay que cantar hasta que el canto eche raíces, tronco, ramas, pájaros, astros, cantar hasta que el sueño engendre y brote del costado del dor- mido la espiga roja de la resurrección, el agua de la mujer, el manantial para beber y mirarse y reconc- cerse y recobrase, el manantial para saberse hombre, el agua que habla a solas en la noche y nos llama con nuestro nombre, el manantial de las palabras para decir yo, tú, él, nosotros, bajo el gran árbol viviente estatua de la lluvia, para decir los pronombres hermosos y reconocernos y ser fieles a nuestros nombres hay que soñar hacia atrás, hacia la fuente, hay que remar siglos arriba, más allá de la infancia, más allá del comienzo, más allá de las aguas del bautismo, echar abajo las paredes entre el hombre y el hombre, juntar de nuevo lo que fue separado, vida y muerte no son mundos contrarios, somos un solo tallo con dos flores gemelas, hay que desenterrar la palabra perdida, soñar hacia dentro y también hacia afuera, descifrar el tatuaje de la noche y mirar cara a cara al mediodía y arrancarle su máscara, bañarse en luz solar y comer los frutos nocturnos, deletrear la escritura del astro y la del río, recordar lo que dicen la sangre y la marea, la tierra y el cuerpo, volver al punto de partida, ni adentro ni afuera, ni arriba ni abajo, al cruce de caminos, adonde empiezan los caminos, porque la luz canta con un rumor de agua, con un rumor de follaje canta el aguay el alba está cargada de frutos, el día y la noche reconciliados fluyen como un río manso, el día y la noche se acarician largamente como un hombre y una mujer enamorados, como un solo río interminable bajo arcos de siglos fluyen las estaciones y los hombres, hacia allá, al centro vivo del origen, más allá de fin y comienzo. México, 1955

PIEDRA DE SOL

La treizième revient... c'est encor la première; et c'est toujours la seule - ou c'est le seul moment; car es-tu reine, ó toi, la première ou dernière? es-tu roi, toi le seul ou le dernier amant?

GERARD DE NERVAL, «Arthémis»

un sauce de cristal, un chopo de agua, un alto surtidor que el viento arquea, un árbol bien plantado mas danzante, un caminar de río que se curva, avanza, retrocede, da un rodeo y llega siempre:

un caminar tranquilo de estrella o primavera sin premura, agua que con los párpados cerrados mana toda la noche profecías, unánime presencia en oleaje, ola tras ola hasta cubrirlo todo, verde soberanía sin ocasos como el deslumbramiento de las alas cuando se abren en mitad del cielo, un caminar entre las espesuras de los días futuros y el aciago fulgor de la desdicha como un ave petrificando el bosque con su canto y las felicidades inminentes entre las ramas que se desvanecen, horas de luz que pican ya los pájaros, presagios que se escapan de la mano, una presencia como un canto súbito, como el viento cantando en el incendio, una mirada que sostiene en vilo al mundo con sus mares y sus montes, cuerpo de luz nitrada por un ágata, piernas de luz, vientre de luz, bahías, roca solar, cuerpo color de nube, color de día rápido que salta, la hora centellea y tiene cuerpo, el mundo ya es visible por tu cuerpo, es transparente por tu transparencia, voy entre galerías de sonidos, fluyo entre las presencias resonantes, voy por las transparencias como un ciego, un reflejo me borra, nazco en otro, oh bosque de pilares encantados, bajo los arcos de la luz penetro los corredores de un otoño diáfano, voy por tu cuerpo como por el mundo, tu vientre es una plaza soleada, tus pechos dos iglesias donde oficia la sangre sus misterios paralelos, mis miradas te cubren como yedra, eres una ciudad que el mar asedia, una muralla que la luz divide en dos mitades de color durazno, un paraje de sal, rocas y pájaros bajo la

ley del mediodía absorto, vestida del color de mis deseos como mi pensamiento vas desnuda, voy por tus ojos como por el agua, los tigres beben sueño en esos ojos, el colibrí se quema en esas llamas, voy por tu frente como por la luna, como la nube por tu pensamiento, voy por tu vientre como por tus sueños, tu falda de maíz ondula y canta, tu falda de cristal, tu falda de agua, tus labios, tus cabellos, tus miradas, toda la noche llueves, todo el día abres mi pecho con tus dedos de agua, cierras mis ojos con tu boca de agua, sobre mis huesos llueves, en mi pecho hunde raíces de agua un árbol líquido, voy por tu talle como por un río, voy por tu cuerpo como por un bosque, como por un sendero en la montaña que en un abismo brusco se termina voy por tus pensamientos afilados y a la salida de tu blanca frente mi sombra despeñada se destroza, recojo mis fragmentos uno a uno y prosigo sin cuerpo, busco a tientas, corredores sin fin de la memoria, puertas abiertas a un salón vacío donde se pudren todos los veranos, las joyas de la sed arden al fondo, rostro desvanecido al recordarlo, mano que se deshace si la toco, cabelleras de arañas en tumulto sobre sonrisas de hace muchos años, a la salida de mi frente busco, busco sin encontrar, busco un instante, un rostro de relámpago y tormento corriendo entre los árboles nocturnos, rostro de lluvia en un jardín a oscuras, agua tenaz que fluye a mi costado, busco sin encontrar, escribo a solas, no hay nadie, cae el día, cae el año, caigo con el instante, caigo a fondo, invisible camino sobre espejos que repiten mi imagen destrozada, piso días, instantes caminados, piso los pensamientos de mi sombra, piso mi sombra en busca de un instante, busco una fecha viva como un pájaro, busco el sol de las cinco de la tarde templado por los muros de tezontle: la hora maduraba sus racimos y al abrirse salían las muchachas de su entraña rosada y se esparcían por los patios de piedra del colegio, alta como el otoño caminaba envuelta por la luz bajo la arcada y el espacio al ceñirla la vestía de una piel más dorada y transparente, tigre color de luz, pardo venado por los alrededores de la noche, entrevista muchacha reclinada en los balcones verdes de la lluvia, adolescente rostro innumerable, he olvidado tu nombre, Melusina, Laura, Isabel, Perséfone, María, tienes todos los rostros y ninguno, eres todas las horas y ninguna, te pareces al árbol y a la nube, eres todos los pájaros y un astro, te pareces al filo de la espada y a la copa de sangre del verdugo, yedra que avanza, envuelve y desarraiga al alma y la divide de sí misma, escritura de fuego sobre el jade, grieta en la roca, reina de serpientes, columna de vapor, fuente en la peña, circo lunar, peñasco de las águilas, grano de anís, espina diminuta y mortal que da penas inmortales, pastora de los valles submarinos y guardiana del valle de los muertos, liana que cuelga del cantil del vértigo, enredadera, planta venenosa, flor de resurrección, uva de vida, señora de la flauta y del relámpago, terraza del jazmín, sal en la herida, ramo de rosas para el fusilado. nieve en agosto, luna del patíbulo, escritura del mar sobre el basalto, escritura del viento en el desierto, testamento del sol, granada, espiga, rostro de llamas, rostro devorado, adolescente rostro perseguido años fantasmas, días circulares que dan al mismo patio, al mismo muro, arde el instante y son un solo rostro los sucesivos rostros de la llama, todos los nombres son un solo nombre, todos los rostros son un solo rostro, todos los siglos son un solo instante y por todos los siglos de los siglos cierra el paso al futuro un par de ojos, no hay nada frente a mí, sólo un instante rescatado esta noche, contra un sueño de ayuntadas imágenes soñado, duramente esculpido contra el sueño, arrancado a la nada de esta noche, a pulso levantado letra a letra, mientras afuera el tiempo se desboca y golpea las puertas de mi alma el mundo con su horario carnicero, sólo un instante mientras las ciudades, los nombres, los sabores, lo vivido, se desmoronan en mi frente ciega, mientras la pesadumbre de la noche mi pensamiento humilla y mi esqueleto, y mi sangre camina más despacio y mis dientes se aflojan y mis ojos se nublan y los días y los años sus horrores vacíos acumulan, mientras el tiempo cierra su abanico y no hay nada detrás de sus imágenes el instante se abisma y sobrenadar rodeado de muerte, amenazado por la noche y su lúgubre bostezo, amenazado por la algarabía de la muerte vivaz y

enmascarada el instante se abisma y se penetra, como un puño se cierra, como un fruto que madura hacia dentro de sí mismo y a sí mismo se bebe y se derrama el instante translúcido se cierra y madura hacia dentro, echa raíces, crece dentro de mí, me ocupa todo, me expulsa su follaje delirante, mis pensamientos sólo son sus pájaros, su mercurio circula por mis venas, árbol mental, frutos sabor de tiempo, oh vida por vivir y ya vivida, tiempo que vuelve en una marejada y se retira sin volver el rostro, lo que pasó no fue pero está siendo silenciosamente desembocando otro instante que se desvanece: frente a la tarde de salitre y piedra armada de navajas invisibles una roja escritura indescifrable escribes en mi piel y esas heridas como un traje de llamas me recubren, ardo sin consumirme, busco el aguay en tus ojos no hay agua, son de piedra, y tus pechos, tu vientre, tus caderas son de piedra, tu boca sabe a polvo, tu boca sabe a tiempo emponzoñado, tu cuerpo sabe a pozo sin salida, pasadizo de espejos que repiten los ojos del sediento, pasadizo que vuelve siempre al punto de partida, y tú me llevas ciego de la mano por esas galerías obstinadas hacia el centro del círculo y te yergues como un fulgor que se congela en hacha, como luz que desuella, fascinante como el cadalso para el condenado, flexible como el látigo y esbelta como un arma gemela de la luna, y tus palabras afiladas cavan mi pecho y me despueblan y vacían, uno a uno me arrancas los recuerdos, he olvidado mi nombre, mis amigos gruñen entre los cerdos o se pudren comidos por el sol en un barranco, no hay nada en mí sino una larga herida, una oquedad que ya nadie recorre, presente sin ventanas, pensamiento que vuelve, se repite, se refleja y se pierde en su misma transparencia, conciencia traspasada por un ojo que se mira mirarse hasta anegarse de claridad: yo vi tu atroz escama, Melusina, brillar verdosa al alba, dormías enroscada entre las sábanas y al despertar gritaste como un pájaro y caíste sin fin, quebrada y blanca, nada quedó de ti sino tu grito, y al cabo de los siglos me descubro con tos y mala vista, barajando viejas fotos: no hay nadie, no eres nadie, un montón de ceniza y una escoba, un cuchillo mellado y un plumero, un pellejo colgado de unos huesos, un racimo ya seco, un hoyo negro y en el fondo del hoyo los dos ojos de una niña ahogada hace mil años, miradas enterradas en un pozo, miradas que nos ven desde el principio, mirada niña de la madre vieja que ve en el hijo grande un padre joven, mirada madre de la niña sola que ve en el padre grande un hijo niño, miradas que nos miran desde el fondo de la vida y son trampas de la muerte -¿o es al revés: caer en esos ojos es volver a la vida verdadera?; caer, volver, soñarme y que me sueñen otros ojos futuros, otra vida, otras nubes, morirme de otra muerte! -esta noche me basta, y este instante que no acaba de abrirse y revelarme dónde estuve, quién fui, cómo te llamas, cómo me llamo yo: ¿hacia planes para el verano -y todos los veranos- en Christopher Street, hace diez años, con Filis que tenía dos hoyuelos donde bebían luz los gorriones?; ¿por la Reforma Carmen me decía «no pesa el aire, aquí siempre es octubre», o se lo dijo a otro que he perdido yo lo invento y nadie me lo ha dicho?, ¿caminé por la noche de Oaxaca, inmensa y verdinegra como un árbol, hablando solo como el viento loco y al llegar a mi cuarto -siempre un cuarto- no me reconocieron los espejos?; ¿desde el hotel Vernet vimos al alba bailar con los castaños -«ya es muy tarde» decías al peinarte y yo veíamos manchas en la pared, sin decir nada?; ¿subimos juntos a la torre, vimos caer la tarde desde el arrecife?; ¿comimos uvas en Bidart?, ¿compramos gardenias en Perote?, nombres, sitios, calles y calles, rostros, plazas, calles, estaciones, un parque, cuartos solos, manchas en la pared, alguien se peina, alguien canta a mi lado, alguien se viste, cuartos, lugares, calles, nombres, cuartos, Madrid, 1937, en la Plaza del Ángel las mujeres cosían y cantaban con sus hijos, después sonó la alarma y hubo gritos, casas arrodilladas en el polvo, torres hendidas, frentes escupidas y el huracán de los motores, fijo: los dos se desnudaron y se amaron por defender nuestra porción eterna, nuestra ración de tiempo y paraíso, tocar nuestra raíz y recobrarnos, recobrar nuestra herencia arrebatada por ladrones de vida hace mil siglos, los dos se desnudaron y besaron porque las desnudeces enlazadas saltan el tiempo y

son invulnerables, nada las toca, vuelven al principio, no hay tú ni yo, mañana, ayer ni nombres, verdad de dos en sólo un cuerpo y alma, oh ser total... cuartos a la deriva entre ciudades que se van a pique, cuartos y calles, nombres como heridas, el cuarto con ventanas a otros cuartos con el mismo papel descolorido donde un hombre en camisa lee el periódico o placha una mujer; el cuarto claro que visitan las ramas del durazno; el otro cuarto: afuera siempre llueve y hay un patio y tres niños oxidados; cuartos que son navios que se mecenen un golfo de luz; o submarinos: el silencio se esparce en olas verdes, todo lo que tocamos fosforece; mausoleos del lujo, ya roídos los retratos, raídos los tapetes; trampas, celdas, cavernas encantadas, pajareras y cuartos numerados, todos se transfiguran, todos vuelan, cada moldura es nube, cada puertada al mar, al campo, al aire, cada mesa es un festín; cerrados como conchas el tiempo inútilmente los asedia, no hay tiempo ya, ni muro: ¡espacio, espacio, abre la mano, coge esta riqueza, corta los frutos, come de la vida, tiéndete al pie del árbol, bebe el agua!, todo se transfigura y es sagrado, es el centro del mundo cada cuarto, es la primera noche, el primer día, el mundo nace cuando dos se besan, gota de luz de entrañas transparentes el cuarto como un fruto se entreabre estalla como un astro taciturno y las leyes comidas de ratones, las rejas de los bancos y las cárceles, las rejas de papel, las alambradas, los timbres y las púas y los pinchos, el sermón monocorde de las armas, el escorpión meloso y con bonete, el tigre con chistera, presidente del Club Vegetariano y la Cruz Roja, el burro pedagogo, el cocodrilo metido a redentor, padre de pueblos, el Jefe, el tiburón, el arquitecto del porvenir, el cerdo uniformado, el hijo predilecto de la Iglesia que se lava la negra dentadura con el agua bendita y toma clases de inglés y democracia, las paredes invisibles, las máscaras podridas que dividen al hombre de los hombres, al hombre de sí mismo, se derrumban por un instante inmenso y vislumbramos nuestra unidad perdida, el desamparo que es ser hombres, la gloria que es ser hombres y compartir el pan, el sol, la muerte, el olvidado asombro de estar vivos; amar es combatir, si dos se besan el mundo cambia, encarnan los deseos, el pensamiento encarna, brotan alas en las espaldas del esclavo, el mundo es real y tangible, el vino es vino, el pan vuelve a saber, el agua es agua, amar es combatir, es abrir puertas, dejar de ser fantasma con un número a perpetua cadena condenado por un amo sin rostro; el mundo cambia si dos se miran y se reconocen, amar es desnudarse de los nombres: «déjame ser tu puta», son palabras de Eloísa, mas él cedió a las leyes, la tomó por esposa y como premio lo castraron después; mejor el crimen, los amantes suicidas, el incesto de los hermanos como dos espejos enamorados de su semejanza, mejor comer el pan envenenado, el adulterio en lechos de ceniza, los amores feroces, el delirio, su yedra ponzoñosa, el sodomita que lleva por clavel en la solapa un gargajo, mejor ser lapidado en las plazas que dar vuelta a la noria que exprime la substancia de la vida, cambia la eternidad en horas huecas, los minutos en cárceles, el tiempo en monedas de cobre y mierda abstracta; mejor la castidad, flor invisible que se mece en los tallos del silencio, el difícil diamante de los santos que filtra los deseos, sacia al tiempo, nupcias de la quietud y el movimiento, canta la soledad en su corola, pétalo de cristal es cada hora, el mundo se despoja de sus máscaras y en su centro, vibrante transparencia, lo que llamamos Dios, el ser sin nombre, se contempla en la nada, el ser sin rostro emerge de sí mismo, sol de soles, plenitud de presencias y de nombres; sigo mi desvarío, cuartos, calles, camino a tientas por los corredores del tiempo y subo y bajo sus peldaños y sus paredes palpo y no me muevo, vuelvo adonde empecé, busco tu rostro, camino por las calles de mí mismo bajo un sol sin edad, y tú a mi lado caminas como un árbol, como un río caminas y me hablas como un río, creces como una espiga entre mis manos, lates como una ardilla entre mis manos, vuelas como mil pájaros, tu risa me ha cubierto de espumas, tu cabeza es un astro pequeño entre mis manos, el mundo reverdece si sonrías comiendo una naranja, el mundo cambia si dos, vertiginosos y enlazados, caen sobre la yerba: el cielo baja, los árboles ascienden, el espacio sólo es luz

y silencio, sólo espacio abierto para el águila del ojo, pasa la blanca tribu de las nubes, rompe amarras el cuerpo, zarpa el alma, perdemos nuestros nombres y flotamos a la deriva entre el azul y el verde, tiempo total donde no pasa nada sino su propio transcurrir dichoso, no pasa nada, callas, parpadeas (silencio: cruzó un ángel este instante grande como la vida de cien soles), ¿no pasa nada, sólo un parpadeo? -y el festín, el destierro, el primer crimen, la quijada del asno, el ruido opaco y la mirada incrédula del muerto al caer en el llano ceniciento, Agamenón y su mugido inmenso y el repetido grito de Casandra más fuerte que los gritos de las olas, Sócrates en cadenas (el sol nace, morir es despertar: «Gritón, un gallo a Esculapio, ya sano de la vida»), el chacal que diserta entre las ruinas de Nínive, la sombra que vio Bruto antes de la batalla, Moctezuma en el lecho de espinas de su insomnio, el viaje en la carreta hacia la muerte - el viaje interminable más contado por Robespierre minuto tras minuto, la mandíbula rota entre las manos -, Churruca en su barricada como un trono escarlata, los pasos ya contados de Lincoln al salir hacia el teatro, el estertor de Trotsky y sus quejidos de jabalí, Madero y su mirada que nadie contestó: ¿por qué me matan?, los carajos, los ayes, los silencios del criminal, el santo, el pobre diablo, cementerios de frases y de anécdotas que los perros retóricos escarban, el delirio, el relincho, el ruido obscuro que hacemos al morir y ese jadeo de la vida que nace y el sonido de huesos machacados en la riña y la boca de espuma del profeta y su grito y el grito del verdugo y el grito de la víctima... son llamas los ojos y son llamas lo que miran, llama la oreja y el sonido llama, brasa los labios y tizón la lengua, el tacto y lo que toca, el pensamiento y lo pensado, llama el que lo piensa, todo se quema, el universo es llama, arde la misma nada que no es nada sino un pensar en llamas, al fin humo: no hay verdugo ni víctima... ¿y el grito en la tarde del viernes?, y el silencio que se cubre de signos, el silencio que dice sin decir, ¿no dice nada?, ¿no son nada los gritos de los hombres?, ¿no pasa nada cuando pasa el tiempo? -no pasa nada, sólo un parpadeo del sol, un movimiento apenas, nada, no hay redención, no vuelve atrás el tiempo, los muertos están fijos en su muerte y no pueden morir de otra muerte, intocables, clavados en su gesto, desde su soledad, desde su muerte sin remedio nos miran sin mirarnos, su muerte ya es la estatua de su vida, un siempre estar ya nada para siempre, cada minuto es nada para siempre, un rey fantasma rige tus latidos y tu gesto final, tu dura máscara labra sobre tu rostro cambiante: el monumento somos de una vida ajena y no vivida, apenas nuestra, -¿la vida, cuándo fue de veras nuestra?, ¿cuándo somos de veras lo que somos?, bien mirado no somos, nunca somos a solas sino vértigo y vacío, muecas en el espejo, horror y vómito, nunca la vida es nuestra, es de los otros, la vida no es de nadie, todos somos la vida - pan de sol para los otros, los otros todos que nosotros somos -, soy otro cuando soy, los actos míos son más míos si son también de todos, para que pueda ser he de ser otro, salir de mí, buscarme entre los otros, los otros que no son si yo no existo, los otros que me dan plena existencia, no soy, no hay yo, siempre somos nosotros, la vida es otra, siempre allá, más lejos, fuera de ti, de mí, siempre horizonte, vida que nos desvive y enajena, que nos inventa un rostro y lo desgasta, hambre de ser, oh muerte, pan de todos, Eloísa, Perséfone, María, muestra tu rostro al fin para que veami cara verdadera, la del otro, mi cara de nosotros siempre todos, cara de árbol y de panadero, de chófer y de nube y de marino, cara de sol y arroyo y Pedro y Pablo, cara de solitario colectivo, despiértame, ya nazco: **vida y muerte** pactan en ti, señora de la noche, torre de claridad, reina del alba, virgen lunar, madre del agua madre, cuerpo del mundo, casa de la muerte, caigo sin fin desde mi nacimiento, caigo en mí mismo sin tocar mi fondo, recógeme en tus ojos, junta el polvo disperso y reconcilia mis cenizas, ata mis huesos divididos, sopla sobre mi ser, entiérrame en tu tierra, tu silencio dé paz al pensamiento contra sí mismo airado; abre la mano, señora de semillas que son días, el día es inmortal, asciende, crece, acaba de nacer y nunca acaba, cada día es nacer, un nacimiento es cada amanecer y yo

amanezco, amanecemos todos, amanece el sol cara de sol, Juan amanece con su cara de Juan cara de todos, puerta del ser, despiértame, amanece, déjame ver el rostro de este día, déjame ver el rostro de esta noche, todo se comunica y transfigura, arco de sangre, puente de latidos, llévame al otro lado de esta noche, adonde yo soy tú somos nosotros, al reino de pronombres enlazados, puerta del ser: abre tu ser, despierta, aprende a ser también, labra tu cara, trabaja tus facciones, ten un rostro para mirar mi rostro y que te mire, para mirar la vida hasta la muerte, rostro de mar, de pan, de roca y fuente, manantial que disuelve nuestros rostros en el rostro sin nombre, el ser sin rostro, indecible presencia de presencias... quiero seguir, ir más allá, y no puedo: se despeñó el instante en otro y otro, dormí sueños de piedra que no sueñan al cabo de los años como piedras oí cantar mi sangre encarcelada, con un rumor de luz el mar cantaba, una a una cedían las murallas, todas las puertas se desmoronaban y el sol entraba a saco por mi frente, despegaba mis párpados cerrados, desprendía mi ser de su envoltura, me arrancaba de mí, me separaba de mi bruto dormir siglos de piedra y su magia de espejos revivía un sauce de cristal, un chopo de agua, un alto surtidor que el viento arquea, un árbol bien plantado mas danzante, un caminar de río que se curva, avanza, retrocede, da un rodeo y llega siempre: *México, 1957*

NOTAS

CREPÚSCULOS DE LA CIUDAD (II)

Hasta hace unos pocos años las agencias funerarias de la ciudad de México tenían sus negocios en la Avenida Hidalgo, al lado del Parque de la Alameda, en el tramo que va del Correo a la iglesia y plazuela de San Juan de Dios. Frente a la iglesia había un pequeño mercado de flores, especializado en coronas y ofrendas fúnebres. El barrio era céntrico y aislado a un tiempo. Desde el anochecer las prostitutas recorrían la Avenida Hidalgo y las callejas contiguas. Uno de sus lugares favoritos era el espacio ocupado por las funerarias, iluminado por la luz eléctrica de los escaparates donde se exhibían los ataúdes.

ENTRE LA PIEDRA Y LA FLOR

En 1937 abandoné, al mismo tiempo, la casa familiar, los estudios universitarios y la ciudad de México. Fue mi primera salida. Viví durante algunos meses en Mérida (Yucatán) y allí escribí la primera versión de «Entre la piedra y la flor». Me impresionó mucho la miseria de los campesinos mayas, atados al cultivo del henequén y a las vicisitudes del comercio mundial del sisal. Ciertamente, el Gobierno había repartido la tierra entre los trabajadores pero la condición de éstos no había mejorado: por una parte, eran (y son) las víctimas de la burocracia gremial y gubernamental que ha substituido a los antiguos latifundistas; por la otra, seguían dependiendo de las oscilaciones del mercado internacional. Quise mostrar la relación que, como un verdadero nudo estrangulador, ataba la vida concreta de los campesinos a la estructura impersonal, abstracta, de la economía capitalista. Una comunidad de hombres y mujeres dedicada a la satisfacción de necesidades materiales básicas y al cumplimiento de ritos y preceptos tradicionales, sometida a un remoto mecanismo. Ese mecanismo los trituraba pero ellos ignoraban no sólo su funcionamiento sino su existencia misma. «Entre la piedra y la flor» se editó varias veces. En 1976, al preparar esta edición, lo releí y percibí sus insuficiencias, ingenuidades y torpezas. Sentí la tentación de desecharlo; después de mucho pensarlo, más por fidelidad al tema que a mí mismo, decidí rehacer el texto enteramente. El resultado fue el poema que ahora presento -no sin dudas: tal vez habría sido mejor destruir un intento tantas veces fallido.

PIEDRA DE SOL

En la primera edición de «Piedra de sol» (1957) se incluía la siguiente nota:

«En la portada de este libro aparece la cifra 584 escrita con el sistema maya de numeración; asimismo, los signos mexicanos correspondientes al día 4 Olín (Movimiento) y al día 4 Ehécatl (Viento) figuran al principio y al fin del poema. Quizá no es inútil señalar que "Piedra de sol" está compuesto por 584 endecasílabos (los seis últimos no cuentan porque son idénticos a los seis primeros). Este número de versos es igual al de la revolución sinódica del planeta Venus, que es de 584 días. Los antiguos mexicanos llevaban la cuenta del ciclo venusino a partir del día 4 Olín; el día 4 Ehécatl, 584 días después, señalaba la conjunción de Venus y el Sol, fin de un ciclo y comienzo de otro.

»El planeta Venus aparece como Estrella de la Mañana (*Phosphorus*) y como Estrella de la Tarde (*Vesperus*). Esta dualidad, Lucifer y Vésper, no ha dejado de impresionar a los hombres de todas las civilizaciones, que han visto en ella un símbolo, una cifra o una manifestación de la ambigüedad esencial del universo. Así, Ehécatl, divinidad del viento, era una de las manifestaciones de Quetzalcóatl, la serpiente emplumada, que concentra las dos vertientes de la vida. Asociada a la luna, a la humedad, al agua, a la vegetación naciente, a la muerte y resurrección de la naturaleza, para los antiguos mediterráneos el planeta Venus era un nudo de imágenes y fuerzas ambivalentes: Istar, la Dama del Sol, la Piedra Cónica, la Piedra sin Labrar (que recuerda el "pedazo de madera sin pulir" del taoísmo), Afrodita, la cuádruple Venus de Cicerón, la doble diosa de Pausanias...»
SALAMANDRA

1 DÍAS HÁBILES

MADRUGADA

RÁPIDAS manos frías retiran una a una las vendas de la sombra
Abro los ojos todavía
estoy vivo en el centro de una herida todavía fresca.

REPETICIONES

EL CORAZÓN y su redoble iracundo
el obscuro caballo de la sangre
caballo ciego
caballo desbocado
el carousel nocturno
la noria del terror
el grito contra el muro y la centella
rota
Camino andado
camino desandado

El cuerpo a cuerpo con un pensamiento añado
la pena que interrogo cada día y no responde
la pena que no se aparta y cada noche me despierta
la pena sin tamaño y sin nombre
el alfiler y el párpado
el traspaso del párpado del día mal vivido
la hora manchada
la ternura escupidada
la risa loca y la puta mentirala
la soledad y el mundo
Camino andado
camino desandado
El coso de la sangre y la pica y la rechifla
el sol sobre la herida sobre las aguas muertas
el astro hirsuto
la rabia y su acidez
recomida el pensamiento que se oxida y la escritura
gangrenada
el alba desvivida y el día amordazado
la noche cavilada y su hueso roído
el horror siempre nuevo y siempre repetido
Camino andado
camino desandado
El vaso de agua
la pastilla
la lengua de estaño
el hormiguero en pleno sueño
cascada negra de la sangre
cascada *pétrea* de la noche
el peso bruto de la nada
zumbido de motores en la ciudad
inmensa
lejos cerca
lejos en el suburbio de mi oreja
aparición del ojo y el muro que gesticula
aparición del metro cojo
el puente roto y el ahogado
Camino andado
camino desandado

El pensamiento circular y el círculo de familia
¿qué hice qué hiciste qué hemos hecho?
el laberinto de la culpa sin culpa
el espejo que acusa y el silencio que se gangrena
el día estéril
la noche estéril
el dolor estéril
la soledad promiscua
el mundo despoblado
la sala de espera en donde ya no hay nadie
Camino andado y desandado
la vida se ha ido sin volver el rostro

AQUÍ

Mis pasos en esta calle sueñan en otra calle
 Donde oigo mis pasos pasar en esta calle donde Sólo es real la niebla

AUGURIOS

Hoy pasó un águila Sobre mi cabeza. RUBÉN DARÍO

AL NATURAL, en cápsulas, abiertas o cerradas, ya desalmadas, Elvira y doña Sol; en cada cuna

Eros y leche: digestión pacífica sin pesadillas griegas; bálsamos bíblicos o dialécticos, sedantes contra las erosiones, decadencias históricas, siniestros coloniales, temblores, indios, negros, cracks, sequías, crisis, poetas solitarios, auto-críticas, purgas, cismas, putschs, eclipses; deportes y cultura para todos los hijos de vecino: camporras para todos los camposantos; pulgas vestidas a la moda en las metrópolis, en las playas mariscos erotómanos bajo el signo de Cáncer; vacaciones al cuerno de la luna; gas, mnesia, descarnaciones, vaporaciones, golpes de gracia y otras matemáticas del cero puritano; calistenia moral, lobotomías, cura de sueño, orgasmos por teléfono, arcoíris portátiles... El vacío pregonaba una filantropía que despena.

LUIS CERNUDA

Ni cisne andaluz

ni pájaro de lujo Pájaro por las alas

hombre por la tristeza Una mitad de luz Otra de sombra No separadas: confundidas una sola substancia

vibración que se despliega en transparencia Piedra de luna más agua que piedra Río taciturno más palabra que río Árbol por solitario hombre por la palabra Verdad y error una sola verdad una sola palabra mortal Ciudades humo petrificadas patrias ajenas siempre sombras de hombres En un cuarto perdido inmaculada la camisa única correcto y desesperado describe el poeta las palabras prohibidas signos entrelazados en una página vasta de pronto como lecho de mar abrazo de los cuatro elementos constelación del deseo y de la muerte fija en el cielo cambiante del lenguaje como el dibujo obscenamente puro ardiendo en la pared decrepita Días como nubes perdidas islas sepultas en un pecho placer ola jaguar y calavera Dos ojos fijos en dos ojos Ídolos siempre los mismos ojos Soledad única madre de los hombres ¿sólo es real el deseo? Uñas que desgarran una sombra labios que beben muerte en un cuerpo ese cadáver descubierto al alba en nuestro lecho ¿es real? Desean la realidad se desease inventa un cuerpo de centellarse desdobra y se mira sus mil ojos

la pulen como mil manos fanáticas Quiere salir de sí

arder en un cuarto en el fondo de un cráter y ser bajo dos ojos fijos ceniza piedra congelada Con letra clara el poeta escribe sus verdades oscuras

Sus palabras no son un monumento público ni la Guía del camino recto Nacieron del silencio abren sobre tallos de silencio las contemplamos en silencio Verdad y error una sola verdad

Realidad y deseo una sola substancia resuelta en manantial de transparencias.

LA PALABRA DICHA

LA PALABRA se levanta de la página escrita. La palabra, labrada estalactita, grabada columna, una a una letra a letra. El eco se congela en la página pétrea.

Anima, blanca como la página, se levanta la palabra. Anda sobre un hilo tendido del silencio al grito, sobre el filo del decir estricto. El oído: nido o laberinto del sonido. Lo que dice no dice lo que dice: ¿cómo se dice lo que no dice? Di tal vez es bestial la vestal. Un grito en un

cráter extinto: en otra galaxia ¿cómo se dice ataraxia? Lo que se dice se dice al derecho y al revés. Lamenta la mente de menta demente: cementerio es sementero, simiente no miente. Laberinto del oído, lo que dices se desdice del silencio al gritodesoído. m Inocencia y no ciencia: para hablar aprende a callar.

CERTEZA

Si ES real la luz blanca de esta lámpara, real la mano que escribe, ¿son reales los ojos que miran lo escrito? De una palabra a la otra lo que digo se desvanece. Yo sé que estoy vivo entre dos paréntesis.

IDENTIDAD

EN EL patio un pájaro pía, como el centavo en su alcancía. Un poco de aire su plumaje se desvanece en un viraje. Tal vez no hay pájaro ni soyese del patio en donde estoy.

NIÑA

ENTRE la tarde que se obstina y la noche que se acumula hay la mirada de una niña. Deja el cuaderno y la escritura, todo su ser dos ojos fijos. En la pared la luz se anula. ¿Mira su fin o su principio? Ella dirá que no ve nada. Es transparente el infinito. Nunca sabrá que lo miraba.

EL MISMO TIEMPO

No ES el viento no son los pasos sonámbulos del agua entre las casas petrificadas y los árboles a lo largo de la noche rojiza Todo está quieto reposa el mundo natural Es la ciudad en torno de su sombra buscando siempre buscándose perdida en su propia inmensidad sin alcanzarse nunca ni poder salir de sí misma Cierro los ojos y veo pasar los autos se encienden y apagan y enciendense apagan no sé adonde van Todos vamos a morir ¿sabemos algo más? En una banca un viejo habla solo ¿Con quién hablamos al hablar a solas? Olvidó su pasado no tocará el futuro No sabe quién es está vivo en mitad de la noche habla para oírse Junto a la verja se abraza una pareja ella ríe y pregunta algo pregunta sube y se abre en lo alto A esta hora el cielo no tiene una sola arrugaca en tres hojas de un árbol alguien silba en la esquina en la casa de enfrente se enciende una ventana ¡Qué extraño es saberse vivo! Caminar entre la gente con el secreto a voces de estar vivo Madrugadas sin nadie en el Zócalo sólo nuestro delirio y los tranvías Tacuba Tacubaya Xochimilco San Ángel Coyoacán en la plaza más grande que la noche encendidos listos para llevamos en la vastedad de la hora al fin del mundo Rayas negras las pértigas enhiestas de los troles contra el cielo de piedra y su moña de chispas si; lengüeta de fuego brasa que perfora la noche-pájaro volando silbando volando entre la sombra enmarañada de los fresnos desde San Pedro hasta Mixcoac en doble fila Bóveda verde negra masa de húmedo silencio sobre nuestras cabezas en llamas mientras hablábamos a gritos en los tranvías rezagados atravesando los suburbios con un fragor de torres desgajadas Si estoy vivo camino todavía por esas mismas calles empedradas charcos lodos de junio a septiembre zaguanes tapias altas huertas dormidas en vela sólo blanco morado blanco el olor de las flores impalpables racimos En la tiniebla un farol casi vivo contra la pared yerta Un perro ladra preguntas a la noche No es nadie el viento ha entrado en la arboleda Nubes nubes gestación y ruina y más nubes templos caídos nuevas dinastías escollos y desastres en el cielo Mar de arribanubes del altiplano ¿dónde está el otro mar? Maestras de los ojos Nubes arquitectos de silencio Y de pronto sin más porque sí llegaba la palabra Alabastro esbelta transparencia no llamada Dijiste aré música con ella castillos de sílabas No hiciste nada labastro sin flor ni aromata llo sin sangre ni savia blancura cortada garganta sólo garganta canto sin pies ni cabeza Hoy estoy vivo y sin nostalgia la noche fluye la ciudad fluye yo escribo sobre la página que fluye transcurro con las palabras que transcurren Conmigo no empezó el mundo no ha de acabar conmigo Soy un latido en el río de latidos Hace veinte años me dijo Vasconcelos «Dedíquese a la filosofía Vida no da defiende de la muerte» Y Ortega y Gasset en un bar sobre el Ródano «Aprenda el alemán póngase a pensar olvide lo demás» Yo no escribo para matar al tiempo ni para revivirlo escribo para que me viva y reviva Hoy en la tarde desde un puente vi al sol entrar en las aguas del río Todo estaba en llamas ardían las estatuas las casas los pórticos En los jardines racimos femeninos lingotes de luz líquida fresca de vasijas solares Un follaje de chispas la alameda el agua horizontal inmóvil bajo los cielos y los mundos incendiados Cada gota de agua un ojo fijo el peso de la enorme hermosura sobre cada pupila abierta Realidad suspendida en el tallo del tiempo a belleza no pesa e flejo sosegado tiempo y belleza son lo mismo luz y agua irada que sostiene a la hermosura tiempo que se embelesa en la mirada mundo sin peso si el hombre pesa ¿no basta la hermosura? No sé nada Sé lo que sobra no lo que basta La ignorancia es ardua como la belleza un día sabré menos y abriré los ojos Tal vez no pasa el tiempo pasan imágenes de tiempos no vuelven las horas vuelven las presencias En esta vida hay otra vida la higuera aquella volverá esta noche esta noche regresan otras noches Mientras escribo oigo pasar el río no éste aquel que es éste Vaivén de momentos y visiones el mirlo está sobre la piedra gris en un claro de marzo Negro centro de claridades No lo maravilloso sentido lo presente sentido la presencia sin más nada más pleno colmado No es la memoria nada pensado ni querido No son las mismas horas

otras son otras siempre y son la misma entran y nos expulsan de nosotros con nuestros ojos ven lo que no ven los ojos entro del tiempo hay otro tiempo quieto in horas ni peso ni sombra sin pasado o futuro sólo vivo como el viejo del banco un mismo idéntico perpetuo Nunca lo vemos

Es la transparencia

II

HOMENAJE Y PROFANACIONES

AMOR CONSTANTE MÁS ALLÁ DE LA MUERTE

CERRAR podrá mis ojos la postrera sombra que me llevare el blanco día, y podrá desatar esta alma mía hora a su afán ansioso lisonjera; mas no de esotra parte en la ribera dejará la memoria, en donde ardía; nadar sabe mi llama la agua fría, y perder el respeto a ley severa. Alma a quien todo un Dios prisión ha sido, venas que humor a tanto fuego han dado, medulas que han gloriosamente ardido: su cuerpo dejarán, no su cuidado; serán ceniza, mas tendrá sentido; polvo serán, mas polvo enamorado.

FRANCISCO DE QUEVEDO

Homenaje y profanaciones

ASPIRACIÓN

1 SOMBRAS del día blanco contra mis ojos. Yo no ve nada sino lo blanco: la hora en blanco, el alma desatada del ansia y de la hora.

Blancura de aguas muertas,

hora blanca, ceguera de los ojos abiertos. Frota tu pedernal, arde, memoria, contra la hora y su resaca.

Memoria, llama nadadora.

2

Desatado del cuerpo, desatado del ansia, vuelvo al ansia, vuelvo a la memoria de tu cuerpo. Vuelvo. Y arde tu cuerpo en mi memoria,

arde en tu cuerpo mi memoria.

Cuerpo de un Dios que fue cuerpo abrasado, Dios que fue cuerpo y fue cuerpo en Dios y es hoy tan sólo la memoria de un cuerpo desatado de otro cuerpo: tu cuerpo es la memoria de mis huesos.

3

Sombra del sol Solombra segador ciega mis manantiales trasojados el nudo desanuda siega el ansia apaga el ánima desanimada

Mas la memoria desmembrada nada desde los nacidos de su nada los manantiales de su nacimiento nada contra corriente y mandamiento nada contra la nada

Ardor del agua

lengua de fuego fosforece el agua Pentecostés palabra sin palabras

Sentido sin sentido no pensar que transfigura la memoria El resto es un manojito de centellas

ESPIRACIÓN

1 CIELOS de fin de mundo. Son las cinco. Sombras blancas: ¿son voces o son pájaros? Contra mi sien, latidos de motores. Tiempo de luz: memoria, torre hendida, pausa vacía entre dos claridades. Todas sus piedras vueltas pensamiento la ciudad se desprende de sí misma. Descarnación. El mundo no es visible. Se lo comió la luz. ¿En tu memoria serán mis huesos tiempo incandescente?

2

Vana conversación del esqueleto con el fuego insensato y con el agua que no tiene memoria y con el viento que todo lo confunde y con la tierra que se calla y se come sus palabras.

Mi suma es lo que resta, tu escritura: la huella de los dientes de la vida, el sello de los ayes y los años,
el trazo negro de la quemadura del amor en lo blanco de los huesos.

3

Sol de sombra Solombra cegadoramis ojos han de ver lo nunca vistolo que miraron sin mirarlo nuncael revés de lo visto y de la vista
Los láudes del láudano de loas dilapidadas lápidas y laudos la piedad de la piedra despiadada las velas del velorio y del jolgorio
El entierro es barroco todavía en México Morir es todavía morir a cualquier hora en cualquier parte Cerrar los ojos en el día blanco el día nunca visto cualquier día que tus ojos verán y no los míos

LAUDA

1

Ojos medulas sombras blanco día ansias afán lisonjas horas cuerpos memoria todo Dios ardieron todos polvo de los sentidos sin sentido ceniza lo sentido y el sentido Este cuarto, esta cama, el sol del broche, su caída de fruto, los dos ojos, la llamada al vacío, la fijeza, los dos ojos feroces, los dos ojos atónitos, los dos ojos vacíos, la no vista presencia presentida, la visión sin visiones entrevista, los dos ojos cubriéndose de hormigas, ¿pasan aquí, suceden hoy? Son hoy, pasan allá, su aquí es allá, sin fecha. Itálica famosa madriguera de ratas y lugares comunes, muladar de motores, víboras en Uxmal anacoretas, emporio de centollas o imperio de los pólipos sobre los lomos del acorazado, dédalos, catedrales, bicicletas, dioses descalabrados, invenciones de ayer o del decrepito mañana, basureros: no tiene edad la vida, volvió a ser árbol la columna Dafne.

2 Entre la vida inmortal de la vida y la muerte inmortal de la historia hoy es cualquier día en un cuarto cualquiera Festín de dos cuerpos a solas fiesta de ignorancia saber de presencia Hoy (conjunción señalada y abrazo precario) esculpimos un Dios instantáneo tallamos el vértigo Fuera de mi cuerpo en tu cuerpo fuera de tu cuerpo en otro cuerpo cuerpo a cuerpo creado por tu cuerpo y mi cuerpo Nos buscamos perdidos dentro de ese cuerpo instantáneo nos perdemos buscando todo un Dios todo cuerpo y sentido Otro cuerpo perdido Olfato gusto vista oído tacto el sentido anegado en lo sentido los cuerpos abolidos en el cuerpo memorias desmemorias de haber sido antes después ahora nunca siempre

III SALAMANDRA

NOCHE EN CLARO

A los poetas André Bretón y Benjamin Péret

A LAS diez de la noche en el Café de Inglaterra salvo nosotros tres no había nadie Se oía afuera el paso húmedo del otoño pasos de ciego gigante pasos de bosque llegando a la ciudad Con mil brazos con mil pies de niebla cara de humo hombre sin cara el otoño marchaba hacia el centro de París con seguros pasos de ciego Las gentes caminaban por la gran avenida algunos con gesto furtivo se arrancaban el rostro Una prostituta bella como una papisa cruzó la calle y desapareció en un muro verduzca la pared volvió a cerrarse Todo es puerta basta la leve presión de un pensamiento Algo se prepara dijo uno entre nosotros Se abrió el minuto en dos leí signos en la frente de ese instante Los vivos están vivos andan vuelan maduran estallan los muertos están vivos oh huesos todavía con fiebre el viento los agita los dispersa racimos que caen entre las piernas de la noche La ciudad se abre como un corazón como un higo la flor que es fruto más deseo que encarnación encarnación del deseo Algo se prepara dijo el poeta Este mismo otoño vacilante este mismo año enfermo fruto fantasma que resbala entre las manos del siglo año de miedo tiempo de susurro y

mutilación Nadie tenía cara aquella tarde en el underground de Londres En lugar de ojos
 abominación de espejos cegados En lugar de labios raya de borrosas costuras Nadie tenía
 sangre nadie tenía nombre no teníamos cuerpo ni espíritu no teníamos cara El tiempo daba
 vueltas y vueltas y no pasaba no pasaba nada sino el tiempo que pasa y regresa y no
 pasa Apareció entonces la pareja adolescente él era rubio «venablo de Cupido» gorra gris
 gorrión callejero y valiente ella era pequeña pecosa pelirroja manzana sobre una mesa de
 pobrespálida rama en un patio de invierno Niños feroces gatos salvajes dos plantas ariscas
 enlazadas dos plantas con espinas y flores súbitas Sobre el abrigo de ella color fresa
 resplandeció la mano del muchacho las cuatro letras de la palabra Amor en cada dedo
 ardiendo como astros



Tatuaje escolar tinta china y pasión

anillos palpitantes

oh mano collar al cuello ávido de la vida pájaro de presa y caballo sediento mano llena de
 ojos en la noche del cuerpo pequeño sol y río de frescura

mano que das el sueño y das la resurrección Todo es puerta todo es puente ahora
 marchamos en la otra orilla mira abajo correr el río de los siglos el río de los signos Mira
 correr el río de los astros se abrazan y separan vuelven a juntarse hablan entre ellos un
 lenguaje de incendios sus luchas sus amores son la creación y la destrucción de los
 mundos La noche se abre mano inmensa constelación de signos escritura silencio que
 canta siglos generaciones erráticas silabas que alguien dice palabras que alguien oye pórticos de
 pilares transparentes secos llamadas señas laberintos Parpadea el instante y dice algo escucha
 abre los ojos ciérralos la marea se levanta Algo se prepara Nos dispersamos en la noche
 mis amigos se alejan llevo sus palabras como un tesoro ardiendo Pelean el río y el viento
 del otoño pelea el otoño contra las casas negras Año de hueso pila de años muertos y
 escupidos estaciones violadas siglo tallado en un aullido pirámide de sangre horas
 royendo el día el año el siglo el hueso Hemos perdido todas las batallas todos los días
 ganamos una Poesía La ciudad se despliega su rostro es el rostro de mi amor sus piernas
 son piernas de mujer Torres plazas columnas puentes calles río cinturón de paisajes
 ahogados Ciudad o Mujer Presencia abanico que muestras y ocultas la vida bella como el
 motín de los pobres tu frente delira pero en tus ojos bebo cordura tus axilas son noche pero
 tus pechos día tus palabras son de piedra pero tu lengua es lluvia tu espalda es el mediodía
 en el mar tu risa el sol entrando en los suburbios tu pelo al desatarse la tempestad en las
 terrazas del alba tu vientre la respiración del mar la pulsación del día tú te llamas torrente
 y te llamas pradera tú te llamas pleamar tienes todos los nombres del agua Pero tu sexo es
 innombrable la otra cara del ser la otra cara del tiempo el revés de la vida Aquí cesa todo
 discurso aquí la belleza no es legible aquí la presencia se vuelve terrible replegada en sí
 misma la Presencia es vacío lo visible es invisible Aquí se hace visible lo invisible aquí la
 estrella es negra la luz es sombra luz la sombra Aquí el tiempo se para los cuatro puntos
 cardinales se tocan es el lugar solitario el lugar de la cita Ciudad Mujer Presencia aquí se
 acaba el tiempo aquí comienza

APREMIO

CORRE y se demora en mi frente lenta y se despeña en mi sangre la hora pasa sin pasary en mí se esculpe y desvanece Yo soy el pan para su hambreyo el corazón que deshabilita la hora pasa sin pasary esto que escribo lo deshace Amor que pasa y pena fija en mí combate en mí reposa la hora pasa sin pasary cuerpo de azogue y de ceniza Cava mi pecho y no me toca piedra perpetua que no pesa la hora pasa sin pasary es una herida que se encona El día es breve la hora inmensa hora sin mí yo con su pena la hora pasa sin pasary en mí se fuga y se encadena

GARABATO

CON un trozo de carbón con mi gis roto y mi lápiz rojo dibujar tu nombre el nombre de tu boca el signo de tus piernas en la pared de nadie En la puerta prohibida grabar el nombre de tu cuerpo hasta que la hoja de mi navaja sangre y la piedra grite y el muro respire como un pecho

MOVIMIENTO

Si tú eres la yegua de ámbar yo soy el camino de sangre Si tú eres la primera nevada yo soy el que enciende el brasero del alba Si tú eres la torre de la noche yo soy el clavo ardiendo en tu frente Si tú eres la marea matutina yo soy el grito del primer pájaro Si tú eres la cesta de naranjas yo soy el cuchillo del sol Si tú eres el altar de piedra yo soy la mano sacrilega Si tú eres la tierra acostada yo soy la caña verde Si tú eres el salto del viento yo soy el fuego enterrado Si tú eres la boca del agua yo soy la boca del musgo Si tú eres el bosque de las nubes yo soy el hacha que las parte Si tú eres la ciudad profanada yo soy la lluvia de consagración Si tú eres la montaña amarilla yo soy los brazos rojos del líquen Si tú eres el sol que se levanta yo soy el camino de sangre

PALPAR

Mis manos abren las cortinas de tu ser te visten con otra desnudez descubren los cuerpos de tu cuerpo Mis manos inventan otro cuerpo a tu cuerpo

DURACIÓN

Trueno y viento: duración.

I CHING

I NEGRO el cielo

Amarilla la tierra El gallo desgarrar la noche El agua se levanta y pregunta la hora El viento se levanta y pregunta por ti Pasa un caballo blanco

II

Como el bosque en su lecho de hojastú duermes en tu lecho de lluvia tú cantas en tu lecho de viento tú besas en tu lecho de chispas

III

Olor vehemencia numerosa cuerpo de muchas manos Sobre un tallo invisible una sola blancura

IV Habla escucha respóndemelo que dice el trueno lo comprende el bosque

V

Entro por tus ojos sales por mi boca

Duermes en mi sangre despierto en tu frente

VI

Te hablaré un lenguaje de piedra (respondes con un monosílabo verde) Te hablaré un lenguaje de nieve (respondes con un abanico de abejas) Te hablaré un lenguaje de agua (respondes con una canoa de relámpagos) Te hablaré un lenguaje de sangre (respondes con una torre de pájaros)

INTERIOR

PENSAMIENTOS en guerra quieren romper mi frente

Por caminos de pájaros avanza la escritura

La mano piensa en voz alta una palabra llama a otra

En la hoja en que escribieron y vienen los seres que veo El libro y el cuaderno se pliegan las alas y reposan

Ya encendieron las lámparas la hora se abre y cierra como un lecho Con medias rojas y cara pálida entran tú y la noche

A TRAVÉS

OBLO la página del día, escribo lo que me dicta el movimiento de tus pestañas.

Entro en ti, veracidad de la tiniebla. Quiero las evidencias de lo oscuro, beber el vino negro: toma mis ojos y revientalos Una gota de noche sobre la punta de tus senos: enigmas del clavel. Al cerrar los ojos los abro dentro de tus ojos. En su lecho granate siempre está despierta y húmeda tu lengua. *Hay fuentes en el jardín de tus arterias. Con una máscara de sangre atraviesas tu pensamiento en blanco: desmemoria me guía hacia el reverso de la vida.

USTICA*

Los sucesivos soles del verano, la sucesión del sol y sus veranos, todos los soles, el solo, el sol de soles, hechos ya hueso terco y leonado, cerrazón de materia enfriada. Puño de piedra, pina de lava, osario, no tierra, isla tampoco, peña despeñada, duro durazno, gota de sol petrificada. Por las noches se oye el respirar de las cisternas, el jadeo del agua dulce turbada por el mar. La hora es alta y rayada de verde. El cuerpo oscuro del vino en las jarras dormido es un sol más negro y fresco. Aquí la rosa de las profundidades es un candelabro de venas rosadas encendido en el fondo del mar. En tierra, el sol lo apaga, pálido encaje calcáreo como el deseo labrado por la muerte. Rocas color de azufre, altas piedras adustas. Tú estás a mi costado. Tus pensamientos son negros y dorados. Si alargase la mano * *islote en el mar de Sicilia. Fue cementerio sarraceno.* cortarías un racimo de verdades intactas. Abajo, entre peñas centelleantes, va y viene el mar lleno de brazos. Vértigos. La luz se precipita. Yo te miré a la cara, yo me asomé al abismo: mortalidad es transparencia. Osario, paraíso: nuestras raíces anudadas en el sexo, en la boca deshechada la Madre enterrada. Jardín de árboles incestuosos sobre la tierra de los muertos.

SALAMANDRA

SALAMANDRA

(**negra** armadura viste el fuego) calorífero de combustión lenta entre las fauces de la chimenea

-o mármol o ladrillo tortuga estática o agazapado guerrero japonés y una u otro -el martirio es reposo impenetrable en la tortura Salamandra nombre antiguo del fuego y antídoto antiguo contra el fuego y desollada planta sobre brasas amianto amante amianto

Salamandra en la ciudad abstracta entre las geometrías vertiginosas -vidrio cemento piedra hierro-formidables quimeras levantadas por el cálculo multiplicadas por el lucro al flanco del muro anónimo a la pólvora súbita Salamandra garra amarilla roja escritura en la pared de sal garra de sol sobre el montón de huesos Salamandra estrella caída en el sinfín del ópalo sangriento sepultada bajo los párpados del sílex niña perdida en el túnel del ónix en los círculos del basalto enterrada semilla grano de energía dormida en la medula del granito Salamandra niña dinamitera en el pecho azul y negro del hierro estallas como un solte abres como una herida hablas como una fuente Salamandra Espia hija del fuego espíritu del fuego condensación de la sangre sublimación de la sangre evaporación de la sangre Salamandra de aire la roca es llama la llama es humo vapor rojo recta plegaria alta palabra de alabanza exclamación corona de incendio en la testa del himno reina escarlata (y muchacha de medias moradas corriendo despeinada por el bosque) Salamandra animal taciturno negro paño de lágrimas de azufre (Un húmedo verano entre las baldosas desunidas de un patio petrificado por la luna o vibrar tu cola cilíndrica) Salamandra caucásica en la espalda cenicienta de la peña aparece y desaparece breve y negra lengüeta moteada de azafrán Salamandra chico negro y brillante escalofrío del musgo devorador de insectos heraldo diminuto del chubasco y familiar de la centella (Fecundación interna reproducción ovípara las crías viven en el aguayo adultas nadan con torpeza) Salamandra Puente colgante entre las eras puente de sangre fría eje del movimiento (Los cambios de la alpina la especie más esbelta se cumplen en el claustro de la madre Entre los huevecillos se logran dos apenas y hasta el alumbramiento medran los embriones en un caldo nutritivo la masa fraternal de huevos abortados) La salamandra española montañesa negra y roja No late el sol clavado en la mitad del cielo no respira no comienza la vida sin la sangre sin la brasa del sacrificio no se mueve la rueda de los días Xólotl se niega a consumirse se escondió en el maíz pero lo hallaron se escondió en el maguey pero lo hallaron cayó en el agua y fue el pez axólotl el dos-seres y «luego lo mataron» Comenzó el movimiento anduvo el mundo la procesión de fechas y de nombres Xólotl el perro guía del infierno el que desenterró los huesos de los padres el que coció los huesos en la olla el que encendió la lumbre de los años el hacedor de hombres Xólotl el penitente el ojo reventado que llora por nosotros Xólotl la larva de la mariposa el doble de la Estrella el caracol marino la otra cara del Señor de la Aurora Xólotl el ajolote Salamandra dardo solar lámpara de la luna columna del mediodía nombre de mujer balanza de la noche. (El infinito peso de la luz un adarme de sombra en tus pestañas) Salamandra llama negra heliotropo sol tú misma y luna siempre en torno de ti misma granada que se abre cada noche astro fijo en la frente del cielo y latido del mar y luz ya quietamente sobre el vaivén del mar abierta Salamandra saurio de unos ocho centímetros vive en las grietas y es color de polvo Salamandra de tierra y de agua piedra verde en la boca de los muertos piedra de encarnación piedra de lumbre sudor de la tierra sal llameante y quemante sal de la destrucción y máscara de cal que consume los rostros Salamandra de aire y de fuego avispero de soles roja palabra del principio La salamandra es un lagarto su lengua termina en un dardo su cola termina en un dardo Es inasible Es indecible reposa sobre brasas reina sobre tizones Si en la llama se esculpe su monumento incendia. El fuego es su pasión es su *paciencia* Salamandra Agua madre

V

SOLO A DOS VOCES

A Jorge Gaitán Duran.

SOLO Á DOS VOCES

En ninguna otra lengua occidental son tantas las palabras fantasmas...

J. COROMINAS

Diccionario crítico-etimológico de la lengua castellana.

Si decir No al mundo al presente hoy (solsticio de invierno) no es decir Sí decir es solsticio de invierno hoy en el mundo No es decir Sí decir mundo presente no es decir ¿qué es Mundo Solsticio Invierno? ¿Qué es decir? *Desde hace horas oigo caer, en el patio negro, una gota de agua. Ella cae y yo escribo.* Solsticio de invierno: sol parado, mundo errante. Sol desterrado, fijeza al rojo blanco. La tierra blanca negra, dormida, sobre sí misma echada, es una piedra caída. *Ánima en pena el mundo, pena de pena el alma, pena entrañas de piedra. Cae la gota invisible sobre el cemento húmedo. Cae también en mi cuarto. A la mitad del pensamiento me quedo, como el sol, parado en la mitad de mí, separado.* Mundo mundo, sonaja de semillas semánticas: vírgenes mendigas (múndicas, las que llevan el *mundum* el día de la procesión), muchachas cereales ofrendan a Ceres panes y ceras; muchachas trigueñas, entre el pecho y los ojos salzan la monda, Pascua de Resurrección: Señora del Prado, sobre tu cabeza, como una corona candida, la canasta del pan. Incandescencias del candel, muchachas, cestas de panes, pan de centeno y pan de cebada, pan de abejas, pan de flor, altar vivo los pechos, sobre mesa de tierra vasos de sol: como y bebo, hombre soy. *Sonaja de simientes, poema: enterrar la palabra, el grano de fuego, en el cuerpo de Ceres tres veces arado; enterrarla en el patio, horadar el cemento con la gota tenaz, con la gota de tinta. Para la diosa negra, piedra dormida en la nieve, dibujar un caballo de agua, dibujar en la página un caballo de yerba.* Hoy es solsticio de invierno: canta el gallo, el sol despierta. Voces y risas, baile y panderos, sobre el suelo entumido rumor de faldas de muchachas como el viento corriendo entre espadañas, como el agua que brota de la peña. Muchachas, cántaros penantes, el agua se derrama, el vino se derrama, el fuego se derrama, penetra las entrañas, la piedra se despierta: lleva un sol en el vientre. Como el pan en el horno, el hijo de la piedra incandescente es el hijo de nadie. *A solas con el diccionario agito el ramo seco, palabras, muchachas, semillas, sonido de guijarros sobre la tierra negra y blanca, inanimada. En el aire frío del patio se dispersan las vírgenes. Humedad y cemento.* El mundo no es tortas y pan pintado. El diccionario es un mundo no dicho: de solsticio de invierno a pascua de resurrección, en dirección inversa a las agujas del cuadrante, hay: «sofisma, símil, selacio, salmo, rupestre, rosca, ripio, reprobó, rana, Quito, quejido, pulque, ponzoña, picotín, peluca...» Desandar el camino, volver a la primera letra en dirección inversa al sol, hacia la piedra: simiente, gota de energía, joya verde entre los pechos negros de la diosa. *Escribo contra ¡a corriente, contra ¡a aguja hipnotizada y los sofismas del cuadrante: como la sombra, la aguja sigue al sol, un sol sin cuerpo, sombra de sol, siempre futuro; como un perro, la aguja tras los pasos del sol, sol ido, desvanecido, sol de sombra.* No el movimiento del círculo, maestro de espejismos: la quietud en el centro del movimiento. No predecir: decir. Mundo suspendido en la sombra, mundo mundo, pulido como hueso, decir es mondadura, poda del árbol de los muertos. Decir es penitencia de palabras, la zona negra y blanca, el húmedo cemento, el patio, el no saber qué digo entre la ausencia y la presencia de este mundo, echado sobre su propio abandono, caído como gota de tinta. *La letra no reposa en la página: memoria la levanta, monumento de viento. ¿Y quién recuerda a la memoria, quién la levanta, dónde se implanta? Fuente de claridad, alumbramiento, la memoria es raíz en la tiniebla.* Come tiniebla, come olvido: no lo que dices, lo que olvidas, es lo que dices: hoy es solsticio de invierno en el mundo hoy estás separado en el mundo hoy es el mundo *ánima en pena en el mundo.*

NOTAS

EL MISMO TIEMPO

En los primeros meses de 1943 visité en tres o cuatro ocasiones a José Vasconcelos en su despacho de la Biblioteca Nacional de México. En aquella época yo escribía para una agencia distribuidora de artículos que dirigía el historiador José C. Valadés. Mis colaboraciones eran se-manarias y aparecían en *Novedades* y en otros diarios de provincia. Uno de aque-Üos artículos era un pequeño comentario sobre la defini-ción platónica de la filosofía como «preparación para la muerte», una idea muy del gusto de Montaigne, al que yo frecuentaba con fervor en esos años. Vasconcelos era lo contrario de un escéptico pero me habló con benevolencia de mi articulito. Después me dijo: «lia filosofía no puede darnos la vida. Dios da la vida y a Él hay que pedirle la vida eterna, que es la única vida verdadera. Pero es cierto que la filosofía nos ayuda a bien morir: nos desengaña de la vida terrestre y así nos defiende de la muerte. A usted, que no es creyente, no le queda sino dedicarse a la filosofía. En mi juventud yo también perdí la fe y de ahí viene quizá mi vocación filosófica. Sí, ¡dedíquese a la filosofía! Lo hará más fuerte...» Diez años más tarde, en Ginebra, José Ortega y Gasset me dio el mismo consejo aunque en términos más imperiosos: «Estamos al final de un período. La literatura ha muerto. Sólo queda el pensamiento: es la tarea de hoy. Deje la poesía ¡y póngase a pensar! Como ya es un poco tarde para que comience con el griego, aprenda la otra lengua filosófica: el alemán. Y olvide lo demás...» En un ensayo sobre Ortega y Gasset recogido en *Hombres en su siglo* (1984) he referido mi conversación con el filósofo español. Apenas si necesito repetir que poesía y pensamiento forman, para mí, un invisible pero muy real sistema de vasos comunicantes.

HOMENAJE Y PROFANACIONES

Un amigo tuvo la idea de escribir un pequeño estudio de poética comparada sobre el soneto de Quevedo («Amor constante más allá de la muerte») y el que figura en «Aspiración», primera parte de *Homenaje y profanaciones*. El estudio al fin no fue escrito pero yo reproduzco las notas que, a su pedido, envié a mi amigo: *Homenaje y profanaciones* en el sentido en que Picasso ha pintado las *Meninas*; transfiguración y desfiguración. El soneto de Quevedo es un momento de la tradición de la poesía erótica de Occidente y está impregnado de petrarquismo y neoplatonismo: la eternidad del amor. Es un soneto escrito desde y sobre la creencia en el alma separada del cuerpo y en su supervivencia. *Homenaje y profanaciones* es un poema escrito desde creencias distintas.

Homenaje y profanaciones es un soneto de sonetos. Los 14 versos de un soneto se asocian y dividen de distintas maneras: 8/6; 4/4/6; 4/4/3/3; 4/4/4/2; etc. *Homenaje y profanaciones* tiene la forma tri-partita, que es la más común: 4/4/6. El primer cuarteto es «Aspiración», el segundo es «Espiración» y los tercetos son «Lauda». A su vez, en los dos cuartetos y en los dos tercetos se reproduce la división tri-partita.

El soneto es una estructura poética que se despliega conforme a una lógica estricta: el primer cuarteto es la exposición, el segundo es el nudo o conflicto y el desenlace los tercetos. Afirmación, negación, solución. *Homenaje y profanaciones* sigue este esquema: «Aspiración» = inhalación = afirmación = homenaje; «Espiración» = exhalación = negación = profanación; «Lauda» = ni fechas (biografía, historia) ni no-fechas (inmortalidad biológica o espiritual), sino el instante = la muerte es negada y ella misma exalta a la vida = homenaje y profanación.

Homenaje y profanaciones es un soneto «amplificado» ocho veces y media. 14 X 8,5 = 119 versos, divididos en dos cuartetos y dos tercetos: «Aspiración» (34 versos), «Espiración» (34 versos), «Lauda» 1 (25 versos) y «Lauda» 2 (25 versos). El poema tiene

118 versos en lugar de 119; «Lauda» debería haber tenido 51 líneas, un número impar que habría dificultado la división en dos partes iguales.

«Aspiración»: primer «cuarteto». 34 líneas = 4 líneas X 8,5. Está dividido en tres partes: 1, 2 y 3. «Aspiración» también es un soneto desonetos: «Aspiración» 1 (diez líneas) es el primer «cuarteto»; «Aspiración» 2 (diez líneas) es el segundo, y «Aspiración» 3, los tercetos. A su vez «Aspiración» 3 es un soneto por sí solo: 14 líneas.

«Espiración»: segundo «cuarteto». Repite el número de versos, la división tripartita y la estructura de «Aspiración». Es otro soneto de sonetos terminado por un soneto.

«Lauda»; está dividida en dos partes, los dos «tercetos». A su vez, cada «terceto» está dividido en tres partes. «Lauda» 1 y «Lauda» 2 son igualmente sonetos de sonetos. Cada parte está compuesta de 25 versos. «Lauda» 1: 5/10/10. «Lauda» 2 repite la estructura de «Lauda» 1 sólo que en sentido inverso: 10/10/5.

«Aspiración» recoge y exalta los temas petrarquistas de Quevedo: memoria, el amor y la inmortalidad del alma. Afirmación.

«Espiración» 1 inicia la negación que adopta, al principio, la forma de la interrogación; en «Espiración» 2 la negación se vuelve absoluta: ni el cuerpo ni la naturaleza tienen memoria; en «Espiración» 3 la negación se vuelve burla. Negación.

«Lauda» 1: la primera estrofa son 5 versos sin puntuación que repiten los temas negativos de Quevedo con sus mismas palabras. Es una prolongación de «Espiración» 3. En la segunda estrofa (diez líneas, como las partes 1 y 2 de los dos «cuartetos») la negación se transforma en afirmación erótica. En la tercera estrofa (diez líneas) el erotismo triunfa de la historia y de la muerte («Itálica famosa madriguera de ratas»). Reintegración al mundo natural (volvió a ser árbol la columna Dafne»). Afirmación. «Lauda» 2: la primera estrofa (diez líneas) continúa el tema de la tercera parte de «Lauda» 1: entre la historia y sus fechas (la historia como productora de ruinas) y la inmortalidad anónima de la naturaleza (que mata a los individuos para que sobreviva la especie) están el hombre y la mujer: el erotismo se separa de la historia y de la biología (es sexo individualizado y sacralizado). En la segunda estrofa de «Lauda» 2 (diez líneas) los temas platónicos y cristianos de Quevedo se transforman en temas eróticos profanos: el dios es un dios instantáneo creado por la unión de los cuerpos y deshecho por su desunión. La tercera estrofa (cinco líneas) repite los temas del poema, apuntando hacia un estado más allá de la negación y la afirmación. El erotismo no es la eternidad, pero tampoco es el tiempo del reloj ni el tiempo de la naturaleza. No la inmortalidad sino la vivacidad.

SOLO A DOS VOCES

Un lector me pidió ciertos esclarecimientos acerca de *Solo a dos voces*. Transcribo los apuntes que me sirvieron para contestarle: En el mundo moderno: ¿qué quiere decir: *hoy es solsticio de invierno en el mundo!* ¿Qué quiere decir *mundo, hoy, solsticio de invierno?* ¿Qué quiere decir -hoy, en este mundo- *decir?* Dice Coraminas: «Del latín *manda*, plural de *mundum*, cesta llena de tortas y pasteles que se ofrecían a Ceres en Abril [...] procede el castellano *monda*, pan grande o manga de cera que llevan en ofrenda a Nuestra Señora del Prado, en la Pascua de Resurrección, las parroquias vecinas a Talavera de la Reina». Y más adelante: «-*Móndidas*: doncellas de San Pedro Manrique (Soria) que el día de San Juan llevan a la Virgen de la Peña una ofrenda consistente en un canasto adornado y lleno de pan y de *arbujuelo*, rama de árbol cubierta de masa de pan, probable alteración de *móndigas* (*Virgines mundicas*: las que llevan el *mundum*)». Véase Julio Caro Baroja: *Los pueblos de España* (1946). Ceres/Deméter fue «tres veces arada» -o poseída en un campo tres veces arado- por Yásón. Uno de los epítetos de Deméter era *Me-laina*: la negra. En sus eregrinaciones en busca de Perséfone y para escapar del asiduo Poseidón, la diosa se transformó en yegua; inmediatamente el dios se convirtió en caballo semental y la unión

se realizó en esta forma animal. En Arcadia había un santuario en el que se veneraba a Deméter en la forma de una piedra negra. En otros se la representaba con figura humana, como una mujer revestida de un manto negro y cabeza de yegua.

Cántaros penantes: en el siglo xvi, los de cuello estrecho y en los que era difícil beber. *El hijo de la piedra*: en las afueras de los pueblos, en España, había una piedra grande con una cavidad para poner los niños expósitos, llamados por tal razón los «niños de la piedra». El mundo ya no es la fábula de «tortas y pan pintado» de las vírgenes mónicas. Hay que ir en dirección contraria a la del reloj, el calendario y el diccionario, en busca de la piedra negra. No para volver -tiempo circular del mito- sino para hallar el punto de intersección: la convergencia, el presente de la poesía. Hoy por hoy sólo puedo decir *hoy es solsticio de invierno en el mundo*. La escisión es nuestra condición.

LADERA ESTE I LADERA ESTE EL BALCÓN

QUIETA

en mitad de la noche no a la deriva de los siglos no tendida clavada como idea fija en el centro de la incandescencia Delhi Dos sílabas altas rodeadas de arena e insomnio En voz baja las digo Nada se mueve pero la hora crece se dilata Es el verano marejada que se derrama Oigo la vibración del cielo bajo sobre los llanos en letargo Masas enormes cónclaves obscenos nubes llenas de insectos aplastan indecisos bultos enanos. (Mañana tendrán nombre erguidos serán casas mañana serán árboles) Nada se mueve. La hora es más grande yo más solo clavado en el centro del torbellino Si extiende la mano un cuerpo fofo el aire un ser promiscuo sin cara Acodado al balcón Veo (*No te apoyes, si estás solo, contra la balaustrada*, dice el poeta chino) No es la altura ni la noche y su luna no son los infinitos a la vista es la memoria y sus vértigos Esto que veo esto que gira son las acechanzas las trampas detrás no hay nada son las fechas y sus remolinos (Trono de hueso trono del mediodía aquella isla En su cantil leonado por un instante vi la vida verdadera Tenía la cara de la muerte eran el mismo rostro Disuelto en el mismo mar centelleante) Lo que viviste hoy te desviveno estás allá aquí estoy aquí en mi comienzo No me reniego me sustento Acodado al balcón veo nubarrones y un pedazo de luna lo que está aquí visible casas gente lo real presente vencido por la hora lo que está aquí invisible mi horizonte Si es un comienzo este comienzo no principia conmigo con él comienzo en él me perpetúo Acodado al balcón veo esta lejanía tan próxima No sé cómo nombrarla aunque la toco con el pensamiento La noche que se va a piquela ciudad como un monte caído blancas luces azules amarillas faros súbitos paredes de infamia y los racimos terribles las pinas de hombres y bestias por el suelo y la maraña de sus sueños enlazados Vieja Delhi fétida Delhicallejas y plazuelas y mezquitas como un cuerpo acuchillado como un jardín enterrado Desde hace siglos llueve polvo tu manto son las tolvaneras tu almohada un ladrillo roto En una hoja de higuera comes las sobras de tus dioses tus templos son burdeles de incurable estás cubierta de hormiga escorral desamparado mausoleo desmoronado estás desnuda como un cadáver profanado te arrancaron joyas y mortaja Estabas cubierta de poemastodo tu cuerpo era escritura acuérdate recobra la palabra eres hermosa sabes hablar cantar bailar

Delhi

dos torresplantadas en el llano dos sílabas altas Yo las digo en voz baja acodado al balcón clavado no en el suelo en su vértigoen el centro de la incandescencia Estuve allá.no sé adondeEstoy aquí *no sé* es donde No la tierra el tiempo en sus manos vacías me sostiene Noche y luna movimientos de nubestemblo de árboles estupor del espacioinfinito y violencia en el airepolvo iracundo que despiertaencienden luces en el puerto aéreorumor de cantos por el Fuerte RojoLejanías *pasos de un peregrino son errantes*sobre este frágil puente de palabrasLa hora me levanta hambre de encarnación padece el tiempoMás allá de mí mismoen algún lado aguardo mi llegada

EN LOS JARDINES DE LOS LODI

A Claude Esteban

EN EL azul unánimelos domos de los mausoleos —negros, reconcentrados, pensativos—emitieron de pronto pájaros.

EL DÍA EN UDAIPUR

BLANCO el palacio, blanco en el lago negro.

Lingam y yoni. Como la diosa al diostú me rodeas, noche. Fresca terraza. Eres inmensa, inmensa a la medida. Estrellas inhumanas. Pero la hora es nuestra. Caigo y me elevo, ardo y me anego. ¿Sólo tienes un cuerpo? Pájaros sobre el agua, alba sobre los párpados. Ensimismados,altos como la muerte, brotan los mármoles.Encallan los palacios,blancura a la deriva. Mujeres, niños por los caminos: frutas desparramadas. Harapos o relámpagos?Procesión en el llano. Sonora y fresca por brazos y tobillos corre la plata.Con un traje alquilado el niño va a su boda.La ropa limpia tendida entre las piedras.Mírala y calla.En el islote chillanmonos de culo rojo. Cuelga del muro,oscuro sol en celo,un avispero.También mi frente es solde pensamientos negros. Moscas y sangre.En el patio de Kalitrisca un cabrito. Del mismo plato comendioses, hombres y bestias. Sobre el dios pálido la diosa negra baila,decapitada. Calor, hora rajada,y esos mangos podridos...Tu frente, el lago: lisos, sin pensamientos. Salta una trucha.Luces sobre las aguas:ánimas navegantes. Ondulaciones:ocre el llano -y la grieta...Tu ropa al lado.Sobre tu cuerpo en sombra estoy como una lámpara.Viva balanza:los cuerpos enlazados sobre el vacío.El cielo nos aplasta, el agua nos sostiene. Abro los ojos:nacieron muchos árboles hoy por la noche.Esto que he visto y digo, el sol, blanco, lo borra.

EL OTRO SE INVENTÓ una cara.

Detrás de ella vivió, murió y resucitómuchas veces. Su cara hoy tiene las arrugas de esa cara.Sus arrugas no tienen cara.

GOLDEN LOTUS

JARDINES despeinados, casa grande como una hacienda. Hay muchos cuartos vados, muchos retratos de celebridades desconocidas. Moradas y negras,en paredes y sedas marchitaslas huellas digitalesde los monzones giratorios.Lujo y polvo. Calor, calor.La casa está habitada por una mujer rubia.La mujer está habitada por el viento.

PERPETUA ENCARNADA

TIEMBLAN los intrincados jardines juntan los árboles las frentescuchichean

El día

arde aún en mis ojos Hora a hora lo vi deslizarse ancho y feliz como un río sombra y luz
enlazadas sus orillasy un amarillo remolino una sola intensidad monótona el sol fijo en su
centro Gravitaciones oscilaciones de materia impalpable blancas demoliciones
congregaciones de la espuma nómadagrandes montañas de allá arribacolgadas de la
luz gloria inmóvil que un parpadeo vuelve añicos Y aquí abajo

papayos mangos tamarindos laureles araucarias excelsas chirimoyos el baniano más bosque
que árbol verde algarabía de millones de hojas frutos negruzcos bolsas

palpitantes murciélagos dormidos colgando de las ramas Todo era irreal en su demasía

Sobre la pared encalada

teatro escrito por el viento y la luz

las sombras de la enredadera

más verde que la palabra marzo

máscara de la tarde abstraída en la caligrafía de sus pájaros

Entre las rejas trémulas de los reflejos

iba y venía una lagartija transparente Graciosa terrible diminuta

cambiaba de lugar y no de tiempo subía y bajaba por un presente sin antes ni después Desde
mi ahora

como aquel que se asoma a precipicios y lo miraba Mareo

pululación y vacío la tarde la bestezuela mi conciencia una vibración idéntica indiferente Y

vi en la cal una explosión morada cuántos soles en un abrir y cerrar de ojos Tanta blancura
me hizo daño

Me refugié en los eucaliptos pedí a su sombra llueva o truenos ser siempre igual silencio de
raíces

y la conversación airosa de las hojas Pedí templanza pedí perseverancia Estoy atado al
tiempo

prendido prendado estoy enamorado de este mundo ando a tientas en mí mismo

extraviado pido entereza pido desprendimiento abrir los ojos evidencias ilesas

entre las claridades que se anulan No la abolición de las imágenes la encarnación de los

pronombres el mundo que entre todos inventamos pueblo de signos y en su centro la solitaria

Perpetua encarnada una mitad mujer peña manantial la otra Palabra de todos con que

hablamos a solas pido que siempre me acompañes razón del hombre

el animal de manos radiantes el animal con ojos en las yemas

La noche se congrega y se ensancha nudo de tiempos y racimo de espacios veo oigo

respiro Pido ser obediente a este día y esta noche

UTACAMUDI EN LAS montañas Nilgiri

busqué a los Toda.

Sus templos son establos cónicos.

Flacos, barbudos y herméticos,

al ordeñar sus búfalos sagrados

salmodian himnos incoherentes.

Desde Sumeria guardan un secreto

sin saber que lo guardan

y entre los labios resechos de los viejos

el nombre de Ishtar, diosa cruel,

brilla como la luna sobre un pozo vacío

2

En la veranda del Cecil Hotel Miss Penélope (pelo canario, medias de lana, báculo) repitese desde hace treinta años: *Oh India, country of missed oportunities...* Arriba, entre los fuegos de artificios de la Jacaranda, graznan los cuervos, alegremente.

3

Altas yerbas y árboles bajos. Territorio indeciso. En los claros las termitas aladas construyendominutos castillos ciclópeos. Homenajes de arena a Micenas y Machu-Picchu.

4

Más hojoso y brillante el *nim* es como el fresno: es un árbol cantante.

5

Visión en el desfiladero: el árbol de camelias rosado sobre el precipicio. Fulgor entre verdoros taciturnos plantado en un abismo. Una presencia impenetrable, indiferente al vértigo -y al lenguaje.

6

Crece en la noche el cielo, eucalipto encendido. Estrellas generosas: no me aplastan, me llaman.

CERCA DEL CABO COMORÍN

A Gerardo Deniz

EN UN *land-rover* averiado en mitad del campo llovido. Árboles con el agua al cuello bajo un cielo recién nacido y blancos pájaros flemáticos, airones y garzotas, impolutos entre tantos verdes dramáticos. En la ciénaga sumergidos estultos búfalos lustrosos comen, casi enteramente dormidos, lirios acuáticos. Una pandilla de monos mendicantes. Increíblemente trepada, una cabra amarilla sobre una piedra puntiaguda. Un cuervo sobre la cabra. Y la invisible, aunque constante, pánica presencia: no araña o cobra, lo Innominable, la universal indiferencia donde la forma vil y la adorable prosperan y se anulan: vacíos hervideros. Doble latido en la fijeza del espacio: el sol junto a la luna. Anochece. El martín pescador es un topacio instantáneo. El carbón prevalece. Se disuelve el paisaje ahogado. ¿Soy alma en pena o cuerpo errante? Se disuelve también el *land-rover* parado.

EFECTOS DEL BAUTISMO

EL JOVEN Hassan,

por casarse con una cristiana, se bautizó.

El cura, como a un vikingo, lo llamó Erik.

Ahora tiene dos nombres y una sola mujer. MADURAI

EN EL bar del British Club -sin ingleses, *soft drinks*-

Nuestra ciudad es santa y cuenta me decía, apurando su naranjada, *con el templo más grande de la India*

(Minakshi, diosa canela) y *el garage T.S.V.* (tus ojos son dos peces) *el más grande también en el subcontinente:*

Sri K. J. Chidambaram, *yo soy familiar de ambas instituciones.*

Director de The Great Lingam Inc.,

Compañía de Autobuses de Turismo.

FELICIDAD EN HERAT

A Carlos Pellicer

VINE aquí como escribo estas líneas, sin idea fija: una mezquita azul y verde, seis minaretes trancos, dos o tres tumbas, memorias de un poeta santo, los nombres de Timur y su linaje. Encontré al viento de los cien días. Todas las noches las cubrió de arena, acosó

mi frente, me quemó los párpados. La madrugada: dispersión de pájaros y ese rumor de agua entre piedras que son los pasos campesinos. (Pero el agua sabía a polvo.) Murmullos en el llano, apariciones desapariciones, ocre torbellinos insubstanciales como mis pensamientos. Vueltas y vueltas en un cuarto de hotel o en las colinas: la tierra un cementerio de camellos y en mis cavilaciones siempre los mismos rostros que se desmoronan. ¿El viento, el señor de las ruinas, es mi único maestro? Erosiones: el menos crece más y más. En la tumba del santo, hondo en el árbol seco, clavé un clavo, no, como los otros, contra el mal de ojo: contra mí mismo, (Algo dije: palabras que se lleva el viento.) Una tarde pactaron las alturas. Sin cambiar de lugar caminaron los chopos. Sol en los azulejos súbitas primaveras. En el Jardín de las Señoras subí a la cúpula turquesa. Minaretes tatuados de signos: la escritura cúfica, más allá de la letra, se volvió transparente. No tuve la visión sin imágenes, no vi girar las formas hasta desvanecerse en claridad inmóvil, el ser ya sin sustancia del sufí. No bebí plenitud en el vacío ni vi las treinta y dos señales del Bodhisatva cuerpo de diamante. Vi un cielo azul y todos los azules, del blanco al verde todo el abanico de los álamos y sobre el pino, más aire que pájaro, el mirlo blanquinegro. Vi al mundo reposar en sí mismo. Vi las apariencias. Y llamé a esa media hora: Perfección de lo Finito.

PASO DE TANGHI-GARU

A E. Cifran

TIERRA tasajeada: la marcó el invierno con sus armas, vestidura de espinas fue la primavera. Montes de mica. Cabras negras. Bajo las pezuñas sonámbulas la pizarra relumbra, ceñuda. Sol fijo, clavado en la enorme cicatriz de piedra. La muerte nos piensa.

APARICIÓN

Si EL hombre es polvo esos que andan por el llano son hombres

PUEBLO

LAS piedras son tiempo el viento

siglos de viento Los árboles son tiempo las gentes son piedras El viento vuelve sobre sí mismo y se entierra en el día de piedra No hay agua pero brillan los ojos

VRINDABAN

RODEADO de noche follaje inmenso de rumores grandes cortinas impalpables hálitos escribo me detengo escribo (Todo está y no está todo calladamente se desmorona sobre la página) Hace unos instantes corría en un coche entre las casas apagadas Corría entre mis pensamientos encendidos Arriba las estrellas jardines serenísimos Yo era un árbol y hablaba estaba cubierto de hojas y ojos Yo era el murmullo que avanza el enjambre de imágenes (Ahora trazo unos cuantos signos crispados negro sobre blanco diminuto jardín de letras la luz de una lámpara plantado) Corría el coche por los barrios dormidos yo corría tras de mis pensamientos míos y de los otros Reminiscencias supervivencias figuraciones nombres. Los restos de las chispas y las risas de la velada la danza de las horas la marcha de las constelaciones y otros lugares comunes; Yo creo en los hombres o en los astros? Yo creo (aquí intervienen los puntos suspensivos) Yo veo Pórtico de columnas carcomidas estatuas esculpidas por la peste la doble fila de mendigos y el hedor rey en su trono rodeado como si fuesen concubinas por un vaivén de aromas puros casi corpóreos ondulantes del sándalo al jazmín y sus fantasmas Putrefacción fiebre de formas fiebre del tiempo en sus combinaciones extasiado Cola de pavo real el universo entero miríadas de ojos en otros ojos reflejados modulaciones reverberaciones de un ojo único un solitario sol oculto tras su manto de transparencias su marea de maravillas Todo llameaba piedras mujeres agua Todo se esculpía del color a la forma de la forma al

incendio Todo se desvanecía Música de metales y maderas en la celda del dios matriz del templo Música como el agua y el viento en sus abrazos y sobre los sonidos enlazados la voz humana una en celo por el mediodía estela del alma que se desencarna (Escribo sin conocer el desenlace de lo que escribo Busco entre líneas Mi imagen es la lámpara encendida en mitad de la noche) Saltimbanqui mono de lo Absoluto Garabato en cuclillas cubierto de cenizas pálidas un sadhú me miraba y se reía Desde su orilla me miraba lejos lejos como los animales y los santos me miraba Desnudo desgredado embadurnado un rayo fijo los ojos minerales Yo quise hablarle me respondió con borborismos Ido ido ¿Adónde a qué región del ser a qué existencia a la intemperie de qué mundos en qué tiempo? (Escribo cada letra es un germen La memoria insiste en su marea y repite su mismo mediodía) Ido ido Santo picaro santo arrobos del hambre o de la droga Tal vez vio a Krishna árbol azul y centelleante nocturno surtidor brotando en la sequía Tal vez en una piedra hendida palpó la forma femenina y su desgarradura el vértigo sin forma Por esto o aquello vive en el muelle donde queman a los muertos Las calles solas las casas y sus sombras Todo era igual y todo era distinto El coche corría yo estaba quieto entre mis pensamientos desbocados (Ido ido Santo payaso santo mendigo rey maldito es lo mismo siempre lo mismo en lo mismo Es ser siempre en sí mismo encerrado en lo mismo En sí mismo cerrado ídolo podrido) Ido ido desde su orilla me miraba me mira desde su interminable mediodía Yo estoy en la hora inestable El coche corre entre las casas Yo escribo a la luz de una lámpara Los absolutos las eternidades y sus aledaños no son mi tema Tengo hambre de vida y también de morir Sé lo que creo y lo escribo Advenimiento del instante el acto el movimiento en que se esculpe y se deshace el ser entero Conciencia y manos para asir el tiempo soy una historia una memoria que se inventa Nunca estoy solo hablo siempre contigo hablas siempre conmigo
A obscuras voy y planto signos

CANCIÓN MEXICANA

Mi ABUELO, al tomar el café,

me hablaba de Juárez y de Porfirio, los zuavos y los plateados. Y el mantel olía a pólvora. Mi padre, al tomar la copa, me hablaba de Zapata y de Villa, Soto y Gama y los Flores Magón. Y el mantel olía a pólvora. Yo me quedo callado: ¿de quién podría hablar?

TUMBA DEL POETA

EL LIBRO

el vaso el verde obscuramente tallo el disco lecho de la bella durmiente la música las cosas anegadas en sus nombres decir las con los ojos en un allá no sé donde clavar las lámpara lápiz retrato esto que veo clavarlo como un templo vivo plantarlo como un árbol un dios coronarlo con un nombre inmortal irrisoria corona de espinas ¡Lenguaje! El tallo y su flor inminente sol-sexo-sol la flor sin sombra la palabra se abre en un allá sin donde extensión inmaculada transparencia que sostiene a las cosas caídas por la mirada levantadas en un reflejo suspendidas Haz de mundos Instantes racimos encendidos selvas andantes de astros sílabas errantes marea todos los tiempos del tiempo SER una fracción de segundo lámpara lápiz retrato en un aquí no sé donde Un nombre comienza asirlo plantarlo decirlo como un bosque pensante encarnarlo Un linaje comienza en un nombre un adán como un templo vivo nombre sin sombra clavado como un dios en este aquí sin donde ¡Lenguaje! Acabo en su comienzo en esto que digo acabo SER sombra de un nombre instantáneo

NUNCA SABRÉ MI DESENLAZADO MADRUGADA AL RASO

Los labios y las manos del viento el corazón del agua
un eucalipto el campamento de las nubes la vida que nace cada día la muerte que nace cada
vida Froto mis párpados: el cielo anda en la tierra

UN ANOCHECER

¿Qué la sostiene, entreabierta claridad anochecida, luz por los jardines suelta? Todas las
ramas, vencidas por un agobio de pájaros, hacia lo oscuro se inclinan. Sobre las bardas -
intactos: todavía resplandores-instantes ensimismados. Para recibir la noche se cambian las
arboledas en callados surtidores. Caen un pájaro, la yerba ensombrece, los confines se borran,
la cal es negra, el mundo es menos creíble.

EXCLAMACIÓN

QUIETO no en la rama en el aire No en el aire en el instante el colibrí **PRÓJIMO LEJANO**
ANOCHE un fresno a punto de decirme algo -callóse.

LECTURA DE JOHN CAGE LEÍDO desleído:

Music without measurements, sounds passing through circumstances. Dentro de mí los oigo
pasar afuera, fuera de mí los veo pasar conmigo. Yo soy la circunstancia. Música: oigo
adentro lo que veo afuera, veo dentro lo que oigo fuera. (No puedo oírme oír:
Duchamp.) Soy una arquitectura de sonidos instantáneos sobre un espacio que se
desintegra. (*Everything we come across is to the point.*) La música inventa al silencio, la
arquitectura inventa al espacio. Fábricas de aire. El silencio es el espacio de la música: un
espacio inextenso: no hay silencio salvo en la mente. El silencio es una idea, la idea fija de
la música. La música no es una idea: es movimiento, sonidos caminando sobre el
silencio. (*Not one sound fears the silence that extinguishes it.*) Silencio es música, música
no es silencio. Nirvana es Samsara, Samsara no es Nirvana. El saber no es saber: recobrar
la ignorancia, saber del saber. No es lo mismo oír los pasos de esta tarde entre los árboles y
las casas Que ver la misma tarde ahora entre los mismos árboles y casas después de leer
Silence: Nirvana es Samsara, silencio es música. (*Leí Ufe obscure the difference between
art and Ufe.*) Música no es silencio: no es decir lo que dice el silencio, es decir lo que no
dice. Silencio no tiene sentido, sentido no tiene silencio. Sin ser oída la música se desliza
entre ambos. (*Every something is an echo of nothing.*) En el silencio de mi cuarto el rumor
de mi cuerpo: inaudito. Un día oí sus pensamientos. La tarde se ha detenido: no obstante -
camina. Mi cuerpo oye al cuerpo de mi mujer (*a cable of sound*) y le responde: esto se
llama música. La música es real, el silencio es una idea. John Cage es japonés y no es una
idea: es sol sobre nieve. Sol y nieve no son lo mismo: el sol es nieve y la nieve es nieve O
el sol no es nieve ni la nieve es nieve John Cage no es americano (*U.S. A. is determined to
keep the Free World free, U.S.A. determined*) o John Cage es americano (*that the U.S.A.
may become just another part of the world. No more, no less.*) La nieve no es sol, la música
no es silencio, el sol es nieve, el silencio es música. (*The situation must be Yes-and-No, not
either-or*) Entre el silencio y la música, el arte y la vida, la nieve y el sol hay un hombre. Ese
hombre es John Cage (*committed to the nothing in between*). Dice una palabra: no nieve no
sol, una palabra que no es silencio: *A year from Monday you will hear it.* La tarde se ha
vuelto invisible.

DÓNDE SIN QUIÉN NO HAY

ni un alma entre los árboles. Y yo no sé adonde me he ido.

ESCRITURA

Yo DIBUJO estas letras como el día dibuja sus imágenes
y sopla sobre ellas y no vuelve

CONCORDE

A Carlos Fuentes ARRIBA el agua abajo el bosque
el viento por los caminos Quietud del pozo El cubo es negro El agua firme El agua baja
hasta los árboles El cielo sube hasta los labios

SUNYATA

AL confín yesca del espacio calcinado la ascensión amarilla del árbol Torbellino ágata
presencia que se consume en una gloria sin substancia
Hora a hora se deshoja el día ya no es sino un tallo de vibraciones que se disipan Y entre
tantas beatitudes indiferentes brota intacto idéntico el día El mismo que fluye entre mis
manos el mismo brasa sobre mis párpados El día El árbol

JUVENTUD

EL salto de la ola más blanca cada hora más verde cada día más joven la muerte

II

HACIA EL COMIENZO VIENTO ENTERO

EL PRESENTE es perpetuo Los montes son de hueso y son de nieve están aquí desde el principio El viento acaba de nacer sin edad como la luz y como el polvo Molino de sonidos el bazar tornasolea timbres motores radios el trote pétreo de los asnos opacos cantos y quejas enredados entre las barbas de los comerciantes salto fulgor a martillazos esculpido En los claros de silencio estallan los gritos de los niños Príncipes en harapos a la orilla del río atormentados rezan oran meditan El presente es perpetuo Se abren las compuertas del año el día salta ágata El pájaro caído entre la calle Montalambert y la de Bac es una muchacha detenida sobre un precipicio de miradas Si el agua es fuego llama En el centro de la hora redonda encandilada potranca alazana Un haz de chispas una muchacha real entre las casas y las gentes espectrales Presencia chorro de evidencias y yo a través de mis actos irreales la tomé de la mano juntos atravesamos los cuatro espacios los tres tiempos pueblos errantes de reflejos y volvimos al día del comienzo El presente es perpetuo 21 de junio hoy comienza el verano Dos o tres pájaros inventan un jardín Tú lees y comes un durazno sobre la colcha roja desnuda como el vino en el cántaro de vidrio Un gran vuelo de cuervos En Santo Domingo mueren nuestros hermanos Si hubiera parque no estarían ustedes aquí Nosotros nos roemos los codos En los jardines de su alcázar de estío Tipú Sultán plantó el árbol de los jacobinos luego distribuyó pedazos de vidrio entre los oficiales ingleses prisioneros y ordenó que se cortasen el prepucio y se lo comiesen El siglo se ha encendido en nuestras tierras ¿Con su lumbre las manos abrasadas los constructores de catedrales y pirámides levantarán sus casas transparentes? El presente es perpetuo. El sol se ha dormido entre tus pechos La colcha roja es negra y palpita Ni astro ni alhaja Fruta tú te llamas dátil Daliacastillo de sal si puedes mancha escarlata sobre la piedra empedernida Galerías terrazas escaleras desmanteladas salas nupciales del escorpión Ecos repeticiones relojería erótica Deshora Tú recorres los patios taciturnos bajo la tarde impíamanto de agujas en tus hombros indemnes Si el fuego es agua eres una gota diáfana la muchacha real transparencia del mundo El presente es perpetuo Los montes soles destazados petrificada tempestad ocre El viento rasga ver duele El cielo es otro abismo más alto Garganta de Salangla nube negra sobre la roca negra El puño de la sangre golpea puertas de piedra Sólo el agua es humana en estas soledades despeñadas Sólo tus ojos de agua humana Abajo en el espacio hendido el deseo te cubre con sus dos alas negras Tus ojos se abren y se cierran animales fosforescentes Abajo el desfiladero caliente la ola que se dilata y se rompe tus piernas abiertas el salto blanco la espuma de nuestros cuerpos abandonados El presente es perpetuo El morabito regaba la tumba del santo sus barbas eran más blancas que las nubes Frente al moral al flanco del torrente repetiste mi nombre dispersión de sílabas Un adolescente de ojos verdes te regaló una granada Al otro lado del Amu-Daryahumeaban las casitas rusas El son de la flauta usbekera otro río invisible y más puro En la barcaza el batelero estrangulaba pollos El país es una mano abierta sus líneas signos de un alfabeto roto Osamentas de reses en el llano Bactriana estatua pulverizada yo recogí del polvo unos cuantos nombres Por esas sílabas caídas granos de una granada cenicienta juro ser tierra y viento remolino sobre tus huesos El presente es perpetuo La noche entra con todos sus árboles noche de insectos eléctricos y fieras de seda noche de yerbas que andan sobre los muertos conjunción de aguas que vienen de lejos murmullos los universos se desgranar un mundo cae se enciende una semillada palabra palpita Oigo tu latir en la sombra enigma en forma de reloj de arena mujer dormida Espacio espacios animados Anima mundi materia maternal perpetua desterrada de sí misma y caída perpetua en su entraña vacía Anima mundi madre de las razas errantes de los soles y los

hombres Emigran los espacios el presente es perpetuo En el pico del mundo se acarician Shiva y Parvatí Cada caricia dura un siglo para el dios y para el hombre un mismo tiempo un mismo despeñarse Láhor río rojo barcas negras entre dos tamarindos una niña descalza y su mirar sin tiempo Un latido idéntico muerte y nacimiento Entre el cielo y la tierra suspendidos unos cuantos álamos vibrar de luz más que vaivén de hojas ¿suben o bajan? El presente es perpetuo Llueve sobre mi infancia llueve sobre el jardín de la fiebre flores de sílex árboles de humo En una hoja de higuera tú navegas por mi frente La lluvia no te moja eres la llama de agua la gota diáfana de fuego derramada sobre mis párpados Yo veo a través de mis actos irreales el mismo día que comienza Gira el espacio arranca sus raíces el mundo No pesan más que el alba nuestros cuerpos tendidos

MADRIGAL

MÁS transparente que esa gota de agua entre los dedos de la enredadera mi pensamiento tiende un puente de ti misma a ti misma Mírate más real que el cuerpo que habitas fija en el centro de mi frente Naciste para vivir en una isla

EJEMPLO

EL trueno anda por el llano el cielo esconde todos sus pájaros Sol desollado bajo su luz finallas piedras son más piedra Rumor de follajes inciertos como ciegos que buscan su camino Dentro de unos instantes noche y agua serán un solo cuerpo

PASAJE

MÁS que aire más que agua más que labios ligera ligera Tu cuerpo es la huella de tu cuerpo

CONTIGO

RÁFAGAS turquesaloros fugaces en parejas Vehemencias el mundo llamea Un árbol hirviente de cuervos arde sin quemarse Quieta entre los altos tornasoles eres una pausa de la luz El día es una gran palabra clara palpitación de vocales Tus pechos maduran bajo mis ojos Mi pensamiento es más ligero que el aire Soy real veo mi vida y mi muerte El mundo es verdadero Veo habito una transparencia

SOL SOBRE UNA MANTA

ACRIBILLADA por la luz una mitad del muro salina vertical La cortina su derramada sombra azul marejada sobre la cal del otro lienzo Afuera el sol combate con el mar El piso de ladrillo respirado respirante El azul se tiende sobre la cama se extiende Una almohada rosada sostiene una muchacha El vestido lacre todavía caliente los ojos entrecerrados no por la espera por la visita Está descalza La plata tosca enlazada fresca un brazo desnudo Sobre sus pechos valientes baila el puñal del sol Hacia su vientre eminencia inminencia sube una línea de hormigas negras Abre los ojos de la miel quemada la miel negra al centelleo de la amapola la luz negra Un jarro sobre la mesa Un girasol sobre el jarro La muchacha sobre la manta azul un sol más fresco

MAITHUNA

Mis ojos te descubren desnuda
y te cubren con una lluvia cálida de miradas
*

Una jaula de sonidos Abierta en plena mañana
más blanca que tus nalgas en plena noche tu risa o más bien tu follaje tu camisa de luna al saltar de la cama
Luz cernida la espiral cantante devana la blancura.

Aspa Xplantada en un abra

*

Mi día

en tu nochevienta Tu gritosalta en pedazos

La nocheesparce tu cuerpoResaca

tus cuerposse anudanOtra vez tu cuerpo

*

Hora vertical la sequía

mueve sus ruedas espejeantesJardín de navajas festín de falaciasPor esas reverberaciones

entras ilesa en el río de mis manos

*

Más rápida que la fiebrenadas en lo oscuro ,

tu sombra es más claraentre las caricias tu cuerpo es más negroSaltas a la orilla de lo

improbabletoboganes de cómo cuando porque sí Tu risa incendia tu ropa

tu risa moja mi frente mis ojos mis razonesTu cuerpo incendia tu sombraTe meces en el

trapecio del miedolos terrores de tu infancia me mirandesde tus ojos de precipicio

abiertosen el acto de amor

sobre el precipicioTu cuerpo es más claro

tu sombra es más negraTú ríes sobre tus cenizas

*

Lengua borgoña de sol flagelado lengua que lame tu país de dunas insomnes cabellera

lengua de látigos lenguajes sobre tu espalda desatados entrelazadosobre tus senos

escritura que te escribecon letras agujijones te niegacon signos tizones vestidura que te

desvisteescritura que te viste de adivinanzasescritura en la que me entierro Cabellera

gran noche súbita sobre tu cuerpojarra de vino caliente derramado sobre las tablas de la

leynudo de aullidos y nube de silenciosracimo de culebras

racimo de uvaspisoteadas por las heladas plantas de la luna lluvia de manos de hojas de

dedos de viento

sobre tu cuerpo sobre mi cuerpo sobre tu cuerpoCabellera follaje del árbol de huesos

el árbol de raíces aéreas que beben noche en el solEl árbol carnal El árbol mortal

*

Anoche

en tu cama éramos tres:tú yo la luna

*

Abro los labios de tu nochehúmedas oquedades

Ecos desnacimientos: Blancor súbito de agua

desencadenada

*

Dormir dormir en tío mejor despertar

abrir los ojos en tu centro negro blanco negro blanco Ser sol insomneque tu memoria

quema

(y la memoria de mí en tu memoria)

*

Y nueva nubemente subesavia(salvia te llamo llama)

El tallo estalla(Lluevenieve ardiente)Mi lengua estáallá (En la nieve se quematu rosa) Está

ya (sello tu sexo) el alba salva

LAS ARMAS DEL VERANO

OYÜ la palpitación del espacio son los pasos de la estación en celosobre las brasas del año

Rumor de alas y de crótalostambores lejanos del chubascocrepitación y jadeo de la
 tierrabajo su vestidura de insectos y raíces
 La sed despierta y construye
 sus grandes jaulas de vidrio
 donde tu desnudez es agua encadenada
 agua que canta y se desencadena
 Armada con las armas del veranoentras en mi cuarto entras en mi frente y desatas el río del
 lenguajemírate en estas rápidas palabras
 El día se quema poco a pocosobre el paisaje abolidotu sombra es un país de pájarosque el
 sol disipa con un gesto

EJE

POR EL arcaduz de sangremi cuerpo en tu cuerpo
 manantial de nochemi lengua de sol en tu bosque
 artesa tu cuerpo trigo rojo yo Por el arcaduz de huesoyo noche yo agua yo bosque que
 avanza yo lengua yo cuerpo yo hueso de sol Por el arcaduz de noche manantial de cuerpos
 tú noche del trigo
 tú bosque en el soltú agua que espera
 tú artesa de huesosPor el arcaduz de sol
 mi noche en tu nochemi sol en tu sol
 mi trigo en tu artesatu bosque en mi lengua
 Por el arcaduz del cuerpoel agua en la noche
 tu cuerpo en mi cuerpoManantial de huesos
 Manantial de soles

CUSTODIA

El nombreSus sombras El hombre La hembra
 El mazo El gong Lai La o La torre El aljibe
 El índice La hora El hueso La rosa
 El rocío La huesa El venero La llama
 El tizón La noche El río La ciudad La quilla El ancla El hembro La
 hembra
 El hombre Su cuerpo de nombres
 Tu nombre en mi nombre En tu nombre mi nombre
 Uno frente al otro uno contra el otro uno en torno al otro El uno en el otro Sin nombres

DOMINGO EN LA ISLA DE ELEFANTA

INVOCACIÓN

SHIVA y Parvatí:

los adoramos no como a dioses, como a imágenes de la divinidad de los hombres.
 Ustedes son lo que el hombre hace y no es, lo que el hombre ha de ser cuando pague la
 condena del quehacer. Shiva: tus cuatro brazos son cuatro ríos, cuatro surtidores. Todo
 tu ser es una fuente y en ella se baña la linda Parvatí, en ella se mece como una barca
 graciosa. El mar palpita bajo el sol: son los gruesos labios de Shiva que sonrío; el mar es
 una larga llamarada: son los pasos de Parvatí sobre las aguas. Shiva y Parvatí: la mujer
 que es mi mujery yo, nada les pedimos, nadaque sea del otro mundo:sólo la luz sobre el
 mar, la luz descalza sobre el mar y la tierra dormidos.

CUENTO DE DOS JARDINES

UNA casa, un jardín, no son lugares: giran, van y vienen. Sus apariciones abren en el
 espacio

otro espacio, otro tiempo en el tiempo. Sus eclipses no son abdicaciones: nos quemaría la vivacidad de uno de esos instantes si durase otro instante. Estamos condenados a matar al tiempo: así morimos, poco a poco. Un jardín no es un lugar. Por un sendero de arena rojiza entramos en una gota de agua, bebemos en su centro verdes claridades, por la espiral de las horas ascendemos hasta la punta del día descendemos hasta la consumación de su brasa. Fluye el jardín en la noche, río de rumores. Aquel de Mixcoac, abandonado, cubierto de cicatrices, era un cuerpo a punto de desplomarse. Yo era niño y el jardín se parecía a mi abuelo. Trepaba por sus rodillas vegetales sin saber que lo habían condenado. El jardín lo sabía: esperaba su destrucción como el sentenciado el hacha. La higuera era la diosa, la Madre. Zumban de insectos coléricos, los sordos tambores de la sangre, el sol y su martillo, el verde abrazo de innumerables brazos. La incisión del tronco: el mundo se entreabrió. Yo creí que había visto a la muerte: vi la otra cara del ser, la vacía, el fijo resplandor sin atributos. Se agolpan, en la frente del Ajusco, las blancas confederaciones. Ennegrecen, son ya una masa cárdena, una protuberancia enorme que se desgarran: el galope del aguacero cubre todo el llano. Lluvia sobre lavas: danza el agua sobre la piedra ensangrentada. Luz, luz: substancia del tiempo y sus inventos. Meses como espejos, uno en el otro reflejado y anulado. Días en que no pasa nada, contemplación de un hormiguero, sus trabajos subterráneos, sus ritos feroces. Inmerso en la luz cruel, expiaba mi cuerpo-hormiguero, espía la febril construcción de mi ruina. Élitros: el afilado canto del insecto corta las yerbas secas. Cactus minerales, lagartijas de azogue en los muros de adobe, el pájaro que perfora el espacio, sed, tedio, tolvaneras, impalpables epifanías del viento. Los pinos me enseñaron a hablar solo. En aquel jardín aprendí a despedirme. Después no hubo jardines. Un día, como si regresara, no a mi casa, al comienzo del Comienzo, llegué a una claridad. Espacio hecho de aire para los juegos pasionales del agua y de la luz. Diáfanas convergencias: del gorjeo del verde al azul más húmedo al gris entre brasas al más llagado rosa al oro desenterrado. Oí un rumor verdinegro brotar del centro de la noche: el *nim*. El cielo, con todas sus joyas bárbaras, sobre sus hombros. El calor era una mano inmensa que se cerraba, se oía el jadeo de las raíces, la dilatación del espacio, el desmoronamiento del año. El árbol no cedía. Grande como el monumento a la paciencia, justo como la balanza que pesa la gota de rocío, el grano de luz, el instante. Entre sus brazos cabían muchas lunas. Casa de las ardillas, mesón de los mirlos. La fuerza es fidelidad, el poder acatamiento: nadie acaba en sí mismo, un todo es cada uno en otro todo, en otro uno. El otro está en el uno, el uno es otro: somos constelaciones. El *nim*, enorme, sabía ser pequeño. A sus pies supe que estaba vivo, supe que morir es ensancharse, negarse es crecer. Aprendí, en la fraternidad de los árboles, a reconciliarme, no conmigo: con lo que me levanta, me sostiene, me deja caer. Me crucé con una muchacha. Sus ojos: el pacto del sol de verano con el sol de otoño. Partidaria de acróbatas, astrónomos, camelleros. Yo de fareros, lógicos, sadúes. Nuestros cuerpos se hablaron, se juntaron y se fueron. Nosotros nos fuimos con ellos. Era el monzón. Cielos de yerba machacada y el viento en armas por las encrucijadas. Por la niña del cuento, marinera de un estanque en borrasca, la llamé Almendrita. No un nombre: un velero intrépido. Llovía, la tierra se vestía y así se desnudaba, las serpientes salían de sus hoyos, la luna era de agua, el sol era de agua, el cielo se destrenzaba, sus trenzas eran ríos desatados, los ríos tragaban pueblos, muerte y vida se confundían, amasijo de lodo y de sol, estación de lujuria y pestilencia, estación del rayo sobre el árbol de sándalo, tronchados astros genitales pudriéndose resucitando en tu vagina, madre India, India niña, empapada de savia, semen, jugos, venenos. A la casa le brotaron escamas. Almendrita: llama intacta entre el culebreo y el ventarrón, en la noche de hojas de banano asca verde, hamadría, *yakshi*: risas en el matorral, manojo de albores en la espesura, más música que cuerpo, más fuga de pájaro que música, más mujer que pájaro:

sol tu vientre, sol en el agua, agua de sol en la jarra, grano de girasol que yo planté en mi pecho, ágata, mazorca de llamas en el jardín de huesos. Chuang-Tseu le pidió al cielo sus luminarias, sus címbalos al viento, para sus funerales. Nosotros le pedimos al *nim* que nos casara. Un jardín no es un lugar: es un tránsito, una pasión. No sabemos hacia dónde vamos, transcurrir es suficiente, transcurrir es quedarse: una vertiginosa inmovilidad. Las estaciones, oleaje de los meses. Cada invierno una terraza sobre el año. Luz bien templada, resonancias, transparencias, esculturas de aire disipadas apenas pronunciadas: ¡sílabas, islas afortunadas! Engastado en la yerba el gato Demóstenes es un carbón luminoso, la gata Semíramis persigue quimeras, acecha reflejos, sombras, ecos. Arriba, sarcasmos de cuervos; el urogallo y su hembra, príncipes desterrados; la upupa, pico y penacho, un alfiler engalanado; la verde artillería de los pericos; los murciélagos color de anochecer. En el cieloliso, fijo, vacío, el milano dibuja y borra círculos. Ahora, quieto sobre la arista de una ola: un albatros, peñasco de espuma. Instantáneo, se dispersa en alas. No estamos lejos de Durban (allí estudió Pessoa). Cruzamos un petrolero. Iba a Mombasa, ese puerto con nombre de fruta. (En mi sangre: Camoens, Vasco de Gama y los otros...) El jardín se ha quedado atrás. ¿Atrás o adelante? No hay más jardines que los que llevamos dentro. ¿Qué nos espera en la otra orilla? Pasión es tránsito: la otra orilla está aquí, luz en el aire sin orillas, *Prajnaparamita*, Nuestra Señora de la Otra Orilla, tú misma, la muchacha del cuento, la alumna del jardín. Olvidé a Nagarjuna y a harmakirti en tus pechos, en tu grito los encontré, *Maithuna*, dos en uno, uno en todo, todo en nada, ¡*sunyata*, plenitud vacía, vacuidad redonda como tu grupa! Los cormoranes: sobre un charco de luz pescan sus sombras. La visión se disipa en torbellinos, hélice de diecisiete sílabas dibujada en el marno por Basho: por mis ojos, el sol y los pájaros, hoy, hacia las cuatro, a la altura de Mauritania. Una ola estalla: mariposas de sal. Metamorfosis de lo idéntico. A esta misma hora Delhi y sus piedras rojas, su río turbio, sus domos blancos, sus siglos en añicos, se transfiguran: arquitecturas sin peso, cristalizaciones casi mentales. Desvanecimientos, alto vértigo sobre un espejo. El jardín se abisma. Ya es un nombre sin substancia.

LOS SIGNOS SE BORRAN: YO MIRO LA CLARIDAD

III

BLANCO [1966]

Como no ha sido posible reproducir aquí todas las características de la edición original de *Blanco* (México, 1967), señalo que este poema debería leerse como una sucesión de signos sobre una página única; a medida que avanza la lectura, la página se desdobra: un espacio que en su movimiento deja aparecer el texto y que, en cierto modo, lo produce. Algo así como el viaje inmóvil al que nos invita un rollo de pinturas y emblemas tántricos: si lo desenrollamos, se despliega ante nuestros ojos un ritual, una suerte de procesión o peregrinación hacia ¿dónde? El espacio fluye, engendra un texto, lo disipa –transcurre como si fuese tiempo. A esta disposición de orden temporal y que es la forma que adopta el curso del poema: su discurso, corresponde otra, espacial: las distintas partes que lo componen están distribuidas como las regiones, los colores, los símbolos y las figuras de un mándala... La tipografía y la encuadernación de la primera edición de *Blanco* querían subrayar no tanto la presencia del texto como la del espacio que lo sostiene: aquello que hace posible la escritura y la lectura, aquello en que terminan toda escritura y lectura.

Blanco es una composición que ofrece la posibilidad de varias lecturas, a saber:

- a) En su totalidad, como un solo texto;
- b) la columna del centro, con exclusión de las de izquierda y derecha, es un poema cuyo tema es el tránsito de la palabra, del silencio al silencio (de lo «en blanco» a lo blanco –al blanco), pasando por cuatro estados: amarillo, rojo, verde y azul;

- c) la columna de la izquierda es un poema dividido en cuatro momentos que corresponden a los cuatro elementos tradicionales;
 d) la columna de la derecha es otro poema, contrapunto del anterior y compuesto de cuatro variaciones sobre la sensación, la percepción, la imaginación y el entendimiento;
 e) cada una de las cuatro partes formadas por dos columnas puede leerse, sin tener en cuenta esa división, como un solo texto: cuatro poemas independientes; f) la columna del centro puede leerse como seis poemas sueltos y las de izquierda y derecha como ocho.
 By passion the world is bound, by passion too is released.

The Hevajra Tantra

Avec ce seul objet dont le Néant s'honore. STEPHANE

MALLARME

el comienzo el cimientola simiente latente

la palabra en la punta de la lengua inaudita inaudible impar grávida nula

sin edad la enterrada con los ojos abiertos inocente promiscua la palabra sin nombre

sin habla Sube y baja, escalera de escapulario, el lenguaje deshabitado. Bajo la piel de la penumbra late una lámpara.

Superviviente entre las confusiones taciturnas,

Asciende en un tallo de cobre resuelto en un follaje de claridad: ampara de caídas realidades.

O dormido o extinto, alto en su vara (cabeza en una pica), un girasol ya luz carbonizada sobre un vaso de sombra.

En la palma de una manoficticia, Flor ni vista ni pensada: oída, aparece amarillo cáliz de consonantes y vocales incendiadas.

en el atoro la sombra del fuego llama rodeada de leones en el fuego tu sombra y la mía leona en el circo de las llamas ánima entre las sensaciones

el fuego te desata y te anuda Pan Grial Ascua frutos de luces de bengala

Muchacha los sentidos se abren tú ríes -desnuda en la noche magnética en los jardines de la llama

LA PASIÓN DE LA BRASA COMPASIVA

Un pulso, un insistir, oleaje de sílabas húmedas. Sin decir palabra oscurece mi frente un presentimiento de lenguaje. *Patience patience* (Livingston en la sequía) *river rising a little*. El mío es rojo y se agosta entre sableras llameantes: Castillas de arena, naipes rotos y el jeroglífico (agua y brasa) en el pecho de México caído.

Polvo soy de aquellos lodos. Río de sangre, río de historias de sangre, río seco: boca de manantial amordazado

por la conjuración anónima de los huesos, por la ceñuda peña de los siglos y los minutos: el lenguaje es una expiación, propiciación que no habla, emparedado, cada día asesinado, el muerto innumerable.

Hablar mientras los otros trabajan a pulir huesos aguzar silencios hasta la transparencia, hasta la ondulación, el cabrilleo, hasta el agua:

los ríos de tu cuerpo el río de los cuerpos país de latidos

astros infusorios reptiles entrar en ti torrente de cinabrio

sonámbulo país de ojos cerrados oleaje de las genealogías agua sin

pensamientos juegos conjugaciones juglarías

entrar en mí *subyector y obyector abyector y absuelto*

a1 entrar en tu cuerpo río de soles

País de espejos en vela "las altas fieras de la piel luciente"

País de agua despierta rueda el río seminal de los mundos

en la noche dormida el ojo que lo mira es otro río

me miro en lo que miro *es mi creación esto que veo como entrar por*
 mis ojos *la percepción es concepción en un ojo más límpido*
agua de pensamientos me mira lo que miro soy la creación de lo que
 veo
 delta de brazos del deseo *agua de verdad*
 en un lecho de vértigos *verdad de agua*

La transparencia es todo lo que queda Paramera abrasada del amarillo al encarnado la tierra es un lenguaje calcinado. Hay púas invisibles, hay espinas en los ojos. En un muro rosado tres buitres ahitos. No tiene cuerpo ni cara ni alma, está en todas partes, a todos nos aplasta: este sol es injusto. La rabia es mineral. Los colores se obstinan. Se obstina el horizonte. Tambores tambores tambores. El cielo se ennegrece como esta página. Dispersión de cuervos. Inminencia de violencias violetas. Se levantan los arenales, la cerrazón de reses de ceniza. Mueven los árboles encadenados. Tambores tambores tambores. Te golpeo cielo, tierra te golpeo. Cielo abierto, tierra cerrada, flauta y tambor, centella y trueno, te abro, te golpeo. Te abres, tierra, tienes la boca llena de agua, tu cuerpo chorrea cielo, tierra, revientas, tus semillas estallan verdea la palabra

se desata se esparce

árida ondulación

se levanta se erige ídolo

entre brazos de arena

desnuda como la mente

brilla se multiplica se niega

en la reverberación del deseo

renace se escapa se persigue

girando girando visión

del pensamiento gavilán

en tomo a la idea negra

cabra en la peña hendida

el vellón de la juntura

paraje desnudo

en la mujer desnuda

snapshot de un latido de tiempo

pirauستا nudo de presencia

s real irreal quieto vibrante

inmóvil bajo el sol inmóvil

pradera quemada

del color de la tierra

color de sol en la arena

la yerba de mi sombra

sobre el lugar de la juntura

mis manos de lluvia

obsurecida por los pájaros

sobre tus pechos verdes

beatitud suficiente mujer tendida

hecha a la imagen del mundo

El mundo haz de tus imágenes

Del amarillo al rojo al verde, peregrinación hacia las claridades, la palabra se asoma a remolinos azules. Gira el anillo beodo, giran los cinco sentidos alrededor de la amatista ensimismada. Traslumbramiento: no pienso, veo -no lo que veo, los reflejos, los

pensamientos veo. Las precipitaciones de la música, el número cristalizado. Un archipiélago de signos. Aerofanía, boca de verdades, claridad que se anula en una sílaba diáfana como el silencio: no pienso, veo -no lo que pienso, la cara en blanco del olvido, el resplandor de lo vacío. Pierdo mi sombra, avanzo entre los bosques impalpables, las esculturas rápidas del viento, los sinfines, desfiladeros afilados, avanzo, mis pasos se disuelven en un espacio que se desvanecen pensamientos que no pienso.

caes de tu cuerpo a tu sombra no
allá sino en mis ojos
en un caer inmóvil de cascada
cielo y suelo se juntan
caes de tu sombra a tu nombre
intocable horizonte
te precipitas en tus semejanzas
yo soy tu lejanía
caes de tu nombre a tu cuerpo
el más allá de la mirada
en un presente que no acaba
las imaginaciones de la arena
caes en tu comienzo
las disipadas fábulas del viento
derramada en mi cuerpo
yo soy la estela de tus erosiones
tú te repartes como el lenguaje
espacio dios descuartizado
tú me repartes en tus partes
altar el pensamiento y el cuchillo
vientre teatro de la sangre
eje de los solsticios
yedra arbórea lengua tizón de frescura
el firmamento es macho y hembra
temblor de tierra de tu grupa
testigos los testículos solares
lluvia de tus' talones en mi espalda
falo el pensar y vulva la palabra
ojo jaguar en espesura de pestañas
espacio es cuerpo signo pensamiento
la hendidura encarnada en la maleza
siempre dos sílabas enamoradas
los labios negros de la profetisa
Adivinanza
entera en cada parte te repartes
las espirales transfiguración
cuerpo son los cuerpos del instante
es cuerpo el tiempo el mundo pensado
soñado encarnado visto locado desvanecido
contemplada por mis oídos
horizonte de música tendida
olida por mis ojos puente
colgante del color al aroma
acariciada por mi olfato

olor desnudez en las manos del aire
oída por mi lengua
cántico de los sabores
comida por mi tacto
festín de niebla
habitar tu nombre
despoblar tu cuerpo caer en tu grito contigo
casa del viento
La irrealidad de lo mirado a la realidad a la mirada

En el centro
 del mundo del cuerpo del espíritu la grieta el resplandor No
 En el remolino de las desapariciones el torbellino de las apariciones Sí El árbol de
 los nombres
 No es una palabra Sí es una palabra
 aire son nada son este insecto revoloteando entre las líneas de la página inacabada
 inacabable El pensamiento revoloteando
 entre estas palabras Son tus pasos en el cuarto vecino los pájaros que regresan El árbol *nim*
 que nos protege los protege Sus ramas acallan al trueno apagan al relámpago En su follaje
 bebe agua la sequía Son esta noche (esta música) Mírala fluir
 entre tus pechos cae sobre tu vientre blanca y negra primavera nocturna jazmín y ala de
 cuervo tamborino y *sitar* No y Sí juntos
 dos sílabas enamoradas Si el mundo es real
 la palabra es irreal Si es real la palabra
 el mundo es la grieta el resplandor el remolino No
 las desapariciones y las apariciones
 Sí el árbol de los nombres
 Real irreal son palabras aire son nada
 El habla irreal de realidad al silencio
 Callar es un tejido de lenguaje
 Silencio sello centelleo
 en la frente en los la ios
 antes de evaporarse Apariciones y desapariciones La realidad y sus resurrecciones El
 silencio reposa en el habla
 El espíritu es una invención del cuerpo El cuerpo
 es una invención del mundo
 El mundo es una invención del espíritu No Sí
 irrealidad de lo mirado la transparencia es todo lo que queda Tus pasos en el cuarto vecino el
 trueno verde
 madura
 en el follaje del cielo
 Estás desnuda
 como una sílaba como una llama
 una isla de llamas pasión de brasa compasiva El mundo
 haz de tus imágenes anegadas en la música Tu cuerpo
 derramado en mi cuerpo
 visto desvanecido
 da realidad a la mirada

Delhi, del 23 de julio al 25 de septiembre de 1966

NOTAS

EL BALCÓN

El poeta chino es Lin-Yu (937-978), último emperador de la dinastía Tang del Sur. Las líneas que cito pertenecen a un poema escrito en el destierro. *Pasos de un peregrino son errante*: primer verso de la dedicatoria de las *Soledades*.

EL DÍA EN UDAIPUR

Los palacios de Udaipur (Rajastán) pertenecen a la última fase del arte indosarraceno y son de los siglos XVII y XVIII.

Lingam: símbolo fálico de Shiva. *Yoni*: símbolo sexual de la gran diosa.

Con un traje alquilado / El niño va a su boda... En el bazar de Udaipur hay una tienda donde los novios -casi todos niños de las castas campesinas- alquilan los suntuosos trajes que exige la tradición para la ceremonia de las bodas.

En el patio de Kali / trisca un cabrito... En los santuarios de Kali se practica el sacrificio de cabritos. Los restos del animal decapitado se venden a los devotos y las sobras se dan a los mendigos.

Sobre el dios pálido / la diosa negra baila... Sobre el cuerpo tendido y cubierto de cenizas, aletargado o muerto, del dios asceta Shiva, baila la negra Kali y en su frenesí se decapita a sí misma. (Cf. la interpretación del mito de Henrich Zimmer, *Myths and Symbols in Iridian An and Civilization*, Nueva York, 1946.)

UTACAMUD

Hay una extensa literatura antropológica sobre los Toda, sus ritos asociados a la ordeña de búfalos sagrados, su sistema de parentesco, su poesía oral y los sacrificios de niños, reales o supuestos, que practicaban. Se ignora el origen de este grupo. Algunos ven en ellos a los descendientes de una colonia de comerciantes sumerio-babilonios que no pudo regresar a Mesopotamia por las invasiones arias del segundo milenario antes de Cristo. Los partidarios de esta hipótesis, hoy vista con desconfianza por muchos antropólogos, citan en su abono las plegarias que recitan los sacerdotes al ordeñar los búfalos sagrados y en las que aparecen, más o menos deformados, los nombres de varias divinidades sumerio-babilonias, entre ellos el de la diosa Istar. Los sacerdotes confiesan que esos nombres son incomprensibles para ellos.

Nim (Azadirachta indica): árbol corpulento de sombra. Las raíces y la corteza son medicinales, las hojas son usadas como dentríficos. Como el pipal y el baniano, el *nim* aparece en la poesía popular, pero no está asociado a la vida religiosa sino a la erótica, según puede verse en esta canción de Uttar Pradesh:

Padre, no cortes nunca este *nim*: el *nim* es amparo de gorriones. Padre, no regañes nunca a tus hijas: las hijas son como los gorriones. Si los gorriones vuelan lejos el *nim* se entristece.

FELICIDAD EN HERAT

Herat fue el foco principal del llamado «renacimiento timúrida», que renovó la civilización islámica en Persia y en la India. Shah Rakh, hijo y sucesor de Timur, era gobernador de Herat cuando Clavijo, el embajador español, visitó Samarcanda. (Sobre la atmósfera de Herat: véanse las *Memorias* de Babur.)

El viento de los cien días: sopla en el verano. *Memorias de un poeta santo*: el místico y teólogo sufí Hazrat Khwaja Abdullah Ánsar. Un espíritu libre, enemigo de la ortodoxia y también de las supersticiones. Pero ahora, en el jardín que rodea a su tumba, hay un árbol casi seco: los devotos clavan en su tronco clavos de hierro, como un remedio que sirve para prevenir el mal de ojo y curar el dolor de muelas.

La cúpula turquesa: corona el mausoleo de Gahar Shad, la mujer de Shah Rakh. Está en un parque muy visitado cada viernes por las mujeres de Herat.

Bodisatva: un Buda futuro, antes de alcanzar el Nirvana. Para el budismo Hinayana el ideal de la perfección es el *Arhaí*, el sabio que ha conquistado, por la meditación solitaria y al ejemplo del Buda, la beatitud; para los adeptos del budismo Mahayana, el ideal es el Bodisatva que, movido por una infinita sabiduría (*prajna*) y una compasión no menos infinita (*karuna*), ha renunciado al Nirvana para ayudar a todos los seres vivos en el camino hacia la iluminación (*bodhi*). Pero los Bodisatvas no son dioses ni tampoco santos, en el sentido cristiano y musulmán de la palabra: son no-entidades, su esencia es la vacuidad (*sunyata*).

Las treinta y dos señales: según los Sutas Mahayana en el cuerpo de los Bodisatvas hay ciertos signos y marcas, generalmente treinta y dos. No obstante, los mismos textos insisten en el carácter ilusorio de esas marcas: lo que distingue al Bodisatva de los otros seres es la ausencia de signos...

Cuerpo de diamante, la esencia del Buda es incorruptible como el diamante. El budismo tántrico es la «vía del rayo y del diamante» (*Vajrayana*).

VRINDABAN

Una de las ciudades santas del hinduismo, en las cercanías de Mathura, célebre desde la Antigüedad por el culto a Krisna. Según la leyenda, en Vrindaban pasó el dios parte de su infancia y de su juventud: en los bosques de Vrindaban, hoy llanos pelados, obró prodigios, fascinó a las vaquetillas y enamoró a Radha.

Sadhú: asceta vagabundo, religioso sin domicilio fijo.

Árbol azul: Krishna es azul y negro, como Mixcóatl.

En una piedra hendida / Palpó la forma femenina: ciertas piedras son signos de la gran diosa, sobre todo si su forma alude a la hendidura sexual (*yoni*). *Ido, ido*: en los Sutas Prajnaparamita figura con frecuencia la fórmula: *Ido ido a la Otra Orilla*. O sea: traspasó (el sabio) el mundo fenomenal, vive ya en la otra orilla (la Perfecta Sabiduría).

LECTURA DE JOHN CAGE

Los libros de Cage son *Silence* (1961) y *A year from Monday* (1961). Las frases en inglés y subrayadas pertenecen al segundo. En la literatura budista Mahayana, especialmente en la tántrica, se repite una y otra vez la fórmula *Samsara es Nirvana, Nirvana es Samsara*. Es una expresión que condensa una de las ideas cardinales de la tendencia madhyamika: la identidad última entre la realidad fenomenal (Samsara: el ciclo del deseo ignorante de sí y de sus reencarnaciones) y la trascendental (Nirvana: un estado de beatitud indefinible excepto por la negación: no es ni esto ni aquello). Samsara y Nirvana son equivalentes porque ambos son modos de la vacuidad y el verdadero sabio trasciende su aparente dualidad. Pero el poema dice algo ligeramente distinto... (Cf. *Les Chants Mystiques de Kanha et Saraha*, traducción de M. Shabidullah, París, 1921. El poema de Saraha también ha sido traducido al inglés: *Buddhist Text through the ages*, Londres, 1954.)

VIENTO ENTERO

La primera estrofa se refiere al bazar de Cabul y al río que atraviesa esa ciudad; la segunda alude a un barrio de París; las otras, a distintos lugares y parajes en el norte de India, Paquistán occidental y Afganistán. *Un gran vuelo de cuervos*: Rubén Darío, en «Canto de esperanza», n.º 10 de *Cantos de vida y esperanza* (1905).

Santo Domingo: este poema fue escrito durante la intervención armada norteamericana en la República Dominicana.

Si *hubiera parque* [municiones, pertrechos] *no estarían ustedes aquí*: frase que los libros escolares de historia de México atribuyen al general Anaya, al entregar la plaza de

Churubusco al general Scott, jefe de las tropas norteamericanas que invadieron México en 1847.

Tipú-Sulián plantó el árbol de los jacobinos: el hecho es histórico. No aseguro lo mismo del sucedido a que se alude inmediatamente después, aunque figura en algunos relatos y memorias de la época.

Datia: en la ciudad amurallada de ese nombre, en el estado de Madhya Pradesh, se encuentra el palacio-castillo de Datia. Construido sobre un promontorio de peñascos negros, domina a la ciudad y a la llanura. Según Fergusson, es el ejemplo más perfecto de la arquitectura civil del siglo xvii. Fue edificado por el Raja Bir Singh Deo, hombre de armas al servicio del Emperador Jahangir. El conjunto, visto desde la llanura, parece un gigantesco iceberg de piedra; la mitad de su estructura está oculta entre las rocas, en cuyo interior se excavaron salas y galerías. (Cf. Percy Brown: *Indian Architecture, Islam Period*.) Datia jamás fue habitado, excepto por los murciélagos, las víboras y los escorpiones: su propietario fue asesinado antes de que pudiese ocuparlo. La perfecta geometría de sus patios, salas y galerías evoca no tanto los castillos de Sade como el rigor delirante y circular de su pensamiento. Un solipsismo de piedra responde (corresponde) al solipsismo verbal. El amor es inseparable del erotismo pero lo traspasa -lo atraviesa-, indemne.

Garganta de Salang: paso en las montañas del Hindukush. entre Cabul y Kunduz.

Usbek: la nación usbek, de origen turco, se encuentra repartida entre la URSS y Afganistán. El grupo afgano es nómada.

Bactriana: el pasaje alude a esta antigua provincia, uno de los grandes centros de helenismo no-mediterráneo, víctima de los kushanes. Los hunos blancos y otras invasiones de nómadas del Asia Central.

En un pico del mundo: el gran dios Shiva (*Mahadeva*) y Parvati, su consorte, viven en el monte Kalaisa, en los Himalayas.

En una hoja de higuera tú navegas- alusión al cuento infantil *Almendriúa*.

Maithuna

Maithuna: las parejas eróticas que cubren los muros de ciertos templos budistas e hindúes; la unión sexual; el camino de la iluminación, en el budismo y el hinduismo tántricos, por la conjunción de *karuna* (la Pasión) y *prajna* (la Sabiduría). *Karuna* es el lado masculino de la realidad y *Prajna* el femenino. Su unión es *sunyata*: la vacuidad... vacía de su vacuidad. El fragmento séptimo de este poema es una imitación de Li-Po.

CUENTO DE DOS JARDINES

Almendrita: cf. el cuento infantil de ese nombre. *Yakshi*: divinidad femenina de los árboles y las plantas. *Prajnaparamita*: *prajna* es sabiduría y *paramita* es perfección; la Perfecta Sabiduría; la otra orilla; divinidad femenina en el budismo Mahayana, como nuestra Sofía; la mujer y, en el budismo tántrico (*Vajrayana*), su vulva; la plenitud en el vacío. *Nagarjuna*: filósofo budista del siglo u; *Dharmakirti*: lógico y poeta budista del siglo VII.

BLANCO

Escalera de escapulario: la de mano que cuelga pegada a la pared de los pozos en las minas.

Patience, patience. River rising a Hule, cf. el diario de Livingston. *Agua y brasa*: el «agua quemada» de los aztecas. (Cf. *Pensamiento y religión en el México Antiguo*, de Laurette Sejourné.)

Las altas fieras de la piel luciente: cf. el soneto de Quevedo «Traigo todas las Indias en la mano...»

Zitar: instrumento musical del norte de la India.

VUELTA**[Configuraciones VISTA DE PÁJARO**

A Guillermo Suede

FURIOSAMENTE

gira sobre un reflejo cae en línea recta afilada blancura asciende ya sangriento el picosal dispersa apenas línea al caer recta tu mirada sobre esta página disuelta

EL FUEGO DE CADA DÍA

A Juan García Ponce

COMO el aire hace y deshace sobre las páginas de la geología, sobre las mesas planetarias, sus invisibles edificios: el hombre. Su lenguaje es un grano apenas, pero quemante, en la palma del espacio. Sílabas son incandescencias. También son plantas: sus raíces fracturan el silencio, sus ramas construyen casas de sonidos. Sílabas: se enlazan y se desenlazan, Juegan a las semejanzas y las desemejanzas. Sílabas: maduran en las frentes, florecen en las bocas. Sus raíces beben noche, comen luz. Lenguajes: árboles incandescentes de follajes de ll vias. Vegetaciones de relámpagos, geometrías de ecos: sobre la hoja de papel el poema se hace como el día sobre la palma del espacio.

POR LA CALLE DE GALEANA

A Ramón Xirau

GOLPEAN martillos allá arriba voces pulverizadas Desde la punta de la tarde bajan verticalmente los albañiles Estamos entre azul y buenas noches aquí comienzan los baldíos Un charco anémico de pronto llameala sombra de un colibrí lo incendia Al llegar a las primeras casas el verano se oxida Alguien ha cerrado la puerta alguien habla con su sombra Pardea ya no hay nadie en la calle ni siquiera este perro asustado de andar solo por ella Da miedo cerrar los ojos

LA ARBOLEDA

A Pere Gimferrer

ENORME y sólida pero oscilante, golpeada por el viento pero encadenada, rumor de un millón de hojas contra mi ventana. Motín de árboles, oleaje de sonidos verdinegros. La arboleda, quieta de pronto, es un tejido de ramas y frondas. Hay claros llameantes. Caída en esas redes se revuelve, respira una materia violenta y resplandeciente, un animal iracundo y rápido, cuerpo de lumbre entre las hojas: el día. A la izquierda del macizo,

más idea que color, poco cielo y muchas nubes, el azuleo de una cuencarodeada de peñones en demolición, arena precipitada en el embudo de la arboleda. En la región central gruesas gotas de tinta esparcidas sobre un papel que el poniente inflama, negro casi enteramente allá, en el extremo sudeste, donde se derrumba el horizonte. La enramada, vuelta cobre, relumbra. Tres mirlos atraviesan la hoguera y reaparecen, ilesos, en una zona vacía: ni luz ni sombra. Nubes en marcha hacia su disolución. Encienden luces en las casas. El cielo se acumula en la ventana. El patio, encerrado en sus cuatro muros, se aísla más y más. Así perfecciona su realidad. El bote de basura, la maceta sin planta, ya no son, sobre el opaco cemento, sino sacos de sombras. Sobre sí mismo el espacio se cierra. Poco a poco se petrifican los nombres.

PAISAJE INMEMORIAL

A José de la Colina

SH MECE aérea se desliza entre ramas troncos postes revolotea perezosa entre los altos frutos eléctricos cae oblicua ya azul sobre la otra nieve Hecha de la misma inmaterialidad que la sombra no arroja sombra alguna Tiene ja densidad del silencio La nieve es nieve pero quema Los faros perforan súbitos túneles al instante desmoronados La noche acribillada crece se adentrarse en la noche Pasan los autos obstinados Todos por distintas direcciones hacia el mismo destino Un día en los jalos de hierro estallarán las lámparas Un día el mugido del río de motores se apagará Un día estas casas serán colinas otra vez el viento entre las piedras hablará a solas Oblicua entre las sombras In sombra ha de caer casi azul sobre la tierra La misma de ahora la nieve de hace un millón de años

TROWBRIDGE STREET

1 EL SOL dentro del día El frío dentro del sol. Calles sin nadie autos parados Todavía no hay nieve

hay viento viento en el aire helado un arbolito rojo Hablo con él al hablar conigo

2 Estoy en un cuarto abandonado del lenguaje Tú estás en otro cuarto idéntico O los dos estamos

en una calle que tu mirada ha despoblado El mundo imperceptiblemente se deshace

Memoria desmoronada bajo nuestros pasos Estoy parado a la mitad de esta línea no escrita

3 Las puertas se abren y cierran solas

El aire entra y sale por nuestra casa

El aire habla a solas al hablar contigo El aire sin nombre por el pasillo interminable No se sabe quién está del otro lado El aire da vueltas y vueltas por mi cráneo vacío El aire vuelve aire todo lo que toca

El aire con dedos de aire disipa lo que digo Soy aire que no miras No puedo abrir tus ojos No puedo cerrar la puerta El aire se ha vuelto sólido

4 Esta hora tiene la forma de una pausa

La pausa tiene tu forma Tú tienes la forma de una fuente no de agua sino de tiempo En lo alto del chorro de la fuente saltan mis pedazos el fui el soy el no soy todavía Mi vida no pesa El pasado se adelgaza El futuro es un poco de agua en tus ojos

5 Ahora tienes la forma de un puente Bajo tus arcos navega nuestro cuarto Desde tu pretil nos vemos pasar Ondean en el viento más luz que cuerpo En la otra orilla el sol crece al revés Sus raíces se entierran en el cielo Podríamos ocultarnos en su follaje Con sus ramas prendemos una hoguera El día es habitable 6 El frío ha inmovilizado al mundo El espacio es de vidrio

El vidrio es de aire
 Los ruidos más leves erigen súbitas esculturas
 El eco las multiplica y las dispersa
 Tal vez va a nevar
 Tiembla el árbol encendido
 Ya está rodeado de noche
 Al hablar con él hablo contigo

DOS EN UNO

BAJA desnuda

la luna la mujer por el pozo por mis ojos

Ciudad de México

VUELTA

A José Alvarado

Mejor será no regresar al pueblo, al edén subvertido que se calla en la mutilación de la metralla.

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

VOCES al doblar la esquina voces entre los dedos del sol sombra y luz casi líquidas Silba el carpintero silba el nevero silba tres fresnos en la plazuela Crece se eleva el invisible follaje de los sonidos Tiempo tendido a secar en las azoteas Estoy en Mixcoac En los buzones se pudren las cartas Sobre la cal del muro la mancha de la buganvilla aplastada por el sol escrita por el sol morada caligrafía pasional Camino hacia atrás hacia lo que dejé o me dejó Memoria inminencia de precipicio Balcón sobre el vacío Camino sin avanzar estoy rodeado de ciudad Me falta aire me falta cuerpo me faltan la piedra que es almohada y losa la yerba que es nube y agua Se apaga el ánima Mediodía puño de luz que golpea y golpea Caer en una oficina o sobre el asfalto ir a parar a un hospital la pena de morir así vale la pena Miro hacia atrás ese pasante ya no es sino bruma I Germinación de pesadillas infestación de imágenes leprosas en el vientre los sesos los pulmones en el sexo del templo y del colegio en los cines impalpables poblaciones del deseo en los sitios de convergencia del aquí y el allá el esto y el aquello en los telares del lenguaje en la memoria y sus moradas pululación de ideas con uñas y colmillos multiplicación de razones en forma de cuchillos en la plaza y en la catacumba en el pozo del solitario en la cama de espejos y en la cama de navajas en los albañales sonámbulos en los objetos del escaparate sentados en un trono de miradas Madura en el subsuelo la vegetación de los desastres Queman millones y millones de billetes viejos en el Banco de México En esquinas y plazas sobre anchos zócalos de lugares comunes los Padres de la Iglesia cívica clave taciturno de Gigantes y Cabezudos ni águilas ni jaguares los licenciados zopilotes los tapachiches alas de tinta mandíbulas de sierra los coyotes ventrílocuos traficantes de sombra los beneméritos el cacomixtle ladrón de gallinas el monumento al Cascabel y a su víbora los altares al máuser y al machete el mausoleo del caimán con charreteras esculpida retórica de frases de cemento Arquitecturas paralíticas barrios encallados jardines en descomposición médanos de salitre baldíos campamentos de nómadas urbanos hormigueros gusaneras ciudades de la ciudad costurones de cicatrices callejas en carne viva Ante la vitrina de los ataúdes Pompas Fúnebres *putas pilares de la noche vana* Al amanecer en el bar a la deriva el deshielo del enorme espejo donde los bebedores solitarios contemplan la disolución de sus facciones El sol se levanta de su lecho de huesos El aire no es aire ahoga sin brazos ni roanos El alba desgarró la cortina Ciudad montón de palabras rotas El viento en esquinas polvosas hojea los periódicos Noticias de ayer más remotas que una tablilla cuneiforme hecha pedazos Escrituras hendidas lenguajes en añicos se quebraron los signos *atl tlachinolli* se rompió agua quemada No hay centro plaza de congregación y consagración no hay eje dispersión de los años desbandada de los horizontes Marcaron a la ciudad en cada puerta en cada frente el signo \$ Estamos

rodeados He vuelto adonde empecé; ¿Gané o perdí? (*Preguntas ¿qué leyes rigen «éxito» y «fracaso»?*) Flotan los cantos de los pescadores ante la orilla inmóvil Wang Wei al Prefecto Chang desde su cabana en el lago Pero yo no quiero una ermita intelectual en San Ángel o en Coyoacán) Todo es gananciasi todo es pérdida Camino hacia mí mismo hacia la plazuela El espacio está adentro no es un *edén subvenido* es un latido de tiempo Los lugares son confluencias aleteo de presencias en un espacio instantáneo Silba el viento entre los fresnos surtidores luz y sombra casi líquidas voces de agua brillan fluyen se pierden me dejan en las manos un manojo de reflejos Camino sin avanzar Nunca llegamos Nunca estamos en donde estamos No el pasado el presente es intocable

A LA MITAD DE ESTA FRASE... No ESTOY en la cresta del mundo, El instante no es columna de estilita, no sube desde mis plantas el tiempo, no estalla en mi cráneo en una silenciosa explosión negra, iluminación idéntica a la ceguera. Estoy en un sexto piso, estoy en una jaula colgada del tiempo. Sexto piso: marea y martilleo, pelea de metales, despeñavidrierío, motores con rabia ya humana. La noche es un rumor que se desgaja, un cuerpo que al abrazarse se desgarrar. Ciega, religa a tientas sus pedazos, Junta sus nombres rotos, los esparce. Con las yemas cortadas se palpa en sueños la ciudad. No estoy en el crucero: elegires equivocarse. Estoy en la mitad de esta frase. ¿Hacia dónde me lleva? Retumba de tumbo en tumbo, hechos y fechas, mi nacida: calendario que se desmiembra por las concavidades de mi memoria. Soy el costal de mis sombras. Declive hacia los senos flaccidos de mi madre. Colinas arrugadas, lavadas lavas, llano de llanto, yantar de salitre. Dos obreros abren el hoyo. Desmoronada boca de ladrillo y cemento. Aparece la caja desencajada: entre tablones hendidos el sombrero gris perla, el par de zapatos, el traje negro de abogado. Huesos, trapos, botones: montón de polvo súbito a los pies de la luz. Fría, *no usada luz*, casi dormida, luz de la madrugada recién bajada del monte, pastora de los muertos. Lo que fue mi padre cabe en ese saco de lona que un obrero me tiende mientras mi madre se persigna. Antes de terminarse la visión se disipa: estoy en la mitad, colgado en una jaula, colgado en una imagen. El origen se aleja, el fin se desvanece. No hay fin ni principio: estoy en la pausa, no acabo ni comienzo, lo que digo no tiene pies ni cabeza. Doy vueltas en mí mismo y siempre encuentro los mismos nombres, los mismos rostros y a mí mismo no me encuentro. Mi historia no es mía: sílaba de esa frase rota que en su delirio circular repite la ciudad, repite. Ciudad, mi ciudad, estela afrentada, piedra deshonorada, nombre escupido. Tu historia es la Historia: Destino enmascarado de libertad, estrella errante y sin órbita, juego que todos jugamos sin saber las reglas, juego que nadie gana, juego sin reglas, desvarío de un dios especulativo, un hombre vuelto dios tartamudo. Nuestros oráculos son los discursos del afásico, nuestros profetas videntes con anteojos. Historia: ir y venir sin fin, sin comienzo. Nadie ha ido allá, Nadie ha bebido en la fuente, nadie ha abierto los párpados de piedra del tiempo, nadie ha oído la primera palabra, nadie oirá la última, la boca que la dice habla a solas, nadie ha bajado al hoyo de los universos, nadie ha vuelto del muladar de soles. Historia: basurero y arco iris. Escala hacia las altas terrazas: siete notas desvanecidas en la claridad. Palabras sin sombra. No las oímos, las negamos, dijimos que no existían: nos quedamos con el ruido. Sexto piso: estoy en la mitad de esta frase: ¿hacia dónde me lleva? Lenguaje despedazado. Poeta: jardinero de epítafios.

PETRIFICADA PETRIFICANTE

TERRAMUERTA

terrisombra no paltorio temezquible lodosa cenipolva pedrósea fuego petrificadocuena vaciada el sol no se bebió el lago no lo sorbió la tierra el agua no regresó al aire los

hombres fueron los ejecutores del polvo el viento se revuelca en la cama fría del fuego el viento en la tumba del aguarecita las letanías de la sequía el viento cuchillo roto en el cráter apagado el vientosusurro de salitre El sol anicorazol centrotal caledadoro se partióla palabra que baja en lenguas de fuego se quebró el cuento y la cuenta de los añosel canto de los días fue lluvia de chatarrapedregal de palabras silabarios de arenagritos machacados talómordaz afrenoboz alrroonzalcaídos caínes neblinosos abeles en jironessectarios sicarios idólatras letradosladinos ladrones ladridos del can tuertoel guía de los muertos perdidoen los giros del Ombligo de la Luna Valle de México boca opacalava de bava desmoronado trono de la Iraobstinada obsidiana petrificada petrificante Ira torre hendidatalla larga como un aullido pechos embadurnadosfrente enfoscada mocosangre verdeseca Ira fijeza clavada en una herida iranavaja cuchimiradasobre un país de espinas y de púas Circo de montesteatro de las nubes mesa del mediodíaestera de la luna jardín de planetastambor de la lluvia balcón de las brisas silla del sol juego de pelota de las constelacionesImágenes reventadas imágenes empaladas salta la mano cortada salta la lengua arrancadasaltan los senos tronchados la verga guillotinatristrás en el polvo tristrás en el patio traseropodan el árbol de sangre el árbol inteligente Polvo de imágenes disecadas. La Virgen corona de culebras. El Desollado El FlechadoEl CrucificadoEl Colibrí chispa con alastizónflor La Llamaque habla con palabras de agua La Señorapechos de vino y vientre de pan hornodonde arden los muertos y se cuecen los vivos La Araña hija del aire en su casa de aire hila la luz hila los días y los siglos El Conejo viento esculpido en el espejo de la luna Imágenes enterradasen el ojo del perro de los muertos caídasen el pozo cegado del origen torbellinos de reflejosen el teatro de piedra de la memoria imágenesgirantes en el circo del ojo vaciado ideasrojas verdes pardas enjambre de moscaslas ideas se comieron a los dioses los diosesse volvieron ideas grandes vejigas de bilislas vejigas reventaron los ídolos estallaron pudrición de dioses fue muladar el sagrarioel muladar fue criadero brotaron ideas armadas idearios ideodioses silogismos afilados caníbales endiosados ideas estúpidas como dioses perras rabiosas perras enamoradas de su vómito Hemos desenterrado a la Ira El anfiteatro del sol genital es un muladar La fuente del agua lunar es un muladar El parque de los enamorados es un muladar La biblioteca es una madriguera de ratas feroces La universidad es el charco de las ranas El altar es la tramoya de Chanfalla Los cerebros están manchados de tinta Los doctores discuten en la ladronera Los hombres de negocios manos rápidas pensamientos lentos ofician en el santuario Los dialécticos exaltan la sutileza de la sog La idea fija se emborracha con el contra El ideólogo cubiletero afilador de sofismasen su casa de citas truncadastrama edenes para eunucos aplicadosbosque de patíbulos paraíso de jaulas Imágenes manchadas escupieron sobre el origencarceleros del futuro sanguijuelas del presente afrentaron el cuerpo vivo del tiempo Hemos desenterrado a la Ira Sobre el pecho de México tablas escritas por el sol escalera de los siglos terraza espiral del vientobaila la desenterrada jadeo sed rabiapelea de ciegos bajo el mediodía rabia sed jadeo se golpean con piedras los ciegos se golpean se rompen los hombres las piedras se rompen adentro hay un agua que bebemos agua que amarga agua que alarga más la sed ¿Dónde está el agua otra?

Onfluencias

PIELSONIDO*DEL MUNDO'

The skin of the world, the sound of the world.

ROBERT MOTHERWELL

NEGRO sobre blanco, azul, el gigante grano de polenestalla entre las grietas del tiempo,entre las fallas de la conciencia. Gruesas gotasnegras blancas: lluvia de simientes.El árbol semántico,planta pasionalmente sacudida,llueve hojas digitales:río de manos sobre hacia entre.Gotas de tinta mental.La lluvia rojaempapa hasta los huesos la palabra *España*,palabra calcárea; el cisne de los signos,el tintero de las transfiguraciones, lanzados de sombra sobre la tela; * El texto alude a varios cuadros y *collages* de R. M.: las Elegías a la República Española, los homenajes a Mallarmé, la serie *Je t'aime* y la serie *Chi ama ende*. la llamita roja de lengua azul, plantada en la eminencia del pubis, dispara su kikirikí:*Je t'aime* con pan y metáforas de pan, *Je t'aime* y te ato con interminables cintas de metonimias, *Je t'aime* entre paréntesis imantados, *Je t'aime* caída en esta página, islaen el mar de las perplejidades. La marea de los ocre,su cresta verdeante,su grito blanco, el desmoronamiento del horizontesobre metros y metros de tela desierta,**el sol**,la traza de sus pasos en el cuadro, colores-actos, los hachazos del negro,la espiral del verde,el árbol amarillo que da frutos de lumbre,el azul y sus pájaros al asalto del blanco, espacio martirizado por la idea, por la pasión tatuado.Las líneas, vehemencia y geometría,cables de alta tensión: . la línea bisturí,la línea fiel de la balanza, la mirada-líneaque parte al mundo y lo reparte como un pan. En un pedazo de tela, lugar de la aparición,el cuerpo a cuerpo:la idea hecha acto.*Chi ama crede*: lleno el cuadro plural único otro vació respira igual a sí mismo ya: espacio reconquistado.

PIEDRA BLANCA Y NEGRA

SIMA

siembra una piedraen el aire La piedra asciendeAdentro hay un viejo dormidoSi abre los ojos la piedra estalla remolino de alas y picos sobre una mujer que fluye entre las barbas del otoño La piedra desciende Arde en la plaza del ojo Florece en la palma de tu mano habla suspendida entre tus pechoslenguajes de agua La piedra maduraAdentro cantan las semillas Son siete siete hermanas siete víboras siete gotas de jade siete palabras dormidas en un lecho de vidrio siete venas de agua en el centro de la piedra abierta por la mirada

OBJETOS Y APARICIONES

A Joseph Cornell

HEXAEDROS de madera y de vidrio apenas más grandes que una caja de zapatos. En ellos caben la noche y sus lámparas. Monumentos a cada momento hechos con los desechos de cada momento:jaulas de infinito. Canicas, botones, dedales, dados,alfileres, timbres, cuentas de vidrio:cuentos del tiempo. Memoria teje y desteje los ecos: en las cuatro esquinas de la caja juegan al aleleví damas sin sombra. El fuego enterrado en el espejo, el agua dormida en el ágata: solos de Jenny Lind y Jenny Colon. «Hay que hacer un cuadro», dijo Degas,«como se comete un crimen». Pero tú construístecajas donde las cosas se aligeran de sus nombres. *Slot machine* de visiones, vaso de encuentro de las reminiscencias, hotel de grillos y de constelaciones. Fragmentos mínimos, incoherentes: al revés de la Historia, creadora de ruinas,tú hiciste con tus ruinas creaciones. Teatro de los espíritus:los objetos juegan al arocon las leyes de la identidad. *GrandHotel Couronne*: en una redomael tres de tréboles y, toda ojos,Almendrita en los jardines de un reflejo. Un peine es un harpa pulsada por la mirada de una niña muda de nacimiento. El reflector del ojo mental disipa el espectáculo: dios solitario sobre un mundo extinto. Las apariciones

son patentes. Sus cuerpos pesan menos que la luz. Duran lo que dura esta frase. Joseph Cornell: en el interior de tus cajas mis palabras se volvieron visibles un instante.

Nocturno de San Ildefonso

1 Inventa la noche en mi ventana otra noche, otro espacio: fiesta convulsa en un metro cuadrado de negrura. Momentáneas confederaciones de fuego, nómadas geometrías, números errantes. Del amarillo al verde al rojo se desvía la espiral. Ventana: lámina imantada de llamadas y respuestas, caligrafía de alto voltaje, mentido cielo/infierno de la industria sobre la piel cambiante del instante. Signos-semillas: la noche los dispara, suben, estallan allá arriba, se precipitan, ya quemados, en un cono de sombra, reaparecen, lumbres divagantes, racimos de sílabas, incendios giratorios, se dispersan. Otra vez añicos. La ciudad los inventa y los anula. Estoy a la entrada de un túnel. Estas frases perforan el tiempo. Tal vez yo soy ese que espera al final del túnel. Hablo con los ojos cerrados. Alguien ha plantado en mis párpados un bosque de agujas magnéticas, alguien guía la hilera de estas palabras. La página se ha vuelto un hormiguero. El vacío se estableció en la boca de mi estómago. Caigo interminablemente sobre ese vacío. Caigo sin caer. Tengo las manos frías, los pies fríos - pero los alfabetos arden, arden. El espacio se hace y se deshace. La noche insiste, la noche palpa mi frente, palpa mis pensamientos. ¿Qué quiere? 2 Calles vacías, luces tuertas. En una esquina, el espectro de un perro. fúscas, en la basura, un hueso fantasma. Gallera alborotada: patio de vecindad y su mitote. México, hacia 1931. Gorriones callejeros, una bandada de niños con los periódicos que no vendieron hace un nido. Los faroles inventan, en la soledumbre, charcos irreales de luz amarillenta. Apariciones, el tiempo se abre: un taconeo lúgubre, lascivo: bajo un *cielo de hollín la llamada de una falda. C'est la mort -ou la morte...* El viento indiferente arranca en las paredes anuncios lacerados. A esta hora los muros rojos de San Ildefonso son negros y respiran: sol hecho tiempo, tiempo hecho piedra, piedra hecha cuerpo. Estas calles fueron canales. Al sol, las casas eran plata: ciudad de cal y canto, luna caída en el lago. Los criollos levantaron, sobre el canal cegado y el ídolo enterrado, otra ciudad - no blanca: rosa y orodea vuelta espacio, número tangible. La asentaron en el cruce de las ocho direcciones, sus puertas a lo invisible abiertas: el cielo y el infierno. Barrio dormido. Andamos por galerías de ecos, entre imágenes rotas: nuestra historia. Callada nación de las piedras. Iglesias, vegetación de cúpulas, sus fachadas petrificados jardines de símbolos. Embarrancados en la proliferación rencorosa de casas enanas, palacios humillados, fuentes sin agua, afrentados frontispicios. Cúmulos, madréporas insubstanciales: se acumulan sobre las graves moles, vencidas o por la pesadumbre de los años, o el oprobio del presente. Plaza del Zócalo, vasta como firmamento: espacio diáfano, frontón de ecos. Allí inventamos, entre Aliocha K. y Julián S., sinus de relámpago cara al siglo y sus camarillas. Nos arrastra el viento del pensamiento, el viento verbal, el viento que juega con espejos, señor de reflejos, constructor de ciudades de aire, geometrías suspendidas del hilo de la razón. Gusanos gigantes: amarillos tranvías apagados. Eses y zetas: un auto loco, insecto de ojos malignos. Ideas, frutos al alcance de la mano. Frutos: astros. Arden. Arde, árbol de pólvora, el diálogo adolescente, súbito almacén chamuscado. 12 veces golpea el puño de bronce de las torres. La noche estalla en pedazos, los junta luego y a sí misma, intacta, se une. Nos dispersamos, no allá en la plaza con sus trenes quemados, aquí, sobre esta página: letras petrificadas.

3

El muchacho que camina por este poema, entre San Ildefonso y el Zócalo, es el hombre que lo escribe:

esta página también es una caminata nocturna.

Aquí encarnan los espectros amigos, las ideas se disipan. El bien, quisimos el bien:

enderezar al mundo.No nos faltó entereza:nos faltó humildad.lo que quisimos no lo quisimos con inocencia. Preceptos y conceptos,soberbia de teólogos:golpear con la cruz,fundar con sangre,levantar la casa con ladrillos de crimen, decretar la comunión obligatoria.Algunos se convirtieron en secretarios de los secretarios del Secretario General del Infierno. La rabia se volvió filósofa, su baba ha cubierto al planeta.La razón descendió a la tierra,tomó la forma del patíbulo -y la adoran millones.Enredo circular: todos hemos sido,en el Gran Teatro del Inmundo, jueces, verdugos, víctimas, testigos, todos hemos levantado falso testimonio contra los otros y contra nosotros mismos. Y lo más vil: fuimos el público que aplaude o bosteza en su butaca.La culpa que no se sabe culpa, la inocencia,fue la culpa mayor. Cada año fue monte de huesos. Conversiones, retractaciones, excomuniones,reconciliaciones, apostasías, abjuraciones,zigzag de las demonolatrías y las androlatrías,los embrujamientos y las desviaciones:mi historia, ¿son las historias de un error?La historia es el error. La verdad es aquello,más allá de las fechas, más acá de los nombres,que la historia desdeña: el cada día-latido anónimo de todos, latidoúnico de cada uno-, el irrepitible cada día idéntico a todos los días. La verdades el fondo del tiempo sin historia. El peso del instante que no pesa: unas piedras con sol,vistas hace ya mucho y que hoy regresan,piedras de tiempo que son también de piedra bajo este sol de tiempo,sol que viene de un día sin fecha, sol que ilumina estas palabras, sol de palabras que se apaga al nombrarlas. Arden y se apagan soles, palabras, piedras: el instante los quema sin quemarse. Oculto, inmóvil, intocable,el presente -no sus presencias- está siempre. Entre el hacer y el ver, acción o contemplación,escogí el acto de palabras: hacerlas, habitarlas,dar ojos al lenguaje. La poesía no es la verdad:es la resurrección de las presencias, la historia transfigurada en la verdad del tiempo no fechado.La poesía,como la historia, se hace; la poesía,como la verdad, se ve. La poesía:encarnación del sol-sobre-las-piedras en un nombre, disolución del nombre en un más allá de las piedras. La poesía, puente colgante entre historia y verdad, no es camino hacia esto o aquello: **es ver** la quietud en el movimiento, el tránsito en la quietud. La historia es el camino:no va a ninguna parte, todos lo caminamos,la verdad es caminarlo. No vamos ni venimos:estamos en las manos del tiempo. La verdad:sabernos, desde el origen,suspendidos.Fraternidad sobre el vacío.

4

Las ideas se disipan, quedan los espectros:verdad de lo vivido y padecido.Queda un sabor casi vacío: el tiempo -furor compartido-el tiempo -olvido compartido-al fin transfigurado en la memoria y sus encarnaciones. Queda el tiempo hecho cuerpo repartido: lenguaje.En la ventana, simulacro guerrero,se enciende y apaga el cielo comercial de los anuncios. Atrás, apenas visibles, las constelaciones verdaderas.Aparece, ntre tinacos, antenas, azoteas, columna líquida, más mental que corpórea,cascada de silencio: a luna. Ni fantasma ni idea:fue diosa y es hoy claridad errante. Mi mujer está dormida. También es luna,claridad que transcurre -no entre escollos de nubes,entre las peñas y las penas de los sueños: también es alma. Fluye bajo sus ojos cerrados,desde su frente se despeña, torrente silencioso, hasta sus pies, en sí misma se desploma y de sí misma brota, sus latidos la

esculpen, se inventa al recorrerse, se copia al inventarse, entre las islas de sus pechos es un brazo de mar, su vientre es la laguna donde se desvanecen la sombra y sus vegetaciones, fluye por su talle, sube, desciende, en sí misma se esparce, se ata a su fluir, se dispersa en su forma: también es cuerpo. La verdad es el oleaje de una respiración y las visiones que miran unos ojos cerrados: palpable misterio de la persona. La noche está a punto de desbordarse. larea. El horizonte se ha vuelto acuático. Despeñarse es de la altura de esta hora: ¿morirá caer o subir, una sensación o una cesación? Cierro los ojos, oigo en mi cráneo los pasos de mi sangre,igo pasar el tiempo por mis sienas. Todavía estoy vivo. El cuarto se ha enarenado de luna. ujer: fuente en la noche. Yo me fío a su fluir sosegado.

NOTAS

VUELTA

P. 240, Is. 21-22. Masoaka Shiki (1867-1902). Cf. *Versiones y diversiones*, México, 1974, p. 248.

P. 241, Is. 34-35. «Crepúsculos de la Ciudad» (soneto II), en *Libertad bajo palabra*, México, 1968, p. 64.

P. 242, l. 14. La expresión náhuatl *atl tlachinolli* significa «agua / (algo) quemado». Alfonso Caso indica que *agua* designa también sangre y que *(algo) quemado* alude a incendio. (*El teocalli de la guerra sagrada*, México, 1927.) La oposición entre agua y fuego, sus combates y sus abrazos, era una metáfora de la guerra cósmica, modelo a su vez de la guerra entre los hombres. El jeroglífico *atl tlachinolli* figura una y otra vez en los monumentos aztecas, sobre todo en los bajorrelieves del *teocalli* de la guerra sagrada. Las ciudades y las civilizaciones se fundan sobre una imagen; la unión de los contrarios, agua y fuego, fue la metáfora de fundación de la ciudad de México. La imagen aparece en otras civilizaciones -apenas si es necesario recordar a Novalis y su «llama mojada»- pero en ninguna otra ha inspirado tan entera y totalmente a una sociedad como en el caso de los aztecas. Aunque el sentido de *atl tlachinolli* fue religioso y guerrero, la visión que la metáfora despliega ante nuestros ojos va más allá de la idea imperialista a la que se le ha querido reducir. Es una imagen del cosmos y los hombres como una vasta unidad contradictoria. Visión trágica: el cosmos es movimiento y el eje de sangre de ese movimiento es el hombre. Después de una peregrinación de varios siglos, los mexicas fundaron México Tenochtitlan precisamente en el lugar señalado por el augurio de su dios Huitzilopochtli: la peña en la laguna; sobre la peña, el nopal, planta cuyos frutos simbolizan corazones humanos; sobre el nopal, el águila, el ave solar que devora los frutos rojos; la serpiente, las aguas blancas; los árboles y los yerbales también blancos... *Atl tlachinolli*: «la fuente muy clara y linda aquel día manaba muy bermeja, casi como sangre, la cual se dividía en dos arroyos y en la división del segundo arroyo salía el agua tan azul que era caso de espanto [...]». (*Códice Ramírez: Relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España, según sus historias*, siglo xvi, México, 1944.)

P. 242, Is. 28-30. Wang Wei (701-761), poema dedicado al subprefecto Chang. Cf. *Versiones y diversiones*, México, 1974, p. 205.

PETRIFICADA PETRIFICANTE

P. 247, Is. 36-37. Xólotl, el doble de Quetzalcoatl, dios penitente que se arranca un ojo y que desciende al infierno en forma de perro.

P. 247, l. 39. México es una palabra compuesta de *metztli* «luna», *xictli* «ombligo» y *co* «lugar»: lugar en el ombligo de la luna, es decir, en el ombligo del lago de la luna, como se llamaba al lago de México. (Cf. Alfonso Caso, *El Ombligo de la Luna*, 1952, y Gutierrez Tibón, *Historia del nombre y la fundación de México*, 1975.)

P. 250, l. 12. Cervantes, *El retablo de las maravillas*.

PIEDRA NEGRA Y BLANCA

No fui amigo de Joseph Sima, pero en 1969 y 1970 tuve la ocasión de verlo varias veces, siempre fugazmente, en la galería «Le Point Cardinal», en París. Su presencia y su conversación me causaron una impresión no menos viva que su pintura. Dos días antes de escribir el poema y soñar el sueño que son el objeto de esta nota, había recibido una carta de Claude Esteban en la que, a nombre de nuestro amigo Jean Hugues, me pedía un texto - tal vez, insinuaba Claude, un poema- en homenaje a Sima. No recuerdo apenas mi sueño, salvo esa imagen de la piedra casi esférica -¿planeta, calabaza gigantesca, bombilla eléctrica, fruto?- flotando en el aire, cambiando lentamente de color -¿pero cuáles eran los colores que alternativamente la encendían y la ensombrecían?-, girando en torno a sí misma y sobre un paisaje de arena fina cubierto de ojos -los ojos de Mane José que dormía a mi lado. El paisaje ondulado y amarillo se había vuelto unos ojos que miraban a la piedra respirar, dilatarse y contraerse, suspendida en el aire. Entonces me despertó una voz que decía: *Sima siembra*. Me levanté y escribí casi de corrido el poema que me había pedido Esteban. Tres días más tarde leímos en *Le Monde* que Sima había muerto. Como ese periódico llega a México tres días después de su aparición en París, yo había soñado el sueño y escrito el poema cuando Sima moría.

OBJETOS Y APARICIONES

Joseph Cornell había reunido una documentación notable sobre la cantante sueca Jenny Lind (1820-1887), Jenny Colon (1808-1842), el amor de Gérard de Nerval, Fanny Cerrito (1817-1909), Marie Taglioni (1804-1884), Carlota Grissi (1819-1899) y otras estrellas del siglo XIX.

NOCTURNO DE SAN ILDEFONSO

La Escuela Nacional Preparatoria ocupa el antiguo colegio de San Ildefonso, construido por los jesuitas a mediados del siglo XVII y expropiada por el Gobierno liberal en el siglo XIX. Es uno de los edificios más hermosos de la ciudad de México pero, como dice el historiador Manuel Toussaint, ha sido «mal adaptado a su función actual y ha sufrido graves daños». (*Arte colonial de México*, 1962).

P. 259, Is. 5-6. Ramón López Velarde: «Día 13».

P. 259, l. 7. Gérard de Nerval: «Artémis».

SADO EN CLARO Fair seed-time had my soul, and I grew up Foster'd alike by beauty and by fear...

W. W., *The Prelude* (l. 265-266)

OÍDOS Con El Alma,

pasos mentales más que sombras, sombras del pensamiento más que pasos, por el camino de ecos que la memoria inventa y borra: sin caminar caminan sobre este ahora, puente tendido entre una letra y otra. Como llovizna sobre brasas dentro de mí los pasos pasan hacia lugares que se vuelven aire. Nombres: en una pausa desaparecen, entre dos palabras. El sol camina sobre los escombros de lo que digo, el sol arrasa los parajes confusamente apenas amaneciendo en esta página, el sol abre mi frente, balcón al voladero dentro de mí. Me alejo de mí mismo, sigo los titubeos de esta frase, senda de piedras y de cabras. Relumbran las palabras en la sombra. Y la negra marea de las sílabas cubre el papel y entierra sus raíces de tinta en el subsuelo del lenguaje. Desde mi frente salgo a un mediodía del tamaño del tiempo. El asalto de siglos del baniano contra la vertical paciencia de la tapia es menos largo que esta momentánea bifurcación del pensamiento entre lo presentido y lo sentido. Ni allá ni aquí: por esa linde de duda, transitada sólo por espejos y vislumbres, donde el lenguaje se desdice, voy al encuentro de mí mismo. La hora es bola de cristal. Entro en un patio abandonado: aparición de un fresno. Verdes exclamaciones del viento entre las ramas. Del otro lado está el vacío. Patio inconcluso, amenazado por la escritura y sus incertidumbres. Ando entre las imágenes de un ojo desmemoriado. Soy una de sus imágenes. El fresno, sinuosa llama líquida, es un rumor que se levanta hasta volverse torre hablante. Jardín ya matorral: su fiebre inventa bichos que luego copian las mitologías. Adobes, cal y tiempo: entre ser y no ser los pardos muros. Infinitesimales prodigios en sus grietas: el hongo duende, vegetal Mitrídates, la lagartija y sus exhalaciones. Estoy dentro del ojo: el pozo donde desde el principio un niño está cayendo, el pozo donde cuento lo que tardo en caer desde el principio, el pozo de la cuenta de mi cuento por donde sube el agua y baja mi sombra. El patio, el muro, el fresno, el pozo en una claridad en forma de laguna se desvanecen. Crece en sus orillas una vegetación de transparencias. Rima feliz de montes y edificios, se desdobra el paisaje en el abstracto espejo de la arquitectura. Apenas dibujada, suerte de coma horizontal () entre el cielo y la tierra, una piragua solitaria. Las olas hablan nahua. Cruza un signo volante las alturas. Tal vez es una fecha, conjunción de destinos: el haz de cañas, prefiguración del brasero. El pedernal, la cruz, esas llaves de sangre ¿alguna vez abrieron las puertas de la muerte? La luz poniente se demora, alza sobre la alfombra simétricos incendios, vuelve llama quimérica este volumen lacre que hojeo (estampas: los volcanes, los cúes y, tendido, manto de plumas sobre el agua, Tenochtitlán todo empapado en sangre). Los libros del estante sor. ya brasas que el sol atiza con sus manos rojas. Se rebela mi lápiz a seguir el dictado. En la escritura que la nombra se eclipsa la laguna. Doblo la hoja. Cuchicheos: me espían entre los follajes de las letras. Un charco es mi memoria. Lodoso espejo: ¿dónde estuve? Sin piedad y sin cólera mis ojos me miran a los ojos desde las aguas turbias de ese charco que convocan ahora mis palabras. No veo con los ojos: las palabras son mis ojos. Vivimos entre nombres; lo que no tiene nombre todavía no existe: *Adán de lodo*, no un muñeco de barro, una metáfora. Ver al mundo es deletrearlo. Espejo de palabras: ¿dónde estuve? Mis palabras me miran desde el charco de mi memoria. Brillan, entre enramadas de reflejos, nubes varadas y burbujas, sobre un fondo del ocre al brasilado, las sílabas de agua. Ondulación de sombras, visos, ecos, no escritura de signos: de rumores. Mis ojos tienen sed. El charco es senequista: el agua, aunque potable, no se bebe: se lee. Al sol del altiplano se evaporan los charcos. Queda un polvo desleal y unos cuantos vestigios intestados. ¿Dónde estuve? Yo estoy en donde estuve: entre los muros indecisos del mismo patio de palabras. Abderramán, Pompeyo, Xicoténcatl, batallas en el Oxus o en la barda con Ernesto y Guillermo. La mil hojas, verdinegra escultura del murmullo, jaula del sol y la centella breve del chupamirto: la higuera primordial, capilla vegetal de rituales polimorfos, diversos y perversos. Revelaciones

y abominaciones: el cuerpo y sus lenguajes entrelazados, nudo de fantasmas palpados por el pensamiento y por el tacto disipados, argolla de la sangre, idea fija en mi frente clavada. El deseo es señor de espectros, el deseo nos vuelve espectros: somos enredaderas de aire en árboles de viento, manto de llamas inventado y devorado por la llama. La hendedura del tronco: sexo, sello, pasaje serpentina cerrado al sol y a mis miradas, abierto a las hormigas. La hendedura fue pórtico del más allá de lo mirado y lo pensado: allá dentro son verdes las mareas, la sangre es verde, el fuego verde, entre las yerbas negras arden estrellas verdes: es la música verde de los élitros en la prístina noche de la higuera; -allá dentro son ojos las yemas de los dedos, el tacto mira, palpan las miradas, los ojos oyen los olores; -allá dentro es afuera, es todas partes y ninguna parte, las cosas son las mismas y son otras, encarcelado en un icosaedro hay un insecto tejedor de música y hay otro insecto que desteje los silogismos que la araña tejecolgada de los hilos de la luna; -allá dentro el espacio es una mano abierta y una frente que no piensa ideas sino formas que respiran, caminan, hablan, cambian y silenciosamente se evaporan; -allá dentro, país de entrelazados ecos, se despeña la luz, lenta cascada, entre los labios de las grietas: la luz es agua, el agua tiempo día fan donde los ojos lavan sus imágenes; -allá dentro los cables del deseo fingen eternidades de un segundo que la mental corriente eléctrica enciende, apaga, enciende, resurrecciones llameantes del alfabeto calcinado; -no hay escuela allá dentro, siempre es el mismo día, la misma noche siempre, no han inventado el tiempo todavía, no ha envejecido el sol, esta nieve es idéntica a la yerba, siempre y nunca es lo mismo, nunca ha llovido y llueve siempre, todo está siendo y nunca ha sido, pueblo sin nombre de las sensaciones, nombres que buscan cuerpo, impías transparencias, jaulas de claridad donde se anula la identidad entre sus semejanzas, la diferencia en sus contradicciones. La higuera, sus falacias y su sabiduría: prodigios de la tierra-fidedignos, puntuales, redundantes-y la conversación con los espectros. Aprendizajes con la higuera: hablar con vivos y con muertos. También conmigo mismo. La procesión del año: cambios que son repeticiones. El paso de las horas y su peso. La madrugada: más que luz, un vahide claridad cambiada en gotas grávidas sobre los vidrios y las hojas: el mundo se atenúa en esas oscilantes geometrías hasta volverse el filo de un reflejo. Brota el día, prorrumpe entre las hojas, gira sobre sí mismo y de la vacuidad en que se precipita surge, otra vez corpóreo. El tiempo es luz filtrada. Revienta el fruto negro en encarnada florescencia, la rota rama escurre savia lechosa y acre. Metamorfosis de la higuera: si el otoño la quema, su luz la transfigura. Por los espacios día fanos se eleva descarnada virgen negra. El cielo es giratorio lapizlázuli: viran *au ralenti* sus continentes, insubstanciales geografías. Llamas entre las nieves de las nubes. La tarde más y más es miel quemada. Derrumbe silencioso de horizontes: la luz se precipita de las cumbres, la sombra se derrama por el llano. A la luz de la lámpara -la noche ya dueña de la casa y el fantasma de mi abuelo ya dueño de la noche- yo penetraba en el silencio, cuerpo sin cuerpo, tiempo sin horas. Cada noche, máquinas transparentes del delirio, dentro de mí los libros levantaban arquitecturas sobre una sima edificadas.

Las alza un soplo del espíritu, un parpadeo las deshace. Yo junté leña con los otros y lloré con el humo de la pira del domador de potros; vagué por la arboleda navegante que arrastra el Tajo turbiamente verde: la líquida espesura se encrepaba tras de la fugitiva Calatea; vi en racimos las sombras agolpadas para beber la sangre de la zanja: *mejor quebrar terrones por la ración de perro del labrador avaro que regir las naciones pálidas de los muertos*; tuve sed, vi demonios en el Gobi; en la gruta nadé con la sirena (y después, en el sueño purgativo, *fendendo i drappi, e mostravami 'l ventre, quel misveglió colpuzzo che n'uscia*); grabé sobre mi tumba imaginaria: *no muevas esta lápida, soy rico sólo en huesos*; aquellas memorables *pecosas peras* encontradas en la cesta verbal de Villaurrutia; Carlos Garrote, eterno medio hermano, *Dios te salve*, me dijo al derribarme y era, por los espejos del insomnio repetido, yo mismo el que me hería;

Isis y el asno Lucio; el pulpo y Nemo; y los libros marcados por las armas de Príapo, leídos en las tardes diluviales el cuerpo tenso, la mirada intensa. Nombres anclados en el golfo de mi frente: yo escribo porque el druida, bajo el rumor de sílabas del himno, encina bien plantada en una página, me dio el gajo de muérdago, el conjuro que hace brotar palabras de la peña. Los nombres acumulan sus imágenes. Las imágenes acumulan sus gaseosas, conjeturales confederaciones. Nubes y nubes, fantasmal galope de las nubes sobre las crestas de mi memoria. Adolescencia, país de nubes. Casa grande, encallada en un tiempo azulado. La plaza, los árboles enormes donde anidaba el sol, la iglesia enana-su torre les llegaba a las rodillas pero su doble lengua de metal a los difuntos despertaba. Bajo la arcada, en garbas militares, las cañas, lanzas verdes, carabinas de azúcar; en el portal, el tendejón magenta: frescor de agua en penumbra, ancestrales patates, luz trenzada, y sobre el zinc del mostrador, diminutos planetas desprendidos del árbol meridiano, los tejocotes y las mandarinas, amarillos montones de dulzura. Giran los años en la plaza, rueda de Santa Catalina, y no se mueven.

Mis palabras, al hablar de la casa, se agrietan. Cuartos y cuartos, habitados sólo por sus fantasmas, sólo por el rencor de los mayores habitados. Familias, criaderos de alacranes: como a los perros dan con la pita de vidrio molido, nos alimentan con sus odios y la ambición dudosa de ser alguien. También me dieron pan, me dieron tiempo, claros en los recodos de los días, remansos para estar solo conmigo. Niño entre adultos taciturnos y sus terribles niñerías, niño por los pasillos de altas puertas, habitaciones con retratos, crepusculares cofradías de los ausentes, niño sobreviviente de los espejos sin memoria y su pueblo de viento: el tiempo y sus encarnaciones resuelto en simulacros de reflejos. En mi casa los muertos eran más que los vivos. Mi madre, niña de mil años, madre del mundo, huérfana de mí, abnegada, feroz, obtusa, providente, ¡jilguera, perra, hormiga, jabalina, carta de amor con faltas de lenguaje, mi madre: pan que yo cortaba con su propio cuchillo cada día. Los fresnos me enseñaron, bajo la lluvia, la paciencia, a cantar cara al viento vehemente. Virgen somnolucua, una tía me enseñó a ver con los ojos cerrados, ver hacia dentro y a través del muro. Mi abuelo a sonreír en la caída y a repetir en los desastres: *al hecho, pecho*. (Esto que digo es tierra sobre tu nombre derramada: *blanda te sea*.) Del vómito a la sed, atado al potro del alcohol, mi padre iba y venía entre las llamas. Por los durmientes y los rieles de una estación de moscas y de polvo una tarde juntamos sus pedazos. Yo nunca pude hablar con él. Lo encuentro ahora en sueños, esa borrosa patria de los muertos. Hablamos siempre de otras cosas. Mientras la casa se desmoronaba yo crecía. Fui (soy) yerba, maleza entre escombros anónimos.

DÍAS

como una frente libre, un libro abierto. No me multiplicaron los espejos codiciosos que vuelven cosas los hombres, número las cosas: ni mando ni ganancia. La santidad tampoco: el cielo para mí pronto fue un cielo deshabitado, una hermosura hueca y adorable. Presencia suficiente, cambiante: el tiempo y sus epifanías. No me habló dios entre las nubes: entre las hojas de la higuera me habló el cuerpo, los cuerpos de mi cuerpo. Encarnaciones instantáneas: tarde lavada por la lluvia, luz recién salida del agua, el vaho femenino de las plantas piel a mi piel pegada: ¡súcubo!- como si al fin el tiempo coincidiese consigo mismo y yo con él, como si el tiempo y sus dos tiempos fuesen un solo tiempo que ya no fuese tiempo, un tiempo donde siempre es *ahora* y a todas horas *siempre*, como si yo y mi doble fuesen unoy yo no fuese ya. Granada de la hora: bebí sol, comí tiempo. Dedos de luz abrían los follajes. Zumar de abejas en mi sangre: el blanco advenimiento.

Me arrojó la descarga a la orilla más sola. Fui un extraño entre las vastas ruinas de la tarde. Vértigo abstracto: hablé conmigo, fui doble, el tiempo se rompió. Atónita en lo

alto del minuto la carne se hace verbo -y el verbo se despeña. Saberse desterrado en la tierra, siendo tierra, es saberse mortal. Secreto a voces y también secreto vacío, sin nada adentro: no hay muertos, sólo hay muerte, madre nuestra. Lo sabía el azteca, lo adivinaba el griego: el agua es fuego y en su tránsito nosotros somos sólo llamaradas. La muerte es madre de las formas... El sonido, bastón de ciego del sentido: escribo *muerte* y vivo en ella por un instante. Habito su sonido: es un cubo neumático de vidrio, vibra sobre esta página, desaparece entre sus ecos. Paisajes de palabras: los despueblan mis ojos al leerlos. No importa: los propagan mis oídos. Brotan allá, en las zonas indecisas del lenguaje, palustres poblaciones. Son criaturas anfibias, son palabras. Pasan de un elemento a otro, se bañan en el fuego, reposan en el aire. Están del otro lado. No las oigo, ¿qué dicen? No dicen: hablan, hablan. Salto de un cuento a otro por un puente colgante de once sílabas. Un cuerpo vivo aunque intangible el aire, en todas partes siempre y en ninguna. Duerme con los ojos abiertos, se acuesta entre las yerbas y amanece rocío, se persigue a sí mismo y habla solo en los túneles, es un tornillo que perfora montes, nadador en la mar brava del fuego es invisible surtidor de ayes, levanta a pulso dos océanos, anda perdido por las calles palabra en pena en busca de sentido, aire que se disipa en aire. ¿Y para qué digo todo esto? Para decir que en pleno mediodía el aire se poblaba de fantasmas, sol acuñado en alas, ingravidas monedas, mariposas. Anochecer. En la terraza oficiaba la luna silenciaria. **La cabeza de muerto**, mensajera de las ánimas, la fascinante fascinada por las camelias y la luz eléctrica, sobre nuestras cabezas era un revoloteo de conjuros opacos. ¡*Mátala!* gritaban las mujeres y la quemaban como bruja. Después, con un suspiro feroz, se santiguaban. Luz esparcida, Psiquis... ¿Hay mensajeros? Sí, cuerpo tatuado de señaleses el espacio, el aire es invisible tejido de llamadas y respuestas. Animales y cosas se hacen lenguas, a través de nosotros habla consigo mismo el universo. Somos un fragmento -pero cabal en su inacabamiento de su discurso. Solipsismo coherente y varío: desde el principio del principio ¿qué dice? Dice que nos dice. Se lo dice a sí mismo. *Oh madness of discourse, that cause sets up with and against itself!* Desde lo alto del minuto despeñado en la tarde de plantas fanerógamas me descubrió la muerte. Y yo en la muerte descubrí al lenguaje. El universo habla solo pero los hombres hablan con los hombres: hay historia. Guillermo, Alfonso, Emilio: el corral de los juegos era historia y era historia jugar a morir juntos. La polvareda, el grito, la caída: algarabía, no discurso. En el vaivén errante de las cosas, por las revoluciones de las formas y de los tiempos arrastradas, cada una pelea con las otras, cada una se alza, ciega, contra sí misma. Así, según la hora cae desenlazada, su injusticia pagan. (Anaximandro.) La injusticia de ser: las cosas sufren unas con otras y consigo mismas por ser un querer más, siempre ser más que más. Ser tiempo es la condena, nuestra pena es la historia. Pero también es el lugar de prueba: reconocer en el borrón de sangre del lienzo de Verónica la cara del otro -siempre el otro es nuestra víctima. Túneles, galerías de la historia ¿sólo la muerte es puerta de salida? El escape, quizás, es hacia dentro. Purgación del lenguaje, la historia se consume en la disolución de los pronombres: ni *yo soy* ni *yo más* sino más ser sin yo. En el centro del tiempo ya no hay tiempo, es movimiento hecho fijeza, círculo anulado en sus giros. Mediodía: llamas verdes los árboles del patio. Crepitación de brasas últimas entre la yerba: insectos obstinados. Sobre los prados amarillos claridades: los pasos de vidrio del otoño. Una congregación fortuita de reflejos, pájaro momentáneo, entra por la enramada de estas letras. El sol en mi escritura bebe sombra. Entre muros -de piedra no: por la memoria levantados- transitoria arboleda: luz reflexiva entre los troncos y la respiración del viento. El dios sin cuerpo, el dios sin nombre que llamamos con nombres vados -con los nombres del vacío-, el dios del tiempo, el dios que es tiempo, pasa entre los ramajes que escribo. Dispersión de nubes sobre un espejo neutro: en la disipación de las imágenes el alma es ya, vacante, espacio puro. En quietud se resuelve el movimiento. Insiste el sol, se

clava en la corola de la hora absorta. Llama en el tallo de agua de las palabras que la dicen, la flor es otro sol. La quietud en sí misma se disuelve. Transcurre el tiempo sin transcurrir. Pasa y se queda. Acaso, aunque todos pasamos, no pasa ni se queda: hay un tercer estado. Hay un estar tercero: el ser sin ser, la plenitud vacía, hora sin horas y otros nombres con que se muestra y se dispersa en las confluencias del lenguaje no la presencia: su presentimiento. Los nombres que la nombran dicen: *nada*, palabras de dos filos, palabra entre dos huecos. Su casa, edificada sobre el aire con ladrillos de fuego y muros de agua, se hace y se deshace y es la misma desde el principio. Es dios: habita nombres que lo niegan. En las conversaciones con la higuera o entre los blancos del discurso, en la conjuración de las imágenes contra mis párpados cerrados, el desvarío de las simetrías, los arenales del insomnio, el dudoso jardín de la memoria en los senderos divagantes, era el eclipse de las claridades. Aparecía en cada forma de desvanecimiento. Dios sin cuerpo, con lenguajes de cuerpo lo nombraban mis sentidos. Quise nombrarlo con un nombre solar, una palabra sin revés. Fatigué el cubilete y el *ars combinatoria*. Una sonaja de semillas secas las letras rotas de los nombres: hemos quebrantado a los nombres, hemos dispersado a los nombres, hemos deshonrado a los nombres. Ando en busca del nombre desde entonces. Me fui tras un murmullo de lenguajes, ríos entre los pedregales *color ferrigno* de estos tiempos. Pirámides de huesos, pudrideros verbales: nuestros señores son gárrulos y feroces. Alcé con las palabras y sus sombras una casa ambulante de reflejos, torre que anda, construcción de viento. El tiempo y sus combinaciones: los años y los muertos y las sílabas, cuentos distintos de la misma cuenta. Espiral de los ecos, el poema es aire que se esculpe y se disipa, fugaz alegoría de los nombres verdaderos. A veces la página respira: los enjambres de signos, las repúblicas errantes de sonidos y sentidos, en rotación magnética se enlazan y dispersan sobre el papel. Estoy en donde estuve: voy detrás del murmullo, pasos dentro de mí, oídos con los ojos, el murmullo es mental, yo soy mis pasos, oigo las voces que yo pienso, las voces que me piensan al pensarlas. Soy la sombra que arrojan mis palabras. *México y Cambridge, Mass., del 9 de septiembre al 27 de diciembre de 1974.*

ÁRBOL ADENTRO DECIR: HACER

A Román Jakobson

1 Entre lo que veo y digo, entre lo que digo y callo, entre lo que callo y sueño, entre lo que sueño y olvido, la poesía.

Se desliza entre el sí y el no: Dice lo que callo,

Calla lo que digo, Sueña lo que olvido. No es un decir: es un hacer. Es un hacer que es un decir. La poesía dice y se oye: es real. Y apenas digo *es real*, se disipa. ¿Así es más real?

2

Idea palpable, palabra impalpable: la poesía va y viene

entre lo que es y lo que no es. Teje reflejos y los desteje.

La poesía siembra ojos en la página, siembra palabras en los ojos. Los ojos hablan, las palabras miran, las miradas piensan. Oír los pensamientos, Ver lo que decimos, tocar el cuerpo de la idea. Los ojos se cierran, las palabras se abren.

EJEMPLO

La mariposa volaba entre los autos. Marie José me dijo: ha de ser Chuang Tzu, de paso por Nueva York.

Pero la mariposano sabía que era una mariposa que soñaba ser Chuang Tzu o Chuang Tzu

que soñaba ser una mariposa. La mariposa no dudaba: volaba.

AL VUELO

Naranja

Pequeño sol quieto sobre la mesa, fijo mediodía. Algo le falta: noche. *Alba* Sobre la arena escritura de pájaros: memorias del viento. *Estrellas y grillo*

Es grande el cielo y arriba siembran mundos. Imperturbable, prosigue en tanta noche el grillo berbiquí.

No-visión Hora nula, cisterna donde mi pensamiento a sí mismo se bebe.

Por un instante inmenso he olvidado mi nombre. Poco a poco desnazgo, diáfano advenimiento.

Calma

Luna, reloj de arena: la noche se vacía, la hora se ilumina.

CUARTETO

A Alejandro y Olbeth Rossi

I

Paisaje familiar mas siempre extraño, enigma de la palma de la mano. El mar esculpe, terco, en cada ola, el monumento en que se desmorona.

Contra el mar, voluntad petrificada, la peña sin facciones se adelanta. Nubes: inventan súbitas bahías donde un avión es barca desleída. Se disipa, impalpable abecedario, la rápida escritura de los pájaros. Camino entre la espuma y las arenas, el sol posado sobre mi cabeza: entre inmovilidad y movimientos soy el teatro de los elementos.

II

Hay turistas también en esta playa, hay la muerte en bikini y alhajada, nalgas, vientres, cecinas, lomos, bofes, la cornucopia de fofos horrores, plétora derramada que anticipa el gusano y su cena de cenizas.

Contiguos, separados por fronteras rígorosas y tácitas, no expresas, hay vendedores, puestos de fritangas, alcahuetes, parásitos y parias: el hueso, la bazofia, el pringue, el podre... Bajo

un sol imparcial, ricos y pobres.No los ama su Dios y ellos tampoco:como a sí mismos odian a su prójimo.

III

Se suelta el viento y junta la arboleda,la nación de las nubes se dispersa.Es frágil lo real y es inconstante;también, su ley el cambio, infatigable:gira la rueda de las apariencias sobre el eje del tiempo, su fijeza.

La luz dibuja todo y todo incendia,clava en el mar puñales que son teas,hace del mundo pira de reflejos:nosotros sólo somos cabrilleos.

No es la luz de Plotino, es luz terrestre,luz de aquí, pero es luz inteligente. Ella me reconcilia con mi exilio: patria es su vacuidad, errante asilo.

IV

Para esperar la noche me he tendido a la sombra de un árbol de latidos.El árbol es mujer y en su follajeoigo rodar el mar bajo la tarde.

Como sus frutos con sabor de tiempo,frutos de olvido y de conocimiento. Bajo el árbol se miran y se palpan imágenes, ideas y palabras.Por el cuerpo volvemos al comienzo,espiral de quietud y movimiento.

Sabor, saber mortal, pausa finita,tiene principio y fin -y es sin medida.

La noche entra y nos cubre su marea;repite el mar sus sílabas, ya negras.

VIENTO, AGUA, PIEDRA

A Roger Caillois

El agua horada la piedra,el viento dispersa el agua,la piedra detiene al viento.Agua, viento, piedra.

El viento esculpe la piedra,la piedra es copa del agua,el, agua escapa y es viento.Piedra, viento, agua.

El viento en sus giros canta,el agua al andar murmura,la piedra inmóvil se calla.

Viento, agua, piedra.

Uno es otro y es ninguno:entre sus nombres vacíos pasan y se desvanecen agua, piedra, viento.

INTERVALO

Arquitecturas instantáneas sobre una pausa suspendidas,apariciones no llamadas ni pensadas, formas de viento,insubstanciales como tiempo y como tiempo disipadas.

Hechas de tiempo, no son tiempo;son la hendedura, el intersticio,el breve vértigo del *entre* donde se abre la flor diáfana:alta en el tallo de un reflejo se desvanece mientras gira.

Nunca tocadas, claridades con los ojos cerrados vistas:el nacimiento transparente y la caída cristalina en este instante de este instante,interminable todavía. Tras la ventana:

desoladas azoteas y nubes rápidas.El día se apaga, se enciende la ciudad, próxima y remota.Hora sin peso. Yo respiro el instante vacío, eterno.

ENTRE IRSE Y QUEDARSE

Entre irse y quedarse duda el día, enamorado de su transparencia.

La tarde circular es ya bahía:

en su quieto vaivén se mece el mundo. Todo es visible y todo es elusivo, todo está cerca y todo es intocable. Los papeles, el libro, el vaso, el lápiz reposan a la sombra de sus nombres. Latir del tiempo que en mi sien repite la misma terca sílaba de sangre. La luz hace del muro indiferente un espectral teatro de reflejos.

En el centro de un ojo me descubro; no me mira, me miro en su mirada.

Se disipa el instante. Sin moverme, yo me quedo y me voy: soy una pausa.

HERMANDAD

Homenaje a Claudio Ptolomeo

Soy hombre: duro poco y es enorme la noche. Pero miro hacia arriba: las estrellas escriben. Sin entender comprendo: también soy escritura y en este mismo instante alguien me deletrea. *La mano abierta*

HABLO DE LA CIUDAD**A Eliot Weinberger**

novedad de hoy y ruina de pasado mañana, enterrada y resucitada cada día, convivida en calles, plazas, autobuses, taxis, cines, teatros, bares, hoteles, palomares, catacumbas, la ciudad enorme que cabe en un cuarto de tres metros cuadrados inacabable como una galaxia, la ciudad que nos sueña a todos y que todos hacemos y des-hacemos y rehacemos mientras soñamos, la ciudad que todos soñamos y que cambia sin cesar mientras la soñamos, la ciudad que despierta cada cien años y se mira en el espejo de una palabra y no se reconoce y otra vez se echa a dormir, la ciudad que brota de los párpados de la mujer que duerme a mi lado y se convierte, con sus monumentos y sus estatuas, sus historias y sus leyendas, en un manantial hecho de muchos ojos y cada ojo refleja el mismo paisaje detenido, antes de las escuelas y las prisiones, los alfabetos y los números, el altar y la ley: el río que es cuatro ríos, el huerto, el árbol, la Varona y el Varón vestidos de viento - volver, volver, ser otra vez arcilla, bañarse en esa luz, dormir bajo esas luminarias, flotar sobre las aguas del tiempo como la hoja llameante del arce que arrastra la corriente, volver, ¿estamos dormidos o despiertos?, estamos, nada más estamos, amanece, es temprano, estamos en la ciudad, no podemos salir de ella sin caer en otra, idéntica aunque sea distinta, hablo de la ciudad inmensa, realidad diaria hecha de dos palabras: *los otros*, y en cada uno de ellos hay un yo cercenado de nosotros, un yo a la deriva, hablo de la ciudad construida por los muertos, habitada por sus tercos fantasmas, regida por su despótica memoria, la ciudad con la que hablo cuando no hablo con nadie y que ahora me dicta estas palabras insomnes, hablo de las torres, los puentes, los subterráneos, los hangares, maravillas y desastres, el Estado abstracto y sus policías concretos, sus pedagogos, sus carceleros, sus predicadores, las tiendas en donde hay de todo y gastamos todo y todo se vuelve humo, los mercados y sus pirámides de frutos, rotación de las cuatro estaciones, las reses en canal colgando de los garfios, las colinas de especias y las torres de frascos y conservas, todos los sabores y los colores, todos los olores y todas las materias, la marea de las voces - agua, metal, madera, barro-, el trajín, el regateo y el trapicheo desde el comienzo de los días, hablo de los edificios de cantería y de mármol, de cemento, vidrio, hierro, del gentío en los vestíbulos y portales, de los elevadores que suben y bajan como el mercurio en los termómetros, de los bancos y sus consejos de administración, de las fábricas y sus gerentes, de los obreros y sus máquinas incestuosas, hablo del desfile inmemorial de la prostitución por calles largas como el deseo y como el aburrimiento, del ir y venir de los

autos, espejo de nuestros afanes, queha-ceres y pasiones (¿por qué, para qué, hacia dónde?), de los hospitales siempre repletos y en los que siempre morimos solos, hablo de la penumbra de ciertas iglesias y de las llamas titubeantes de los cirios en los altares, tímidas lenguas con las que los desamparados hablan con los santos y con las vírgenes en un lenguaje ardiente y entrecortado, hablo de la cena bajo la luz tuerta en la mesa coja y los platos desportillados, de las tribus inocentes que acampan en los baldíos con sus mujeres y sus hijos, sus animales y sus espectros, de las ratas en el albañal y de los gorriones valientes que andan en los alambres, en las cornisas y en los árboles martirizados, de los gatos contemplativos y de sus novelas libertinas a la luz de la luna, diosa cruel de las azoteas, de los perros errabundos, que son nuestros franciscanos y nuestros *bhikkus*, los perros que desentierran los huesos del sol, hablo del anacoreta y de la fraternidad de los libertarios, de la conjura de los justicieros y de la banda de los ladrones, de la conspiración de los iguales y de la sociedad de amigos del Crimen, del club de los suicidas y de Jack el Destripador, del Amigo de los Hombres, afilador de la guillotina, y de César, Delicia del Género Humano, hablo del barrio paralítico, el muro llagado, la fuente seca, la estatua pintarrajeada, hablo de los basureros del tamaño de una montaña y del sol taciturno que se filtra en el *polumo*, de los vidrios rotos y del desierto de chatarra, del crimen de anoche y del banquete del inmortal Trimalción, de la luna entre las antenas de la televisión y de una mariposa sobre un bote de inmundicias, hablo de madrugadas como vuelo de garzas en la laguna y del sol de alas transparentes que se posa en los follajes de piedra de las iglesias y del gorjeo de la luz en los tallos de vidrio de los palacios, hablo de algunos atardeceres al comienzo del otoño, cascadas de oro incorporado, transfiguración de este mundo, todo pierde cuerpo, todo se queda suspenso, la luz piensa y cada uno de nosotros se siente pensado por esa luz reflexiva, durante un largo instante el tiempo se disipa, somos aire otra vez, hablo del verano y de la noche pausada que crece en el horizonte como un monte de humo que poco a poco se desmorona y cae sobre nosotros como una ola, reconciliación de los elementos, la noche se ha tendido y su cuerpo es un río poderoso de pronto dormido, nos mecemos en el oleaje de su respiración, la hora es palpable, la podemos tocar como un fruto, han encendido las luces, arden las avenidas con el fulgor del deseo, en los parques la luz eléctrica atraviesa los follajes y cae sobre nosotros una llovizna verde y fosforescente que nos ilumina sin mojarnos, los árboles murmuran, nos dicen algo, hay calles en penumbra que son una insinuación sonriente, no sabemos adonde van, tal vez al embarcadero de las islas perdidas, hablo de las estrellas sobre las altas terrazas y de las frases indescifrables que escriben en la piedra del cielo, hablo del chubasco rápido que azota los vidrios y humilla las arboledas, duró veinticinco minutos y ahora allá arriba hay agujeros azules y chorros de luz, el vapor sube del asfalto, los coches relucen, hay charcos donde navegan barcos de reflejos, hablo de nubes nómadas y de una música delgada que ilumina una habitación en un quinto piso y de un rumor de risas en mitad de la noche como agua remota que fluye entre raíces y yerbas, hablo del encuentro esperado con esa forma inesperada en la que encarna lo desconocido y se manifiesta a cada uno: ojos que son la noche que se entreabre y el día que despierta, el mar que se tiende y la llama que habla, pechos valientes: mar de luna, labios que dicen *sésamo* y el tiempo se abre y el pequeño cuarto se vuelve jardín de metamorfosis y el aire y el fuego se enlazan, la tierra y el agua se confunden, o es el advenimiento del instante que allá, en aquel otro lado que es aquí mismo, la llave se cierra y el tiempo cesa de emanar instante del *hasta aquí*, fin del hipo, del quejido y del ansia, el alma pierde cuerpo y se desploma por un agujero del piso, cae ensí misma, el tiempo se ha desfondado, caminamos por un corredor sin fin, jadeamos en un arrenal, ¿esa música se aleja o se acerca, esas luces pálidas se encienden o apagan?, canta el espacio, el tiempo se disipa: es el boqueo, es la mirada que resbala por la lisa pared, es la pared que se

calla, la pared, hablo de nuestra historia pública y de nuestra historia secreta, la tuya y la mía, hablo de la selva de piedra, el desierto del profeta, el hormiguero de almas, la congregación de tribus, la casa de los espejos, el laberinto de ecos, hablo del gran rumor que viene del fondo de los tiempos, murmullo incoherente de naciones que se juntan o dispersan, ro-dar de multitudes y sus armas como peñascos que se despeñan, sordo sonar de huesos cayendo en el hoyo de la historia, hablo de la ciudad, pastora de siglos, madre que nos engendra y nos devora, nos inventa y nos olvida.

1930: VISTAS FIJAS

¿Qué o quién me guiaba? No buscaba nada ni a nadie, buscaba todo y a todos: vegetación de cúpulas azules y campanarios blancos, muros color de sangre seca, arquitecturas: festín de formas, danza petrificada bajo las nubes que se hacen y se deshacen y no acaban de hacerse, siempre en tránsito hacia su forma venidera, piedras ocres tatuadas por un astro colérico, piedras lavadas por el agua de la luna; los parques y las plazuelas, las graves poblaciones de álamos cantantes y lacónicos olmos, niños gorriones y cenizales, los corros de ancianos, ahuehetes cuchicheantes, y los otros, apeñuscados en los bancos, costales de huesos, tiritando bajo el gran sol del altiplano, patena incandescente; calles que no se acaban nunca, calles caminadas como se lee un libro o se recorre un cuerpo; patios mínimos, con madre selvas y geranios generosos colgando de los barandales, ropa tendida, fantasma inocuo que el viento echa a volar entre las verdes interjecciones del loro de ojos sulfúreos y, de pronto, un delgado chorro de luz: el canto del canario; los figones celestes y las cantinas solferino, el olor del aserrín sobre el piso de ladrillo, el mostrador espejeante, equívoco altaren donde genios de insidiosos poderes duermen encerrados en botellas multicolores; la carpa, el ventrílocuo y sus muñecos procaces, la bailarina anémica, la tiple jamona, el galán carrasposo; la feria y los puestos de fritangas donde hierofantas de ojos canela celebran, entre brasas y sahumerios, las nupcias de las substancias y la transfiguración de los olores y los sabores mientras destazan carnes, espolvorean sal y queso candido sobre nopales verdeantes, asperjan lechugas donadoras del sueño sosegado, muelen maíz solar, bendicen manojos de chiles tornasoles; las frutas y los dulces, montones dorados de mandarinas y tejocotes, plátanos áureos, tunas sangrientas, ocres colinas de nueces y cacahuates, volcanes de azúcar, torreones de alegrías, pirámides transparentes de biznagas, cocadas, diminuta orografía de las dulzuras terrestres, el campamento militar de las cañas, las jicamas blancas arrebujadas en túnicas color de tierra, las limas y los limones: fresca súbita de risas de mujeres que se bañan en un río verde; las guirnaldas de papel y las banderitas tricolores, arcoiris de juguetería, las estampas de la Guadalupe y las de los santos, los mártires, los héroes, los campeones, las estrellas; el enorme cartel del próximo estreno y la ancha sonrisa, bahía extática, de la actriz en cueros y redonda como la luna querueda por las azoteas, se desliza entre las sábanas y enciende las visiones rijosas; las tropillas y vacadas de adolescentes, palomas y cuervos, las tribus dominicales, los naufragos solitarios y los viejos y viejas, ramas desgajadas del árbol del siglo; la musiquita rechinante de los caballitos, la musiquita que da vueltas y vueltas en el cráneo como un verso incompleto en busca de una rima; y al cruzar la calle, sin razón, porque sí, como un golpe de mar o el ondear súbito de un campo de maíz, como el sol que rompe entre nubarrones: la alegría, el surtidor de la dicha instantánea, ¡ah, estar vivo, desgranar la granada de esta hora y comerla grano a grano!;

el atardecer como una barca que se aleja y no acaba de perderse en el horizonte indeciso; la luz anclada en el atrio del templo y el lento oleaje de la hora vencida puliendo cada piedra, cada arista, cada pensamiento hasta que todo no es sino una transparencia insensiblemente disipada;

la vieja cicatriz que, sin aviso, se abre, la gota que taladra, el surco quemado que deja el tiempo en la memoria, el tiempo sincero: presentimiento de vómito y caída, el tiempo que se ha ido y regresa, el tiempo que nunca se ha ido y está aquí desde el principio, el par de ojos agazapados en un rincón del ser: la señal del nacimiento; el rápido desplome de la noche que borra las caras y las cosas, la tinta negra de donde salen las trompas y los colmillos, el tentáculo y el dardo, la ventosa y la lanceta, el rosario de las cacofonías; la noche poblada de cuchicheos y allá lejos un rumor de voces de mujeres, vagos follajes movidos por el viento; la luz brusca de los faros del auto sobre la pared afrentada, la luz navajazo, la luz escupitajo, la reliquia escupida; el rostro terrible de la vieja al cerrar la ventana santiguándose, el ladrido del alma en pena del perro en el callejón como una herida que se encona; las parejas en las bancas de los parques o de pie en los repliegues de los quicios, los cuatro brazos anudados, árboles incandescentes sobre los que reposa la noche, las parejas, bosques de febriles columnas envueltas por la respiración del animal deseante de mil ojos y mil manos y una sola imagen clavada en la frente,

las quietas parejas que avanzan sin moverse con los ojos cerrados y caen interminablemente en sí mismas;

el vértigo inmóvil del adolescente desenterrado que rompe por mi frente mientras escribo y camina de nuevo, multisoledumbre en su soledumbre, por calles y plazas desmoronadas apenas las digo

y se pierde de nuevo en busca de todo y de todos, de nada y de nadie

KOSTAS

A Nitsa y Reía

In this monody the author bewails a learned friend, unfortunately drowned in his passage from Chester on the Irish Seas, 1637. And by occasion foretells the ruin of our corrupted clergy.

JOHN MILTON (*Lycidas*, 1638)

Yo tenía treinta años, venía de América y buscaba entre las pavesas de 1946 el huevo del Fénix,

tú tenías veinte años, venías de Grecia, de la insurrección y la cárcel, nos encontramos en un café lleno de humo, voces y literatura, pequeña fogata que había encendido el entusiasmo contra el frío y la penuria de aquel febrero,

nos encontramos y hablamos de Zapata y su caballo, de la laveda Deméter, piedra negra, cabeza de yegua,

y al recordar a la linda hechicera de Tesalia que convirtió a Lucio en asno y filósofo la oleada de tu risa cubrió las conversaciones y el ruido de las cucharillas en las tazas, hubo un rumor de cabras blanquinegras trepando en tropel un país de colinas quemadas, la pareja vecina dejó de decirse cosas al oído y se quedó suspensa con la mirada vacía como si la realidad se hubiese desnudado y no quedase ya sino el girar silencioso de los átomos y las moléculas, hubo un aleteo sobre la onda azul y blanca, un centelleo desolado sobre las rocas, oímos el rumor de las pisadas de las aguas nómadas sobre las lajas color de brasa, vimos una mariposa posarse sobre la cabeza de la cajera, abrir las alas de llama y dispersarse en reflejos, tocamos los pensamientos que pensábamos y vimos las palmas que decíamos, después volvió el ruido de las cucharillas, creció la marejada, el ir y venir de las gentes, pero tú estabas a la orilla del acantilado, era una ancha sonrisa la bahía y allá arriba pactaban luz y viento: Psiquis sopló sobre tu frente.

No fuiste Licidas ni te ahogaste en un naufragio en el mar de Irlanda, fuiste Kostas Papaioannou, un griego universal de París, con un pie en Bactriana y el otro en Delfos, y por eso escribo en tu memoria estos versos en la medida irregular de la sístole y la diástole, prosodia del corazón que hace breves las sílabas largas y largas las breves, versos largos y cortos como tus pasos subiendo del Puente Nuevo al león del Belfort recitando el poema de Proclo, versos para seguir sobre esta página el rastro de tus palabras que son cabras que son ménades

saltando a la luz de la luna en un valle de piedra y sólidos de vidrio inventados por ellas, mientras tú hablas de Marx y de Teócrito y ríes y las miras bailar entre tus libros y papeles - es verano y estamos en un *atelier* que da a un jardincillo en el callejón Daguerre, hay un emparrado del que cuelgan racimos de uvas, condensaciones de la noche: adentro duerme un fuego, tesoros quemantes, ¿así serían las que vio y tocó Nerval entre el oro de la trenza divina? - tu conversación caudalosa avanza entre obeliscos y arcos rotos, inscripciones mutiladas, cementerios de nombres, abres un largo paréntesis donde arden y brillan archipiélagos mentales, sin cerrarlo prosigues,

persigues una idea, te divides en meandros, te inmovilizas en golfos y deltas, tu idea se ha vuelto piedra, la rodeas, regresas, te adelgazas en un hilillo de frías agujas, la horadas y entras -no, no entras ni sales, no hay adentro ni afuera, sólo hay tiempo sin puertas y tú te detienes y miras callado al dios de la historia: cabras, ménades y palabras se disipan. Fuiste a la India, de donde salió Dionisos y adonde fue rey el general Meneandro, que allá llaman Milinda, y como el rey tú te maravillaste al ver las diferencias entre el Uno y la Vacuidad resueltas en identidad, y fue mayor maravilla -porque tu genio bebía no sólo en la luz de la idea sino en el manantial de las formas- ver en Mahabalipuram a una adolescente caminar descalza sobre la tierra negra, su vestido era un relámpago, y dijiste: ¡Ah, la belleza como en tiempos de Pericles! y te reíste y Mane José y yo nos reímos contigo y con nosotros tres se rieron todos los dioses y los héroes del Mahabarata y todos los Bodisatvas de los sutras,

rayaban el espacio naciones vehementes: una tribu de cuervos y, verde tiroteo, una banda de loros, el sol se hundía y hasta la piedra del ídolo y la espuma del mar eran una vibración rosada; otra noche, en el patio del hotelito de Trichi, mientras servías *whiskey* al *bearer* atónito que nos servía: ¿Hay puertas? Hay tierra y en nosotros la tierra se hace tiempo y el tiempo en nosotros se piensa y se entierra, pero -señalando a las constelaciones babilónicas- podemos contemplar a este mundo y los otros y regocijarnos, la contemplación abre otras puertas: es una transfiguración y es una reconciliación, también podemos reírnos de los ogros y sonreír ante el inicuo con la sonrisa de Pirrón o con la de Cristo son distintos pero la sonrisa es la misma, hay corredores invisibles entre la duda y la fe, la libertad es decir *para siempre* cuando decimos *ahora*, es un juramento y es el arte del enigma transparente: es la sonrisa -y es desatar al prisionero y al decir *no* al monstruo decir *sí* al sol de este instante, la libertad es -y no terminaste: sonreíste al beber el vaso de *whiskey*. El agua del alba borraba las constelaciones. El hombre es sus visiones: una tarde, después de una tormenta, viste o soñaste o inventaste, es lo mismo, caer sobre la doble cima del monte Parnaso la luz cenital en un torrente inmóvil, intangible y callado, árboles, piedras y yerbas chorreaban luz líquida, el agua resplandecía, el aire podía tocarse, cuerpo sin cuerpo, los elementos y las cosas obedecían a la luz apacible y reposaban en sí mismos, contentos con ser lo que eran, poco a poco salieron de sus refugios y madrigueras los toros y las vacas, las cabras, las serpientes, los perros, bajaron la tórtola, el águila y el tordo, llegaron caballos, asnos, un jabalí, un gato y un lince, y todos, los animales salvajes y los domados por el hombre, en círculo pacífico bebían el agua de la lluvia.

Kostas, entre las cenizas heladas de Europa yo no encontré el huevo de la resurrección: encontré, al pie de la cruel Quimera empapada de sangre, turisa de reconciliación.

*Un sol más vivo desde el Ocaso un Sol más vivo..*LUIS DE SANDOVAL Y ZAPATA

CONVERSAR

En un poema leo: *conversar es divino*. Pero los dioses no hablan: hacen, deshacen mundos mientras los hombres hablan. Los dioses, sin palabras, juegan juegos terribles. El espíritu bajay desata las lenguas pero no habla palabras: habla lumbre. El lenguaje, por el dios encendido, es una profecía de llamas y un desplome de sílabas quemadas: ceniza sin sentido.

La palabra del hombre es hija de la muerte. Hablamos porque somos mortales: las palabras nos son signos, son años. Al decir lo que dicen los nombres que decimos dicen tiempo: nos dicen, somos nombres del tiempo. Conversar es humano.

UN DESPERTAR

Dentro de un sueño estaba emparedado.

Sus muros no tenían consistencia ni peso: su varío era su peso.

Los muros eran horas y las horas fija y acumulada pesadumbre.

El tiempo de esas horas no era tiempo.

Salté por una brecha: eran las cuatro en este mundo. El cuarto era mi cuarto y en cada cosa estaba mi fantasma. Yo no estaba. Miré por la ventana: bajo la luz eléctrica ni un alma. Reverberos en vela, nieve sucia, casas y autos dormidos, el insomniote de una lámpara, el roble que habla solo, el viento y sus navajas, la escritura de las constelaciones, ilegible.

En sí mismas las cosas se abismaban y mis ojos de carne las veían abrumadas de estar, realidades desnudas de sus nombres. Mis dos ojos eran almas en pena por el mundo. En la calle sin nadie la presencia pasaba sin pasar, desvanecida en sus hechuras, fija en sus mudanzas, ya vuelta casas, robles, nieve, tiempo. Vida y muerte fluían confundidas.

Mirar deshabitado, la presencia con los ojos de nadie me miraba: haz de reflejos sobre precipicios.

Miré hacia adentro: el cuarto era mi cuarto y yo no estaba. Al ser nada le falta -siempre lleno de sí, jamás el mismo aunque nosotros ya no estemos... Fuera, todavía indecisa, claridades:

el alba entre confusas azoteas.

Ya las constelaciones se borraban.

EJERCICIO PREPARATORIO

(DÍPTICO CON TABLILLA VOTIVA)

Meditación (Primer tablero) *La premeditación de la motí est premeditation de la liberté.*

Qui a apris á mourir, il a desapris á servir.

MICHEL DE MONTAIGNE

La hora se vacía. Me cansa el libro y lo cierro. Miro, sin mirar, por la ventana. Me espían mis pensamientos.

Pienso que no pienso. Alguien, al otro lado, abre una puerta. Tal vez, tras esa puerta, no hay otro lado.

Pasos en el pasillo. Pasos de nadie: es sólo el aire buscando su camino.

Nunca sabemos si entramos o salimos.

Yo, sin moverme, también busco -no mi camino: el rastro de los pasos que por años diezmados me han traído a este instante sin nombre, sin cara. Sin cara, sin nombre. Hora deshabitada. La mesa, el libro, la ventana: cada cosa es irrefutable.

Sí, la realidad es real.

Y flota -enorme, sólida, palpable - sobre este instante hueco.

La realidad está al borde del hoyo siempre. Pienso que no pienso. Me confundo con el aire que anda por el pasillo. El aire sin cara, sin nombre.

Sin nombre, sin cara, sin decir: he llegado, llega.

Interminablemente está llegando, inminencia que se desvanecen un aquí mismo más allá siempre. Un siempre nunca.

Presencia sin sombra, disipación de las presencias, Señora de las reticencias que dice todo cuando dice nada, Señora sin nombre, sin cara.

Sin cara, sin nombre: miro-sin mirar; pienso

-y me despueblo. *Es obscuro*, dije en una hora como ésta, *morir en su cama*. Me

arrepiento: no quiero muerte de fuera, quiero morir sabiendo que muero. Este siglo está poseído. En su frente, signo y clavo, arde una idea fija: todos los días nos sirve el mismo plato de sangre. En una esquina cualquiera-justo, onmisciente y armado-aguarda el dogmático sin cara, sin nombre.

Sin nombre, sin cara: la muerte que yo quiero lleva mi nombre, tiene mi cara.

Es mi espejo y es mi sombra, la voz sin sonido que dice mi nombre, la oreja que escucha cuando callo,

la pared impalpable que me cierra el paso, el piso que de pronto se abre.

Es mi creación y soy su criatura.

Poco a poco, sin saber lo que hago, la esculpo, escultura de aire.

Pero no la toco, pero no me habla.

Todavía no aprendo a ver, en la cara del muerto, mi cara.

Rememoración (Segundo tablero) ...querría hacerla de tal modo que diese a entender que no había sido mi vida tan mala que dejase nombre de loco; puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad con mi muerte.

MIGUEL DE CHÍVANIKS

Con la cabeza lo sabía, no con saber de sangre: es un acorde ser y otro acorde no ser. La misma vibración, el mismo instante ya sin nombre, sin cara. El tiempo, que se come las caras y los nombres, a sí mismo se come. El tiempo es una máscara sin cara. No me enseñó a morir el Buda. Nos dijo que las caras se disipan y sonido vacío son los nombres. Pero al morir tenemos una cara, morimos con un nombre. En la frontera cenicienta, ¿quién abrirá mis ojos? Vuelvo a mis escrituras, al libro del hidalgo mal leído en una adolescencia soleada, con plurales violencias compartida: el llano acuchillado, las peleas del viento con el polvo, el pirú, surtidor verde de sombra, el testuz obstinado de la sierra contra la nube encinta de quimeras, la rigurosa luz que parte y distribuye el cuerpo vivo del espacio: geometría y sacrificio. Yo me abismaba en mi lectura rodeado de prodigios y desastres: al sur los dos volcanes hechos de tiempo, nieve y lejanía; sobre las páginas de piedra los caracteres bárbaros del fuego; las terrazas del vértigo; los cerros casi azules apenas dibujados con manos impalpables por el aire; el mediodía imaginero que todo lo que toca hace escultura y las distancias donde el ojo aprende los oficios de pájaro y arquitecto-poeta. Altiplano, terraza del zodíaco, circo del sol y sus planetas, espejo de la luna, alta marea vuelta piedra, inmensidad escalonada que sube apenas luz la madrugada y descende la grave anochecida, jardín de lava, casa de los ecos, tambor del trueno, caracol del viento, teatro de la lluvia, hangar de nubes, palomar de estrellas. Giran las estaciones y los días, giran los cielos, rápidos o lentos, las fábulas errantes de las nubes, campos de juego y campos de batallas inestables naciones de reflejos, reinos de viento que disipa el viento: en los días serenos el espacio palpita, los sonidos son cuerpos transparentes, los ecos son visibles, se oyen los silencios. Manantial de presencias, el día fluye desvanecido en sus ficciones. En los llanos el polvo está dormido. Huesos de siglos por el sol molidos, tiempo hecho sed y luz, polvo fantasma que se levanta de su lecho pétreo en pardas y rojizas

espirales, polvo danzante enmascarado bajo los domos diáfanos del cielo. Eternidades de un instante, eternidades suficientes, vastas pausas sin tiempo: cada hora es palpable, las formas piensan, la quietud es danza. Páginas más vividas que leídas en las tardes fluviales: el horizonte fijo y cambiante; el temporal que se despeña, cárdeno, -desde el Ajusco por los llanos con un ruido de piedras y pezuñas resuelto en un pacífico oleaje; los pies descalzos de la lluvia sobre aquel patio de ladrillos rojos; la buganvilla en el jardín decrepito, morada vehemencia... Mis sentidos en guerra con el mundo: fue frágil armisticio la lectura. Inventa la memoria otro presente. Así me inventa. Se confunde el hoy con lo vivido. Con los ojos cerrados leo el libro: al regresar del desvarío el hidalgo a su nombre regresa y se contempla en el agua estancada de un instante sin tiempo. Despunta, sol dudoso, entre la niebla del espejo, un rostro. Es la cara del muerto. *En tales trances, dice, no ha de burlar al alma el hombre, Y se mira a la cara: deshielo de reflejos.*

Deprecación (Tablilla)

Debemur moni nos nostraque. HORACIO

No he sido Don Quijote, no des hice ningún entuerto (aunque a veces me han apedreado los galeotes) pero quiero, como él, morir con los ojos abiertos. Morir sabiendo que morir es regresar adonde no sabemos, adonde, sin esperanza, lo esperamos.

Morir reconciliado con los tres tiempos y las cinco direcciones, el alma -o lo que así llamamos- vuelta una transparencia.

Pido no la iluminación: abrir los ojos, mirar, tocar al mundo con mirada de sol que se retira; pido ser la quietud del vértigo, la conciencia del tiempo apenas lo que dure un parpadeo del ánima sitiada;

pido frente a la tos, el vómito, la mueca, ser día despejado, luz mojada sobre tierra recién llovida y que tu voz, mujer, sobre mi frente sea el manso soliloquio de algún río; pido ser breve centelleo, repentina fijeza de un reflejo sobre el oleaje de esa hora: memoria y olvido, al fin, una misma claridad instantánea.

LA CARA Y EL VIENTO

Bajo un sol inflexible llanos ocres, colinas leonadas. Trepé por un breñal una cuesta de cabras hacia un lugar de escombros: pilastras desgajadas, dioses decapitados. A veces, centelleos subrepticios: una culebra, alguna lagartija. Agazapados en las piedras, color de tinta ponzoñosa, pueblos de bichos quebradizos. Un patio circular, un muro hendido. Agarrada a la tierra -nudo ciego, árbol todo raíces- la higuera religiosa. Lluvia de luz. Un bulto gris: el Buda. Una masa borrosa sus facciones, por las escarpaduras de su cara subían y bajaban las hormigas. Intacta todavía, todavía sonrisa, la sonrisa: golfo de claridad pacífica. Y fui por un instante diáfano viento que se detiene, gira sobre sí mismo y se disipa.

EPITAFIO SOBRE NINGUNA PIEDRA

Mixcoac fue mi pueblo: tres sílabas nocturnas, un antifaz de sombra sobre un rostro solar. Vino Nuestra Señora, la Tolvanera Madre. Vino y se lo comió. Yo andaba por el mundo. Mi casa fueron mis palabras, mi tumba el aire.

Visto y dicho

FÁBULA DE JOAN MIRÓ

El azul estaba inmovilizado entre el rojo y el negro.

El viento iba y venía por la página del llano, encendía pequeñas fogatas, se revolcaba en la ceniza, salía con la cara tiznada gritando por las esquinas, el viento iba y venía abriendo y cerrando puertas y ventanas, iba y venía por los crepusculares corredores del cráneo, el viento con mala letra y las manos manchadas de tinta escribía y borraba lo que había escrito sobre la pared del día. El sol no era sino el presentimiento del color amarillo, una insinuación de plumas, el grito futuro del gallo. La nieve se había extraviado, el mar había perdido el habla, era un rumor errante, unas vocales en busca de una palabra. El azul estaba inmovilizado, nadie lo miraba, nadie lo oía: el rojo era un ciego, el negro un sordomudo. El viento iba y venía preguntando ¿por dónde anda Joan Miró? Estaba ahí desde el principio pero el viento no lo veía: inmovilizado entre el azul y el rojo, el negro y el amarillo, Miró era una mirada transparente, una mirada de siete manos. Siete manos en forma de orejas para oír a los siete colores, siete manos en forma de pies para subir los siete escalones del arco iris, siete manos en forma de raíces para estar en todas partes y a la vez en Barcelona. Miró era una mirada de siete manos. Con la primera mano golpeaba el tambor de la luna, con la segunda sembraba pájaros en el jardín del viento, con la tercera agitaba el cubilete de las constelaciones, con la cuarta escribía la leyenda de los siglos de los caracoles, con la quinta plantaba islas en el pecho del verde, con la sexta hacía una mujer mezclando noche y agua, música y electricidad, con la séptima borraba todo lo que había hecho y comenzaba de nuevo. El rojo abrió los ojos, el negro dijo algo incomprensible y el azul se levantó. Ninguno de los tres podía creer lo que veía: ¿eran ocho gavilanes o eran ocho paraguas? Los ocho abrieron las alas, se echaron a volar y desaparecieron por un vidrio roto. Miró empezó a quemar sus telas. Ardían los leones y las arañas, las mujeres y las estrellas, el cielo se pobló de triángulos, esferas, discos, hexaedros en llamas, el fuego consumió enteramente a la granjera planetaria plantada en el centro del espacio, del montón de cenizas brotaron mariposas, peces voladores, roncós fonógrafos, pero entre los agujeros de los cuadros chamuscados volvían el espacio azul y la raya de la golondrina, el follaje de nubes y el bastón florido: era la primavera que insistía, insistía con ademanes verdes. Ante tanta obstinación luminosa Miró se rascó la cabeza con su quinta mano, murmurando para sí mismo: *Trabajo como un jardinero*. ¿Jardín de piedras o de barcas? ¿Jardín de poleas o de bailarinas? El azul, el negro y el rojo corrían por los prados, las estrellas andaban desnudas pero las friolentas colinas se habían metido debajo de las sábanas, había volcanes portátiles y fuegos de artificio a domicilio. Las dos señoritas que guardan la entrada a la puerta de las percepciones, Geometría y Perspectiva, se habían ido a tomar el fresco del brazo de Miró, cantando *Une étoile caresse le sein d'une négresse*. El viento dio la vuelta a la página del llano, alzó la cara y dijo, ¿pero dónde anda Joan Miró? Estaba ahí desde el principio y el viento no lo veía: Miró era una mirada transparente por donde entraban y salían atareados abecedarios. No eran letras las que entraban y salían por los túneles del ojo: eran cosas vivas que se juntaban y se dividían, se abrazaban y se mordían y se dispersaban, corrían por toda la página en hileras animadas y multicolores, tenían cuernos y rabos, unas estaban cubiertas de escamas, otras de plumas, otras andaban en cueros, y las palabras que formaban eran palpables, audibles y comestibles pero impronunciables: no eran letras sino sensaciones, no eran sensaciones sino transfiguraciones. ¿Y todo esto para qué? Para trazar una línea en la celda de un solitario, para iluminar con un girasol la cabeza de luna del campesino, para recibir a la muerte con una salva de geranios, para decirle *buenos días* al día que llega sin jamás preguntarle de dónde viene y adonde va, para recordar que la cascada es

una muchacha que baja las escaleras muerta de risa, para ver al sol y a sus planetas meciéndose en el trapecio del horizonte, para aprender a mirar y para que las cosas nos miren y entren y salgan por nuestras miradas, abecedarios vivientes que echan raíces, suben, florecen, estallan, vuelan, se disipan, caen.

Las miradas son semillas, mirar es sembrar, Miró trabaja como un jardinero y con sus siete manos traza incansable -círculo y rabo, ¡oh! Y ¡ahí! gran exclamación con que todos los días comienza el mundo.

DIEZ LÍNEAS PARA ANTONI TAPIES

Sobre las superficies ciudadanas, las deshojadas hojas de los días, sobre los muros desollados, trazas signos carbones, números en llamas.

Escritura indeleble del incendio, sus testamentos y sus proferías vueltos ya taciturnos resplandores. Encarnaciones, desencarnaciones: tu pintura es el lienzo de Verónica de ese Cristo sin rostro que es el tiempo.

LA VISTA, EL TACTO

A Balthus

La luz sostiene -ingrávidos, reales- el cerro blanco y las encinas negras, el sendero que avanza, el árbol que se queda;

la luz naciente busca su camino, río titubeante que dibuja sus dudas y las vuelve certidumbres,

río del alba sobre unos párpados cerrados; la luz esculpe al viento en la cortina, hace de cada hora un cuerpo vivo, entra en el cuarto y se desliza, descalza, sobre el filo del cuchillo; la luz nace mujer en un espejo, desnuda bajo diáfanos follajes una mirada la encadena, la desvanece un parpadeo;

la luz palpa los frutos y palpa lo invisible, cántaro donde beben claridades los ojos, llama cortada en flor y vela en vela donde la mariposa de alas negras se quema: la luz abre los pliegues de la sábana y los repliegues de la pubescencia, arde en la chimenea, sus llamas vueltas sombras trepan los muros, yedra deseosa; la luz no absuelve ni condena, no es justa ni es injusta, la luz con manos invisibles alza los edificios de la simetría; la luz se va por un pasaje da reflejos y regresa a sí misma: es una mano que se inventa, un ojo que se mira en sus inventos. La luz es tiempo que se piensa.

UN VIENTO LLAMADO BOB RAUSCHENBERG

Paisaje caído de Saturno, paisaje del desamparo,

llanuras de tuercas y ruedas y palancas, turbinas asmáticas, hélices rotas, cicatrices de la electricidad,

paisaje desconsolado: los objetos duermen unos al lado de los otros, vastos rebaños de cosas y cosas y cosas, los objetos duermen con los ojos abiertos

y caen pausadamente en sí mismos, caen sin moverse, su caída es la quietud del llano bajo la luna, su sueño es un caer sin regreso, un descenso hacia el espacio sin comienzo, los objetos caen, están cayendo, caen desde mi frente que los piensa, caen desde mis ojos que no los miran, caen desde mi pensamiento que los dice, caen como letras, letras, letras, lluvia de letras sobre el paisaje del desamparo.

Paisaje caído, sobre sí mismo echado, buey inmenso, buey crepuscular como este siglo que acaba, las cosas duermen unas al lado de las otras- el hierro y el algodón, la seda y el carbón, las fibras sintéticas y los granos de trigo,

los tornillos y los huesos del ala del gorrión, la grúa, la colcha de lana y el retrato de familia, el reflector, el manubrio y la pluma del colibrí las cosas duermen y hablan en sueños, el viento ha soplado sobre las cosas y lo que hablan las cosas en su sueño lo dice el viento lunar al rozarlas, lo dice con reflejos y colores que arden y estallan, el viento

profieren formas que respiran y giran, las cosas se oyen hablar y se asombran al oírse, eran mudas de nacimiento y ahora cantan y ríen, eran paráliticas y ahora bailan, el viento las une y las separa y las une, juega con ellas, las deshace y las rehace, inventa otras cosas nunca vistas ni oídas, sus ayuntamientos y sus disyunciones son racimos de enigmas palpitanes, formas insólitas y cambiantes de las asiones, constelaciones del deseo, la cólera, el amor, figuras de los encuentros y las despedidas.

El paisaje abre los ojos y se incorpora, se echa a andar y su sombra lo sigue, es una estela de rumores oscuros, son los lenguajes de las sustancias caídas, el viento se detiene y oye el clamor de los elementos, a la arena y al agua hablando en voz baja, el gemido de las maderas del muelle que combate la sal, las confidencias temerarias del fuego, el soliloquio de las cenizas, la conversación interminable del universo.

Al hablar con las cosas y con nosotros el universo habla consigo mismo: somos su lengua y su oreja, sus palabras y sus silencios.

El viento oye lo que dice el universo y nosotros oímos lo que dice el viento al mover los follajes submarinos del lenguaje y las vegetaciones secretas del subsuelo y el subcielo: los sueños de las cosas el hombre los sueña, los sueños de los hombres el tiempo los piensa.

CENTRAL PARK

Verdes y negras espesuras, parajes pelados, río vegetal en sí mismo anudado: entre plomizos edificios transcurre sin moverse allá, donde la misma luz se vuelve duda y la piedra quiere ser sombra, se disipa. Don't cross Central Park at night. Cae el día, la noche se enciende, Alechinsky traza un rectángulo imantado, trampa de líneas, corral de tinta: adentro hay una bestia caída, dos ojos y una rabia enroscada. Don't cross Central Park at night.

No hay puertas de entrada y salida, encerrada en un anillo de luz la bestia de yerba duerme con los ojos abiertos, la luna desentierra navajas, el agua de la sombra se ha vuelto un fuego verde.

Don't cross Central Park at night.

No hay puertas de entrada pero todos, en mitad de la frase colgada del teléfono, de lo alto del chorro del silencio o de la risa, de la jaula de vidrio del ojo que nos mira, todos, vamos cayendo en el espejo. Don't cross Central Park at night.

El espejo es de piedra y la piedra ya es sombra, hay dos ojos del color de la cólera, un anillo de frío, un cinturón de sangre, hay el viento que esparce los reflejos de Alicia desmembrada en el estanque. Don't cross Central Park at night.

Abre los ojos: ya estás adentro de ti mismo, en un barco de monosílabos navegas por el estanque-espejo y desembarcas en el muelle de Cobra: es un taxi amarillo que te lleva al país de las llamas a través del Central Park en la noche.

CUATRO CHOPOS

Como tras de sí misma va esta línea por los horizontales confines persiguiéndose y en el poniente siempre fugitivo en que se busca se disipa

-como esta misma línea por la mirada levantada vuelve todas sus letras una columna diáfana resuelta en una no tocada ni oída ni gustada mas pensada flor de vocales y de consonantes -como esta línea que no acaba de escribirse y antes de consumarse se incorpora sin cesar de fluir pero hacia arriba: los cuatro chopos.

Aspirados por la altura vacía y allá abajo, en un charco hecho cielo, duplicados, los cuatro son un solo chopo y son ninguno.

Atrás, frondas en llamas que se apagan tarde a la deriva -otros chopos ya andrajos espectrales interminablemente ondulan interminablemente inmóviles.

El amarillo se desliza al rosa, se insinúa la noche en el violeta.

Entre el cielo y el agua hay una franja azul y verde:
sol y plantas acuáticas, caligrafía llameante
escrita por el viento.
Es un reflejo suspendido en otro.
Tránsitos: parpadeos del instante. El mundo pierde cuerpo, es una aparición, es cuatro
chopos, cuatro moradas melodías.
Frágiles ramas trepan por los troncos. Son un poco de luz y otro poco de viento. Vaivén
inmóvil. Con los ojos las oigo murmurar palabras de aire.
El silencio se va con el arroyo, regresa con el cielo.
Es real lo que veo cuatro chopos sin peso
plantados sobre un vértigo. Una fijeza que se precipita
hacia abajo, hacia arriba, hacia el agua del cielo del remanso en un esbelto afán sin
desenlace mientras el mundo zarpa hacia lo oscuro. Latir de claridades últimas:
quince minutos sitiados que ve Claudio Monet desde una barca. En el agua se abisma el
cielo, en sí misma se anega el agua, el chopo es un disparo cárdeno: este mundo no es sólido.
Entre ser y no ser la yerba titubea, los elementos se aligeran, los contornos se
esfuman, visos, reflejos, reverberaciones, centelleo de formas y presencias, niebla de
imágenes, eclipses, esto que veo somos: espejos.

LA CASA DE LA MIRADA

A Matta

Caminas adentro de ti mismo y el tenue reflejo serpeante quiete conduce no es la última mirada de tus ojos al cerrarse ni es el sol tímido golpeando tus párpados:

es un arroyo secreto, no de agua sino de latidos: llamadas, respuestas, llamadas, hilo de claridades entre las altas yemas y las bestias agazapadas de la conciencia a oscuras.

Sigues el rumor de tu sangre por el país desconocido que inventan tus ojos y subes por una escalera de vidrio y agua hasta una terraza.

Hecha de la misma materia impalpable de los ecos y los tintineos,

la terraza, suspendida en el aire, es un cuadrilátero de luz, un ring magnético que se enrolla en sí mismo, se levanta, anda y se planta en el circo del ojo, geiser lunar, tallo de vapor, follaje de chispas, gran árbol que se enciende y apaga y enciende:

estás en el interior de los reflejos, estás en la casa de la mirada, has cerrado los ojos y entras y sales de ti mismo a ti mismo por un puente de latidos: Estás en la casa de la mirada, los espejos han escondido todos sus espectros, no hay nadie ni hay nada que ver, las cosas han abandonado sus cuerpos,

no son cosas, no son ideas: son disparos verdes, rojos, amarillos, azules, enjambres que giran y giran, espirales de legiones desencarnadas, torbellino de las formas que todavía no alcanzan su forma,

tu mirada es la hélice que impulsa y revuelve las muchedumbres incorpóreas, tu mirada es la idea fija que taladra el tiempo, la estatua inmóvil en la plaza del insomnio, tu mirada teje y desteje los hilos de la trama del espacio, tu mirada frota una idea contra otra y enciende una lámpara en la iglesia de tu cráneo, pasaje de la enunciación a la anunciación, de la concepción a la asunción, el ojo es una mano, la mano tiene cinco ojos, la mirada tiene dos manos, estamos en la casa de la mirada y no hay nada que ver, hay que poblar otra vez la casa del ojo,

hay que poblar el mundo con ojos, hay que ser fieles a la vista, hay que

CREAR PARA VER.

La idea fija taladra cada minuto, el pensamiento teje y desteje la trama, vas y vienes entre el infinito de afuera y tu propio infinito, eres un hilo de la trama y un latido del minuto, el ojo que taladra y el ojo tejedor, al entrar en ti mismo no sales del mundo, hay ríos y volcanes en tu cuerpo, planetas y hormigas,

en tu sangre navegan imperios, turbinas, bibliotecas, jardines, también hay animales, plantas, seres de otros mundos, las galaxias circulan en tus neuronas,

al entrar en ti mismo entras en este mundo y en los otros mundos, entras en lo que vio el astrónomo en su telescopio, el matemático en sus ecuaciones:

el desorden y la simetría, el accidente y las rimas, las duplicaciones y las mutaciones, el mal de San Vito del átomo y sus partículas, las células reinidentes, las inscripciones estelares.

Afuera es adentro, caminamos por donde nunca hemos estado, el lugar del encuentro entre esto y aquello está aquí mismo ahora, somos la intersección, la X, el aspa maravillosa que nos multiplica y nos interroga, el aspa que al girar dibuja el cero, ideograma del mundo y de cada uno de nosotros.

Como el cuerpo astral de Bruno y Cornelio Agripa, como las *grandes transparentes* de André Bretón,

vehículos de materia sutil, cables entre éste y aquel lado,

los hombres somos la bisagra entre el aquí y el allá, el signodoble y uno, V y A,

pirámides superpuestas unidas en un ángulo para formar la X de la Cruz,

cielo y tierra, aire y agua, llanura y monte, lago y volcán, hombre y mujer,

el mapa del cielo se refleja en el espejo de la música,
donde el ojo se anula nacen mundos:

LA PINTURA TIENE UN PIE EN LA ARQUITECTURA Y OTRO EN EL SUEÑO.

La tierra es un hombre, dijiste, pero el hombre no es la tierra,
el hombre no es este mundo ni los otros mundos que hay en este mundo y en los otros,
el hombre es el momento en que la tierra duda de ser tierra y el mundo de ser mundo,
el hombre es la boca que empaña el espejo de las semejanzas y las analogías,
el animal que sabe decir *no* y así inventa nuevas semejanzas y dice *sí*, el equilibrista
vendado que baila sobre la cuerda floja de una sonrisa, el espejo universal que refleja otro
mundo al repetir a éste, el que transfigura lo que copia, el hombre no es el que es, célula o
dios, sino el que está siempre más allá.

Nuestras pasiones no son los ayuntamientos de las sustancias ciegas pero los combates y
los abrazos de los elementos riman con nuestros deseos y apetitos, pintar es buscar la rima
secreta, dibujar el eco, pintar el eslabón:

El Vértigo de Eros es el vahído de la rosa al mecerse sobre el rosario, la aparición de la aleta
del pez al caer la noche en el mar es el centelleo de la idea, tú has pintado al amor tras una
cortina de agua llameante

PARA CUBRIR LA TIERRA CON UN NUEVO ROCÍO.

En el espejo de la música las constelaciones se miran antes de disiparse, el espejo se abisma
en sí mismo anegado de claridad hasta anularse en un reflejo, los espacios fluyen y se
despeñan bajo la mirada del tiempo petrificado,

las presencias son llamas, las llamas son tigres, los tigres se han vuelto olas, cascada de
transfiguraciones, cascada de repeticiones, trampas del tiempo:

hay que darle su ración de lumbre a la naturaleza hambrienta, hay que agitar la sonaja de
las rimas para engañar al tiempo y despertar al alma, hay que plantar ojos en la plaza, hay
que regar los parques con risa solar y lunar, hay que aprender la tonada de Adán, el solo de
la flauta del fémur, hay que construir sobre este espacio inestable la casa de la mirada, la
casa de aire y de agua donde la música duerme, el fuego vela y pinta el poeta.

¡ÁRBOL ADENTRO

ANTES DEL COMIENZO

Ruidos confusos, claridad incierta.

Otro día comienza.

Es un cuarto en penumbra y dos cuerpos tendidos.

En mi frente me pierdo por un llano sin nadie.

Ya las horas afilan sus navajas.

Pero a mi lado tú respiras; entrañable y remota
fluyes y no te mueves.

Inaccesible si te pienso, con los ojos te palpo, te miro con las manos.

Los sueños nos separan y la sangre nos junta: somos un río de latidos. Bajo tus párpados
madura la semilla del sol. El mundo no es real todavía, el tiempo duda:

sólo es cierto el calor de tu piel. En tu respiración escucho la marea del ser, la sílaba olvidada
del Comienzo.

LA GUERRA DE LA DRÍADA O VUELVE A SER EUCALIPTO

El enorme perro abrió los ojos,
pegó un salto y arqueando el negro lomo, bien plantado en sus cuatro patas, aulló con un
aullido inacabable: ¿qué veía con seis ojos inyectados, sus tres hocicos contra quién
gruñían?
veía una nube preñada de centellas,
veía un par de ojos, veía un gato montes, el gato cayó sobre el perro, el perro revolcó al
gato, el gato le sacó un ojo al perro, el perro se volvió un ladrido de humo, el humo subió
al cielo, el cielo se volvió tempestad, la tempestad bajó armada de rayos, el rayo incendió
al gato montes, las cenizas del gato se esparcieron entre las cuatro esquinas del universo,
el cuarto se convirtió en Sahara, sopló el simún y me abrasé en su vaho, convoqué a los
genios del agua, el trueno rodó por la azotea, se quebraron los cántaros de arriba, llovió
sin parar durante cuarenta relámpagos, el agua llegó al cielo raso, en el vértice de la cresta
tu cama se bandeaba, con las sábanas armaste un velamen, de pie en la proa de tu esquife
inestable tirado por cuatro caballos de espuma y un águila, una llama ondeante tu cabellera
eléctrica, levaste el ancla, capeaste el temporal y te hiciste a la mar, tu artillería
disparaba desde estribor,desmantelaba mis premisas,hacía añicos mis consiguientes,tus
espejos ustoriosincendiaban mis convicciones, me replegué hacia la cocina, rompí el
cerco en el sótano, escapé por una alcantarilla, en el subsuelo hallé madrigueras, el
insomnio encendió su bujía, su luz díscola iluminó mi noche, inspiraciones,
conspiraciones, inmolaciones, con rabia verde, una llamita iracunda y el soplete de ¿me la
pagarás! forjé un puñal de misericordia, me bañé en la sangre del dragón, salté el foso,
escalé las murallas, aceché en el pasillo, abrí la puerta, tú te mirabas en el espejo y
sonreías, al verme desapareciste en un destello, corrí tras esa claridad desvanecida,
interrogué a la luna del armario, estrujé las sombras de la cortina, plantado en el centro de
la ausencia fui estatua en una plaza vacía, fui palabra encerrada en un paréntesis, fui
aguja de un reloj parado, me quedé con un puñado de ecos, baile de sílabas fantasmas en
la cueva del cráneo, reapareciste en un resplandor súbito, llevabas en la mano derecha un
sol diminuto, en la izquierda un cometa de cauda granate, los astros giraban y cantaban,
al volar dibujaban figuras, se unían, separaban, unían, eran dos y eran uno y eran ninguno,
el doble pájaro de lumbre anidó en mis oídos, quemó mis pensamientos, disipó mis
memorias, cantó en la jaula del cerebro el solo del faro en la noche oceánica y el himno
nupcial de las ballenas, el puñal floreció, el perro de tres cabezas lamía tus pies, el espejo
era un arroyo detenido, el gato pescaba imágenes en el arroyo, tú reías en mitad de la
pieza,eras una columna de luz líquida,*Vuelve a ser eucalipto*, dijiste,el viento mecía mi
follaje,yo callaba y el viento hablaba,murmullo de palabras que eran hojas,verdes
chisporroteos, lenguas de agua,tendida al pie del eucaliptotú eras la fuente que reía,vaivén
de los ramajes sigilosos,eras tú, era la brisa que volvía.

REGRESO

Bajo mis ojos te extendías, país de dunas -ocres, claras. El viento en busca de agua se
detuvo, país de fuentes y latidos. Vasta como la noche, cabías en la cuenca de mi mano.
Después, el despeñarse inmóviladentro afuera de nosotros mismos.Comí tinieblas con los
ojos,bebí el agua del tiempo, bebí noche.Palpé entonces el cuerpo de una música oída con
las yemas de mis dedos. Juntos, barcas obscuras la sombra amarradas,nuestros cuerpos
tendidos.Las almas, desatadas,lámparas navegantessobre el agua nocturna. Abriste al fin
los ojos. Te mirabas mirada por mis ojos y desde mi mirada te mirabas: como el fruto en
la yerba,como la piedra en el estanque,caías en ti misma. Dentro de mí subía una mareay
con puño impalpable golpeabala puerta de tus párpados:mi muerte, que quería
conocerte,mi muerte, que quería conocerse.Me enterré en tu mirada. Fluyen por las

llanuras de la noche nuestros cuerpos: son tiempo que se acaba, presencia disipada en un abrazo; pero son infinitos y al tocarlos nos bañamos en ríos de latidos, volvemos al perpetuo recomienzo.

PILARES

And whilst our souls negotiate there We like sepulchral statues lay...

JOHN DONNE

La plaza es diminuta. Cuatro muros leprosos, una fuente sin agua, dos bancas de cemento y fresnos malheridos. El estruendo, remoto, de ríos ciudadanos. Indecisa y enorme, rueda la noche y borra graves arquitecturas. Ya encendieron las lámparas. En los golfos de sombra, en esquinas y quicios, brotan columnas vivas e inmóviles: parejas. Enlazadas y quietas, entretejen murmullos: pilares de latidos.

En el otro hemisferio la noche es femenina, abundante y acuática. Hay islas que llamean en las aguas del cielo. Las hojas del banano vuelven verde la sombra. En mitad del espacio ya somos, enlazados, un árbol que respira. Nuestros cuerpos se cubren de una yedra de sílabas. Follajes de rumores, insomnio de los grillos en la yerba dormida, las estrellas se bañan en un charco de ranas, el verano acumula allá arriba sus cántaros, con manos invisibles el aire abre una puerta. Tu frente es la terraza que prefiere la luna.

El instante es inmenso, el mundo ya es pequeño. Yo me pierdo en tus ojos y al perderme te miro en mis ojos perdida. Se quemaron los nombres, nuestros cuerpos se han ido. Estamos en el centro imantado de ¿dónde? Inmóviles parejas en un parque de México o en un jardín asiático: bajo estrellas distintas diarias eucaristías. Por la escala del tacto bajamos ascendemos al arriba de abajo, reino de las raíces, república de alas.

Los cuerpos anudados son *el libro del alma*: con los ojos cerrados, con mi tacto y mi lengua, delecto en tu cuerpo la escritura del mundo. Un saber ya sin nombres: el sabor de esta tierra.

Breve luz suficiente que ilumina y nos ciega como el súbito brote de la espiga y el semen. Entre el fin y el comienzo un instante sin tiempo frágil arco de sangre, puente sobre el vacío.

Al trabarse los cuerpos un relámpago esculpen.

COMO QUIEN OYE LLOVER

Óyeme como quien oye llover, ni atenta ni distraída, pasos leves, llovizna, agua que es aire, aire que es tiempo, el día no acaba de irse, la noche no llega todavía, figuraciones de la niebla al doblar la esquina, figuraciones del tiempo en el recodo de esta pausa, óyeme como quien oye llover, sin oírme, oyendo lo que digo con los ojos abiertos hacia adentro, dormida con los cinco sentidos despiertos, llueve, pasos leves, rumor de sílabas, aire y agua, palabras que no pesan: lo que fuimos y somos, los días y los años, este instante, tiempo sin peso, pesadumbre enorme, óyeme como quien oye llover, relumbra el asfalto húmedo, el vaho se levanta y camina, la noche se abre y me mira, eres tú y tu talle de vaho, tú y tu cara de noche, tú y tu pelo, lento relámpago, cruzas la calle y entras en mi frente, pasos de agua sobre mis párpados, óyeme como quien oye llover, el asfalto relumbra, tú cruzas la calle, es la niebla errante en la noche, es la noche dormida en tu cama, es el oleaje de tu respiración, tus dedos de agua mojan mi frente, tus dedos de llama queman mis ojos, tus dedos de aire abren los párpados del tiempo, manar de apariciones y resurrecciones, óyeme como quien oye llover, pasan los años, regresan los instantes,

¿oyes tus pasos en el cuarto vecino? no aquí ni allá: los oyes en otro tiempo que es ahora mismo, oye los pasos del tiempo inventor de lugares sin peso ni sitio, oye la lluvia correr por la terraza, la noche ya es más noche en la arboleda, en los follajes ha anidado el rayo, vago jardín a la deriva -entra, tu sombra cubre esta página.

CARTA DE CREENCIA

CANTATA1 Entre la noche y el día hay un territorio indeciso. No es luz ni sombra: es tiempo. Hora, pausa precaria, página que se obscurece, página en la que escribo, despacio, estas palabras.

La tarde es una brasa que se consume. El día gira y se deshoja. Lima los confines de las cosas un río obscuro. Terco y suave la arrastra, no sé adonde. La realidad se aleja. Yo escribo: hablo conmigo -hablo contigo. Quisiera hablarte como hablan ahora, casi borrados por las sombras, el arbolito y el aire; como el agua corriente, soliloquio sonámbulo; como el charco callado, reflector de instantáneos simulacros; como el fuego: lenguas de llama, baile de chispas, cuentos de humo. Hablarte con palabras visibles y palpables, con peso, sabor y olor como las cosas. Mientras lo digo las cosas, imperceptiblemente, se desprenden de sí mismas y se fugan hacia otras formas, hacia otros nombres. Me quedan estas palabras: con ellas te hablo. Las palabras son puentes. También son trampas, jaulas, pozos. Yo te hablo: tú no me oyes. No hablo contigo: hablo con una palabra. Esa palabra eres tú, esa palabra te lleva de ti misma a ti misma. La hicimos tú, yo, el destino. La mujer que eres es la mujer a la que hablo: estas palabras son tu espejo, eres tú misma y el eco de tu nombre. Yo también, al hablarte, me vuelvo un murmullo, aire y palabras, un soplo, un fantasma que nace de estas letras. Las palabras son puentes: la sombra de las colinas de Meknés sobre un campo de girasoles estáticos es un golfo violeta. Son las tres de la tarde, tienes nueve años y te has adormecido entre los brazos frescos de la rubia mimosa. Enamorado de la geometría un gavilán dibuja un círculo. Tiembla en el horizonte la mole cobriza de los cerros. Entre peñascos vertiginosos los cubos blancos de un poblado. Una columna de humo sube del llano y poco a poco se disipa, aire en el aire, como el canto del muecín que perfora el silencio, asciende y florece en otro silencio. Sol inmóvil, inmenso espacio de alas abiertas; sobre llanuras de reflejos la sed levanta alminares transparentes. Tú no estás dormida ni despierta: tú flotas en un tiempo sin horas. Un soplo apenas suscita remotos países de menta y manantiales. Déjate llevar por estas palabras hacia ti misma. 2 Las palabras son inciertas y dicen cosas inciertas. Pero digan esto o aquello, nos dicen. Amor es una palabra equívoca, como todas. No es palabra, dijo el Fundador: es visión, comienzo y coronada la escala de la contemplación -y el florentino: es un accidente -y el otro: no es la virtud pero nace de aquello que es la perfección -y los otros: una fiebre, una dolencia, un combate, un frenesí, un estupor, una quimera. El deseo lo inventa, lo avivan los ayunos y las laceraciones, los celos lo espolean, la costumbre lo mata. Un don, una condena. Furia, beatitud. Es un nudo: vida y muerte. Una llaga que es rosa de resurrección. Es una palabra: al decir la, nos dice. El amor comienza en el cuerpo; ¿dónde termina? Si es fantasma, encarna en un cuerpo; si es cuerpo, al tocarlo se disipa. Fatal espejo: la imagen deseada se desvanece, tú te ahogas en tus propios reflejos. Festín de espectros. Aparición: el instante tiene cuerpo y ojos, me mira. Al fin la vida tiene cara y nombre. Amar: hacer de un alma un cuerpo, hacer de un cuerpo un alma, hacer un tú de una presencia. Amar: abrir la puerta prohibida, Pasaje que nos lleva al otro lado del tiempo. Instante: reverso de la muerte, nuestra frágil eternidad. Amar es perderse en el tiempo, ser espejo entre espejos. Es idolatría: endiosar una criatura y a lo que es temporal llamar eterno. Todas las formas de carne son hijas del tiempo, simulacros. El tiempo es el mal, el instante es la caída; amar es despeñarse: caer interminablemente, nuestra pareja es nuestro abismo. El abrazo: jeroglífico de la destrucción. Lascivia: máscara de la muerte. Amar: una variación, apenas un

momento en la historia de la célula primigenia y sus divisiones incontables. Eje de la rotación de las generaciones. Invención, transfiguración: la muchacha convertida en fuente, la cabellera en constelación, en isla la mujer dormida. La sangre: música en el ramaje de las venas; el tacto: luz en la noche de los cuerpos. Transgresión de la fatalidad natural, Bisagra que enlaza destino y libertad, pregunta grabada en la frente del deseo: ¿accidente o predestinación? Memoria, cicatriz: -¿de dónde fuimos arrancados?, cicatriz, memoria: sed de presencia, querencia de la mitad perdida. El Uno es el prisionero de sí mismo, es, solamente es, no tiene memoria, no tiene cicatriz: amar es dos, siempre dos, abrazo y pelea, dos es querer ser uno mismo y ser el otro, la otra; dos no reposa, no está completo nunca, gira en torno a su sombra, busca lo que perdimos al nacer; la cicatriz se abre: fuente de visiones; dos: arco sobre el vacío, puente de vértigos; dos: Espejo de las mutaciones.

3

Amor, isla sin horas, isla rodeada de tiempo, claridad sitiada de noche.
 Caer es regresar, caer es subir.
 Amar es tener ojos en las yemas, palpar el nudo en que se anudan quietud y movimiento.
 El arte de amar ¿es arte de morir? Amar es morir y revivir y remorir: es la vivacidad.
 Te quiero porque yo soy mortal y tú lo eres.
 El placer hierde, la herida florece. En el jardín de las caricias corté la flor de sangre para adornar tu pelo. La flor se volvió palabra. La palabra arde en mi memoria.
 Amor: reconciliación con el Gran todo y con los otros, los diminutos todos innumerables.
 Volver al día del comienzo. Al día de hoy.
 La tarde se ha ido a pique. Lámparas y reflectores perforan la noche.
 Yo escribo: hablo contigo: hablo conmigo.
 Con palabras de agua, llama, aire y tierra inventamos el jardín de las miradas. Miranda y Ferdinand se miran, interminablemente, en los ojos-hasta petrificarse.
 Una manera de morir como las otras.
 En la altura las constelaciones escriben siempre la misma palabra; nosotros, aquí abajo, escribimos nuestros nombres mortales.
 La pareja es pareja porque no tiene Edén. Somos los expulsados del Jardín, estamos condenados a inventarlo y cultivar sus flores delirantes, joyas vivas que cortamos para adornar un cuello. Estamos condenados a dejar el Jardín: delante de nosotros está el mundo.

Coda

Tal vez amar es aprender
 a caminar por este mundo.
 Aprender a quedarnos quietos
 como el tilo y la encina de la fábula.
 Aprender a mirar. Tu mirada es sembradora.
 Plantó un árbol. Yo hablo porque tú meces los follajes.

NOTAS

CUARTETO

La línea última de la segunda parte es una cita de la admirable sátira de Alexander Pope (*Epistle III, to Alien Lord Bathurst*) contra los ricos y los dos vicios gemelos, avaricia y prodigalidad:

Yet, to be just to these poor men of pelf, Each does but hate his Neighbour as himself...

HERMANDAD

En la *Antología Palatina* aparecen dos poemas atribuidos a Ptolomeo (VII, 314 y IX, 577). W. R. Patón declara que no es posible determinar la identidad real de ese Ptolomeo (*The*

Greek Anthology, The Loeb Classical Library, London y Cambridge, Mass. MCMLX). En cambio, para Fierre Waltz y Guy Saury es más que probable que el segundo epigrama sea realmente del gran astrónomo Claudio Ptolomeo (*Anthologie Grecque*, Les Belles Lettres, París, 1974). Hay en el poema de Claudio Ptolomeo una afirmación de la divinidad e inmortalidad del alma que es de estirpe platónica pero que revela también al astrónomo familiarizado con las cosas del cielo. Dice así: «Sé que soy mortal pero cuando observo la moción circular de la muchedumbre de estrellas, no toco la tierra con los pies: me siento cerca del mismo Zeus y bebo hasta saciarme el licor de los dioses -la ambrosía.» Es hermoso que para Ptolomeo la contemplación consista en *beber con los ojos* la inmortalidad.

HABLO DE LA CIUDAD

La contaminación de la atmósfera de la ciudad de México es el resultado de la mezcla de polvo, por la desecación de los lagos donde se asentaba la antigua ciudad, y el humo de los automóviles y las fábricas. *Polumo*: polvo + humo.

KOSTAS

El 18 de noviembre de 1982 murió Rostas Papaioannou. Si un hombre ha merecido, entre los que he tratado, el nombre de amigo, en el sentido que daban los filósofos antiguos a esta palabra, ese hombre fue Kostas. Lo conocí en 1946 en un París con frío y sin automóviles, sin comida y con mercado negro. Desde entonces hasta el día de su muerte fuimos amigos. Jamás encontré en él una sombra de interés, egoísmo, envidia u otro sentimiento mezquino. Su generosidad era inmensa. Kostas era pobre pero rico en ideas y en saber; unas y otros, las ideas y los conocimientos, los regalaba a sus amigos y oyentes con una magnífica naturalidad. Su cultura era extensa y profunda: el neoplatónico Proclo y Hegel, Marx y Mariowe, el arte grecobudista y la poesía de John Donne, la religión griega arcaica y Buster Keaton, el *cool-jazz* y Montaigne. Como todos los que fuimos sus amigos, le debo mucho. Pero mi deuda intelectual, con ser grande, es poca cosa comparada con todo lo demás: la alegría, la lealtad, la rectitud, la claridad en el juicio, la benevolencia, la sonrisa y la risa, la camaradería y, en fin, esa mirada vivaz e irónica con que acogía cada mañana la salida del sol y que era su manera de decir Sí a la vida aún en los momentos peores. Incorruptible, no buscó honores, dinero, puestos o poder. Vivió al día y a la intemperie. Buscó la amistad, el amor y el saber. No fue ávido pero no desdeñó los dones de la vida: el placer, decía citando a Aristóteles, no es enemigo ni de la sabiduría ni de la bondad.

CONVERSAR

La frase «conversar es divino» figura en un poema del poeta portugués Alberto Lacerda dedicado a Jorge Guillen.

COMPLEMENTO

RENGA (I, 7)

Calina respiración de la colina. Bajo sus arcos duerme la noche, arden las brasas.

Peregrinación serpentina: la boca de la gruta, lápida que abre, (abracadabra), la luna.

Entro en la alcoba de párpados: los ojos -*hamam* de los muertos- lavan las

imágenes. Resurrección sin nombre propio: soy un racimo de sílabas anónimas.

No hay nadie ya en la cámara subterránea (caracola, amonita, casa de los ecos) nadie sino

esta espiral somnolucua, escritura que tus ojos caminantes, al proferir, anulan

-y te anulan, tú mismocaracola, amonita, cuarto vacío: lector.

CASA (IV)

Casas que van y vienen por mi frente, semillas enterradas que maduran bajo mis párpados,
casas ya vueltas un puñado de anécdotas y fotos,
fugaces construcciones de reflejos en el agua del tiempo suspendidas
por ese largo instante en que unos ojos recorren, distraídos, esta página:
yo camino por ellas en mí mismo, lámpara soy en sus cuartos vacíos y me enciendo y apago
como un ánima.

La memoria es teatro del espíritu pero afuera ya hay sol: resurrecciones. En mí me planto,
habito mi presente.

RENGA (1,7) En el mes de abril de 1969 se reunieron cuatro poetas –Charles Tomlinson,
Jacques Roubaud, Edoardo Sanguinetti y Octavio Paz– en un pequeño hotel de la *rive
gauche* de París y, encerrados en el sótano, escribieron durante cuatro días un poema
colectivo en inglés, francés, italiano y español, compuesto de cuatro series de siete poemas
cada uno. Se reproduce aquí el poema I, 7, escrito enteramente por O.P. en español.

CASA (IV) *Hijos del aire (Air borne)* es un poema en inglés y español escrito durante un
intercambio epistolar entre Charles Tomlinson y Octavio Paz. Está compuesto por dos
series (*Casa* y *Día*) de cuatro poemas cada una, inspirados por la forma del soneto. *Casa
(IV)* fue escrito únicamente por O.P.

A TRAVÉS Doblo la página del día, escribo lo que me dicta el movimiento de tus pestañas.

Mis manos abren las cortinas de tu ser te visten con otra desnudez descubren los cuerpos de tu cuerpo Mis manos inventan otro cuerpo a tu cuerpo. Entro en ti, veracidad de la tiniebla. Quiero las evidencias de lo oscuro, beber el vino negro: toma mis ojos y revientalos. Una gota de noche sobre la punta de tus senos: enigmas del clavel. Al cerrar los ojos los abro dentro de tus ojos. En su lecho granate siempre está despierta y húmeda tu lengua. Hay fuentes en el jardín de tus arterias. Con una máscara de sangre atravieso tu pensamiento en blanco: desmemoria me guía hacia el reverso de la vida.

ACABAR CON TODO Dame, llama invisible, espada fría, tu persistente cólera, para acabar con todo, oh mundo seco, oh mundo desangrado, para acabar con todo. Arde, sombrío, arde sin llamas, apagado y ardiente, ceniza y piedra viva, desierto sin orillas. Arde en el vasto cielo, laja y nube, bajo la ciega luz que se desploma entre estériles peñas. Arde en la soledad que nos deshace, tierra de piedra ardiente, de raíces heladas y sedientas. Arde, furor oculto, ceniza que enloquece, arde invisible, arde como el mar impotente engendra nubes, olas como el rencor y espumas pétreas. Entre mis huesos delirantes, arde; arde dentro del aire hueco, horno invisible y puro; arde como arde el tiempo, como camina el tiempo entre la muerte, con sus mismas pisadas y su aliento; arde como la soledad que te devora, arde en ti mismo, ardor sin llama, soledad sin imagen, sed sin labios. Para acabar con todo, oh mundo seco, para acabar con todo.

ADIÓS A LA CASA Es en la madrugada.

Quiero decir adiós a este pequeño mundo, único mundo verdadero. Adiós a este penoso abrir los ojos del día que se levanta: el sueño huye, embozado, del lugar de su crimen y el alma es una plaza abandonada. Adiós a la silla, donde colgué mi traje cada noche, ahorcado cotidiano, y al sillón, roca en mi insomnio, peña que no abrió el rayo ni el agua agrietó. Adiós al espejo verídico, donde dejé mi máscara por descender al fondo del sinfín —y nunca descendí: ¿no tienes fondo, sólo superficie? Adiós al poco cielo de la ventana y a la niebla que sube a ciegas la colina, rebaño que se desvanece. Al vestido de copos, el ciruelo, decirle adiós, y a ese pájaro que es un poco de brisa en una rama. Decirle adiós al río: tus aguas siempre fueron, para mí, las mismas aguas. Niña, mujer, fantasma de la orilla, decirte siempre adiós como el río se lo dice a la ribera en una interminable despedida. Quisiera decir adiós a estas presencias, memorias de mañana, pero tengo miedo que despierten y me digan adiós. **AGUA NOCTURNA** La noche de ojos de caballo que tiemblan en la noche, la noche de ojos de agua en el campo dormido, está en tus ojos de caballo que tiembla, está en tus ojos de agua secreta. Ojos de agua de sombra, ojos de agua de pozo, ojos de agua de sueño. El silencio y la soledad, como dos pequeños animales a quienes guía la luna, beben en esos ojos, beben en esas aguas. Si abres los ojos, se abre la noche de puertas de musgo, se abre el reino secreto del agua que mana del centro de la noche. 26
Y si los cierras, un río, una corriente dulce y silenciosa, te inunda por dentro, avanza, te haré oscura: la noche moja riberas en tu alma.

AMOR QUE TE MULTIPLICAS Amor que te multiplicas cuando en celos te conviertes, y toda tu esencia viertes, pues amenazas, suplicas, callas y luego replicas, tramas venganzas ocultas, a un tiempo imploras e insultas, eres víctima y verdugo, fabricas tu propio yugo, y en tu infierno te sepultas.

ANTES DEL COMIENZO Ruidos confusos, claridad incierta.

Otro día comienza.

Es un cuarto en penumbra y dos cuerpos tendidos.

En mi frente me pierdo por un llano sin nadie.

Ya las horas afilan sus navajas.

Pero a mi lado tú respiras; entrañable y remota fluyes y no te mueves.

Inaccesible si te pienso, con los ojos te palpo, te miro con las manos.

Los sueños nos separan y la sangre nos junta: somos un río de latidos.

Bajo tus párpados madura la semilla del sol.

El mundo no es real todavía, 2 el tiempo duda: sólo es cierto el calor de tu piel.

En tu respiración escucho la marea del ser, la sílaba olvidada del Comienzo.

AQUÍ

Mis pasos en esta calle Resuenan En otra calle Donde Oigo mis pasos Pasar en esta calle Donde Sólo es real la niebla

ÁRBOL QUIETO ENTRE NUBES Aquel joven soldado era sonriente y tímido y erguido como un joven durazno.

El vello de su rostro se doraba con el rubor de los duraznos al amarillo sol de mediodía.

Sus ademanes eran como los ademanes del durazno cuando el viento lo mueve, en la colina.

Si sonreía era su sonrisa un imprevisto florecer durazno.

Una ráfaga a veces lo nublabá y entonces, serio, ensimismado, era un durazno al aire, deshojado.

Jugaba con los niños, en la tarde, con un fervor nostálgico, lejano, con la misma ternura de la ola que se aleja volviendo la cabeza.

Un viento melancólico barría nubes en flor, apenas nubes, y en el jardín volaban hojas ¡oh despeinada primavera Árbol quieto entre nubes, hojas, niños, se preguntaba aquel soldado: ¿Es nube todo, todo es hoja, viento? ¿Los familiares árboles son nubes? ¿Esta rama que toco, esta corteza, estos niños, son nubes? ¿Nube el sueño y la muchacha aquella y su perfume, fantasma de la carne, nube, espuma apenas sostenida por el viento? Y se alejó, callada nube negra.

AUGURIOS Al natural, en cápsulas, abiertas o cerradas, ya desalmadas, Elvira y doña Sol; en cada cuna Eros y leche: digestión pacífica sin pesadillas griegas; bálsamos bíblicos o dialécticos, sedantes contra las erosiones, decadencias históricas, siniestros coloniales, temblores, indios, negros, cracks, sequías, crisis, poetas solitarios, auto-críticas, purgas, cismas, putschs, eclipses; deportes y cultura para todos los hijos de vecino: camporrasos todos los camposantos; pulgas vestidas a la moda en las metrópolis, en las playas mariscos erotómanos bajo el signo de Cáncer; *Hoy pasó un águila Sobre mi cabeza...*

Rubén Darío

vacaciones al cuerno de la luna; gas, amnesia, descarnaciones, evaporaciones, golpes de gracia y otras matemáticas del cero puritano; calistenia moral, lobotomías, cura de sueño, orgasmos por teléfono, arcoiris portátiles...

El vacío pregona una filantropía que despena.

BAJO TU CLARA SOMBRA Un cuerpo, un cuerpo solo, un sólo cuerpo un cuerpo como día derramado y noche devorada; la luz de unos cabellos que no apaciguan nunca la sombra de mi tacto; una garganta, un vientre que amanece como el mar que se

enciende cuando toca la frente de la aurora; unos tobillos, puentes del verano; unos muslos nocturnos que se hunden en la música verde de la tarde; un pecho que se alza y arrasa las espumas; un cuello, sólo un cuello, unas manos tan sólo, unas palabras lentas que descienden como arena caída en otra arena. . . .
 Esto que se me escapa, agua y delicia obscura, mar naciendo o muriendo; estos labios y dientes, estos ojos hambrientos, me desnudan de mí y su furiosa gracia me levanta hasta los quietos cielos donde vibra el instante; la cima de los besos, la plenitud del mundo y de sus formas.

CERRO DE LA ESTRELLA Aquí los antiguos recibían al fuego Al mediodía las piedras se abren como frutos El agua abre los párpados La luz resbala por la piel del día Gota inmensa donde el tiempo se refleja y se sacia A la española el día entra pisando fuerte Un rumor de hojas y pájaros avanza Un presentimiento de mar o mujeres El día zumba en mi frente como una idea fija En la frente del mundo zumba tenaz el día La luz corre por todas partes Canta por las terrazas Hace bailar las casas Bajo las manos frescas de la yedra ligera El muro se despierta y levanta sus torres Y las piedras dejan caer sus vestiduras Y el agua se desnuda y salta de su lecho 3 Más desnuda que el agua Y la luz se desnuda y se mira en el agua Más desnuda que un astro Y el pan se abre y el vino se derrama Y el día se derrama sobre el agua tendida Ver oír tocar oler gustar pensar Labios o tierra o viento entre veleros Sabor del día que se desliza como música Rumor de luz que lleva de la mano a una muchacha Y la deja desnuda en el centro del día Nadie sabe su nombre ni a qué vino Como un poco de agua se tiende a mi costado El sol se para un instante por mirarla La luz se pierde entre sus piernas La rodean mis miradas como agua Y ella se baña en ellas más desnuda que el agua Como la luz no tiene nombre propio Como la luz cambia de forma con el día

CERTEZA Si es real la luz blanca de esta lámpara, rea la mano que escribe, ¿son reales los ojos que miran lo escrito? De una palabra a otra lo que digo se desvanece. Yo sé que estoy vivo entre dos paréntesis.

COMO QUIEN OYE LLOVER Óyeme como quien oye llover, ni atenta ni distraída, pasos leves, llovizna, agua que es aire, aire que es tiempo, el día no acaba de irse, la noche no llega todavía, figuraciones de la niebla al doblar la esquina, figuraciones del tiempo en el recodo de esta pausa, óyeme como quien oye llover, sin oírme, oyendo lo que digo con los ojos abiertos hacia adentro, dormida con los cinco sentidos despiertos, llueve, pasos leves, rumor de sílabas, aire y agua, palabras que no pesan: lo que fuimos y somos, los días y los años, este instante, tiempo sin peso, pesadumbre enorme, óyeme como quien oye llover, 4 relumbra el asfalto húmedo, el vaho se levanta y camina, la noche se abre y me mira, eres tú y tu talle de vaho, tú y tu cara de noche, tú y tu pelo, lento relámpago, cruzas la calle y entras en mi frente, pasos de agua sobre mis párpados, óyeme como quien oye llover, el asfalto relumbra, tú cruzas la calle, es la niebla errante en la noche, como quien oye llover es la noche dormida en tu cama, es el oleaje de tu respiración, tus dedos de agua mojan mi frente, tus dedos de llama queman mis ojos, tus dedos de aire abren los párpados del tiempo, manar de apariciones y resurrecciones, óyeme como quien oye llover, pasan los años, regresan los instantes, ¿oyes tus pasos en el cuarto vecino? no aquí ni allá: los oyes en otro tiempo que es ahora mismo, oye los pasos del tiempo inventor de lugares sin peso ni sitio, oye la lluvia correr por la terraza, la noche ya es más noche en la arboleda, en los follajes ha anidado el rayo, vago jardín a la deriva entra, tu sombra cubre esta página.

OMO REINA DE BARAJAS Mi cara, esta hoja muerta que se ha quedado olvidada en un libro aprisionada, mi cara es tarde desierta, mi cara es pregunta yerta que nunca intenta la risa, vive aislada como brisa que se fugó del torrente.

Pero de tarde, en la fuente, contempla aún su ceniza.

A mi cara que a las tres de la tarde se anochece, a mi cara que se mece cuando la tarde ya no es, a mi cara que de vez

en vez aún se sonríe, a mi cara que se ríe cuando por la noche huye, y en la noche se diluye para que nadie la espíe.

4 Voy con mi sombra delante por sombra siempre rodeada por sombra sombría cercada que ensombrece mi semblante.

Voy por la calle anhelante por la calle hecha de sombra de esa que ni el aire nombra y la sombra me persigue.

La sombra que a mí me persigue sólo el silencio la nombra.

De nuevo toqué el fondo del infierno, pero esta vez se me hizo más ardiente.

Antes, quizá, yo fuera tan valiente, que pude resistir penar eterno.

¿Será que como ahora ya discierno cuándo el fuego me quema, estoy consciente, y padecen a un tiempo cuerpo y mente? Mi sufrir es de afuera y es interno.

En otro tiempo con verdad decía que del mundo el dolor había saciado.

¡Torpe de mí, que, ciega, no veía un camino angustioso, mas no andado Hoy acepto lo que antes no creía: que el infierno es redondo y continuado.

CONTRA LA NOCHE SIN CUERPO Contra la noche sin cuerpo se desgarran y se abraza la pena sola.

Negro pensar y encendida semilla pena de fuego amargo y agua dulce la pena en guerra.

Claridad de latidos secretos planta de talle transparente vela la pena.

Calla en el día canta en la noche habla conmigo y habla sola alegre pena.

Ojos de sed pechos de sa entra en mi cama y entra en mi sueño amarga pena.

Bebe mi sangre la pena pájaro puebla la espera mata la noche la pena viva.

Sortija de la ausencia girasol de la espera y amor en vela torre de pena.

Contra la noche la sed y la ausencia gran puñado de vida fuente de pena.

CREPÚSCULOS DE LA CIUDAD

I

Devora el sol final restos ya inciertos; el cielo roto, hendido, es una fosa; la luz se atarda en la pared ruinosa; polvo y salitre soplan sus desiertos.

Se yerguen más los fresnos, más despiertos, y anohecen la plaza silenciosa, tan a ciegas palpada y tan esposa como herida de bordes siempre abiertos.

Calles en que la nada desemboca, calles sin fin andadas, desvarío sin fin del pensamiento desvelado.

Todo lo que me nombra o que me evoca yace, ciudad, en ti, yace vacío, en tu pecho de piedra sepultado.

A Rafael Vega Albela, que aquí padeció

II

Mudo, tal un peñasco silencioso desprendido del cielo, cae, espeso, el cielo desprendido de su peso, hundiéndose en sí mismo, piedra y pozo.

Arde el anoecer en su destrozo; cruzo entre la ceniza y el bostezo calles en donde lívido, de yeso, late un sordo vivir vertiginoso; lepra de livideces en la piedra trémula llaga torna a cada muro; frente a ataúdes donde en rasos medra la doméstica muerte cotidiana, surgen, petrificadas en lo oscuro, putas: pilares de la noche vana.

III

A la orilla, de mí ya desprendido, toco la destrucción que en mí se atreve, palpo ceniza y nada, lo que llueve el cielo en su caer oscurecido.
 anegado en mi sombra-espejo mido la deserción del soplo que me mueve: huyen, fantasma ejército de nieve, tacto y color, perfume y sed, ruido.
 El cielo se desangra en el cobalto de un duro mar de espumas minerales; yazgo a mis pies, me miro en el acero de la piedra gastada y del asfalto: pisan opacos muertos maquinales, no mi sombra, mi cuerpo verdadero.

IV

(CIELO)

Frío metal, cuchillo indiferente, páramo solitario y sin lucero, llanura sin fronteras, toda acero, cielo sin llanto, pozo, ciega fuente.
 Infranqueable, inmóvil, persistente, muro total, sin puertas ni asidero, entre la sed que da tu reverbero y el otro cielo prometido, ausente.
 Sabe la lengua a vidrio entumecido, a silencio erizado por el viento, a corazón isomne, remordido.
 Nada te mueve, cielo, ni te habita.
 Quema el alma raíz y nacimiento y en sí misma se ahonda y precipita.

V

Fluye el tiempo inmortal y en su latido sólo palpita estéril insistencia, 4 sorda avidez de nada, indiferencia, pulso de arena, azogue sin sentido.
 Hechos ya tiempo muerto y exprimido yacen la edad, el sueño y la inocencia, puñado de aridez en mi conciencia, vana cifra del hombre y su gemido.
 Vuelvo el rostro: no soy sino la estela de mí mismo, la ausencia que desierto, el eco del silencio de mi grito.
 Todo se desmorona o se congela: del hombre sólo queda su desierto, monumento de yel, llanto, delito.

VI

Las horas, su intangible pesadumbre, su peso que no pesa, su vacío, abigarrado horror, la sed que expió frente al espejo y su glacial vislumbre, mi ser, que multiplica en muchedumbre y luego niega en un reflejo impío, todo, se arrastra, inexorable río, hacia la nada, sola certidumbre.
 hacia mí mismo voy; hacia las mudas, solitarias fronteras sin salida: duras aguas, opacas y desnudas, 5 horadan lentamente mi conciencia y van abriendo en mí secreta herida, que mana sólo, estéril, impaciencia.

CUERPO A LA VISTA Y las sombras se abrieron otra vez

y mostraron su cuerpo: tu pelo, otoño espeso, caída de agua solar, tu boca y la blanca disciplina de tus dientes caníbales, prisioneros en llamas, tu piel de pan apenas dorado y tus ojos de azúcar quemada, sitios en donde el tiempo no transcurre, valles que sólo mis labios conocen, desfiladero de la luna que asciende a tu garganta entre tus senos, cascada petrificada de la nuca, alta meseta de tu vientre, playa sin fin de tu costado.
 Tus ojos son los ojos fijos del tigre y un minutos después son los ojos húmedos del perro.
 Siempre hay abejas en tu pelo.
 Tu espalda fluye tranquila bajo mis ojos como las espaldas del río a la luz del incendio.
 Aguas dormidas golpean día y noche tu cintura de arcilla y en tus costas, inmensas como los arenales de la luna, el viento sopla por mi boca y un largo quejido cubre con sus dos alas grises la noche de los cuerpos, como la sombra del águila la soledad del páramo.
 Las uñas de los dedos de tus pies están hechas del cristal del verano.

Entre tus piernas hay un pozo de agua dormida, bahía donde el mar de noche se aquieta, negro caballo de espuma, cueva al pie de la montaña que esconde un tesoro, boca de horno donde se hacen las hostias, sonrientes labios entreabiertos y atroces, nupcias de la luz y la sombra, de lo visible y lo invisible (allí espera la carne su resurrección y el día de la vida perdurable)

Patria de sangre, única tierra que conozco y me conoce, única patria en la que creo, única puerta al infinito.

DEJA QUE UNA VEZ MÁS TE NOMBRE, TIERRA Deja que una vez más te nombre, tierra.

Mi tacto se prolonga en el tuyo sediento, largo, vibrante río que no termina nunca, navegado por hojas digitales, lentas bajo tu espeso sueño verde.

Tibia mujer de somnolientos ríos, mi pabellón de pájaros y peces, mi paloma de tierra, de leche endurecida, mi pan, mi sal, mi muerte, mi almohada de sangre: en un amor más vasto te sepulto.

DESTINO DE POETA ¿Palabras? Sí, de aire, y en el aire perdidas.

Déjame que me pierda entre palabras, déjame ser el aire en unos labios, un soplo vagabundo sin contornos que el aire desvanece.

También la luz en sí misma se pierde.

DISPARO Salta la palabra adelante del pensamiento adelante del sonido la palabra salta como un caballo adelante del viento como un novillo de azufre adelante de la noche se pierde por las calles de mi cráneo en todas partes las huellas de la fiera en la cara del árbol el tatuaje escarlata en la frente del torreón el tatuaje de hielo en el sexo de la iglesia el tatuaje eléctrico sus uñas en tu cuello sus patas en tu vientre la señal violeta el tornasol que gira hasta el blanco hasta el grito hasta el basta el girasol que gira como un ay desollado la firma del sin nombre a lo largo de tu piel en todas partes el grito que ciega la oleada negra que cubre el pensamiento la campana furiosa que tañe en mi frente la campana de sangre en mi pecho la imagen que ríe en lo alto de la torre la palabra que revienta las palabras la imagen que incendia todos los puentes la desaparecida en mitad del abrazo la vagabunda que asesina a los niños la idiota la mentirosa la incestuosa la corza perseguida la mendiga profética la muchacha que en mitad de la vida me despierta y me dice *acuérdate*

DOS CUERPOS Dos cuerpos frente a frente son a veces dos olas y la noche es océano. Dos cuerpos frente a frente son a veces dos piedras y la noche desierto.

Dos cuerpos frente a frente son a veces raíces en la noche enlazadas.

Dos cuerpos frente a frente son a veces navajas y la noche relámpago.

EL AUSENTE I

Dios insaciable que mi insomnio alimenta; Dios sediento que refrescas tu eterna sed en mis lágrimas, Dios vacío que golpeas mi pecho con un puño de piedra, con un puño de humo, Dios que me deshabetas, Dios desierto, peña que mi súplica baña, Dios que al silencio del hombre que pregunta contestas con un silencio más grande, Dios hueco, Dios de nada, mi Dios: sangre, tu sangre, la sangre, me guía.

La sangre de la tierra, la de los animales y la del vegetal somnoliento, la sangre petrificada de los minerales y la del fuego que dormita en la tierra, tu sangre, la del vino frenético que canta en primavera, Dios esbelto y solar, 5 Dios de resurrección, estrella hiriente, insomne flauta que alza su dulce llama entre sombras caídas, oh Dios que en

las fiestas convocas a las mujeres delirantes y haces girar sus vientres planetarios y sus nalgas salvajes, los pechos inmóviles y eléctricos, atravesando el universo enloquecido y desnudo y la sedienta extensión de la noche desplomada.

Sangre, sangre que todavía te mancha con resplandores bárbaros, la sangre derramada en la noche del sacrificio, la de los inocentes y la de los impíos, la de tus enemigos y la de tus justos, la sangre tuya, la de tu sacrificio.

II

Por ti asciendo, desciendo, a través de mi estirpe, hasta el pozo del polvo donde mi semen se deshace en otros, más antiguos, sin nombre, ciegos ríos por llanos de ceniza.

Te he buscado, te busco, en la árida vigilia, escarabajo de la razón giratoria: en los sueños henchidos de presagios equívocos y en los torrentes negros que el delirio desata: el pensamiento es una espada que ilumina y destruye y luego del relámpago no hay nada sino un correr por el sinfín y encontrarse uno mismo frente al muro.

Te he buscado, te busco, en la cólera pura de los desesperados, allí donde los hombres se juntan para morir sin ti, entre una maldición y una flor degollada.

No, no estabas en ese rostro roto en mil rostros iguales.

Te he buscado, te busco, entre los restos de la noche en ruinas, en los despojos de la luz que deserta, en el niño mendigo que sueña en el asfalto con arena e olas, junto a perros nocturnos, rostros de niebla y cuchillada y desiertas pisadas de tacones sonámbulos.

En mí te busco: ¿eres mi rostro en el momento de borrarse, mi nombre que, al decirlo, se dispersa, eres mi desvanecimiento? III

Viva palabra obscura, palabra del principio, principio sin palabra, piedra y piedra, sequía, verdor súbito, fuego que no se acaba, agua que brilla en una cueva: no existes, pero vives, en nuestra angustia habitas, en el fondo vacío del instante —oh aburrimiento—, en el trabajo y el sudor, su fruto, en el sueño que engendra y el muro que prohíbe.

Dios vacío, Dios sordo, Dios mío, lágrima nuestra, blasfemia, palabra y silencio del hombre, signo del llanto, cifra de sangre, forma terrible de la nada, araña del miedo, reverso del tiempo, gracia del mundo, secreto indecible, muestra tu faz que aniquila, que al polvo voy, al fuego impuro.

EL DESCONOCIDO La noche nace en espejos de luto.

Sombríos ramos húmedos ciñen su pecho y su cintura, su cuerpo azul, infinito y tangible. No la puebla el silencio: rumores silenciosos, peces fantasmas, se deslizan, fosforecen, huyen.

La noche es verde, vasta y silenciosa.

La noche es morada y azul.

Es de fuego y es de agua.

La noche es de mármol negro y de humo.

En sus hombros nace un río que se curva, una silenciosa cascada de plumas negras.

La noche es un beso infinito de las tinieblas infinitas.

Todo se funde en ese beso, todo arde en esos labios sin límites, y el nombre y la memoria son un poco de ceniza y olvido en esa entraña que sueña.

Noche, dulce fiera, boca de sueño, ojos de llama fija y ávida, *Homenaje a Xavier Villaurrutia* océano, extensión infinita y limitada como un cuerpo acariciado a oscuras, indefensa y voraz como el amor, detenida al borde del alba como un venado a la orilla del susurro o del miedo, río de terciopelo y ceguera, respiración dormida de un corazón inmenso, que perdona: el desdichado, el hueco, el que lleva por máscara su rostro, cruza tus soledades, a solas con su alma.

Tu silencio lo llama, rozan su piel tus alas negras, donde late el olvido sin fronteras,
mas él cierra los poros de su alma al infinito que lo tienta, ensimismado en su árida pelea.
Nadie lo sigue, nadie lo acompaña.

En su boca elocuente la mentira se anida, su corazón está poblado de fantasmas y el
vacío hace desiertos los latidos de su pecho.

Dos perros amarillos, hastío y avidez, disputan en su alma.

Su pensamiento recorre siempre las mismas salas deshabitadas, sin encontrar jamás la
forma que agote su impaciencia, el muro del perdón o de la muerte.

Pero su corazón aún abre las alas como un águila roja en el desierto.

Suenan las flautas de la noche.

El mundo duerme y canta.

Canta dormido el mar; ojo que tiembla absorto, el cielo es un espejo donde el mundo se
contempla, lecho de transparencia para su desnudez.

Él marcha solo, infatigable, encarcelado en su infinito, como un solitario pensamiento,
como un fantasma que buscara un cuerpo.

EL MAR, EL MAR Y TÚ. . .

El mar, el mar y tú, plural espejo, el mar de torso perezoso y lento nadando por el mar,
del mar sediento: el mar que muere y nace en un reflejo.

El mar y tú, su mar, el mar espejo: roca que escala el mar con paso lento, pilar de sal que
abate el mar sediento, sed y vaivén y apenas un reflejo.

De la suma de instantes en que creces, del círculo de imágenes del año, retengo un mes
de espumas y de peces, y bajo cielos líquidos de estaño tu cuerpo que en la luz abre
bahías al oscuro oleaje de los días.

EL MISMO TIEMPO No es el viento no son los pasos sonámbulos del agua entre
las casas petrificadas y los árboles a lo largo de la noche rojiza no es el mar subiendo las
escaleras Todo está quieto reposa el mundo natural

Es la ciudad en torno de su sombra buscando siempre buscándose perdida en su propia
inmensidad

sin alcanzarse nunca ni poder salir de sí misma Cierro los ojos y veo pasar los autos se
encienden y apagan y encienden se apagan no sé adónde van Todos vamos a morir
¿sabemos algo más? En una banca un viejo habla solo ¿Con quién hablamos al hablar a
solas? Olvidó su pasado no tocará el futuro No sabe quién es está vivo en mitad de la
noche habla para oírse Junto a la verja se abraza una pareja ella ríe y pregunta algo su
pregunta sube y se abre en lo alto A esta hora el cielo no tiene una sola arruga caen tres
hojas de un árbol

alguien silba en la esquina en la casa de enfrente se enciende una ventana ¡Qué extraño es
saberse vivo Caminar entre la gente con el secreto a voces de estar vivo Madrugadas sin
nadie en el Zócalo sólo nuestro delirio y los tranvías Tacuba Tacubaya Xochimilco
San Ángel Coyoacán en la plaza más grande que la noche encendidos listos para
llevarnos en la vastedad de la hora al fin del mundo Rayas negras las pértigas enhiestas
de los troles contra el cielo de piedra y su moña de chispas su lengüeta de fuego brasa
que perfora la noche pájaro volando silbando volando entre la sombra enmarañada de
los fresnos desde San Pedro hasta Mixcoac en doble fila Bóveda verdinegra masa de
húmedo silencio sobre nuestras cabezas en llamas mientras hablábamos a gritos en los
tranvías rezagados atravesando los suburbios con un fragor de torres desgajadas Si estoy
vivo camino todavía por esas mismas calles empedradas charcos lodos de junio a
septiembre zaguanes tapias altas huertas dormidas en vela sólo blanco morado blanco
el olor de las flores impalpables racimos En la tiniebla un farol casi vivo contra la
pared yerta Un perro ladra preguntas a la noche No es nadie el viento ha entrado en la

arboleda Nubes nubes gestación y ruina y más nubes templos caídos nuevas dinastías
 escollos y desastres en el cielo Mar de arriba nubes del altiplano ¿dónde está el otro
 mar? Maestras de los ojos nubes arquitectos de silencio Y de pronto sin más porque sí
 llegaba la palabra alabastro esbelta transparencia no llamada Dijiste haré música con
 ella castillos de sílabas No hiciste nada Alabastro sin flor ni aroma tallo sin sangre ni
 savia blanca cortada garganta sólo garganta canto sin pies ni cabeza Hoy estoy vivo y
 sin nostalgia la noche fluye la ciudad fluye yo escribo sobre la página que fluye
 transcurro con las palabras que transcurren Conmigo no empezó el mundo no ha de
 acabar conmigo Soy un latido en el río de latidos Hace veinte años me dijo Vasconcelos
 “Dedíquese a la filosofía Vida no da defiende de la muerte”

Y Ortega y Gasset

en un bar sobre el Ródano “Aprenda el alemán y póngase a pensar olvide lo demás”
 Yo no escribo para matar al tiempo ni para revivirlo escribo para que me viva y reviva
 Hoy en la tarde desde un puente vi al sol entrar en las aguas del río Todo estaba en
 llamas ardían las estatuas las casas los pórticos En los jardines racimos femeninos
 lingotes de luz líquida fresca de vasijas solares Un follaje de chispas la alameda el agua
 horizontal inmóvil

bajo los cielos y los mundos incendiados Cada gota de agua un ojo fijo el peso de la
 enorme hermosura sobre cada pupila abierta Realidad suspendida en el tallo del tiempo
 la belleza no pesa Reflejo sosegado tiempo y belleza son lo mismo luz y agua Mirada
 que sostiene a la hermosura tiempo que se embelesa en la mirada mundo sin peso si el
 hombre pesa ¿no basta la hermosura? No sé nada Sé lo que sobra no lo que basta La
 ignorancia es ardua como la belleza un día sabré menos y abriré los ojos Tal vez no pasa
 el tiempo pasan imágenes de tiempo si no vuelven las horas vuelven las presencias 7
 En esta vida hay otra vida la higuera aquella volverá esta noche esta noche regresan otras
 noches Mientras escribo oigo pasar el río no éste aquel que es éste Vaivén de
 momentos y visiones el mirlo está sobre la piedra gris en un claro de marzo negro
 centro de claridades No lo maravilloso presentido lo presente sentido la presencia sin
 más nada más pleno colmado No es la memoria nada pensado ni querido No son las
 mismas horas otras son otras siempre y son la misma entran y nos expulsan de nosotros
 con nuestros ojos ven lo que no ven los ojos Dentro del tiempo hay otro tiempo quieto
 sin horas ni peso ni sombra sin pasado o futuro sólo vivo como el viejo del banco
 unimismado idéntico perpetuo Nunca lo vemos Es la transparencia

EL PÁJARO En el silencio transparente el día reposaba: la transparencia del espacio
 era la transparencia del silencio.

La inmóvil luz del cielo sosegaba el crecimiento de las yerbas.

Los bichos de la tierra, entre las piedras, bajo la luz idéntica, eran piedras.

El tiempo en el minuto se saciaba.

En la quietud absorta se consumaba el mediodía.

Y un pájaro cantó, delgada flecha.

Pecho de plata herido vibró el cielo, se movieron las hojas, las yerbas despertaron. . . .

Y sentí que la muerte era una flecha que no se sabe quién dispara y en un abrir los ojos
 nos morimos.

EL SEDIENTO Por buscarme, poesía, en ti me busqué: deshecha estrella de agua se
 anegó mi ser.

Por buscarte, poesía, en mí naufragué.

Después sólo te buscaba por huir de mí: ¿espesura de reflejos en que me perdí Mas
 luego de tanta vuelta otra vez me vi: el mismo rostro anegado en la misma desnudez;

las mismas aguas de espejo en las que no he de beber; y en el borde de esas aguas el mismo muerto de sed.

ELEGÍA INTERRUMPIDA Hoy recuerdo a los muertos de mi casa.

Al primer muerto nunca lo olvidamos, aunque muera de rayo, tan aprisa que no alcance la cama ni los óleos.

Oigo el bastón que duda en un peldaño, el cuerpo que se afianza en un suspiro, la puerta que se abre, el muerto que entra.

De una puerta a morir hay poco espacio y apenas queda tiempo de sentarse, alzar la cara, ver la hora y enterarse: las ocho y cuarto.

Hoy recuerdo a los muertos de mi casa.

La que murió noche tras noche y era una larga despedida, un tren que nunca parte, su agonía.

Codicia de la boca al hilo de un suspiro suspendida, ojos que no se cierran y hacen señas y vagan de la lámpara a mis ojos, 8 fija mirada que se abraza a otra, ajena, que se asfixia en el abrazo y al fin se escapa y ve desde la orilla cómo se hunde y pierde cuerpo el alma y no encuentra unos ojos a que asirse.

¿Y me invitó a morir esa mirada? Quizá morimos sólo porque nadie quiere morir con nosotros, nadie quiere mirarnos a los ojos.

Hoy recuerdo a los muertos de mi casa.

Al que se fue por unas horas y nadie sabe en qué silencio entró.

De sobremesa, cada noche, la pausa sin color que da al vacío o la frase sin fin que cuelga a medias del hilo de la araña del silencio abren un corredor para el que vuelve: suenan sus pasos, sube, se detiene.

Y alguien entre nosotros se levanta y cierra bien la puerta.

Pero él, allá del otro lado, insiste.

Acecha en cada hueco, en los repliegues, vaga entre los bostezos, las afueras.

Aunque cerremos puertas, él insiste.

Hoy recuerdo a los muertos de mi casa.

Rostros perdidos en mi frente, rostros sin ojos, ojos fijos, vaciados, ¿busco en ellos acaso mi secreto, el dios de sangre que mi sangre mueve, el dios de yelo, el dios que me devora? Su silencio es espejo de mi vida, en mi vida su muerte se prolonga: soy el error final de sus errores.

Hoy recuerdo a los muertos de mi casa.

El pensamiento disipado, el acto disipado, los nombres esparcidos (lagunas, zonas nulas, hoyos que escarba terca la memoria), la dispersión de los encuentros, el yo, su guiño abstracto, compartido siempre por otro (el mismo) yo, las iras, el deseo y sus máscaras, la víbora enterrada, las lentas erosiones, la espera, el miedo, el acto y su reverso: en mí se obstinan, piden comer el pan, la fruta, el cuerpo, beber el agua que les fue negada.

Pero no hay agua ya, todo está seco, no sabe el pan, la fruta amarga, amor domesticado, masticado, en jaulas de barrotes invisibles mono onanista y perra amaestrada, lo que devoras te devora, tu víctima también es tu verdugo.

Montón de días muertos, arrugados periódicos, y noches descorchadas y en el amanecer de párpados hinchados el gesto con que deshacemos el nudo corredizo, la corbata, y ya apagan las luces en la calle —saluda al sol, araña, no seas rencorosa— y más muertos que vivos entramos en la cama.

Es un desierto circular el mundo, el cielo está cerrado y el infierno vacío.

ENTRE IRSE Y QUEDARSE Entre irse y quedarse duda el día, enamorado de su transparencia.

La tarde circular es ya bahía: en su quieto vaivén se mece el mundo.
 Todo es visible y todo es elusivo, todo está cerca y todo es intocable.
 Los papeles, el libro, el vaso, el lápiz
 reposan a la sombra de sus nombres.
 Latir del tiempo que en mi sien repite la misma terca sílaba de sangre.
 La luz hace del muro indiferente un espectral teatro de reflejos.
 En el centro de un ojo me descubro; no me mira, me miro en su mirada.
 Se disipa el instante. Sin moverme, yo me quedo y me voy: soy una pausa.
ENVÍO Tal sobre el muro rotas uñas graban un nombre, una esperanza, una blasfemia,
 sobre el papel, sobre la arena, escribo estas palabras mal encadenadas.
 Entre sus secas sílabas acaso un día te detengas: pisa el polvo, esparce la ceniza, sé
 ligera como la luz ligera y sin memoria que brilla en cada hoja, en cada piedra, dora la
 tumba y dora la colina y nada la detiene ni apresura.
EPITAFIO PARA UN POETA Quiso cantar, cantar para olvidar su vida verdadera de
 mentiras y recordar su mentirosa vida de verdades.
ESCRITO CON TINTA VERDE La tinta verde crea jardines, selvas, prados, follajes
 donde cantan las letras, palabras que son árboles, frases que son verdes constelaciones.
 Deja que mis palabras, oh blanca, desciendan y te cubran como una lluvia de hojas a un
 campo de nieve, como la yedra a la estatua, como la tinta a esta página. Brazos, cintura,
 cuello, senos, la frente pura como el mar, la nuca de bosque en otoño, los dientes que
 muerden una brizna de yerba. Tu cuerpo se constela de signos verdes como el cuerpo del
 árbol de renuevos.
 No te importe tanta pequeña cicatriz luminosa: mira al cielo y su verde tatuaje de
 estrellas.

ESPEJO Hay una noche, un tiempo hueco, sin testigos, una noche de uñas y silencio,
 páramo sin orillas, isla de hielo entre los días; una noche sin nadie sino su soledad
 multiplicada.
 Se regresa de unos labios nocturnos, fluviales, lentas orillas de coral y savia, de un
 deseo, erguido como la flor bajo la lluvia, insomne collar de fuego al cuello de la noche,
 o se regresa de uno mismo a uno mismo, y entre espejos impávidos un rostro me repite
 a mi rostro, un rostro que enmascara a mi rostro.
 Frente a los juegos fatuos del espejo mi ser es pira y es ceniza, respira y es ceniza, y
 ardo y me quemo y resplandezco y miento un yo que empuña, muerto, una daga de
 humo que le finge la evidencia de sangre de la herida, y un yo, mi yo penúltimo, que
 sólo pide olvido, sombra, nada, final mentira que lo enciende y quema.
 De una máscara a otra hay siempre un yo penúltimo que pide.
 Y me hundo en mí mismo y no me toco.

FELICIDAD EN HERAT

Vine aquí
 como escribo estas líneas, sin idea fija: una mezquita azul y verde, seis minaretes
 truncos, dos o tres tumbas, memorias de un poeta santo, los nombres de Timur y su
 linaje.
 Encontré al viento de los cien días.
 Todas las noches las cubrió de arena, acosó mi frente, me quemó los párpados.
 La madrugada: dispersión de pájaros y ese rumor de agua entre piedras que son los
 pasos campesinos.
 (Pero el agua sabía a polvo.)

Murmulllos en el llano, apariciones desapariciones, A Carlos Pellicer 9 ocras
 torbellinos insubstanciales como mis pensamientos.
 Vueltas y vueltas en un cuarto de hotel o en las colinas: la tierra un cementerio de
 camellos y en mis cavilaciones siempre los mismos rostros que se desmoronan.
 ¿El viento, el señor de las ruinas, es mi único maestro? Erosiones: el menos crece más y
 más.
 En la tumba del santo, hondo en el árbol seco, clavé un clavo, no, como los otros,
 contra el mal de ojo: contra mí mismo.
 (Algo dije: palabras que se lleva el viento.)
 Una tarde pactaron las alturas.
 Sin cambiar de lugar caminaron los chopos.
 Sol en los azulejos súbitas primaveras.
 En el Jardín de las Señoras subí a la cúpula turquesa.
 Minaretes tatuados de signos: la escritura cúfica, más allá de la letra, se volvió
 transparente.
 No tuve la visión sin imágenes, no vi girar las formas hasta desvanecerse en claridad
 inmóvil, el ser ya sin substancia del sufí.
 9 No bebí plenitud en el vacío ni vi las treinta y dos señales del Bodisatva cuerpo de
 diamante.
 Vi un cielo azul y todos los azules, del blanco al verde todo el abanico de los álamos y
 sobre el pino, más aire que pájaro, el mirlo blanquinegro.
 Vi al mundo reposar en sí mismo.
 Vi las apariencias.
 Y llamé a esa media hora: Perfección de lo Finito.

FRENTE AL MAR 1

Llueve en el mar: al mar lo que es del mar y que se seque la heredad.
 ¿La ola no tiene forma? En un instante se esculpe y en otro se desmorona en la que
 emerge, redonda.
 Su movimiento es su forma.
 Las olas se retiran —ancas, espaldas, nucas—
 pero vuelven las olas —pechos, bocas, espumas—.
 Muere de sed el mar.
 Se retuerce, sin nadie, en su lecho de rocas.
 Muere de sed de aire.

GARABATO Con un trozo de carbón.

Con mi gis roto y mi lápiz rojo dibujar tu nombre el nombre de tu boca, el signo de tus
 piernas en la pared de nadie.
 En la puerta prohibida grabar el nombre de tu cuerpo.
 Hasta que la hoja de mi navaja sangre y la piedra grite y el muro respire como un pecho.

HABLO DE LA CIUDAD Novedad de hoy y ruina de pasado mañana, enterrada y
 resucitada cada día, convivida en calles, plazas, autobuses, taxis, cines, teatros, bares,
 hoteles, palomares, catacumbas, la ciudad enorme que cabe en un cuarto de tres metros
 cuadrados inacabable como galaxia, la ciudad que nos sueña a todos y que todos hacemos
 y deshacemos y rehacemos mientras soñamos, la ciudad que todos soñamos y que cambia
 sin cesar mientras la soñamos, la ciudad que despierta cada cien años y se mira en el
 espejo de una palabra y no se reconoce y otra vez se echa a dormir, la ciudad que brota de
 los párpados de la mujer que duerme a mi lado y se convierte, con sus monumentos y sus

estatuas, sus historias y sus leyendas, en un manantial hecho de muchos ojos y cada ojo refleja el mismo paisaje detenido, *A Juan Gil-Albert* 96 antes de las escuelas y las prisiones, los alfabetos y los números, el altar y la ley: el río que es cuatro ríos, el huerto, el árbol, la Varona y el Varón vestidos de viento —volver, volver, ser otra vez arcilla, bañarse en esa luz, dormir bajo esas luminarias, flotar sobre las aguas del tiempo como la hoja llameante del arce que arrastra la corriente, volver, ¿estamos dormidos o despiertos?, estamos, nada más estamos, amanece, es temprano, estamos en la ciudad, no podemos salir de ella sin caer en otra, idéntica aunque sea distinta, hablo de la ciudad inmensa, realidad diaria hecha de dos palabras: los otros, y en cada uno de ellos hay un yo cercenado de un nosotros, un yo a la deriva, hablo de la ciudad construida por los muertos, habitada por sus tercos fantasmas, regida por su despótica memoria, la ciudad con la que hablo cuando no hablo con nadie y que ahora me dicta estas palabras insomnes, hablo de las torres, los puentes, los subterráneos, los hangares, maravillas y desastres, el Estado abstracto y sus policías concretos, sus pedagogos, sus carceleros, sus predicadores, las tiendas donde hay de todo y gastamos de todo y todo se vuelve humo, los mercados y sus pirámides de frutos, rotación de las cuatro estaciones, las reses en canal colgando de los ganchos, las colinas de especias y las torres de frascos y conservas, todos los sabores y los colores, todos los olores y todas las materias, la marea de las voces —agua, metal, 97 madera, barro—, el trajín, el regateo y el trapicheo desde el comienzo de los días, hablo de los edificios de cantería y de mármol, de cemento, vidrio, hierro, del gentío en los vestíbulos y portales, de los elevadores que suben y bajan como el mercurio en los termómetros, de los bancos y sus consejos de administración, de las fábricas y sus gerentes, de los obreros y sus máquinas incestuosas, hablo del desfile inmemorial de la prostitución por calles largas como el deseo y como el aburrimiento, del ir y venir de los autos, espejo de nuestros afanes, quehaceres y pasiones (¿por qué, para qué, hacia dónde?), de los hospitales siempre repletos y en los que siempre morimos solos, hablo de la penumbra de ciertas iglesias y de las llamas titubeantes de los cirios en los altares, tímidas lenguas con las que los desamparados hablan con los santos y con las vírgenes en un lenguaje ardiente y entrecortado, hablo de la cena bajo la luz tuerta en la mesa coja y los platos desportillados, de las tribus inocentes que acampan en los baldíos con sus mujeres y sus niños, sus animales y sus espectros, de las ratas en el albañal y de los gorriones valientes que anidan en los alambres, en las cornisas y en los árboles martirizados, de los gatos contemplativos y de sus novelas libertinas a la luz de la luna, diosa cruel de las azoteas, de los perros errabundos, que son franciscanos y nuestros bhikkus, los perros que desentierran los huesos del sol, hablo del anacoreta y de la fraternidad de los 98 libertarios, de la conjura de los justicieros y de la banda de los ladrones, de la conspiración de los iguales y de la sociedad de amigos del Crimen, del club de los suicidas y de Jack el Destripador, del Amigo de los hombres, afilador de la guillotina, y de César, Delicia del Género Humano, hablo del barrio paralítico, el muro llagado, la fuente seca, la estatua pintarrajeada, hablo de los basureros del tamaño de una montaña y del sol taciturno que se filtra en el polvino, de los vidrios rotos y del desierto de chatarra, del crimen de anoche y del banquete del inmortal Trimalción, de la luna entre las antenas de la Televisión y de una mariposa sobre un bote de inmundicias, hablo de madrugadas como vuelo de garzas en la laguna y del sol de alas transparentes que se posa en los follajes de piedra de las iglesias y del gorjeo de la luz en los tallos de vidrio de los palacios, hablo de algunos atardeceres al comienzo del otoño, cascadas de oro incorpóreo, transfiguración de este mundo, todo pierde cuerpo, todo se queda suspenso, la luz piensa y cada uno de nosotros se siente pensado por esa luz reflexiva, durante un largo instante el tiempo se disipa, somos aire otra vez, hablo del verano y de la noche pausada crece en el horizonte como un monte de humo que poco a

poco se desmorona y cae sobre nosotros con una ola, reconciliación de los elementos, la noche se ha tendido y su cuerpo es un río poderoso de pronto dormido, nos mecemos en el oleaje de su respiración, la hora es palpable, la podemos tocar como un fruto, han encendido las luces, arden las avenidas con el fulgor del deseo, en los parques la luz eléctrica atraviesa los follajes y cae sobre nosotros una llovizna verde y fosforescente que nos ilumina sin mojarnos, los árboles murmuran, nos dicen algo, hay calles en penumbra que son una insinuación sonriente, no sabemos adónde van, tal vez al embarcadero de las islas perdidas, hablo de las estrellas sobre las altas terrazas y de las frases indescifrables que escriben en la piedra del cielo, hablo del chubasco rápido que azota los vidrios y humilla las arboledas, duró veinticinco minutos y ahora allá arriba hay agujeros azules y chorros de luz, el vapor sube del asfalto, los coches relucen, hay charcos donde navegan barcos reflejos, hablo de nubes nómadas y de una música delgada que ilumina una habitación en un quinto piso y de un rumor de risas en mitad de la noche como agua remota que fluye entre raíces y yerbas, hablo del encuentro esperado con esa forma inesperada en la que encarna lo desconocido y se manifiesta a cada uno: ojos que son la noche que se entreabre y el día que despierta, el mar que se tiende y la llama que habla, pechos valientes: marea lunar, labios que dicen sésamo y el tiempo se abre y el pequeño cuarto se vuelve jardín de metamorfosis y el aire y el fuego se entrelazan, la tierra y el agua se confunden, o es el advenimiento del instante en que allá, en aquel otro lado que es aquí mismo, la llave se cierra y el tiempo cesa de manar, instante del hasta aquí, fin del hipo, del quejido y del ansia, el alma pierde cuerpo y se desploma por un agujero del piso, cae en sí misma, el tiempo se ha desfondado, caminamos por un corredor sin fin, jadeamos en un arenal, ¿esa música se aleja o se acerca, esas luces pálidas se encienden o apagan?, canta el espacio, el tiempo se disipa: es el boqueo, es la mirada que resbala por la lisa pared, es la pared que calla, la pared, hablo de nuestra historia pública y de nuestra historia secreta, la tuya y la mía, hablo de la selva de piedra, el desierto, del profeta, el hormiguero de almas, la congregación de tribus, la casa de los espejos, el laberinto de ecos, hablo del gran rumor que viene del fondo de los tiempos, murmullo incoherente de naciones que se juntan o dispersan, rodar de multitudes y sus armas como peñascos que se despeñan, sordo sonar de huesos cayendo en el hoyo de la historia, hablo de la ciudad, pastora de siglos, madre que nos engendra y nos devora, nos inventa y nos olvida.

HAIKÚS BASHO-AN El mundo cabe en diecisiete sílabas: tú en esta choza.

Troncos y paja: por las rendijas entran Budas e insectos.

Hecho de aire entre pinos y rocas brota el poema.

Entretejidas vocales, consonantes: casa del mundo.

Huesos de siglos, penas ya peñas, montes: aquí no pesan.

Esto que digo son apenas tres líneas: choza de sílabas.

ALBA Sobre la arena escritura de pájaros: memorias del viento.

CALMA Luna, reloj de arena: la noche se vacía, la hora se ilumina.

PARES Y NONES Mientras los periódicos Se deshojan Tú te cubres de pájaros.

Alzo los ojos: no hay nada.

Silencio sobre la rama, sobre la rama quebrada.

HERMANDAD

Soy hombre: duro poco y es enorme la noche.

Pero miro hacia arriba: las estrellas escriben.

Sin entender comprendo: también soy escritura y en este mismo instante alguien me deletrea.

Homenaje a Claudio Ptolomeo

HERMOSURA QUE VUELVE En un rincón del salón crepuscular O al volver una esquina en la hora indecisa y blasfema, O una mañana parecida a un navío atado al horizonte, O en Morelia, bajo los arcos rosados del antiguo acueducto, Ni desdeñosa ni entregada, centelleas.

El telón de este mundo se abre en dos.

Cesa la vieja oposición entre verdad y fábula, Apariencia y realidad celebran al fin sus bodas, Sobre las cenizas de las mentirosas evidencias Se levanta una columna de seda y electricidad, Un pausado chorro de belleza.

Tú sonríes, arma blanca a medias desenvainada.

Niegas al sueño en pleno sueño, Desmientes al tacto y a los ojos en pleno día.

Tú existes de otro modo que nosotros, No eres la vida pero tampoco la muerte.

Tú nada más estás, Nada más fulges, engastada en la noche.

HIMACHAL PRADESCH (3)

5 pequeñas abominaciones vistas, oídas, cometidas: El festín de los buitres. Comieron tanto que no pueden volar.

No muy lejos, sobre una peña, un águila tullida espera su resto de carroña.

En la veranda del dak bungalow

el barrister de Nagpur pesca al extranjero y en un inglés esmerado le ofrece un trago, un cesto de ciruela de su huerta, un mapa, un almuerzo de curry, noticias verídicas del país, el balcón de su casa con una vista única. . . Su mujer lo observa, oblicua, mascullando injurias en hindustani.

Ya por tomar el fresco o sorprender ese momento de armisticio en que la media luna es verdadera mente blanca y el sol es todavía el sol, se asoma al aire la pareja de viejitos.

Se animan, resucitan una pasión feroz de insectos.

Sonaja de semillas secas: la hora de las recriminaciones.

En el patio del club seis eucaliptos se ahogan en una casi luz casi miel, tres ingleses sobrevivientes del British Raj

comentan con un sikh el match de cricket en Sidney, unas matronas indias juegan bridge, una paria lava el piso en cuclillas y se eclipsa, un astro negro se abre en mi frente como una granada (EN PARÍS PRENDEN FUEGO A LA BOLSA, TEMPLO DEL CAPITALISMO), los pinos ensombrecen la colina.

Polvo y grito de pájaros sobre la tarde quemada.

Yo escribo estas líneas infames.

HIMNO ENTRE RUINAS Coronado de sí el día extiende sus plumas.

¡Alto grito amarillo, caliente surtidor en el centro de un cielo imparcial y benéfico Las apariencias son hermosas en esta su verdad momentánea.

El mar trepa la costa, se afianza entre las peñas, araña deslumbrante; la herida cárdena del monte resplandece; un puñado de cabras es un rebaño de piedras; el sol pone su huevo de oro y se derrama sobre el mar. Todo es dios.

¡Estatua rota, columnas comidas por la luz, ruinas vivas en un mundo de muertos en vida *Cae la noche sobre Teotihuacán. En lo alto de la pirámide los muchachos fuman marihuana, suenan guitarras roncadas.*

¿Qué yerba, qué agua de vida ha de darnos la vida, donde espumoso el mar siciliano. . .

Góngora lo dónde desenterrar la palabra, la proporción que rige al himno y al discurso, al baile, a la ciudad y a la balanza? El canto mexicano estalla en un carajo, estrella de colores que se apaga, piedra que nos cierra las puertas del contacto.

Sabe la tierra a tierra envejecida.

Los ojos ven, las manos tocan, Bastan aquí unas cuantas cosas: tuna, espinoso planeta coral, higos encapuchados, uvas con gusto a resurrección, almejas, virginidades ariscas, sal, queso, vino, pan solar.

Desde lo alto de su morenía una isleña me mira, esbelta catedral vestida de luz.

Torres de sal, contra los pinos verdes de la orilla surgen las velas blancas de las barcas.

La luz crea templos en el mar.

Nueva York, Londres, Moscú.

La sombra cubre el llano con su yedra fantasma, con su vacilante vegetación de escalofrío, su vello ralo, su tropel de ratas.

A trechos tiritita un sol anémico.

Acodado en montes que ayer fueron ciudades, Polifemo bosteza.

Abajo, entre los hoyos, se arrastra un rebaño de hombres.

(Bípedos domésticos, su carne —a pesar de recientes interdicciones religiosas— es muy gustada por las clases ricas.

Hasta hace poco el vulgo los consideraba animales impuros.)

Ver, tocar formas hermosas, diarias.

Zumba la luz, dardos y alas.

Lo Huele a sangre la mancha de vino en el mantel.

Como el coral sus ramas en el agua extendiendo mis sentidos en la hora viva: el instante se cumple en una concordancia amarilla, ¡oh mediodía, espiga henchida de minutos, copa de eternidad Mis pensamientos se bifurcan, serpean, se enredan, recomienzan, y al fin se inmovilizan, ríos que no desembocan, delta de sangre bajo un sol sin crepúsculo.

¿Y todo ha de parar en este chapoteo de aguas muertas? ¡Día, redondo día, luminosa naranja de veinticuatro gajos, todos atravesados por una misma y amarilla dulzura La inteligencia al fin encarna, se reconcilian las dos mitades enemigas y la conciencia-espejo se licua, vuelve a ser fuente, manantial de fábulas: Hombre, árbol de imágenes, palabras que son flores que son frutos que son actos.

JARDÍN Nubes a la deriva, continentes sonámbulos, países sin substancia ni peso, geografías dibujadas por el sol y borradas por el viento.

Cuatro muros de adobe. Buganvillas: en sus llamas pacíficas mis ojos se bañan.

Pasa el aire entre murmullos de follajes y yerbas de rodillas.

El heliotropo con morados pasos cruza envuelto en su aroma. Hay un profeta: el fresno — y un meditabundo: el pino.

El jardín es pequeño, el cielo inmenso.

Verdor sobreviviente en mis escombros en mis ojos te miras y te tocas, te conoces en mí y en mí te piensas, en mí duras y en mí te desvaneces.

A Juan Gil-Albert

JUNIO Bajo del cielo fiel Junio corría arrastrando en sus aguas dulces fechas. . . .

Llegas de nuevo, río transparente, todo cielo y verdor, nubes pasmadas, lluvias o cabelleras desatadas, plenitud, ola inmóvil y fluente.

Tu luz moja una fecha adolescente: rozan las manos formas vislumbradas, los labios besan sombras ya besadas, los ojos ven, el corazón presiente.

¡Hora de eternidad, toda presencia, el tiempo en ti se colma y desemboca y todo cobra ser, hasta la ausencia El corazón presiente y se incorpora, mentida plenitud que nadie toca: hoy es ayer y es siempre y es deshora.

LA CAÍDA I

Abre simas en todo lo creado, abre el tiempo la entraña de lo vivo, y en la hondura del pulso fugitivo se precipita el hombre desangrado.

¡Vértigo del minuto consumado En el abismo de mi ser nativo, en mi nada primera, me desvivo: yo mismo frente a mí, ya devorado.

Pierde el alma su sal, su levadura, en concéntricos ecos sumergida, en sus cenizas anegada, oscura.

Mana el tiempo su ejército impasible, nada sostiene ya, ni mi caída, transcurre solo, quieto, inextinguible.

II

Prófugo de mi ser, que me despuebla la antigua certidumbre de mí mismo, busco mi sal, mi nombre, mi bautismo, las aguas que lavaron mi tiniebla.

Me dejan tacto y ojos sólo niebla, niebla de mí, mentira y espejismo: ¿qué soy sino la sima en que me abismo, y qué, si no el no ser, lo que me puebla? El espejo que soy me deshabela: un caer en mí mismo inacabable al horror del no ser me precipita.

Y nada queda sino el goce impío de la razón cayendo en la inefable y helada intimidad de su vacío.

LA CALLE Es una calle larga y silenciosa.

Ando en tinieblas y tropiezo y caigo y me levanto y piso con pies ciegos las piedras mudas y las hojas secas y alguien detrás de mí también las pisa: si me detengo, se detiene; si corro, corre. Vuelvo el rostro: nadie.

Todo está oscuro y sin salida, y doy vueltas y vueltas en esquinas que dan siempre a la calle donde nadie me espera ni me sigue, donde yo sigo a un hombre que tropieza y se levanta y dice al verme: nadie.

LA DULCINEA DE DUCHAMP

Ardua pero plausible, la pintura cambia la blanca tela en pardo llano y en Dulcinea al polvo castellano torbellino resuelto en escultura.

Transeúnte de París, en su figura —molino de ficciones, inhumano rigor y geometría— Eros tirano desnuda en cinco chorros su estatura.

Mujer en rotación que se disgrega y es surtidor de sesgos y reflejos: mientras más se desviste, más se niega.

La mente es una cámara de espejos: invisible en el cuadro, Dulcinea perdura: fue mujer y ya es idea.

—Metafísica estáis.

—Hago striptease.

LA EXCLAMACIÓN Quieto no en la rama en el aire No en el aire en el instante el colibrí

LA HORA ES TRANSPARENTE La hora es transparente: vemos, si es invisible el pájaro, el color de su canto.

Mis ojos te descubren desnuda y te cubren con una lluvia cálida de miradas Baja desnuda la luna por el pozo la mujer por mis ojos **LÁMPARA** Contra la noche sin cuerpo se desgarran y se abraza la pena sola Negro pensar y encendida semilla Pena de fuego amargo y agua dulce la pena en guerra Claridad de latidos secretos planta de talle transparente vela la pena Calla en el día canta en la noche habla conmigo y habla sola alegre pena Ojos de sed pechos de sal

entra en mi cama y entra en mi sueño amarga pena 1
 Bebe mi sangre la pena pájaro puebla la espera mata la noche la pena viva Sortija de la
 ausencia girasol de la espera y amor en vela torre de pena Contra la noche la sed y la
 ausencia gran puñado de vida fuente de pena.

LA POESÍA ¿Por qué tocas mi pecho nuevamente? Llegas, silenciosa, secreta, y
 despiertas los furros, los goces, y esta angustia que enciende lo que toca y engendra en
 cada cosa una avidez sombría.

El mundo cede y se desploma como metal al fuego.

Entre mis ruinas me levanto, solo, desnudo, despojado, sobre la roca inmensa del
 silencio, como un solitario combatiente contra invisibles huestes.

Verdad abrasadora, ¿a qué me empujas? No quiero tu verdad, tu insensata pregunta.

¿A qué esta lucha estéril? *A Luis Cernuda* No es el hombre criatura capaz de contenerse,
 avidez que sólo en la sed se sacia, llama que todos los labios consume, espíritu que no
 vive en ninguna forma mas hace arder todas las formas.

Subes desde lo más hondo de mí, desde el centro inenarrable de mi ser, ejército, marea.
 Creces, tu sed me ahoga, expulsando, tiránica, aquello que no cede a tu espada
 frenética.

Ya sólo tú me habitas, tú, sin nombre, furiosa substancia, avidez subterránea, delirante.
 Golpean mi pecho tus fantasmas, despiertas a mi tacto, hielas mi frente, abres mis ojos.
 Percibo el mundo y te toco, substancia intocable, unidad de mi alma y de mi cuerpo, y
 contemplo el combate que combato y mis bodas de tierra.

Nublan mis ojos imágenes opuestas, y a las mismas imágenes otras, más profundas, las
 niegan, ardiente balbuceo, aguas que anega un agua más oculta y densa.

En su húmeda tiniebla vida y muerte, quietud y movimiento, son lo mismo.

Insiste, vencedora, porque tan sólo existo porque existes, y mi boca y mi lengua se
 formaron 1

para decir tan sólo tu existencia y tus secretas sílabas, palabra impalpable y despótica,
 substancia de mi alma.

Eres tan sólo un sueño, pero en ti sueña el mundo y su mudez habla con tus palabras.

Rozo al tocar tu pecho la eléctrica frontera de la vida, la tiniebla de sangre donde pacta
 la boca cruel y enamorada, ávida aún de destruir lo que ama y revivir lo que destruye,
 con el mundo, impasible y siempre idéntico a sí mismo, porque no se detiene en ninguna
 forma ni se demora sobre lo que engendra.

Llévame, solitaria, llévame entre los sueños, llévame, madre mía, despiértame del todo,
 hazme soñar tu sueño, unta mis ojos con aceite, para que al conocerte me conozca.

LA RAMA Canta en la punta del pino un pájaro detenido, trémulo, sobre su trino.

Se yergue, flecha, en la rama, se desvanece entre alas y en música se derrama.

El pájaro es una astilla que canta y se quema viva en una nota amarilla.

Alzo los ojos: no hay nada.

Silencio sobre la rama, sobre la rama quebrada **LA**

SOMBRA Ya por cambiar de piel o por tenerla nos acogemos a lo oscuro, que nos viste
 de sombra la carne desollada.

En los ojos abiertos cae la sombra y luego son los ojos los que en la sombra caen y es
 unos ojos líquidos la sombra.

¡En esos ojos anegarse, no ser sino esos ojos que no ven, que acarician como las olas si
 son alas, como las alas si son labios Pero los ojos de la sombra en nuestros ojos se

endurecen y arañemos el muro o resbalemos por la roca, la sombra nos rechaza: en esa piedra no hay olvido.

Nos vamos hacia dentro, túnel negro.

“Muros de cal. Zumba la luz abeja entre el verdor caliente y ya caído de las yerbas.

Higuera maternal: la cicatriz del tronco, entre las hojas, era una boca hambrienta, femenina, viva en la primavera. Al mediodía era dulce trepar entre las ramas y en el verde vacío suspendido en un higo comer el sol, ya negro.”

Nada fue ayer, nada mañana, todo es presente, todo está presente, y cae y no sabemos en qué pozos, ni si detrás de ese sinfín aguarda Dios, o el Diablo, o simplemente Nadie.

Huimos a la luz que no nos miente y en un papel cualquiera escribimos palabras sin respuesta.

Y enrojecen a veces las líneas azules, y nos duelen.

LA VIDA SENCILLA Llamar al pan y que aparezca sobre el mantel el pan de cada día; darle al sudor lo suyo y darle al sueño y al breve paraíso y al infierno y al cuerpo y al minuto lo que piden; reír como el mar ríe, el viento ríe, sin que la risa suene a vidrios rotos; beber y en la embriaguez asir la vida, bailar el baile sin perder el paso, tocar la mano de un desconocido en un día de piedra y agonía y que esa mano tenga la firmeza que no tuvo la mano del amigo; probar la soledad sin que el vinagre haga torcer mi boca, ni repita mis muecas el espejo, ni el silencio se erice con los dientes que rechinan: estas cuatro paredes —papel, yeso, alfombra rala y foco amarillento—

no son aún el prometido infierno; 127

que no me duela más aquel deseo, helado por el miedo, llaga fría, quemadura de labios no besados: el agua clara nunca se detiene y hay frutas que se caen de maduras; saber partir el pan y repartirlo, el pan de una verdad común a todos, verdad de pan que a todos nos sustenta, por cuya levadura soy un hombre, un semejante entre mis semejantes; pelear por la vida de los vivos, dar la vida a los vivos, a la vida, y enterrar a los muertos y olvidarlos como la tierra los olvida: en frutos. . . .

Y que a la hora de mi muerte logre morir como los hombres y me alcance el perdón y la vida perdurable del polvo, de los frutos y del polvo.

LAS PALABRAS Dales la vuelta, cógelas del rabo (chillen, putas), azótalas, dales azúcar en la boca a las rejegas, ínflalas, globos, pínchalas, sórbeles sangre y tuétanos, sécalas, cápalas, písalas, gallo galante, tuérceles el gazzate, cocinero, desplúmalas, destrípalas, toro, buey, arrástralas, hazlas, poeta, haz que se traguen todas sus palabras.

LOS NOVIOS Tendidos en la yerba una muchacha y un muchacho.

Comen naranjas, cambian besos como las olas cambian sus espumas.

Tendido en la playa una muchacha y un muchacho.

Comen limones, cambian besos como las nubes cambian espumas.

Tendidos bajo tierra una muchacha y un muchacho.

No dicen nada, no se besan, cambian silencio por silencio.

LOS VIEJOS Sobre las aguas, sobre el desierto de las horas pobladas sólo por el sol sin nombre y la noche sin rostro, van los maderos tristes, van los hierros, la sal y los carbones, la flor del fuego, los aceites.

Con los maderos sollozantes, con los despojos turbios y las verdes espumas, van los hombres.

Los hombres con su tos, sus venenos lentísimos y su sangre en destierro de ese lugar de pinos, agua y rocas desde su nacimiento señalado como sepulcro suyo por la muerte.

Van los hombres partidos por la guerra, empujados de sus tierras a otras, hombres que sólo llevan ya a la muerte su diminuta Muerte vagos semblantes sementeras, deslavadas colinas y descuajados árboles.

La guerra los avienta, campesinos de voces de naranja, pechos de piedra, arroyos, torrenteras viejos hermosos como el silencio de altas torres, torres aún en pie, indefensa ternura hundida en las bodegas.

Al terrón cejjunto lo ablandaron sus manos, sus anchos pies danzantes alzaron los sonidos nupciales del viñedo, la tierra estremecida bajo sus pies cantaba como tambor o vientre delirante, tal la pradera bajo los toros ciegos y violentos, de huracanado luto rodeados.

A la borda acodados, por los pasillos, la cubierta, sacos de huesos o racimos negros.

No dicen nada, callan, oyen a sus mujeres (brujas de afiladas miradas alfileres, llenas de secretos ya secos como añosos armarios, historias que se sacan del pecho entre suspiros) contar con voz rugosa las minucias terribles de la guerra. Los hombres son la espuma de la tierra, la flor del llanto, el fruto de la sangre; hijos de la ternura son de llanto, son de piedra y estrella, son de sol, son planetas que cantan mientras viven. ¿No hay agua, llanto, oh ramo de soles apagados? Los hombres son la espuma de la tierra.

Hijos de la ternura son de llanto y renacen del llanto, diluviales, y se esparcen por siglos como campos.

Bebe del agua de la muerte, bebe del agua sin memoria, deja tu nombre, olvídate de ti, bebe del agua, el agua de los muertos ya sin nombre, el agua de los pobres.

En esas aguas sin facciones también está tu rostro.

Allí te reconoces y recobras, allí pierdes tu nombre, allí ganas tu nombre y el poder de nombrarlos con su nombre más cierto.

MADRUGADA Rápidas manos frías retiran una a una las vendas de la sombra Abro los ojos todavía estoy vivo en el centro de una herida todavía fresca

MANANTIAL

Habla deja caer una palabra Buenos días he dormido todo el invierno y ahora despierto

Habla Una piragua enfila hacia la luz

Una palabra ligera avanza a toda vela El día tiene forma de río En sus riberas brillan las plumas de tus cantos Dulzura del agua en la hierba dormida Agua clara vocales para beber Vocales para adornar una frente unos tobillos Habla Toca la cima de una pausa dichosa Y luego abre las alas y habla sin parar Pasa un rostro olvidado Pasas tú misma con tu andar de viento en un campo de maíz

La infancia con sus flechas y su ídolo y su higuera Rompe amarras y pasa con la torre y el jardín Pasan futuro y pasado Horas ya vividas y horas por matar Pasan relámpagos que llevan en el pico pedazos de tiempo todavía vivos Bandadas de cometas que se pierden en mi frente ¡Y escriben tu nombre en la espalda desnuda del espejo Habla Moja los labios en la piedra partida que mana inagotable Hunde tus brazos blancos en el agua grávida de profecías inminentes Un día se pierde En el cielo hecho de prisa La luz no deja huellas en la nieve Un día se pierde Abrir y cerrar de puertas La semilla del sol se abre sin ruido Un día comienza La niebla asciende la colina Un hombre baja por el río Los dos se encuentran en tus ojos Y tú te pierdes en el día Cantando en el follaje de la luz Tañen campanas allá lejos Cada llamada es una ola Cada ola sepulta para siempre Un gesto una palabra la luz contra la nube Tú ríes y te peinas distraída Un día comienza a tus pies Pelo mano blancura no son nombres Para este pelo esta mano esta blancura Lo visible y palpable que está afuera Lo que está adentro y sin nombre A tientas se buscan en nosotros Siguen la marcha del lenguaje Cruzan el puente que les tiende esta imagen

Como la luz entre los dedos se desliza Como tú misma entre mis manos Como tu mano entre mis manos se entrelazan un día comienza en mis palabras Luz que madura hasta ser cuerpo Hasta ser sombra de tu cuerpo luz de tu sombra Malla de calor piel de tu luz Un día comienza en tu boca El día que se pierde en nuestros ojos El día que se abre en nuestra noche

MARIPOSA DE OBSIDIANA Mataron a mis hermanos, a mis hijos, a mis tíos. A la orilla del lago Texcoco me eché a llorar. Del Peñon subían remolinos de salitre. Me cogieron suavemente y me depositaron en el atrio de la Catedral. Me hice tan pequeña y tan gris que muchos me confundieron con un montoncito de polvo. Sí, yo misma, la madre del pederna y de la estrella, yo, encinta del rayo, soy ahora la pluma azul que abandona el pájaro en la zarza. Bailaba, los pechos en alto y girando, girando, girando hasta quedarme quieta; entonces empezaba a echar hojas, flores, frutos. En mi vientre latía el águila. Yo era la montaña que engendra cuando sueña, la casa del fuego, la olla primordia donde el hombre se cuece y se hace hombre. En la noche de las palabras degolladas mis hermanas y yo, cogidas de la mano, saltamos y cantamos alrededor de la I, única torre en pie del alfabeto arrasado. Aún recuerdo mis canciones: *Canta en la verde espesura la luz de garganta dorada, la luz, la luz decapitada.*

Nos dijeron: la vereda derecha nunca conduce al invierno.

Y ahora las manos me tiemblan, las palabras me cuelgan de la boca. Dame una sillita y un poco de sol.

En otros tiempos cada hora nacía de vaho de mi aliento, bailaba un instante sobre la punta de mi puña y desaparecía por la puerta resplandeciente de mi espejito.

Y yo era el mediodía tatuado y la noche desnuda, el pequeño insecto de jade que canta entre las yerbas del amanecer y el zenzontle de barro que convoca a los muertos.

Me bañaba en la cascada solar, me bañaba en mí

misma, anegada en mi propio resplandor. Yo era el pederna que rasga la cerrazón nocturna y abre las puertas del chubasco. En el cielo del Sur planté jardines de fuego, jardines de sangre. Sus ramas de coral todavía rozan la frente de los enamorados.

Allá el amor es el encuentro en mitad del espacio de dos aerolitos y no esa obstinación de piedras frotándose para arrancarse un beso que chisporrea.

Cada noche es un párpado que no acaban de atravesar las espinas. Y el día no acaba nunca, no acaba nunca de contarse a sí mismo, roto de monedas de cobre. Estoy cansada de tantas cuentas de piedra desparramadas en el polvo. Estoy cansada de este solitario tronco.

Dichoso el alacrán madre, que devora a sus hijos. Dichosa la araña. Dichosa la serpiente, que muda de camisa.

Dichosa el agua que se bebe a sí misma. ¿Cuándo acabarán de devorarme estas imágenes? ¿Cuándo acabaré de caer en esos ojos desiertos? Estoy sola y caída, grano de maíz desprendido de la mazorca del tiempo. Siémbreme entre los fusilados.

Naceré del ojo del capitán. Lluéveme, asoléame. Mi cuerpo arado por el tuyo ha de volverse un campo donde se siembra uno y se cosechan ciento. Espérame al otro lado del año: me encontrarás como un relámpago tendido a la orilla del otoño. Toca mis pechos de yerba. Besa mi vientre, piedra de sacrificios. En mi ombligo el remolino se aquietará: yo soy el centro fijo que mueve la danza. Arde, cae en mí: soy la fosa de cal viva que cura los huesos de su pesadumbre. Muere en mis labios. Nace en mis ojos.

De mi cuerpo brotan imágenes: bebe en esas aguas y recuerda lo que olvidaste al nacer.

Soy la herida que no cicatriza, la pequeña piedra solar: si me rozas, el mundo se incendia.

Toma mi collar de lágrimas. Te espero en ese lado del tiempo en donde la luz inaugura un reinado dichoso: el pacto de los gemelos enemigos, del agua que escapa entre los dedos de hielo, petrificado como un rey en su orgullo. Allí abrirás mi cuerpo en dos, para leer las letras de tu destino.

MAR POR LA TARDE Altos muros del agua, torres altas, aguas de pronto negras contra nada, impenetrables, verdes, grises aguas, aguas de pronto blancas, deslumbradas. Aguas como el principio de las aguas, como el principio mismo antes del agua, las aguas inundadas por el agua, aniquilando lo que finge el agua. El resonante tigre de las aguas, las uñas resonantes de cien tigres, las cien manos del agua, los cien tigres con una sola mano contra nada.

Desnudo mar, sediento mar de mares, hondo de estrellas si de espumas alto, prófugo blanco de prisión marina que en estelares límites revienta, ¿qué memorias, deseos prisioneros, encienden en tu piel sus verdes llamas? En ti te precipitas, te levantas contra ti y de ti mismo nunca escapas.

14 Tiempo que se congela o se despeña, tiempo que es mar y mar que es lunar témpano, madre furiosa, inmensa res hendida y tiempo que se come las entrañas.

MÁS ALLÁ DEL AMOR Todo nos amenaza: el tiempo, que en vivientes fragmentos divide al que fui

del que seré, como el machete a la culebra; la conciencia, la transparencia traspasada, la mirada ciega de mirarse mirar; las palabras, guantes grises, polvo mental sobre la yerba, el agua, la piel: nuestros nombres, que entre tú y yo se levantan, murallas de vacío que ninguna trompeta derrumba.

Ni el sueño y su pueblo de imágenes rotas, ni el delirio y su espuma profética, ni el amor con sus dientes y uñas, no bastan.

Más allá de nosotros, en las fronteras del ser y el estar, una vida más vida nos reclama. Afuera la noche respira, se extiende, llena de grandes hojas calientes, de espejos que combaten: frutos, garras, ojos, follajes, espaldas que relucen, cuerpos que se abren paso entre otros cuerpos.

Tiéndete aquí a la orilla de tanta espuma, de tanta vida que se ignora y se entrega: tú también perteneces a la noche.

Extiéndete, blancura que respira, late, oh estrella repartida, copa, pan que inclinas la balanza del lado de la aurora, pausa de sangre entre este tiempo y otro sin medida.

MEDIODÍA La luz no parpadea, el tiempo se vacía de minutos, se ha detenido un pájaro en el aire.

14 **MISTERIO** Relumbra el aire, relumbra, el mediodía relumbra, pero no veo al sol. Y de presencia en presencia todo se me transparenta, pero no veo al sol. Perdido en las transparencias voy de reflejo a fulgor, pero no veo al sol. Y él en la luz se desnuda y a cada esplendor pregunta, pero no ve al sol.

MONÓLOGO Bajo las rotas columnas, entre la nada y el sueño, cruzan mis horas insomnes las sílabas de tu nombre.

Tu largo pelo rojizo, relámpago del verano, vibra con dulce violencia en la espalda de la noche.

Corriente oscura del sueño que mana entre ruinas y te construye de nada: amargas trenzas, olvido, húmeda costa nocturna donde se tiende y golpea un mar sonámbulo, ciego.

MOVIMIENTO Si tú eres la yegua de ámbar yo soy el camino de sangre Si tú eres la primera nevada yo soy el que enciende el brasero del alba Si tú eres la torre de la noche yo soy el clavo ardiendo en tu frente Si tú eres la marea matutina yo soy el grito del primer pájaro Si tú eres la cesta de naranjas yo soy el cuchillo de so Si tú eres el altar de piedra yo soy la mano sacrílega Si tú eres la tierra acostada yo soy la caña verde Si tú eres el salto del viento yo soy el fuego enterrado Si tú eres la boca del agua yo soy la boca del musgo Si tú eres el bosque de las nubes yo soy el hacha que las parte 14 Si tú eres la ciudad profanada yo soy la lluvia de consagración Si tú eres la montaña amarilla yo soy los brazos rojos del líquen Si tú eres el sol que se levanta yo soy el camino de sangre

NI EL CIELO NI LA TIERRA Atrás el cielo, atrás la luz y su navaja, atrás los muros de salitre, atrás las calles que dan siempre a otras calles.

Atrás mi piel de vidrios erizados, atrás mis uñas y mis dientes caídos en el pozo del espejo.

Atrás la puerta que se cierra, el cuerpo que se abre.

Atrás, amor encarnizado, pureza que destruye, garras de seda, labios de ceniza.

Atrás, tierra o cielo.

Sentados a las mesas donde beben la sangre de los pobres: la mesa del dinero, la mesa de la gloria y la de la justicia, 15 la mesa del poder y la mesa de Dios —la Sagrada Familia en su Pesebre, la Fuente de la Vida, el espejo quebrado en que Narciso a sí mismo se bebe y no se sacia y el hígado, alimento de profetas y buitres. . . .

Atrás, tierra o cielo.

Cohabitando escondidos en sábanas insomnes, cuerpos de cal y yeso, piedras, cenizas ateridas cuando la luz los toca; y las tumbas de piedras o palabras, la torre de Babel en comandita y el cielo que bosteza y el infierno mordiéndose la cola y la resurrección y el día de la vida perdurable, el día sin crepúsculo, el paraíso visceral del feto.

Creía en todo esto.

Hoy canto solo a la orilla del llanto.

También el llanto sirve de almohada.

NIÑA Nombras el árbol, niña.

Y el árbol crece, lento, alto deslumbramiento, hasta volvernos verde la mirada.

Nombras el cielo, niña.

Y las nubes pelean con el viento y el espacio se vuelve un transparente campo de batalla.

Nombras el agua, niña.

Y el agua brota, no sé dónde, brilla en las hojas, habla entre las piedras y en húmedos vapores nos convierte.

No dices nada, niña.

Y la ola amarilla, la marea de sol, en su cresta nos alza, en los cuatro horizontes nos dispersa y nos devuelve, intactos, en el centro del día, a ser nosotros.

A Laura Elena

NO ES MÁS Por selva oscura. . . .

Un poema no es más que una conversación en la penumbra del horno viejo, cuando ya todos se han ido, y cruje afuera el hondo bosque; un poema no es más que unas palabras que uno ha querido, y cambian de sitio con el tiempo, y ya no son más que una mancha, una esperanza indecible; un poema no es más que la felicidad, que una conversación en la penumbra, que todo cuanto se ha ido, y ya es silencio.

NOCHE DE VERANO Pulsas, palpas el cuerpo de la noche, verano que te bañas en los ríos, soplo en el que se ahogan las estrellas, aliento de una boca, de unos labios de tierra.

Tierra de labios, boca donde un infierno agónico jadea, labios en donde el cielo llueve y el agua canta y nacen paraísos.

Se incendia el árbol de la noche y sus astillas son estrellas, son pupilas, son pájaros.

Fluyen ríos sonámbulos.

Lenguas de sal incandescente contra una playa oscura.

Todo respira, vive, fluye: la luz en su temblor, el ojo en el espacio, el corazón en su latido, la noche en su infinito.

15 Un nacimiento oscuro, sin orillas, nace en la noche de verano, en tu pupila nace todo el cielo.

NOCTURNO Sombra, trémula sombra de las voces.

Arrastra el río negro mármoles ahogados.

¿Cómo decir del aire asesinado, de los vocablos huérfanos, cómo decir del sueño?

Sombra, trémula sombra de las voces.

Negra escala de lirios llameantes.

¿Cómo decir los nombres, las estrellas, los albos pájaros de los pianos nocturnos y el obelisco del silencio? Sombra, trémula sombra de las voces.

estatuas derribadas en la luna.

¿Cómo decir, camelia, la menos flor entre las flores, cómo decir tus blancas geometrías?

¿Cómo decir, oh Sueño, tu silencio en voces?

NUBES Islas del cielo, soplo en un soplo suspendido ¡con pie ligero, semejante al aire, pisar sus playas sin dejar más huella que la sombra del viento sobre el agua ¡Y como el aire entre las hojas perderse en el follaje de la bruma y como el aire ser labios sin cuerpo, cuerpo sin peso, fuerza sin orillas

NUEVO ROSTRO La noche borra noches en tu rostro, derrama aceites en tus secos párpados, quema en tu frente el pensamiento y atrás del pensamiento la memoria.

Entre las sombras que te anegan otro rostro amanece.

Y siento que a mi lado no eres tú la que duerme, sino la niña aquella que fuiste y que esperaba sólo que durmieras para volver y conocerme.

OLVIDO Cierra los ojos y a oscuras piérdete bajo el follaje rojo de tus párpados.

Húndete en esas espirales del sonido que zumba y cae y suena allí, remoto, hacia el sitio del tímpano, como una catarata ensordecida.

Hunde tu ser a oscuras, anégate la piel, y más, en tus entrañas; que te deslumbre y ciegue el hueso, lívida centella, y entre simas y golfos de tiniebla abra su azul penacho al fuego fatuo.

En esa sombra líquida del sueño moja tu desnudez; abandona tu forma, espuma que no sabe quién dejó en la orilla; piérdete en ti, infinita, en tu infinito ser, 15 ser que se pierde en otro mar: olvídate y olvídate.

En ese olvido sin edad ni fondo, labios, besos, amor, todo renace: las estrellas son hijas de la noche.

ORÁCULO Los labios fríos de la noche dicen una palabra columna de pena piedra y no palabra sombra y no piedra pensamiento de humo agua real para mis labios de humo palabra de verdad

razón de mis errores Si es muerte sólo por ella vivo si es soledad hablo por ella Es la memoria y no recuerdo nada No sé lo que dice y a ella me fío como saberse vivo como olvidar que lo sabemos Tiempo que entreabre los párpados y se deja mirar y nos mira
OTOÑO En llamas, en otoños incendiadas, arde a veces mi corazón, puro y solo. El viento lo despierta, toca su centro y lo suspende en luz que sonríe para nadie: ¡cuánta belleza suelta Busco unas manos, una presencia, un cuerpo, lo que rompe los muros y hace nacer las formas embriagadas, un roce, un son, un giro, un ala apenas, celestes frutos de luz desnuda.

Busco dentro mí, huesos, violines intocados, vértebras delicadas y sombrías, labios que sueñan labios, manos que sueñan pájaros. . . .

Y algo que no se sabe y dice “nunca”
 cae del cielo, de ti, mi Dios y mi adversario.

OTRO LIBRO DE AMOR Tan sólo una mirada y el camino del goce está trazado, la interna llamarada todo el cuerpo ha cimbrado, y el corazón quedó petrificado.

Después la mano leve en el misterio del amor se inicia; por dentro fuego llueve, es mortal la caricia, se confunde el temor con la delicia.

La carne ya no lucha; a dar toda su esencia está dispuesta.

Solamente se escucha una tenue protesta, que unos labios clausuran por respuesta.

Y empieza el cataclismo, es violado el más íntimo secreto, la sangre es un abismo que obliga a estar inquieto al subterráneo, hipócrita esqueleto.

Los ojos han huido, la voz perdió de súbito su aliento, ya no escucha el oído, cesó todo aspaviento: se eternizó el amor por un momento.

Siempre te das, amor, a oscuras, y en silencio, y sólo en gotas; eres sólo dolor, y ciego, nunca notas que al desolado ser nutres y agotas.

Ya todo se ha perdido y aún tiene vida el ancho corazón.

Nada tuvo sentido; mas la sorda obsesión prosigue dando muerte a la razón.

PALABRA Palabra, voz exacta y sin embargo equívoca; oscura y luminosa; herida y fuente: espejo; espejo y resplandor; resplandor y puñal, vivo puñal amado, ya no puñal, sí mano suave: fruto.

Llama que me provoca; cruel pupila quieta en la cima del vértigo; invisible luz fría cavando en mis abismos, llenándome de nada, de palabras, cristales fugitivos que a su prisa someten mi destino.

Palabra ya sin mí, pero de mí, como el hueso postrero, anónimo y esbelto, de mi cuerpo;
 6

sabrosa sal, diamante congelado de mi lágrima oscura.

Palabra, una palabra, abandonada, riente y pura, libre, como la nube, el agua, como el aire y la luz, como el ojo vagando por la tierra, como yo, si me olvido.

Palabra, una palabra, la última y primera, la que callamos siempre, la que siempre decimos, sacramento y ceniza.

Palabra, tu palabra, la indecible, hermosura furiosa, espada azul, eléctrica, que me toca en el pecho y me aniquila.

PALPAR Mis manos abren las cortinas de tu ser te visten con otra desnudez descubren los cuerpos de tu cuerpo Mis manos inventan otro cuerpo a tu cuerpo

PASADO EN CLARO Oídos con el alma, pasos mentales más que sombras, sombras del pensamiento más que pasos, por el camino de ecos que la memoria inventa y borra: sin caminar caminan sobre este ahora, puente tendido entre una letra y otra.

Como llovizna entre brasas dentro de mí los pasos pasan hacia lugares que se vuelven aire.
Nombres: en una pausa desaparecen, entre dos palabras.
El sol camina sobre los escombros de lo que digo, el sol arrasa los parajes confusamente apenas amaneciendo en esta página, el sol abre mi frente, balcón al voladero dentro de mí.
Me alejo de mí mismo, sigo los titubeos de esta frase, senda de piedras y de cabras.
Relumbran las palabras en la sombra.
Y la negra marea de las sílabas cubre el papel y entierra sus raíces de tinta en el subsuelo del lenguaje.
Desde mi frente salgo a un mediodía del tamaño del tiempo.
El asalto de siglos del baniano contra la vertical paciencia de la tapia es menos largo que esta momentánea bifurcación del pensamiento entre lo presentido y lo sentido.
Ni allá ni aquí: por esa linde de duda, transitada sólo por espejos y vislumbres, donde el lenguaje se desdice, voy al encuentro de mí mismo.
La hora es bola de cristal.
Entro en un patio abandonado: aparición de un fresno.
Verdes exclamaciones del viento entre las ramas.
Del otro lado está el vacío.
Patio inconcluso, amenazado por la escritura y sus incertidumbres.
Ando entre las imágenes de un ojo desmemoriado. Soy una de sus imágenes.
El fresno, sinuosa llama líquida, es un rumor que se levanta hasta volverse torre hablante.
Jardín ya matorral: su fiebre inventa bichos que luego copian mitologías.
Adobes, cal y tiempo: entre ser y no ser los pardos muros.
Infinitesimales prodigios en sus grietas: el hongo duende, vegetal Mirídates, la lagartija y sus exhalaciones.
Estoy dentro del ojo: el pozo donde desde el principio un niño está cayendo, el pozo donde cuento lo que tardo en caer desde el principio, el pozo de la cuenta de mi cuento por donde sube el agua y baja mi sombra.
El patio, el muro, el fresno, el pozo en una claridad en forma de laguna se desvanecen.
Crece en sus orillas una vegetación de transparencias.
Rima feliz de montes y edificios, se desdobra el paisaje en el abstracto espejo de la arquitectura.
Apenas dibujada, suerte de coma horizontal entre el cielo y la tierra, una página solitaria.
Las olas hablan nahua.
Cruza un signo volante las alturas.
Tal vez es una fecha, conjunción de destinos: el haz de cañas, prefiguración del brasero.
El pedernal, la cruz, esas llaves de sangre ¿alguna vez abrieron las puertas de la muerte?
La luz poniente se demora, alza sobre la alfombra simétricos incendios, vuelve llama quimérica este volumen lacre que hojeo (estampas: los volcanes, los cúes y, tendido, manto de plumas sobre el agua, Tenochtitlán todo empapado en sangre).
Los libros del estante son ya brasas que el sol atiza con sus manos rojas.
Se rebela mi lápiz a seguir el dictado.
En la escritura que la nombra se eclipsa la laguna.
Doblo la hoja. Cuchicheos: me espían entre los follajes de las letras.
Un charco es mi memoria.
Lodoso espejo: ¿dónde estuve? Sin piedad y sin cólera mis ojos me miran a los ojos desde las aguas turbias de ese charco que convocan ahora mis palabras.
No veo con los ojos: las palabras son mis ojos. Vivimos entre nombres; lo que no tiene nombre todavía no existe: Adán de lodo, no un muñeco de barro, una metáfora.

Ver al mundo es deletrearlo.

Espejo de palabras: ¿dónde estuve? Mis palabras me miran desde el charco de mi memoria. Brillan, entre enramadas de reflejos, nubes varadas y burbujas, sobre un fondo del ocre al brasilado, las sílabas de agua.

Ondulación de sombras, visos, ecos, no escritura de signos: de rumores.

Mis ojos tienen sed. El charco es senequista: el agua, aunque potable, no se bebe: se lee.

Al sol del altiplano se evaporan los charcos.

Queda un polvo desleído y unos cuantos vestigios intestados.

¿Dónde estuve? Yo estoy en donde estuve: entre los muros indecisos del mismo patio de palabras.

Abderramán, Pompeyo, Xicoténcatl, batallas en el Oxus o en la barda con Ernesto y Guillermo. La mil hojas, verdinegra escultura del murmullo, jaula del sol y la centella breve del chupamirto: la higuera primordial, capilla vegetal de rituales polimorfos, diversos y perversos.

Revelaciones y abominaciones: el cuerpo y sus lenguajes entretnejidos, nudo de fantasmas palpados por el pensamiento y por el tacto disipados, argolla de la sangre, idea fija en mi frente clavada.

El deseo nos vuelve espectros: somos enredaderas de aire en árboles de viento, manto de llamas inventado y devorado por la llama.

La hendidura del tronco: sexo, sello, pasaje serpentino cerrado al sol y a mis miradas, abierto a las hormigas.

La hendidura fue pórtico del más allá de lo mirado y lo pensado: allá dentro son verdes las mareas, la sangre es verde, el fuego es verde, entre las yerbas negras arden estrellas verdes: es la música verde de los élitros en la prístina noche de la higuera; —allá dentro son ojos las yemas de los dedos, el tacto mira, palpan las miradas, los ojos oyen los olores; —allá dentro es afuera, en todas partes y ninguna parte, las cosas son las mismas y son otras, encarcelado en un icosaedro hay un insecto que desteje los silogismos que la araña teje colgada de los hilos de la luna; allá dentro el espacio en una mano abierta y una frente que no piensa ideas sino formas que respiran, caminan, hablan, cambian y silenciosamente se evaporan; —allá dentro, país de entretnejidos ecos, se despeña la luz, lenta cascada, entre los labios de las grietas: la luz es agua, el agua tiempo diáfano donde los ojos lavan imágenes; —allá dentro los cables del deseo fingen eternidades de un segundo que la mental corriente eléctrica enciende, apaga, enciende, resurrecciones llameantes del alfabeto calcinado;

—no hay escuela allá dentro, siempre es el mismo día, la misma noche siempre, no han inventado el tiempo todavía, no ha envejecido el sol, esta nieve es idéntica a la yerba, siempre y nunca es lo mismo, nunca ha llovido y llueve siempre, todo está siendo y nunca ha sido, pueblo sin nombre de las sensaciones, nombres que buscan cuerpo, impías transparencias, jaulas de claridad donde se anulan la identidad entre sus semejanzas, la diferencia en sus contradicciones.

La higuera, sus falacias y su sabiduría: prodigios de la tierra —fidedignos, puntuales, redundantes—

y la conversación con los espectros.

Aprendizajes con la higuera: hablar con vivos y con muertos.

También conmigo mismo.

La procesión del año: cambios que son repeticiones.

El paso de las horas y su peso.

La madrugada: más que luz, un vaho de claridad cambiada en gotas grávidas sobre los vidrios y las hojas: el mundo se atenúa en esas oscilantes geometrías hasta volverse el filo de un reflejo.
Brotó el día, prorrumpe entre las hojas, gira sobre sí mismo y de la vacuidad en que se precipita surge, otra vez corpóreo.
El tiempo es luz filtrada.
Revienta el fruto negro en encarnada florescencia, la rota rama escurre savia lechosa y acre.
Metamorfosis de la higuera: si el otoño la quema, su luz la transfigura.
Por los espacios diáfanos se eleva descarnada virgen negra.
El cielo es giratorio lapislázuli: viran al ralentí sus continentes, insubstanciales geografías.
Llamas entre las nieves de las nubes.
La tarde más y más es miel quemada.
Derrumbe silencioso de horizontes: la luz se precipita de las cumbres, la sombra se derrama por el llano.
A la luz de la lámpara —la noche ya dueña de la casa y el fantasma de mi abuelo ya dueño de la noche—
yo penetraba en el silencio.
cuerpo sin cuerpo, tiempo sin horas. Cada noche, máquinas transparentes del delirio, dentro de mí los libros levantaban arquitecturas sobre una sima edificadas.
Las alza un soplo del espíritu, un parpadeo las deshace.
Yo junté leña con los otros y lloré con el humo de la pira del domador de potros; vagué por la arboleda navegante que arrastra el Tajo turbiamente verde:
la líquida espesura se encrespaba tras la fugitiva Galatea; vi en racimos las sombras agolpadas para beber la sangre de la zanja: mejor quebrar terrones por la ración de perro del labrador avaro que regir las naciones pálidas de los muertos; tuve sed, vi demonios en el Gobi; en la gruta nadé con la sirena (y después, en el sueño purgativo, fendendo i drappi, e mostravami'l ventre, quel mí sveglia col puzzo che n'uscia); grabé sobre mi tumba imaginaria: no muevas esta lápida, soy rico sólo en huesos; aquellas memorales pecosas peras encontradas en la cesta verbal de Villaurrutia; Carlos Garrote, eterno medio hermano, Dios te salve, me dijo al derribarme y era, por los espejos del insomnio repetido, yo mismo el que me hería; Isis y el asno Lucio; el pulpo y Nemo; y los libros marcados por las armas de Príapo, leídos en las tardes diluviales el cuerpo tenso, la mirada intensa.
Nombres anclados en el golfo de mi frente: yo escribo porque el druida, bajo el rumor de sílabas del himno, encina bien plantada en una página, me dio el gajo de muérdago, el conjuro que hace brotar palabras de la peña.
Los nombres acumulan sus imágenes.
Las imágenes acumulan sus gaseosas, conjeturales confederaciones.
Nubes y nubes, fantasmal galope de las nubes sobre las crestas de mi memoria.
Adolescencia, país de nubes.
Casa grande, encallada en un tiempo azolvado. La plaza, los árboles enormes donde anidaba el sol, la iglesia enana —su torre les llegaba a las rodillas pero su doble lengua de meta a los difuntos despertaba.
Bajo la arcada, en garbas militares, las cañas, lanzas verdes, carabinas de azúcar; en el portal, el tendejón magenta: frescor de agua en penumbra, ancestrales petates, luz trezada, y sobre el zinc del mostrador, diminutos planetas desprendidos del árbol meridiano, los tejocotes y las mandarinas, amarillos montones de dulzura.
Giran los años en la plaza, rueda de Santa Catalina, y no se mueven.

Mis palabras, al hablar de la casa se agrietan.
 Cuartos y cuartos, habitados sólo por fantasmas, sólo por el rencor de los mayores habitados. Familias, criaderos de alacranes: como a los perros dan con la pitanza vidrio molido, nos alimentan con sus odios y la ambición dudosa de ser alguien.
 También me dieron pan, me dieron tiempo, claros en los recodos de los días, remansos para estar solo conmigo.
 Niño entre adultos taciturnos y sus terribles niñerías, niño por los pasillos de altas puertas, habitaciones con retratos, crepusculares cofradías de los ausentes, niño sobreviviente de los espejos sin memoria y su pueblo de viento: el tiempo y sus encarnaciones resuelto en simulacros de reflejos.
 En mi casa los muertos eran más que los vivos.
 Mi madre, niña de mil años, madre del mundo, huérfana de mí, abnegada, feroz, obtusa, providente, jilguera, perra, hormiga, jabalina, carta de amor con faltas de lenguaje, mi madre: pan que yo cortaba con su propio cuchillo cada día.
 Los fresnos me enseñaron, bajo la lluvia, la paciencia, a cantar cara al viento vehemente. Virgen somnoloca, una tía me enseñó a ver con los ojos cerrados, ver hacia dentro y a través del muro.
 Mi abuelo a sonreír en la caída y a repetir en los desastres: al hecho, pecho.
 (Esto que digo es tierra sobre tu nombre derramada: blanda te sea.)
 Del vómito a la sed, atado al potro del alcohol, mi padre iba y venía entre las llamas.
 Por los durmientes y los rieles de una estación de moscas y de polvo una tarde juntamos sus pedazos.
 Yo nunca pude hablar con él.
 Lo encuentro ahora en sueños, esa borrosa patria de los muertos.
 Hablamos siempre de otras cosas.
 Mientras la casa se desmoronaba yo crecía. Fui (soy) yerba, maleza entre escombros anónimos.
 Días como una frente libre, un libro abierto.
 No se multiplicaron los espejos codiciosos que vuelven cosas los hombres, número las cosas: ni mando ni ganancia. La santidad tampoco: el cielo para mí pronto fue un cielo deshabitado, una hermosura hueca y adorable. Presencia suficiente, cambiante: el tiempo y sus epifanías.
 No me habló dios entre las nubes: entre las hojas de la higuera me habló el cuerpo, los cuerpos de mi cuerpo.
 Encarnaciones instantáneas: tarde lavada por la lluvia, luz recién salida del agua, el vaho femenino de las plantas piel a mi piel pegada: ¡súcubo —como si al fin el tiempo coincidiese consigo mismo y yo con él, como si el tiempo y sus dos tiempos fuesen un solo tiempo que ya no fuese tiempo, un tiempo donde siempre es ahora y a todas horas siempre.

PIEDRA DE SOI Un sauce de cristal, un chopo de agua, un alto surtidor que el viento arquee, un árbol bien plantado mas danzante, un caminar de río que se curva, avanza, retrocede, da un rodeo y llega siempre: un caminar tranquilo de estrella o primavera sin premura, agua que con los párpados cerrados mana toda la noche profecías, unánime presencia en oleaje, ola tras ola hasta cubrirlo todo, verde soberanía sin ocaso como el deslumbramiento de las alas cuando se abren en mitad del cielo, un caminar entre las espesuras de los días futuros y el aciago fulgor de la desdicha como un ave petrificando el bosque con su canto **La treizième revient. . . c'est encor la première; et c'est toujours la seule-ou c'est le seul moment; car es-tu reine, ô toi, la première ou dernière? es-tu roi, toi le seul ou le dernier amant? Gérard de Nerval (Arthémis)**

y las felicidades inminentes entre las ramas que se desvanecen, horas de luz que pican ya los pájaros, presagios que se escapan de la mano, una presencia como un canto súbito, como el viento cantando en el incendio, una mirada que sostiene en vilo al mundo con sus mares y sus montes, cuerpo de luz filtrado por un ágata, piernas de luz, vientre de luz, bahías, roca solar, cuerpo color de nube, color de día rápido que salta, la hora centellea y tiene cuerpo, el mundo ya es visible por tu cuerpo, es transparente por tu transparencia, voy entre galerías de sonidos, flujo entre las presencias resonantes, voy por las transparencias como un ciego, un reflejo me borra, nazco en otro, oh bosque de pilares encantados, bajo los arcos de la luz penetro los corredores de un otoño diáfano, voy por tu cuerpo como por el mundo, tu vientre es una plaza soleada, tus pechos dos iglesias donde oficia la sangre sus misterios paralelos, mis miradas te cubren como yedra, eres una ciudad que el mar asedia, una muralla que la luz divide en dos mitades de color durazno, un paraje de sal, rocas y pájaros bajo la ley del mediodía absorto, vestida del color de mis deseos como mi pensamiento vas desnuda, voy por tus ojos como por el agua, los tigres beben sueño de esos ojos, el colibrí se quema en esas llamas, voy por tu frente como por la luna, como la nube por tu pensamiento, voy por tu vientre como por tus sueños, tu falda de maíz ondula y canta, tu falda de cristal, tu falda de agua, tus labios, tus cabellos, tus miradas, toda la noche llueves, todo el día abres mi pecho con tus dedos de agua, cierras mis ojos con tu boca de agua, sobre mis huesos llueves, en mi pecho hunde raíces de agua un árbol líquido, voy por tu talle como por un río, voy por tu cuerpo como por un bosque, como por un sendero en la montaña que en un abismo brusco se termina voy por tus pensamientos afilados y a la salida de tu blanca frente mi sombra despeñada se destroza, recojo mis fragmentos uno a uno y prosigo sin cuerpo, busco a tientas, corredores sin fin de la memoria, puertas abiertas a un salón vacío donde se pudren todos los veranos, las joyas de la sed arden al fondo, rostro desvanecido al recordarlo, mano que se deshace si la toco, cabelleras de arañas en tumulto sobre sonrisas de hace muchos años, a la salida de mi frente busco, busco sin encontrar, busco un instante, un rostro de relámpago y tormenta corriendo entre los árboles nocturnos, rostro de lluvia en un jardín a oscuras, agua tenaz que fluye a mi costado, busco sin encontrar, escribo a solas, no hay nadie, cae el día, cae el año, caigo en el instante, caigo al fondo, invisible camino sobre espejos que repiten mi imagen destrozada, piso días, instantes caminados, piso los pensamientos de mi sombra, piso mi sombra en busca de un instante, busco una fecha viva como un pájaro, busco el sol de las cinco de la tarde templado por los muros de tezontle: la hora maduraba sus racimos y al abrirse salían las muchachas de su entraña rosada y se esparcían por los patios de piedra del colegio, alta como el otoño caminaba envuelta por la luz bajo la arcada y el espacio al ceñirla la vestía de un piel más dorada y transparente, tigre color de luz, pardo venado por los alrededores de la noche, entrevista muchacha reclinada en los balcones verdes de la lluvia, adolescente rostro innumerable, he olvidado tu nombre, Melusina, Laura, Isabel, Perséfone, María, tienes todos los rostros y ninguno, eres todas las horas y ninguna, te pareces al árbol y a la nube, eres todos los pájaros y un astro, te pareces al filo de la espada y a la copa de sangre del verdugo, yedra que avanza, envuelve y desarraiga al alma y la divide de sí misma, escritura de fuego sobre el jade, grieta en la roca, reina de serpientes, columna de vapor, fuente en la peña, circo lunar, peñasco de las águilas, grano de anís, espina diminuta y mortal que da penas inmortales, pastora de los valles submarinos y guardiana del valle de los muertos, liana que cuelga del cantil del vértigo, enredadera, planta venenosa, flor de resurrección, uva de vida, señora de la flauta y del relámpago, terraza del jazmín, sal en la herida, ramo de rosas para el fusilado, nieve en agosto, luna del patíbulo, escritura del mar sobre el basalto, escritura del viento en el desierto, testamento del sol, granada, espiga, 6

rostro de llamas, rostro devorado, adolescente rostro perseguido años fantasmas, días circulares que dan al mismo patio, al mismo muro, arde el instante y son un solo rostro los sucesivos rostros de la llama, todos los nombres son un solo nombre todos los rostros son un solo rostro, todos los siglos son un solo instante y por todos los siglos de los siglos cierra el paso al futuro un par de ojos, no hay nada frente a mí, sólo un instante rescatado esta noche, contra un sueño de ayuntadas imágenes soñado, duramente esculpido contra el sueño, arrancado a la nada de esta noche, a pulso levantado letra a letra, mientras afuera el tiempo se desboca y golpea las puertas de mi alma el mundo con su horario carnicero, sólo un instante mientras las ciudades, los nombres, los sabores, lo vivido, se desmoronan en mi frente ciega, mientras la pesadumbre de la noche mi pensamiento humilla y mi esqueleto, y mi sangre camina más despacio y mis dientes se aflojan y mis ojos se nublan y los días y los años sus horrores vacíos acumulan, mientras el tiempo cierra su abanico y no hay nada detrás de sus imágenes 7

el instante se abisma y sobrenada rodeado de muerte, amenazado por la noche y su lúgubre bostezo, amenazado por la algarabía de la muerte vivaz y enmascarada el instante se abisma y se penetra, como un puño se cierra, como un fruto que madura hacia dentro de sí mismo y a sí mismo se bebe y se derrama el instante translúcido se cierra y madura hacia dentro, echa raíces, crece dentro de mí, me ocupa todo, me expulsa su follaje delirante, mis pensamientos sólo son sus pájaros, su mercurio circula por mis venas, árbol mental, frutos sabor de tiempo, oh vida por vivir y ya vivida, tiempo que vuelve en una marejada y se retira sin volver el rostro, lo que pasó no fue pero está siendo y silenciosamente desemboca en otro instante que se desvanece: frente a la tarde de salitre y piedra armada de navajas invisibles una roja escritura indescifrable escribes en mi piel y esas heridas como un traje de llamas me recubren, ardo sin consumirme, busco el agua y en tus ojos no hay agua, son de piedra, y tus pechos, tu vientre, tus caderas son de piedra, tu boca sabe a polvo, tu boca sabe a tiempo emponzoñado, tu cuerpo sabe a pozo sin salida, pasadizo de espejos que repiten los ojos del sediento, pasadizo que vuelve siempre al punto de partida, y tú me llevas ciego de la mano por esas galerías obstinadas hacia el centro del círculo y te yergues como un fulgor que se congela en hacha, como luz que desuella, fascinante como el cadalso para el condenado, flexible como el látigo y esbelta como un arma gemela de la luna, y tus palabras afiladas cavan mi pecho y me despueblan y vacían, uno a uno me arrancas los recuerdos, he olvidado mi nombre, mis amigos gruñen entre los cerdos o se pudren comidos por el sol en un barranco, no hay nada en mí sino una larga herida, una oquedad que ya nadie recorre, presente sin ventanas, pensamiento que vuelve, se repite, se refleja y se pierde en su misma transparencia, conciencia traspasada por un ojo que se mira mirarse hasta anegarse de claridad: yo vi tu atroz escama, Melusina, brillar verdosa al alba, dormías enroscada entre las sábanas y al despertar gritaste como un pájaro y caíste sin fin, quebrada y blanca, nada quedó de ti sino tu grito, y al cabo de los siglos me descubro con tos y mala vista, barajando viejas fotos: no hay nadie, no eres nadie, un montón de ceniza y una escoba, un cuchillo mellado y un plumero, un pellejo colgado de unos huesos, un racimo ya seco, un hoyo negro y en el fondo del hoyo los dos ojos de una niña ahogada hace mil años, miradas enterradas en un pozo, miradas que nos ven desde el principio, mirada niña de la madre vieja que ve en el hijo grande un padre joven, mirada madre de la niña sola que ve en el padre grande un hijo niño, miradas que nos miran desde el fondo de la vida y son trampas de la muerte ¿o es al revés: caer en esos ojos es volver a la vida verdadera?, ¿caer, volver, soñarme y que me sueñen otros ojos futuros, otra vida, otras nubes, morirme de otra muerte esta noche me basta, y este instante que no acaba de abrirse y revelarme dónde estuve, quién fui, cómo te llamas, cómo me llamo yo: ¿hacía planes para el verano? y todos los veranos? en

Christopher Street, hace diez años, con Filis que tenía dos hoyuelos ¿donde bebían luz los gorriones?, ¿por la Reforma Carmen me decía “no pesa el aire, aquí siempre es octubre”, o se lo dijo a otro que he perdido o yo lo invento y nadie me lo ha dicho?, ¿caminé por la noche de Oaxaca, inmensa y verdinegra como un árbol, hablando solo como el viento loco y al llegar a mi cuarto ¿siempre un cuarto? no me reconocieron los espejos?, ¿desde el hotel Vernet vimos al alba bailar con los castaños? “ya es muy tarde” decías al peinarte y yo veía manchas en la pared, sin decir nada?, ¿subimos juntos a la torre, vimos caer la tarde desde el arrecife? ¿comimos uvas en Bidart?, ¿comparamos gardenias en Perote?, nombres, sitios, calles y calles, rostros, plazas, calles, estaciones, un parque, cuartos solos, manchas en la pared, alguien se peina, alguien canta a mi lado, alguien se viste, cuartos, lugares, calles, nombres, cuartos, Madrid, 37, en la Plaza del Ángel las mujeres cosían y cantaban con sus hijos, después sonó la alarma y hubo gritos, casas arrodilladas en el polvo, torres hendidas, frentes esculpidas y el huracán de los motores, fijo: los dos se desnudaron y se amaron por defender nuestra porción eterna, nuestra ración de tiempo y paraíso, tocar nuestra raíz y recobrarnos, recobrar nuestra herencia arrebatada por ladrones de vida hace mil siglos, los dos se desnudaron y besaron porque las desnudeces enlazadas saltan el tiempo y son invulnerables, nada las toca, vuelven al principio, no hay tú ni yo, mañana, ayer ni nombres, verdad de dos en sólo un cuerpo y alma, oh ser total. . . .

cuartos a la deriva entre ciudades que se van a pique, cuartos y calles, nombres como heridas, el cuarto con ventanas a otros cuartos con el mismo papel descolorido donde un hombre en camisa lee el periódico o plancha una mujer; el cuarto claro que visitan las ramas de un durazno; el otro cuarto: afuera siempre llueve y hay un patio y tres niños oxidados; cuartos que son navíos que se mecen en un golfo de luz; o submarinos: el silencio se esparce en olas verdes, todo lo que tocamos fosforece; mausoleos de lujo, ya roídos los retratos, raídos los tapetes; trampas, celdas, cavernas encantadas, pajareras y cuartos numerados, todos se transfiguran, todos vuelan, cada moldura es nube, cada puerta da al mar, al campo, al aire, cada mesa es un festín; cerrados como conchas el tiempo inútilmente los asedia, no hay tiempo ya, ni muro: ¡espacio, espacio, abre la mano, coge esta riqueza, corta los frutos, come de la vida, tiéndete al pie del árbol, bebe el agua!, todo se transfigura y es sagrado, es el centro del mundo cada cuarto, es la primera noche, el primer día, el mundo nace cuando dos se besan, gota de luz de entrañas transparentes el cuarto como un fruto se entreabre o estalla como un astro taciturno y las leyes comidas de ratones, las rejas de los bancos y las cárceles, las rejas de papel, las alambradas, los timbres y las púas y los pinchos, el sermón monocorde de las armas, el escorpión meloso y con bonete, el tigre con chistera, presidente del Club Vegetariano y la Cruz Roja, el burro pedagogo, el cocodrilo metido a redentor, padre de pueblos, el Jefe, el tiburón, el arquitecto del porvenir, el cerdo uniformado, el hijo predilecto de la Iglesia que se lava la negra dentadura con el agua bendita y toma clases de inglés y democracia, las paredes invisibles, las máscaras podridas que dividen al hombre de los hombres, al hombre de sí mismo, se derrumban por un instante inmenso y vislumbramos nuestra unidad perdida, el desamparo que es ser hombres, la gloria que es ser hombres y compartir el pan, el sol, la muerte, el olvidado asombro de estar vivos; amar es combatir, si dos se besan el mundo cambia, encarnan los deseos, el pensamiento encarna, brotan las alas en las espaldas del esclavo, el mundo es real y tangible, el vino es vino, el pan vuelve a saber, el agua es agua, amar es combatir, es abrir puertas, dejar de ser fantasma con un número a perpetua cadena condenado por un amo sin rostro; el mundo cambia si dos se miran y se reconocen, amar es desnudarse de los nombres: “déjame ser tu puta”, son palabras de Eloísa, mas él cedió a las leyes, la tomó por esposa y como premio lo castraron después; mejor el crimen, los amantes suicidas, el incesto

de los hermanos como dos espejos enamorados de su semejanza, mejor comer el pan envenenado, el adulterio en lechos de ceniza, los amores feroces, el delirio, su yedra ponzoñosa, el sodomita que lleva por clavel en la solapa un gargajo, mejor ser lapidado en las plazas que dar vuelta a la noria que exprime la substancia de la vida, cambia la eternidad en horas huecas, los minutos en cárceles, el tiempo en monedas de cobre y mierda abstracta; mejor la castidad, flor invisible que se mece en los tallos del silencio, el difícil diamante de los santos que filtra los deseos, sacia al tiempo, nupcias de la quietud y el movimiento, canta la soledad en su corola, pétalo de cristal en cada hora, el mundo se despoja de sus máscaras y en su centro, vibrante transparencia, lo que llamamos Dios, el ser sin nombre, se contempla en la nada, el ser sin rostro emerge de sí mismo, sol de soles, plenitud de presencias y de nombres; sigo mi desvarío, cuartos, calles, camino a tientas por los corredores del tiempo y subo y bajo sus peldaños y sus paredes palpo y no me muevo, vuelvo donde empecé, busco tu rostro, camino por las calles de mí mismo bajo un sol sin edad, y tú a mi lado caminas como un árbol, como un río caminas y me hablas como un río, creces como una espiga entre mis manos, lates como una ardilla entre mis manos, vuelas como mil pájaros, tu risa me ha cubierto de espumas, tu cabeza es un astro pequeño entre mis manos, el mundo reverdece si sonrías comiendo una naranja, el mundo cambia si dos, vertiginosos y enlazados, caen sobre las yerba: el cielo baja, los árboles ascienden, el espacio sólo es luz y silencio, sólo espacio abierto para el águila del ojo, pasa la blanca tribu de las nubes, rompe amarras el cuerpo, zarpa el alma, perdemos nuestros nombres y flotamos a la deriva entre el azul y el verde, tiempo total donde no pasa nada sino su propio transcurrir dichoso, no pasa nada, callas, parpadeas (silencio: cruzó un ángel este instante grande como la vida de cien soles), ¿no pasa nada, sólo un parpadeo? y el festín, el destierro, el primer crimen, la quijada del asno, el ruido opaco y la mirada incrédula del muerto al caer en el llano ceniciento, Agamenón y su mugido inmenso y el repetido grito de Casandra más fuerte que los gritos de las olas, Sócrates en cadenas (el sol nace, morir es despertar: “Critón, un gallo a Esculapio, ya sano de la vida”), el chacal que diserta entre las ruinas de Nínive, la sombra que vio Bruto antes de la batalla, Moctezuma en el lecho de espinas de su insomnio, el viaje en la carretera hacia la muerte ¿el viaje interminable mas contado por Robespierre minuto tras minuto, la mandíbula rota entre las manos?, 6 Churruca en su barricada como un trono escarlata, los pasos ya contados de Lincoln al salir hacia el teatro, el estertor de Trotsky y sus quejidos de jabalí, Madero y su mirada que nadie contestó: ¿por qué me matan?, los carajos, los ayes, los silencios del criminal, el santo, el pobre diablo, cementerio de frases y de anécdotas que los perros retóricos escarban, el delirio, el relincho, el ruido oscuro que hacemos al morir y ese jadeo que la vida que nace y el sonido de huesos machacados en la riña y la boca de espuma del profeta y su grito y el grito del verdugo y el grito de la víctima. . . .

son llamas los ojos y son llamas lo que miran, llama la oreja y el sonido llama, brasa los labios y tizón la lengua, el tacto y lo que toca, el pensamiento y lo pensado, llama el que lo piensa, todo se quema, el universo es llama, arde la misma nada que no es nada sino un pensar en llamas, al fin humo: no hay verdugo ni víctima. . . .

¿y el grito en la tarde del viernes?, y el silencio que se cubre de signos, el silencio que dice sin decir, ¿no dice nada?, ¿no son nada los gritos de los hombres?, ¿no pasa nada cuando pasa el tiempo? no pasa nada, sólo un parpadeo del sol, un movimiento apenas, nada, no hay redención, no vuelve atrás el tiempo, los muertos están fijos en su muerte y no pueden morir de otra muerte, intocables, clavados en su gesto, desde su soledad, desde su muerte sin remedio nos miran sin mirarnos, su muerte ya es la estatua de su vida, un siempre estar ya nada para siempre, cada minuto es nada para siempre, un rey fantasma rige sus latidos y tu gesto final, tu dura máscara labra sobre tu rostro

cambiante: el monumento somos de una vida ajena y no vivida, apenas nuestra, ¿la vida, cuándo fue de veras nuestra?, ¿cuando somos de veras lo que somos?, bien mirado no somos, nunca somos a solas sino vértigo y vacío, muecas en el espejo, horror y vómito, nunca la vida es nuestra, es de los otros, la vida no es de nadie, todos somos la vida ¿pan de sol para los otros, los otros todos que nosotros somos?, soy otro cuando soy, los actos míos son más míos si son también de todos, para que pueda ser he de ser otro, salir de mí, buscarme entre los otros, los otros que no son si yo no existo, los otros que me dan plena existencia, no soy, no hay yo, siempre somos nosotros, la vida es otra, siempre allá, más lejos, fuera de ti, de mí, siempre horizonte, vida que nos desvive y enajena, que nos inventa un rostro y lo desgasta, hambre de ser, oh muerte, pan de todos, Eloísa, Perséfona, María, muestra tu rostro al fin para que vea mi cara verdadera, la del otro, mi cara de nosotros siempre todos, cara de árbol y de panadero, de chofer y de nube y de marino, cara de sol y arroyo y Pedro y Pablo, cara de solitario colectivo, despiértame, ya nazco: vida y muerte pactan en ti, señora de la noche, torre de claridad, reina del alba, virgen lunar, madre del agua madre, cuerpo del mundo, casa de la muerte, caigo sin fin desde mi nacimiento, caigo en mí mismo sin tocar mi fondo, recógeme en tus ojos, junta el polvo disperso y reconcilia mis cenizas, ata mis huesos divididos, sopla sobre mi ser, entiérrame en tu tierra, tu silencio dé paz al pensamiento contra sí mismo airado; abre la mano, señora de semillas que son días, el día es inmortal, asciende, crece, acaba de nacer y nunca acaba, cada día es nacer, un nacimiento es cada amanecer y yo amaneczo, amanecemos todos, amanece el sol cara de sol, Juan amanece con su cara de Juan cara de todos, puerta del ser, despiértame, amanece, déjame ver el rostro de este día, déjame ver el rostro de esta noche, todo se comunica y transfigura, arco de sangre, puente de latidos, llévame al otro lado de esta noche, adonde yo soy tú somos nosotros, al reino de pronombres enlazados, puerta del ser: abre tu ser, despierta, aprende a ser también, labra tu cara, trabaja tus facciones, ten un rostro para mirar mi rostro y que te mire, para mirar la vida hasta la muerte, rostro de mar, de pan, de roca y fuente, manantial que disuelve nuestros rostros en el rostro sin nombre, el ser sin rostro, indecible presencia de presencias. . . .

quiero seguir, ir más allá, y no puedo: se despeñó el instante en otro y otro, dormí sueños de piedra que no sueña y al cabo de los años como piedras oí cantar mi sangre encarcelada, con un rumor de luz el mar cantaba, una a una cedían las murallas, todas las puertas se desmoronaban y el sol entraba a saco por mi frente, despegaba mis párpados cerrados, desprendía mi ser de su envoltura, me arrancaba de mí, me separaba de mi bruto dormir siglos de piedra y su magia de espejos revivía un sauce de cristal, un chopo de agua, un alto surtidor que el viento arquea, un árbol bien plantado mas danzante, un caminar de río que se curva, avanza, retrocede, da un rodeo y llega siempre:

PIEDRA DE TOQUE Aparece Ayúdame a existir Ayúdame a existir Oh inexistente por la que existo Oh presentida que me presiente Soñada que me sueña Aparecida desvanecida Ven vuela adviene despierta Rompe diques avanza Maleza de blancuras Marea de armas blancas Mar sin brida galopando en la noche Estrella en pie Esplendor que te clavas en el pecho (Canta herida ciérrate boca)

Aparece Hoja en blanco tatuada de otoño bello astro de pausados movimientos de tigre Perezoso relámpago Águila fija parpadeante Cae pluma flecha engalanada cae Da al fin la hora del encuentro Reloj de Sangre Piedra de toque de esta vida **PIEDRA NATIVA** La luz devasta las alturas Manadas de imperios en derrota El ojo retrocede cercado de reflejos Países vastos como el insomnio Pedregales de hueso Otoño sin confines Alza la sed sus invisibles surtidores Un último pirú predica en el desierto Cierra los ojos y oye

cantar la luz: El mediodía anida en tu tímpano Cierra los ojos y ábrelos: No hay nadie ni siquiera tú mismo Lo que no es piedra es luz

PRIMAVERA A LA VISTA Pulida claridad de piedra diáfana, lisa frente de estatua sin memoria: cielo de invierno, espacio reflejado en otro más profundo y más vacío. El mar respira apenas, brilla apenas. Se ha parado la luz entre los árboles, ejército dormido. Los despierta el viento con banderas de follajes. Nace del mar, asalta la colina, oleaje sin cuerpo que revienta contra los eucaliptos amarillos y se derrama en ecos por el llano. El día abre los ojos y penetra en una primavera anticipada. Todo lo que mis manos tocan, vuela. Está lleno de pájaros el mundo.

PRIMAVERA Y MUCHACHA En su tallo de calor se balancea La estación indecisa Abajo Un gran deseo de viaje remueve Las entrañas heladas del lago Cacerías de reflejos allá arriba La ribera ofrece guantes de musgo a tu blancura La luz bebe luz en tu boca Tu cuerpo se abre como una mirada Como una flor al sol de una mirada Te abres Belleza sin apoyo Basta un parpadeo Todo se precipita en un ojo sin fondo Basta un parpadeo Todo reaparece en el mismo ojo Brilla el mundo Tú resplandeces al filo del agua y de la luz Eres la hermosa máscara del día Aunque la nieve caiga en racimos maduros 6 Nadie sacude ramas allá arriba El árbol de la luz no da frutos de nieve Aunque la nieve se disperse en polen No hay semillas de nieve No hay naranjas de nieve no hay claveles No hay cometas ni soles de nieve Aunque vuele en bandadas no hay pájaros de nieve En la palma del sol brilla un instante y cae Apenas tiene cuerpo apenas peso apenas nombre Y ya lo cubre todo con su cuerpo de nieve Con su peso de luz con su nombre sin sombra

REFRANES

Una espiga es todo el trigo Una pluma es un pájaro vivo y cantando Un hombre de carne es un hombre de sueño La verdad no se parte El trueno proclama los hechos del relámpago Una mujer soñada encarna siempre en una forma amada El árbol dormido pronuncia verdes oráculos El agua habla sin cesar y nunca se repite En la balanza de unos párpados el sueño no pesa En la balanza de una lengua que delira Una lengua de mujer que dice sí a la vida El ave del paraíso abre las alas Como la marejada verde de marzo en el campo Entre los años de sequía te abres paso Nuestras miradas se cruzan se entrelazan Tejen un transparente vestido de fuego Una yedra dorada que te cubre Alta y desnuda sonrías como la catedral el día del incendio Con el mismo gesto de la lluvia en el trópico lo has arrasado todo Los días harapientos caen a nuestros pies No hay nada sino dos seres desnudos y abrazados Un surtidor en el centro de la pieza Manantiales que duermen con los ojos abiertos Jardines de agua flores de agua piedras preciosas de agua Verdes monarquías La noche de jade gira lentamente sobre sí misma.

REGRESO Bajo mis ojos te extendías, país de dunas ocre, claras. El viento en busca de agua se detuvo, país de fuentes y latidos.

Vasta como la noche, cabías en la cuenca de mi mano.
 Después, el despeñarse inmóvil adentro afuera de nosotros mismos.
 comí tinieblas con los ojos, bebí el agua del tiempo, bebí noche.
 Palpé entonces el cuerpo de una música oída con la yema de los dedos.
 Juntos, barcas oscuras a la sombra amarradas, nuestros cuerpos tendidos.
 Las almas, desatadas, lámparas navegantes sobre el agua nocturna.
 Abriste al fin los ojos.
 te mirabas mirada por mis ojos y desde mi mirada te mirabas: como el fruto en la yerba,
 como la piedra en el estanque, caías en ti misma.
 Dentro de mí subía una marea y con puño impalpable golpeaba la puerta de tus párpados:
 mi muerte, que quería conocerte, mi muerte, que quería conocerse.
 Me enterré en tu mirada.
 Fluyen por las llanura de la noche nuestros cuerpos: son tiempo que se acaba, presencia
 disipada de un abrazo; pero son infinitos y al tocarlos nos bañamos en ríos de latidos,
 volvemos al perpetuo recommienzo.

RELÁMPAGO EN REPOSO Tendida, piedra hecha de mediodía, ojos entrecerrados
 donde el blanco azulea, entornada sonrisa.
 Te incorporas a medias y sacudes tu melena de león.
 Luego te tiendes, delgada estría de lava en la roca, rayo dormido.
 Mientras duermes te acaricio y te pulo hacha esbelta, flecha con que incendio la noche.
 El mar combate allá lejos con espadas y plumas.
RELIEVES La lluvia, pie danzante y largo pelo, el tobillo mordido por el rayo,
 desciende acompañada de tambores: abre los ojos el maíz, y crece.

REPETICIONES El corazón y su redoble iracundo el obscuro caballo de la sangre
 caballo ciego caballo desbocado el carrousel nocturno la noria del terror el grito contra
 el muro y la centella rota Camino andado camino desandado El cuerpo a cuerpo con
 un pensamiento afilado la pena que interrogo cada día y no responde la pena que no se
 aparta y cada noche me despierta la pena sin tamaño y sin nombre el alfiler y el párpado
 traspasado el párpado del día mal vivido la hora manchada la ternura escupida la risa
 loca y la puta mentira la soledad y el mundo Camino andado camino desandado El
 coso de la sangre y la pica y la rechifla el sol sobre la herida sobre las aguas muertas el
 astro hirsuto la rabia y su acidez recomida el pensamiento que se oxida y la escritura
 gangrenada el alba desvivida y el día amordazado la noche cavilada y su hueso roído
 el horror siempre nuevo y siempre repetido Camino andado camino desandado El
 vaso de agua la pastilla la lengua de estaño el hormiguero en pleno sueño cascada
 negra de la sangre cascada pétreo de la noche el peso bruto de la nada zumbido de
 motores en la ciudad inmensa lejos cerca lejos en el suburbio de mi oreja aparición del
 ojo y el muro que gesticula aparición del metro cojo el puente roto y el ahogado
 Camino andado camino desandado El pensamiento circular y el círculo de familia
 ¿qué hice qué hiciste qué hemos hecho? el laberinto de la culpa sin culpa el espejo que
 acusa y el silencio que se gangrena el día estéril la noche estéril el dolor estéril la soledad
 promiscua el mundo despoblado la sala de espera en donde ya no hay nadie Camino
 andado y desandado la vida se ha ido sin volver el rostro

RETÓRICA Cantan los pájaros, cantan sin saber lo que cantan: todo su
 entendimiento es su garganta.

La forma que se ajusta al movimiento no es prisión sino piel del pensamiento.
 La claridad del cristal transparente no es claridad para mí suficiente: el agua clara es el
 agua corriente.

SALAMANDRA Salamandra (negra armadura viste el fuego)
 calorífero de combustión lenta entre las fauces de la chimenea —o mármol o ladrillo—
 tortuga estática o agazapado guerrero japonés y una u otro —el martirio es reposo—
 impasible en la tortura Salamandra nombre antiguo del fuego y antídoto antiguo contra
 el fuego y desollada planta sobre brasas amiante amante amianto Salamandra en la
 ciudad abstracta entre las geometrías vertiginosas —vidrio cemento piedra hierro—
 formidables quimeras levantadas por el cálculo multiplicadas por el lucro al flanco del
 muro anónimo amapola súbita Salamandra garra amarilla roja escritura en la pared de
 sa garra de so sobre el montón de huesos Salamandra estrella caída en el sinfín del
 ópalo sangriento sepultada bajo los párpados del sílex
 niña perdida en el túnel de ónix
 en los círculos del basalto enterrada semilla grano de energía dormida en la médula del
 granito Salamandra niña dinamitera en el pecho azul y negro del hierro estallas como
 un so te abres como una herida hablas como una fuente Salamandra espiga hija del
 fuego condensación de la sangre sublimación de la sangre evaporación de la sangre
 Salamandra de aire la roca es llama la llama es humo vapor rojo recta plegaria alta
 palabra de alabanza exclamación corona de incendio en la testa del himno reina
 escarlata (y muchacha de medias moradas corriendo despeinada por el bosque)
 Salamandra animal taciturno negro paño de lágrimas de azufre (Un húmedo verano
 entre las baldosas desunidas de un patio petrificado por la luna oí vibrar tu cola cilíndrica)
 Salamandra caucásica en la espalda cenicienta de la peña aparece y desaparece breve y
 negra lengüeta moteada de azafrán 2
 Salamandra bicho negro y brillante escalofrío del musgo devorador de insectos heraldo
 diminuto del chubasco y familiar de la centella (Fecundación interna reproducción
 ovípara las crías viven en el agua ya adultas nadan con torpeza)
 Salamandra Puente colgante entre las eras puente de sangre fría eje del movimiento
 (Los cambios de la alpina la especie más esbelta se cumplen en el claustro de la madre
 Entre los huevecillos se logran dos apenas y hasta el alumbramiento medran los
 embriones en un caldo nutritivo la masa fraternal de huevos abortados)
 La salamandra española montañesa negra y roja No late el sol clavado en la mitad del
 cielo no respira no comienza la vida sin la sangre sin la brasa del sacrificio no se
 mueve la rueda de los días Xólotl se niega a consumirse se escondió en el maíz pero lo
 hallaron se escondió en el maguey pero lo hallaron 2 cayó en el agua y fue pez axólotl
 el dos-seres y “luego lo mataron”
 Comenzó el movimiento anduvo el mundo la procesión de fechas y de nombres Xólotl el
 perro guía del infierno el que desenterró los huesos en la olla el que encendió la lumbre
 de los años el hacedor de hombres Xólotl el penitente el ojo reventado que llora por
 nosotros Xólotl la larva de la mariposa el doble de la Estrella el caracol marino la otra
 cara del Señor de la Aurora Xólotl el ajolote Salamandra dardo solar lámpara de la luna
 columna del mediodía nombre de mujer balanza de la noche.
 (El infinito peso de la luz
 un adarme de sombra en tus pestañas)
 Salamandra llama negra heliotropo sol tú misma y luna siempre en torno de ti misma
 granada que se abre cada noche astro fijo en la frente del cieloy latido del mar y luz ya
 quieta mente sobre el vaivén del mar abierta Salamandria saurio de unos ocho
 centímetros vive en las grietas y es color de polvo Salamandra de tierra y de agua piedra
 verde en la boca de los muertos piedra de encarnación piedra de lumbre sudor de la
 tierra sal llameante y quemante sal de la destrucción y máscara de cal que consume los
 rostros Salamandra de aire y de fuego avispero de soles roja palabra del principio La

salamandra es un lagarto su lengua termina en un dardo su cola termina en un dardo
Es inasible. Es indecible reposa sobre brasas reina sobre tizones Si en la llama se
esculpe su monumento incendia.

El fuego es su pasión es su paciencia Salamadre Aguamadre **SALVAS** Torre de muros
de ámbar, solitario laurel en una plaza de piedra, golfo imprevisto, sonrisa en un oscuro
pasillo, andar de río que fluye entre palacios, dulce cometa que me ciega y se aleja.

Puente bajo cuyos arcos corre siempre la vida.

SEMILLAS PARA UN HIMNO

Infrecuentes (pero también inmerecidas)

Instantáneas (pero es verdad que el tiempo no se mide Hay instantes que estallan y son
astros Otros son un río detenido y unos árboles fijos Otros son ese mismo río arrasando
los mismos árboles)

Infrecuentes Instantáneas noticias favorables Dos o tres nubes de cristal de roca Horas
altas como la marea Estrépito de plumas blancas en el cielo nocturno Islas en llamas en
mitad del Pacífico Mundos de imágenes suspendidos de un hilo de araña Y entre todos
la muchacha que avanza partiendo en dos las altas aguas Como el sol la muchacha que se
abre paso como la llama que avanza Como el viento partiendo en dos la cortina de nubes
Bello velero femenino Bello relámpago partiendo en dos al tiempo Tus hombros
tienen la marca de los dientes del amor La noche polar arde Infrecuentes Instantáneas
noticias del mundo (Cuando el mundo entreabre sus puertas y el ángel cabecea a la
entrada del jardín) Nunca merecidas (Todo se nos da por añadidura En una tierra
condenada a repetirse sin tregua Todos somos indignos Hasta los muertos enrojecen
Hasta los ciegos deletrean la escritura del látigo Racimos de mendigos cuelgan de las
ciudades Casas de ira torres de frente obtusa) Infrecuentes Instantáneas No llegan
siempre en forma de palabras Brota una espiga de unos labios Una forma veloz abre las
alas Imprevistas Instantáneas Como en la infancia cuando decíamos "ahí viene un
barco cargado de. . ."

Y brotaba instantánea imprevista la palabra convocada Pez Álamo Colibrí

Y así ahora de mi frente zarpa un barco cargado de iniciales Ávidas de encarnar en
imágenes Instantáneas Imprevistas cifras del mundo La luz se abre en las diáfanas
terrazas del mediodía Se interna en el bosque como una sonámbula Penetra en el cuerpo
dormido del agua Por un instante están los nombres habitados

SILENCIO Así como del fondo de la música brota una nota que mientras vibra crece y
se adelgaza hasta que en otra música enmudece, brota del fondo del silencio otro
silencio, aguda torre, espada, y sube y crece y nos suspende y mientras sube caen
recuerdos, esperanzas, las pequeñas mentiras y las grandes, y queremos gritar y en la
garganta se desvanece el grito: desembocamos al silencio en donde los silencios
enmudecen.

SONETO I

Inmóvil en la luz, pero danzante, tu movimiento a la quietud se cría en la cima del
vértigo se alía deteniendo, no al vuelo, sí al instante.

Luz que no se derrama, ya diamante, detenido esplendor del mediodía, sol que no se
consume ni se enfría de cenizas y fuego equidistante.

Espada, llama, incendio cincelado, que ni mi sed aviva ni la mata, absorta luz, lucero
ensimismado: tu cuerpo de sí mismo se desata y cae y se dispersa tu blancura y vuelves
a ser agua y tierra oscura.

SONETO II

El mar, el mar y tú, plural espejo, el mar de torso perezoso y lento nadando por el mar,
del mar sediento: el mar que muere y nace en un reflejo.
El mar y tú, su mar, el mar espejo: roca que escala el mar con paso lento, pilar de sal que
abate el mar sediento, sed y vaivén y apenas un reflejo.
De la suma de instantes en que creces, del círculo de imágenes del año, retengo un mes
de espumas y de peces, y bajo cielos líquidos de estaño tu cuerpo que en la luz abre
bahías al oscuro oleaje de los días.

SONETO III

Del verdecido júbilo del cielo luces recobras que la luna pierde porque la luz de sí
misma recuerde relámpagos y otoños en tu pelo.
El viento bebe viento en su revuelo, mueve las hojas y su lluvia verde moja tus hombros,
tus espaldas muerde y te desnuda y quema y vuelve hielo.
Dos barcos de velamen desplegado tus dos pechos. Tu espalda es un torrente.
Tu vientre es un jardín petrificado.
Es otoño en tu nuca: sol y bruma.
Bajo del verde cielo adolescente.
tu cuerpo da su enamorada suma.

TENDIDA Y DESGARRADA Tendida y desgarrada, a la derecha de mis venas, muda;
en mortales orillas infinita, inmóvil y serpiente.

Toco tu delirante superficie, los poros silenciosos, jadeantes, la circular carrera de tu
sangre, su reiterado golpe, verde y tibio.

Primero es un aliento amanecido, una oscura presencia de latidos que recorren tu piel,
toda de labios, resplandeciente tacto de caricias.

El arco de las cejas se hace ojera.

Ay, sed, desgarradora, horror de heridos ojos donde mi origen y mi muerte veo, graves
ojos de náufraga citándome a la espuma, a la blanca región de los desmayos 23 en un
voraz vacío que nos hunde en nosotros.

Arrojados a blancas espirales rozamos nuestro origen, el vegetal nos llama, la piedra
nos recuerda y la raíz sedienta del árbol que creció de nuestro polvo.

Adivino tu rostro entre estas sombras, el terrible sollozo de tu sexo, todos tus
nacimientos y la muerte que llevas escondida.

En tus ojos navegan niños, sombras, relámpagos, mis ojos, el vacío.

TIEMBLE TU CORAZÓN

Tiemble tu corazón antes de hacerlo.

Vas a juzgar No olvides, que hay un dolor de siglo en cada hombre, y una causa
anterior, a lo querido.

Cuando pongas tu pesa en la balanza, Suma en piedra la parte que nos toca.

Suma orgullo y desprecio y abandono, suma rosas y pan incompartido.

Mira que en cada una de tus sentencia pongas tu señal de durar a signo limpio.

Que tu sangre camine gota a gota, decantada, traslúcida, sin prisa, que las culpas
ajenas necesitan 2 un reposado espacio de medida.

Guarda no olvidar a tu madre ni a tus hijos cada vez que señales un culpable, ni
olvidarte de Dios cuando castigas; y perdona si es que temes tener que perdonarte.

Suelta al fondo de ti hasta la pura contextura de sal que te contiene; palpa el rostro
rugoso de la culpa, muerde amarga condena, sufre rejas y retorna cuando sientas crecer
árbol de cuna y poblarte piedad desde tus hojas.

Funde razón a fuego de conciencia duele el hombre que llevas, y medita; bajo la toga, hay un hueso que cruje la partida y una carne fina que ya deshace.
 Vas a juzgar, detén. . . . Y cuando sepas Que la ley es aquello que tú lates y que vas conformándote a minuto propia génesis lenta de conducta, y comprendas, en el filo más fino de tu duda, 2
 en la última hebra de certeza que tu estrado es banquillo y que te juzgan, alza recién desde el barro y, juzga. . . .

TOCA MI PIEL

Toca mi piel, de barro, de diamante, oye mi voz en fuentes subterráneas, mira mi boca en esa lluvia oscura, mi sexo en esa brusca sacudida con que desnuda el aire los jardines.
 Toca tu desnudez en la del agua, desnúdate de ti, llueve en ti misma, mira tus piernas como dos arroyos, mira tu cuerpo como un largo río, son dos islas gemelas tus dos pechos, en la noche tu sexo es una estrella, alba, luz rosa entre dos mundos ciegos, mar profundo que duerme entre dos mares.
 Mira el poder del mundo: reconóctete ya, al reconocerme.

TODOS LOS DÍAS DESCUBRO. . .

Todos los días descubro La espantosa realidad de las cosas: Cada cosa es lo que es.
 Que difícil es decir esto y decir Cuánto me alegra y como me basta.
 Para ser completo existir es suficiente.
 He escrito muchos poemas.
 Claro, he de escribir otros más.
 Cada poema mío dice lo mismo, Cada poema mío es diferente, Cada cosa es una manera distinta de decir lo mismo.
 A veces miro una piedra.
 No pienso que ella siente, No me empeño en llamarla hermana.
Según un poema de Fernando Pessoa 236
 Me gusta por ser piedra, Me gusta porque no siente, Me gusta porque no tiene parentesco conmigo.
 Otras veces oigo pasar el viento: Vale la pena haber nacido Sólo por oír pasar el viento.
 No sé qué pensarán los otros al leer esto Creo que ha de ser bueno porque lo pienso sin esfuerzo; Lo pienso sin pensar que otros me oyen pensar, Lo pienso sin pensamientos, Lo digo como lo dicen mis palabras.
 Una vez me llamaron poeta materialista.
 Y yo me sorprendí: nunca había pensado Que pudiesen darme este o aquel nombre.
 Ni siquiera soy poeta: veo.
 Si vale lo que escribo, no es valer mío.
 El valer está ahí, en mis versos.
 Todo esto es absolutamente independiente de mi voluntad.

TU NOMBRE Nace de mí, de mi sombra, amanece por mi piel, alba de luz somnolienta.
 Paloma brava tu nombre, tímida sobre mi hombro.

TUS OJOS Tus ojos son la patria del relámpago y de la lágrima, silencio que habla, tempestades sin viento, mar sin olas, pájaros presos, doradas fieras adormecidas, topacios impíos como la verdad, otoño en un claro del bosque en donde la luz canta en el hombro de un árbol y son pájaros todas las hojas, playa que la mañana encuentra

constelada de ojos, cesta de frutos de fuego, mentira que alimenta, espejos de este mundo, puertas del más allá, pulsación tranquila del mar a mediodía, absoluto que parpadea, páramo.

UN DESPERTAR Dentro de un sueño estaba emparedado.

Sus muros no tenían consistencia ni peso: su vacío era su peso.

Los muros eran horas y las horas fija y acumulada pesadumbre.

El tiempo de esas horas no era tiempo.

Salté por una brecha: eran las cuatro en este mundo. El cuarto era mi cuarto y en cada cosa estaba mi fantasma.

Yo no estaba. Miré por la ventana: bajo la luz eléctrica ni un alma.

Reverberos en vela, nieve sucia, casas y autos dormidos, el insomnio de una lámpara, el roble que habla solo, el viento y sus navajas, la escritura de las constelaciones, ilegible.

En sí mismas las cosas se abismaban y mis ojos de carne las veían abrumadas de estar, realidades desnuda de sus nombre. Mis dos ojos eran alma en pena por el mundo.

En la calle sin nadie la presencia pasaba sin pasar, desvanecida en sus hechuras, fija en su mudanzas, ya vuelta casas, robles, nieve, tiempo.

Vida y muerte fluían confundidas.

Miran deshabitado, la presencia con los ojos de nadie me miraba: haz de reflejos sobre precipicios.

Miré hacia adentro: el cuarto era mi cuarto y yo no estaba. Al ser nada le falta — siempre lleno de sí, jamás el mismo—

aunque nosotros ya no estemos. . . Fuera, todavía indecisas, claridades: el alba entre confusas azoteas.

Ya las constelaciones se borraban.

USTICA

Los sucesivos soles del verano, la sucesión del sol y sus veranos, todos los soles, el solo, el sol de soles, hecho ya hueso terco y leonado, cerrazón de materia enfriada.

Puño de piedra, piña de lava, osario, no tierra.

isla tampoco, peña despeñada, duro durazno, gota de sol petrificada.

Por las noches se oye el respirar de las cisternas, el jadeo del agua dulce turbada por el mar.

La hora es alta y rayada de verde.

El cuerpo oscuro del vino en las jarras dormido es un sol más negro y fresco.

Aquí la rosa de las profundidades es un candelabro de venas rosadas encendido en el fondo del mar.

En tierra, el sol lo apaga, pálido encaje calcáreo como el deseo labrado por la muerte.

Rocas color de azufre, altas piedras adustas.

Tú estás a mi costado.

Tus pensamientos son negros y dorados.

Si alargase la mano cortarías un racimo de verdades intactas.

Abajo, entre peñas centelleantes, va y viene el mar lleno de brazos.

Vértigos. La luz se precipita.

Yo te miré a la cara, yo me asomé al abismo: mortalidad es transparencia.

Osario, paraíso: nuestras raíces anudadas en el sexo, en la boca deshecha de la Madre enterrada.

Jardín de árboles incestuosos sobre la tierra de los muertos.

VIENTo Cantan las hojas, bailan las peras en el peral; gira la rosa, rosa del viento, no del rosal.

Nubes y nubes flotan dormidas, algas del aire; todo el espacio gira con ellas, fuerza de nadie.
 Todo es espacio; vibra la vara de la amapola y una desnuda vuela en el viento lomo de ola.
 Nada soy yo, cuerpo que flota, luz, oleaje; todo es del viento y el viento es aire siempre de viaje.

VIENTO, AGUA, PIEDRA El agua horada la piedra, el viento dispersa el agua, la piedra detiene al viento.
 Agua, viento, piedra.
 El viento esculpe la piedra, la piedra es copa del agua, el agua escapa y es viento.
 Piedra, viento, agua.
 El viento en sus giros canta, el agua al andar murmura, la piedra inmóvil se calla.
 Viento, agua, piedra.
 Uno es otro y es ninguno: entre sus nombres vacíos pasan y se desvanecen agua, piedra, viento.
A Roger Caillois

VISITAS A través de la noche urbana de piedra y sequía entra el campo a mi cuarto.
 Alarga brazos verdes con pulseras de pájaros, con pulseras de hojas.
 Lleva un río de la mano.
 El cielo del campo también entra, con su cesta de joyas acabadas de cortar.
 Y el mar se sienta junto a mí, extendiendo su cola blanquísima en el suelo.
 Del silencio brota un árbol.
 Del árbol cuelgan palabras hermosas que brillan, maduran, caen.
 En mi frente, cueva que habita un relámpago.
 Pero todo se ha poblado de alas.
 6 Ya no es mágico el mundo. Te han dejado.
 Ya no compartirás la clara luna ni los lentos jardines: Ya no hay una luna que no sea espejo del pasado, cristal de soledad, sol de agonías.
 Adiós las mutuas manos y las sienes que acercaba el amor. Hoy sólo tienes la fiel memoria y los desiertos días.
 Nadie pierde (repites vanamente)
 sino lo que no tiene y no ha tenido nunca, pero no basta ser valiente para aprender el arte del olvido.
 Un símbolo, una rosa, te desgarras y te puede matar una guitarra.
 II
 Ya no seré feliz. Tal vez no importa.
 Hay tantas otras cosas en el mundo; un instante cualquiera es más profundo y diverso que el mar. La vida es corta y aunque las horas son tan largas, una oscura maravilla nos acecha, la muerte, ese otro mar, esa otra flecha que nos libra del sol y de la luna y del amor. La dicha que me diste y me quitaste debe ser borrada; lo que era todo tiene que ser nada.
 Sólo me queda el goce de estar triste, esa vana costumbre que me inclina al Sur, a cierta puerta, a cierta esquina.

El ritmo”

Las palabras se conducen como seres caprichosos y autónomos. Siempre dicen “esto y lo otro” y, al mismo tiempo, “aquello y lo de más allá”.

El pensamiento no se resigna; forzado a usarlas, una y otra vez pretende reducir las a sus propias leyes; y una y otra vez el lenguaje se rebela y rompe los diques de la sintaxis y del diccionario.

Léxicos y gramáticas son obras condenadas a no terminarse nunca.

El idioma está siempre en movimiento, aunque el hombre, por ocupar el centro del remolino, pocas veces se da cuenta de este incesante cambiar.

De ahí que, como si fuera algo estático, la gramática afirme que la lengua es un conjunto de voces y que éstas constituyen la unidad más simple, la célula lingüística.

En realidad, el vocablo nunca se da aislado; nadie habla en palabras sueltas.

El idioma es una totalidad indivisible; no lo forman la suma de sus voces, del mismo modo que la sociedad no es el conjunto de los individuos que la componen.

Una palabra aislada es incapaz de constituir una unidad significativa.

La palabra suelta no es, propiamente, lenguaje; tampoco lo es una sucesión de vocablos dispuestos al azar.

Para que el lenguaje se produzca es menester que los signos y los sonidos se asocien de tal manera que impliquen y transmitan un sentido.

La pluralidad potencial de significados de la palabra suelta se transforma en la frase en una cierta y única, aunque no siempre rigurosa y unívoca, dirección.

Así, no es la voz, sino la frase u oración, la que constituye la unidad más simple del habla.

La frase es una totalidad autosuficiente; todo el lenguaje, como un microcosmo, vive en ella.

A semejanza del átomo, es un organismo sólo separable por la violencia.

Y en efecto, sólo por la violencia del análisis gramatical la frase se descompone en palabras.

El lenguaje es un universo de unidades significativas, es decir, de frases.

Basta observar cómo escriben los que no han pasado por los aros del análisis gramatical para comprobar la verdad de estas afirmaciones.

Los niños son incapaces de aislar las palabras.

El aprendizaje de la gramática se inicia enseñando a dividir las frases en palabras y éstas en sílabas y letras.

Pero los niños no tienen conciencia de las palabras; la tienen, y muy viva, de las frases: piensan, hablan y escriben en bloques significativos y les cuesta trabajo comprender que una frase está hecha de palabras.

Todos aquellos que apenas sí saben escribir muestran la misma tendencia.

Cuando escriben, separan o juntan al azar los vocablos: no saben a ciencia cierta dónde acaban y empiezan.

Al hablar, por el contrario, los analfabetos hacen las pausas precisamente donde hay que hacerlas: piensan en frases.

Asimismo, apenas nos olvidamos o exaltamos y dejamos de ser dueños de nosotros, el lenguaje natural recobra sus derechos y dos palabras o más se juntan en el papel, ya no conforme a las reglas de la gramática sino obedeciendo al dictado del pensamiento.

Cada vez que nos distraemos, reaparece el lenguaje en su estado natural, anterior a la gramática.

Podría argüirse que hay palabras aisladas que forman por sí mismas unidades significativas.

En ciertos idiomas primitivos la unidad parece ser la palabra; los pronombres demostrativos de algunas de estas lenguas no se reducen a señalar a éste o aquél, sino a “esto que está de pie”, “aquel que está tan cerca que podría tocársele”, “aquella ausente”, “éste visible”, etc.

Pero cada una de estas palabras es una frase.

Así, ni en los idiomas más simples la palabra aislada es lenguaje.

Esos pronombres son palabras frases (1).

El poema posee el mismo carácter complejo e indivisible del lenguaje y de su célula: la frase.

Todo poema es una totalidad cerrada sobre sí misma: es una frase o un conjunto de frases que forman un todo.

Como en el resto de los hombres, el poeta no se expresa en vocablos sueltos, sino en unidades compactas e inseparables.

La célula del poema, su núcleo más simple, es la frase poética.

Pero, a diferencia de lo que ocurre con la prosa, la unidad de la frase, lo que la constituye como tal y hace lenguaje, no es el sentido o dirección significativa, sino el ritmo.

Esta desconcertante propiedad de la frase poética será estudiada más adelante; antes es indispensable describir de qué manera la frase prosaica ;el habla común; se transforma en frase poética.

Nadie puede substraerse a la creencia en el poder mágico de las palabras.

Ni siquiera aquellos que de desconfían de ellas.

La reserva ante el lenguaje es una actitud intelectual.

Sólo en ciertos momentos medimos y pesamos las palabras; pasado ese instante, les devolvemos su crédito. La confianza ante el lenguaje es la actitud espontánea y original del hombre; las cosas son su nombre.

La fe en el poder de las palabras es una reminiscencia de nuestras creencias más antiguas: la naturaleza está animada; cada objeto posee una vida propia; las palabras, que son los dobles mundo objetivo, también están animadas.

El lenguaje, como el universo, es un mundo de llamadas y respuestas; flujo y reflujo, unión y separación, inspiración y espiración. Unas palabras se atraen, otras se repelen y todas se corresponden.

El habla es un conjunto de seres vivos, movidos por ritmos semejantes a los que rigen a los astros y las plantas.

Todo aquel que haya practicado la escritura automática ;hasta donde es posible esta tentativa; conoce las extrañas y deslumbrantes asociaciones del lenguaje dejado a su propia espontaneidad.

Evocación y convocación.

Les mots font l'amour, dice André Breton.

Y un espíritu tan lúcido como Alfonso Reyes advierte al poeta demasiado seguro de su dominio del idioma: “Un día las palabras se coaligarán contra ti, se te sublevarán a un tiempo.”

Pero no es necesario acudir a estos testimonios literarios.

El sueño, el delirio, la hipnosis y otros estados de relajación de la conciencia favorecen el manar de las frases.

La corriente parece no tener fin: una frase nos lleva a la otra.

Arrastrados por el río de las imágenes, rozamos las orillas del puro existir y adivinamos un estado de unidad, de final reunión con nuestro ser y con el ser del mundo.

Incapaz de oponer diques a la marea, la conciencia vacila.

Y de pronto todo desemboca en una imagen final.

Un mundo nos cierra el paso: volvemos al silencio.

Los estados contrarios ;extrema tensión de la conciencia, sentimiento agudo del lenguaje, diálogos en que las inteligencias chocan y brillan, galerías transparentes que la introspección multiplica hasta el infinito; también son favorables a la repentina aparición de frases caídas del cielo.

Nadie las ha llamado; son como la recompensa de la vigilia.

Tras el forcejeo de la razón que se abre paso, pisamos una zona armónica.

Todo se vuelve fácil, todo es respuesta tácita, alusión esperada.

Sentimos que las ideas riman.

Entrevernos que pensamientos y frases son también ritmos, llamadas, ecos.

Pensar es dar la nota justa, vibrar apenas nos toca la onda luminosa.

La cólera, el entusiasmo, la indignación, todo lo que nos pone fuera de nosotros posee la misma virtud liberadora.

Brotan frases inesperadas y dueñas de un poder eléctrico: “lo fulminó con la mirada”, “echó rayos y centellas por la boca”.

.

El elemento fuego preside todas esas expresiones.

Los juramentos y malas palabras estallan como soles atroces.

Hay maldiciones y blasfemias que hacen temblar el orden cósmico.

Después, el hombre se admira y arrepiente de lo que dijo.

En realidad no fue él, sino “otro”, quien profirió esas frases: estaba “fuera de sí”.

Los diálogos amorosos muestran el mismo carácter.

Los amantes “se quitan las palabras de la boca”.

Todo coincide: pausas y exclamaciones, risas y silencios.

El diálogo es más que un acuerdo: es un acorde.

Y los enamorados mismos se sienten como dos rimas felices, pronunciadas por una boca invisible.

El lenguaje es el hombre, pero es algo más.

Tal podría ser el punto de partida de una inquisición sobre estas turbadoras propiedades de las palabras.

Pero el poeta no se pregunta cómo está hecho el lenguaje y si ese dinamismo es suyo o sólo es reflejo.

Con el pragmatismo inocente de todos los creadores, verifica un hecho y lo utiliza: las palabras llegan y se juntan sin que nadie las llame; y estas reuniones y separaciones no son hijas del puro azar: un orden rige las afinidades y las repulsiones.

En el fondo de todo fenómeno verbal hay un ritmo.

Las palabras se juntan y separan atendiendo a ciertos principios rítmicos.

Si el lenguaje es un continuo vaivén de frases y asociaciones verbales regido por un ritmo secreto, la reproducción de ese ritmo nos dará poder sobre las palabras.

El dinamismo del lenguaje lleva al poeta a crear su universo verbal utilizando las mismas fuerzas de atracción y repulsión.

El poeta crea por analogía.

Su modelo es el ritmo que mueve a todo el idioma.

El ritmo es un imán.

Al reproducirlo ;por medio de metros, rimas, aliteraciones, paronomasias y otros procedimientos; convoca las palabras.

A la esterilidad sucede un estado de abundancia verbal; abiertas las esclusas interiores, las frases brotan como chorros o surtidores.

Lo difícil, dice Gabriela Mistral, no es encontrar rimas sino evitar su abundancia. La creación poética consiste, en buena parte, en esta voluntaria utilización del ritmo como agente de seducción.

La operación poética no es diversa del conjuro, el hechizo y otros procedimientos de la magia.

Y la actitud del poeta es muy semejante a la del mago.

Los dos utilizan el principio de analogía; los dos proceden con fines utilitarios e inmediatos: no se preguntan qué es el idioma o la naturaleza, sino que se sirven de ellos para sus propios fines.

No es difícil añadir otra nota: magos y poetas, a diferencia de filósofos, técnicos y sabios, extraen sus poderes de sí mismos.

Para obrar no les basta poseer una suma de conocimientos, como ocurre con un físico o con un chofer.

Toda operación mágica requiere de una fuerza interior, lograda a través de un penoso esfuerzo de purificación.

Las fuentes del poder mágico son dobles: las fórmulas y demás métodos de encantamiento, y la fuerza psíquica del encantador, su afinación espiritual que le permite acordar su ritmo con el del cosmos.

Lo mismo ocurre con el poeta.

El lenguaje del poema está en él y sólo a él se le revela.

La revelación poética implica una búsqueda interior.

Búsqueda que no se parece en nada a la introspección o al análisis; más que una búsqueda, actividad psíquica capaz de provocar la pasividad propicia a la aparición de las imágenes.

Con frecuencia se compara al mago con el rebelde.

La seducción que todavía ejerce sobre nosotros su figura procede de haber sido el primero que dijo No a los dioses y Sí a la voluntad humana.

Todas las otras rebeliones ;esas, precisamente, por las cuales el hombre ha llegado a ser hombre; parten de esta primera rebelión.

En la figura del hechicero hay una tensión trágica, ausente en el hombre de ciencia y en el filósofo.

Éstos sirven al conocimiento y en su mundo los dioses y las fuerzas naturales no son sino hipótesis, ni tampoco, como para el creyente, realidades que hay que aplacar o amar, sino poderes que hay que seducir, vencer o burlar.

La magia es una empresa peligrosa y sacrílega, una afirmación del poder humano frente a lo sobrenatural.

Separado del rebaño humano, cara a los dioses, el mago está solo.

En esa soledad radica su grandeza y, casi siempre, su final esterilidad.

Por otra parte, es un testimonio de su decisión trágica.

Por la otra, de su orgullo.

En efecto, toda magia que no se trasciende ;esto es, que no se transforma en un don, en filantropía; se devora a sí misma y acaba por devorar a su creador.

El mago ve a los hombres como medios, fuerzas, núcleos de energía latente.

Una de las formas de la magia consiste en el dominio propio para después dominar a los demás.

Príncipes, reyes y jefes se rodean de magos y astrólogos, antecesores de los consejeros políticos.

Las recetas del poder mágico entrañan fatalmente la tiranía y la dominación de los hombres.

La rebelión del mago es solitaria, porque la esencia de la actividad mágica es la

búsqueda del poder.

Con frecuencia se han señalado las semejanzas entre magia y técnica y algunos piensan que la primera es el origen remoto de la segunda.

Cualquiera que sea la validez de esta hipótesis, es evidente que el rasgo característico de la técnica moderna ;como de la antigua magia; es el culto del poder.

Frente al mago se levante Prometeo, la figura más alta que ha creado la imaginación occidental.

Ni mago, ni filósofo, ni sabio: héroe, robar del fuego, filántropo.

La rebelión prometeica encarna la de la especie.

En la soledad del héroe encadenado late, implícito, el regreso al mundo de los hombres.

La soledad del mago es soledad sin retorno.

Su rebelión es estéril porque la magia ;es decir: la búsqueda del poder por el poder; termina aniquilándose a sí misma.

No es otro el drama de la sociedad moderna.

La ambivalencia de la magia puede condensarse así: por un parte, trata de poner al hombre en relación viva con el cosmos, y en ese sentido es una suerte de comunión universal; por la otra, su ejercicio no implica sino la búsqueda del poder.

El ¿para qué? Es una pregunta que la magia no se hace y que no puede contestar sin transformarse en otra cosa: religión, filosofía, filantropía.

En suma, la magia es una concepción del mundo pero no es una idea del hombre.

De ahí que el mago sea una figura desgarrada entre su comunicación con las fuerzas cósmicas y su imposibilidad de llegar al hombre, excepto como una de sus fuerzas.

La magia afirma la fraternidad de la vida ;una misma corriente recorre el universo; y niega la fraternidad de los hombres.

Ciertas creaciones poéticas modernas están tan habitadas por la misma tensión.

La obra de Mallarmé es, acaso, el ejemplo máximo.

Jamás las palabras han estado tan cargadas y plenas de sí mismas; tanto, que apenas si las reconocemos, como esas flores tropicales negras a fuerza de encarnadas.

Cada palabra es vertiginosa, tal es su claridad.

Pero es una claridad mineral: nos refleja y nos abisma, sin que nos refresque o caliente.

Un lenguaje a tal punto excelso merecía la prueba d fuego del teatro.

Sólo en la escena podría haberse consumido y consumado plenamente y, así, encarnar de veras.

Mallarmé lo intentó.

No sólo nos ha dejado varios fragmentos poéticos que son tentativas teatrales, sino una reflexión sobre ese imposible y soñado teatro.

Mas no hay teatro sin palabra poética común.

La tensión del lenguaje poético de Mallarmé se consume en ella misma.

Su mito no es filantrópico; no es Prometeo, el que da fuego a los hombres, sino Igitur: el que se contempla a sí mismo.

Su claridad acaba por incendiarlo.

La flecha se vuelve contra el que la dispara, cuando el blanco es nuestra propia imagen interrogante.

La grandeza de Mallarmé no consiste nada más en su tentativa por crear un lenguaje que fuese el doble mágico del universo ;la Obra concebida como un Cosmos; sino sobre todo en la conciencia de la imposibilidad de transformar ese lenguaje en teatro, en diálogo con el hombre.

Si la obra no se resuelve en teatro, no le queda otra alternativa que desembocar en la página en blanco.

El acto mágico se transmuta en suicidio.

Por el camino del lenguaje mágico el poeta francés llega al silencio.
Pero todo silencio humano contiene un habla.
Callamos, decía sor Juana, no porque no tengamos nada que decir, sino porque no sabemos cómo decir todo lo que quisiéramos decir.
El silencio humano es un callar y, por tanto, es implícita comunicación, sentido latente.
El silencio de Mallarmé nos dice nada, que no es lo mismo que nada decir.
Es el silencio anterior al silencio.
El poeta no es un mago, pero su concepción del lenguaje como una society of life ;según define Cassirer la visión mágica del cosmos; lo acerca a la magia.
Aunque el poema no es hechizo ni conjuro, a la manera de ensalmos y sortilegios el poeta despierta las fuerzas secretas del idioma.
El poeta encanta al lenguaje por medio del ritmo.
Una imagen suscita a otra.
Así, la función predominante del ritmo distingue al poema de todas las otras formas literarias.
El poema es un conjunto de frases, un orden verbal, fundado en el ritmo.
Si se golpea un tambor a intervalos iguales, el ritmo aparecerá como tiempo dividido en porciones homogéneas.
La representación gráfica de semejante abstracción podría ser la línea de rayas: -----.
La intensidad rítmica dependerá de la celeridad con que los golpes caigan sobre el parche del tambor.
A intervalos más reducidos corresponderá redoblada violencia.
Las variaciones dependerán también de la de la combinación entre golpes e intervalos.
Por ejemplo: -I—I-I—I-I—I-I-, etc.
Aun reducido a ese esquema, el ritmo es algo más que medida, algo más que tiempo dividido en porciones.
La sucesión de golpes y pausas revela una cierta intencionalidad, algo así como una dirección.
El ritmo proporciona una expectación, suscita un anhelar.
Si se interrumpe, sentimos un choque.
Algo se ha roto.
Si continúa, esperamos algo que no acertamos a nombrar.
El ritmo engendra en nosotros una disposición de ánimo que sólo podrá calmarse cuando sobrevenga “algo”.
Nos coloca en actitud de espera.
Sentimos que el ritmo es un ir hacia algo, aunque no sepamos qué pueda ser ese algo.
Todo ritmo es sentido de algo, aunque no sepamos qué pueda ser ese algo.
Todo ritmo es sentido de algo.
Así pues, el ritmo no es exclusivamente una medida vacía de contenido, sino tiempo original.
La medida no es tiempo sino manera de calcularlo.
Heidegger ha mostrado que toda medida es una “forma de hacer presente el tiempo”.
Calendarios y relojes son maneras de marcar nuestros pasos.
Esta presentación implica una reducción o abstracción del tiempo original: el reloj presenta al tiempo y para presentarlo lo divide en porciones iguales y carentes de sentido.
La temporalidad ;que es el hombre mismo y que, por tanto, da sentido a lo que toca; es anterior a la presentación y lo que la hace posible.
El tiempo no está fuera de nosotros, ni es algo que pasa frente a nuestros ojos como las manecillas del reloj: nosotros somos el tiempo y no son los años sino nosotros los que pasamos.

El tiempo posee una dirección, un sentido, porque es nosotros mismos.
El ritmo realiza una operación contraria a la de relojes y calendarios: el tiempo deja de ser medida abstracta y regresa a lo que es: algo concreto y dotado de una dirección.
Continúa avanzar, perpetuo ir más allá, el tiempo es permanente trascenderse.
Su esencia es el más allá; y la negación de ese más allá.
El tiempo afirma el sentido de un modo paradójico: posee un sentido; el ir más allá, siempre fuera de sí; que no cesa de negarse así mismo como sentido.
Se destruye y, al destruirse, se repite, pero cada repetición es un cambio.
Siempre lo mismo y la negación de lo mismo.
Así, nunca es medida sin más, sucesión vacía.
Cuando el ritmo se despliega frente a nosotros, algo pasa con él: nosotros mismos.
En el ritmo hay un "ir hacia", que sólo puede ser elucidado si, al mismo tiempo, se elucidan qué somos nosotros.
El ritmo no es medida, ni algo que está fuera de nosotros, sino que somos nosotros mismos los que nos vertemos en el ritmo y nos disparamos hacia "algo".
El ritmo es sentido y dice "algo".
Así, su contenido verbal o ideológico no es separable.
Aquello que dicen las palabras del poeta ya está diciéndolo el ritmo en que se apoyan esas palabras.
Y más: esas palabras surgen naturalmente del ritmo, como la flor del tallo.
La relación entre ritmo y palabra poética no es distinta a la que reina entre danza y ritmo musical: no se puede decir que el ritmo es la representación sonora de la danza; tampoco que el baile sea la traducción corporal del ritmo.
Todos los bailes son ritmos; todos los ritmos, bailes.
En el ritmo está ya la danza; y a la inversa.
Rituales y relatos míticos muestran que es imposible disociar al ritmo de su sentido.
El ritmo fue un procedimiento mágico con una finalidad inmediata: encantar y aprisionar ciertas fuerzas, exorcizar otras.
Asimismo, sirvió para conmemorar o, más exactamente, para reproducir ciertos mitos: la aparición de un demonio o la llegada de un dios, el fin de un tiempo o el comienzo de otro.
Doble del ritmo cósmico, era una fuerza creadora, en el sentido literal de la palabra, capaz de producir lo que el hombre deseaba: el descenso de la lluvia, la abundancia de la caza o la muerte del enemigo.
La danza contenía ya, en germen, la representación; el baile y la pantomima eran también un drama y una ceremonia: un ritual.
El ritmo era rito.
Sabemos, por otra parte, que rito y mito son realidades inseparables.
En todo cuento mítico se descubre la presencia del rito, porque el relato no es sino la traducción en palabras de la ceremonia ritual: el mito cuenta o describe el rito.
Y el rito actualiza el relato; por medio de danzas y ceremonias el mito encarna y se repite: el héroe vuelve una vez más entre los hombres y vence los demonios, se cubre de verdor la tierra y aparece el rostro radiante de la desenterrada, el tiempo que acaba renace e inicia un nuevo ciclo.
El relato y su representación son inseparables.
Ambos se encuentran ya en el ritmo, que es drama y danza, mito y rito, relato y ceremonia.
La doble realidad del mito y del rito se apoya en el ritmo, que las contiene.
De nuevo se hace patente que, lejos de ser medida vacía y abstracta, el ritmo es inseparable de un contenido concreto.

Otro tanto ocurre con el ritmo verbal: la frase o “idea poética” no precede al ritmo, ni éste a aquella.

Ambos son la misma cosa.

En el verso ya late la frase y su posible significación.

Por eso hay metros heroicos y ligeros, danzantes y solemnes, alegres y fúnebres.

El ritmo no es medida: es visión del mundo.

Calendarios, moral, política, técnica, artes, filosofías, todo, en fin, lo que llamamos cultura hunde sus raíces en el ritmo.

Él es la fuente de todas nuestras creaciones.

Ritmos binarios o terciarios, antagónicos o cíclicos alimentan las instituciones, las creencias, las artes y las filosofías.

La historia misma es ritmo.

Y cada civilización puede reducirse al desarrollo de un ritmo primordial.

Los antiguos chinos veían (acaso sea más exacto decir: oían) al universo como la cíclica combinación de dos ritmos: “Una vez Yin ;otra vez Yang: eso es el Tao”.

Yin y Yang no son ideas, al menos en el sentido occidental de la palabra, según observa Granet; tampoco son meros sonidos y notas: son emblemas, imágenes que contienen una representación concreta del universo.

Dotados de un dinamismo creador de realidades, Yin y Yang se alternan y alternándose engendran la totalidad.

En esa totalidad nada ha sido suprimido ni abstraído; cada aspecto está presente, vivo y sin perder sus particularidades.

Yin es el invierno, la estación de las mujeres, la casa y la sombra.

Su símbolo es la puerta, lo cerrado y escondido que madura en la oscuridad.

Yang es la luz, los trabajos agrícolas, la caza y la pesca, el aire libre, el tiempo de los hombres, abierto.

Calor y frío, luz y oscuridad, “tiempo de plenitud y tiempo de decrepitud: tiempo masculino y tiempo femenino ;un aspecto dragón y un aspecto serpiente;, tal es la vida”.

El universo es un sistema bipartido de ritmos contrarios, alternantes y complementarios. El ritmo rige el crecimiento de las plantas y de los imperios, de las cosechas y de las instituciones.

Preside la moral y la etiqueta.

El libertinaje de los príncipes altera el orden cósmico; pero también lo altera, en ciertos periodos, su castidad.

La cortesía y el buen gobierno son formas rítmicas, como el amor y el tránsito de las estaciones.

El ritmo es imagen viva del universo, encarnación visible de la legalidad cósmica: Yi Yin - Yi Yang: “Una vez Yin otra vez Yang: eso es el Tao” (2).

El pueblo chino no es el único que ha sentido el universo como unión, separación y reunión de ritmos.

Todas las concepciones cosmológicas del hombre brotan de la intuición de un ritmo original.

En el fondo de toda cultura se encuentra una actitud fundamental ante la vida que, antes de expresarse en creaciones religiosas, estéticas o filosóficas, se manifiesta como ritmo.

Yin y Yang para los chinos; ritmo cuaternario para los aztecas; dual para los hebreos.

Los griegos conciben el cosmos como lucha y combinación de contrarios.

Nuestra cultura está impregnada de ritmos ternarios.

Desde la lógica y la religión hasta la política y la medicina parecen regirse por dos elementos que se funden y absorben en una unidad: padre, madre, hijo; tesis, antítesis, síntesis; comedia, drama, tragedia; infierno, purgatorio, cielo; temperamentos sanguíneo,

muscular, nervioso; memoria, voluntad y entendimiento; reinos mineral, vegetal y animal; aristocracia, monarquía y democracia.

No es ésta ocasión para preguntarse si el ritmo es una expresión de las instituciones sociales primitivas, del sistema de producción o de otras “causas” o si, por el contrario, las llamadas estructuras sociales no son sino manifestaciones de esta primera de esta primera y espontánea actitud del hombre ante la realidad.

Semejante pregunta, acaso la esencial de la historia, posee el mismo carácter vertiginoso de la pregunta sobre el ser del hombre; porque ese ser parece no tener sustento o fundamento, sino que, disparado o exhalado, diríase que se asienta en su propio sínfin.

Pero si no podemos dar una respuesta a este problema, al menos sí es posible afirmar que el ritmo es inseparable de nuestra condición.

Quiero decir: es la manifestación más simple, permanente y antigua del hecho decisivo que nos hace ser hombres: ser temporales, ser mortales y lanzados siempre hacia “algo”, hacia lo “otro”: la muerte, Dios, la amada, nuestros semejantes.

La constante presencia de formas rítmicas en todas las expresiones humanas no podía menos de provocar la tentación de edificar una filosofía fundada en el ritmo.

Pero cada sociedad posee un ritmo propio.

O más exactamente: cada ritmo es una actitud, un sentido y una imagen del mundo, distinta y particular.

Del mismo modo que es imposible reducir los ritmos a pura medida, dividida en espacios homogéneos, tampoco es posible abstraerlos y convertirlos en esquemas racionales.

Cada ritmo implica una visión concreta del mundo.

Así, el ritmo universal de que hablan algunos filósofos es una abstracción que apenas si guarda relación con el ritmo original, creador de imágenes, poemas y obras.

El ritmo, que es imagen y sentido, actitud espontánea del hombre ante la vida, no está fuera de nosotros: es nosotros mismos, expresándonos.

Es temporalidad concreta, vida humana irrepetible.

El ritmo que Dante percibe y que mueve las estrellas y las almas se llama Amor; Lao-tsé y Chuang-tsé oyen otro ritmo, hecho de contrarios relativos: Heráclito lo sintió como guerra.

No es posible reducir todos estos ritmos a unidad sin que al mismo tiempo se evapore el contenido particular de cada uno de ellos.

El ritmo no es filosofía, sino imagen del mundo, es decir, aquello en que se apoyan las filosofías.

En todas las sociedades existen dos calendarios.

Uno rige la vida diaria y las actividades profanas; otro, los periodos sagrados, los ritos y las fiestas.

El primero consiste en una división del tiempo en porciones iguales: horas, días, meses, años.

Cualquiera que sea el sistema adoptado para la medición del tiempo, éste es una sucesión cuantitativa de porciones homogéneas.

En el calendario sagrado, por el contrario, se rompe la continuidad.

La fecha mítica adviene si una serie de circunstancias se conjugan para reproducir el acontecimiento.

A diferencia de la fecha profana, la sagrada no es una medida sino una realidad viviente, cargada de fuerzas sobrenaturales, que encarna en sitios determinados.

En la representación profana del tiempo, el 1 de enero sucede necesariamente al 31 de diciembre.

En la religiosa, puede muy bien ocurrir que el tiempo nuevo no suceda al viejo.

Todas las culturas han sentido el horror del “fin del tiempo”.

De ahí la existencia de “ritos de entrada y salida”.

Entre los antiguos mexicanos el rito del fuego ;celebrados cada fin de año y especialmente al terminar el ciclo de 52 años; no tenían más propósito que provocar la llegada del tiempo nuevo.

Apenas se encendían las fogatas en el Cerro de la Estrella, todo el Valle de México, hasta entonces sumido en sombras, se iluminaba.

Una vez más el mito había encarnado, El tiempo ;un tiempo creador de vida y no vacía sucesión; había sido re-engendrado.

La vida podía continuar hasta que ese tiempo, a su vez, se desgastase.

Un admirable ejemplo plástico de esta concepción es el Entierro del Tiempo, pequeño monumento de piedra que se encuentra en el Museo de Antropología de México:

rodeados de calaveras, yacen los signos del tiempo viejo: de sus restos brota el tiempo nuevo.

Pero su renacer no es fatal.

Hay mitos, como el de Grial, que aluden a la obstinación del tiempo viejo, que se empeña en no morir, en no irse: la esterilidad impera; los campos se agostan; las mujeres no conciben; los viejos gobiernan: Los “ritos de salida” ;que casi siempre consisten en la intervención salvadora de un joven héroe; obligan al tiempo viejo a dejar el campo a su sucesor.

Si la fecha mítica no se inserta en la pura sucesión, ¿en qué tiempo pasa? La respuesta nos la dan los cuentos: “Una vez había un rey.”.

El mito no se sitúa en una fecha determinada, sino en “una vez.”, nudo en el que espacio y tiempo se entrelazan.

El mito es un pasado que también es un futuro.

Pues la región temporal en donde acaecen los mitos no es el ayer irreparable y finito de todo acto humano, sino un pasado cargado de posibilidades, susceptible de actualizarse.

El mito transcurre en un tiempo arquetípico.

Y más: es tiempo arquetípico, capaz de re-encarnar.

El calendario sagrado es rítmico porque es arquetípico.

El mito es un pasado que es un futuro dispuesto a realizarse en un presente.

Nada más distante de nuestra concepción cotidiana del tiempo.

En la vida diaria nos aferramos a la representación cronométrica del tiempo, aunque hablemos de “mal tiempo” y de “buen tiempo” y aunque cada treinta y uno de diciembre despedamos al año viejo y saludemos la llegada del nuevo.

Ninguna de estas actitudes ;residuos de la antigua concepción del tiempo; nos impide arrancar cada día una hoja al calendario o consultar la hora en el reloj.

Nuestro “buen tiempo” no se desprende de la sucesión; podemos suspirar por el pasado ;que tiene fama de ser mejor que el presente; pero sabemos que el pasado no volverá.

Nuestro “buen tiempo” muere de la misma muerte que todos los tiempos: es sucesión.

En cambio, la fecha mítica no muere: se repite, encarna.

Así, lo que distingue al tiempo mítico de toda otra representación del tiempo es el ser un arquetipo.

Pasado susceptible siempre de ser hoy, el mito es una realidad flotante, siempre dispuesta a encarnar y volver a ser.

La función del ritmo se precisa ahora con mayor claridad: por obra de la repetición rítmica el mito regresa.

Hubert Y Mauss, en su clásico estudio sobre este tema, advierten el carácter discontinuo del calendario sagrado y encuentran en la magia rítmica el origen de esta discontinuidad:

“La representación mítica del tiempo es esencialmente rítmica.

Para la religión y la magia el calendario no tiene por objeto medir, sino ritmar, el tiempo” (3).

Evidentemente no se trata de “ritmar” el tiempo ;resabio positivista de estos autores; sino de volver al tiempo original.

La repetición rítmica es invocación y convocación del tiempo original.

Y más exactamente: recreación del tiempo arquetípico.

No todos los mitos son poemas pero todo poema es mito.

Como en el mito, en el poema el tiempo cotidiano sufre una transmutación: deja de ser sucesión homogénea y vacía para convertirse en ritmo.

Tragedia, epopeya, canción, el poema tiende a repetir y recrear un instante, un hecho o conjunto de hechos que, de alguna manera, resultan arquetípicos.

El tiempo del poema es distinto al tiempo cronométrico.

“Lo que pasó, pasó”, dice la gente.

Para el poeta lo que pasó volverá a encarnar.

El poeta, dice el centauro Quirón a Fausto, “no está atado por el tiempo”.

Y éste le responde: “Fuera del tiempo encontró Aquiles a Helena”.

¿Fuera del tiempo? Más bien en el tiempo original.

Incluso en las novelas históricas y en los de asunto contemporáneo el tiempo del relato se desprende de la sucesión.

El pasado y el presente de las novelas no es el de la historia, ni el del reportaje periodístico.

No es lo que fue, ni lo que está siendo, sino que se esta haciendo: lo que se está gestando.

Es un pasado que re-engendra y reencarna.

Y reencarna de dos maneras; en el momento de la creación poética, y después, como recreación, cuando el lector revive las imágenes del poeta y convoca de nuevo ese pasado que regresa. El poema es tiempo arquetípico, que se hace presente apenas unos labios repiten sus frases rítmicas.

Esas frases rítmicas son los que llamamos versos y su función consiste en re-crear el tiempo. A tratar el origen de la poesía, dice Aristóteles: “En total, dos parecen haber sido las causas especiales del origen de la poesía, y ambas naturales: primero, ya desde niños es connatural a los hombres reproducir imitativamente; y en esto se distingue de los demás animales: en que es muy más imitador el hombre que todos ellos y hace sus primeros pasos en el aprendizaje mediante imitación; segundo, en que todos se complacen en las reproducciones imitativas” (4).

Y más adelante agrega que el objeto propio de esta reproducción imitativa es la contemplación por semejanza o comparación: la metáfora es el principal instrumento de la poesía, ya que por medio de la imagen ;que acerca y hace semejantes a los objetos distantes u opuestos; el poeta puede decir que esto sea parecido a aquello.

La poética de Aristóteles ha sufrido muchas críticas.

Sólo que, contra lo que uno se sentiría inclinado a pensar instintivamente, lo que nos resulta insuficiente no es tanto el concepto de reproducción imitativa como su idea de la metáfora y, sobre todo, su noción de naturaleza.

Según explica García Bacca en su Introducción a la Poética, “imitar no significa ponerse a copiar un original. sino toda acción cuyo efecto es una presencialización”.

Y el efecto de tal imitación, “que, al pie de la letra, no copia nada, será un objeto original y nunca visto, o nunca oído, como una sinfonía o una sonata”.

Mas, ¿de dónde saca el poeta esos objetos nunca vistos ni oídos? El modelo del poeta es la naturaleza, paradigma y fuente de inspiración para todos los griegos.

Con más razón que al de Zola y sus discípulos, se puede llamar naturalista al arte griego. Pues bien, una de las cosas que nos distinguen de los griegos es nuestra concepción de la naturaleza.

Nosotros no sabemos cómo es, ni cuál es su figura, si alguna tiene.

La naturaleza ha dejado de ser algo animado, un todo orgánico y dueño de una forma. No es, ni siquiera, un objeto, porque la idea misma de objeto ha perdido su antigua consistencia.

Si la noción de causa está en entredicho, ¿cómo no va a estarlo la de naturaleza con sus cuatro causas? Tampoco sabemos en dónde termina lo natural y empieza lo humano.

El hombre, desde hace siglos, ha dejado de ser natural.

Unos lo conciben como un haz de impulsos y reflejos, esto es, como un animal superior.

Otros han transformado a este animal en una serie de respuestas a estímulos dados, es decir, a un ente cuya conducta es previsible y cuyas reacciones no son diversas a las de un aparato: para la cibernética el hombre se conduce como una máquina.

En el extremo opuesto se encuentran los que nos conciben como entes históricos, sin más continuidad que la del cambio. No es eso todo. Naturaleza e historia se han vuelto términos incompatibles, al revés de lo que ocurría con los griegos. Si el hombre es un animal o una máquina, no veo cómo pueda ser un ente político, a no ser reduciendo la política a una rama de la biología o de la física.

Y a la inversa: si es histórico, no es natural ni mecánico. Así pues, lo que nos parece extraño y caduco ;como bien observa García Bacca; no es la poética aristotélica, sino su ontología.

La naturaleza no puede ser un modelo para nosotros, porque el término ha perdido toda su consistencia.

No menos insatisfactoria parece la idea aristotélica de la metáfora. Para Aristóteles la poesía ocupa un lugar intermedio entre la historia y la filosofía.

La primera reina sobre los hechos: la segunda rige el mundo de lo necesario.

Entre ambos extremos la poesía se ofrece “como lo optativo”. “No es oficio del poeta; dice García Bacca; contar las cosas como sucedieron, sino cual desearíamos que hubiesen sucedido”. El reino de la poesía es el “ojalá”. El poeta es “varón de deseos”.

En efecto, la poesía es deseo. Mas ese deseo no se articula en lo posible, ni en lo verosímil.

La imagen no es lo “imposible inverosímil”, deseo de imposibles: la poesía es hambre de realidad.

El deseo aspira siempre a suprimir las distancias, según se ve en el deseo por excelencia: el impulso amoroso.

La imagen es el puente que tiende el deseo entre el hombre y la realidad.

El mundo del “ojalá” es el de la imagen por comparación de semejanzas y su principal vehículo es la palabra “como” y dice: esto es como aquello.

Pero hay otra metáfora que suprime el “como” y dice: esto es aquello.

En ella el deseo está en acción: no compara ni muestra semejanzas sino que revela ;y más: provoca; la identidad última de objetos que nos parecían irreductibles. Entonces, ¿en qué sentido nos parece verdadera la idea de Aristóteles? En el de ser la poesía una reproducción imitativa, si se entiende por esto que el poeta recrea arquetipos, en la acepción más antigua de la palabra: modelos, mitos.

Aun el poeta lírico al recrear su experiencia convoca a un pasado que es un futuro.

No es paradoja afirmar que el poeta ;como los niños, los primitivos, y, en suma, como todos los hombres cuando dan rienda suelta a su tendencia más profunda y natural; es un imitador de profesión.

Esa imitación es creación original: evocación, resurrección y recreación de algo que está

en el origen de los tiempos y en el fondo de cada hombre, algo que se confunde con el tiempo mismo y con nosotros, y que siendo de todos es también único y singular.

El ritmo poético es la actualización de ese pasado que es un futuro que es un presente: nosotros mismos.

La frase poética es tiempo vivo, concreto: es ritmo, tiempo original, perpetuamente recreándose.

Continuo renacer y remorir y renacer de nuevo.

La unidad de la frase, que en la prosa se da por el sentido o significación, en el poema se logra por gracia del ritmo.

La coherencia poética, por tanto, debe ser de orden distinto a la prosa.

La frase rítmica nos lleva así al examen de su sentido.

Sin embargo, antes de estudiar cómo se logra la unidad significativa de la frase poética, es necesario ver más de cerca las relaciones entre verso y prosa.

Notas La lingüística moderna parece contradecir esta opinión.

No obstante, como se verá, la contradicción no es absoluta.

Para Roman Jakobson, “la palabra es una parte constituyente de un contexto superior, la frase, y simultáneamente es un contexto de otros constituyentes más pequeños, los morfemas (unidades mínimas dotadas de significación) y los fonemas”.

A su vez los fonemas son haces o manojos de rasgos diferenciales.

Tanto cada rasgo diferencial como cada fonema se constituyen frente a las otras partículas en una relación de oposición o contraste: los fonemas “designan una mera alteridad”.

Ahora bien, aunque carecen de significación propia, los fonemas “participan de la significación” ya que su “función consiste en diferenciar, cimentar, separar o destacar” los morfemas y de tal modo distinguirlos entre sí.

Por su parte, el morfema no alcanza efectiva significación sino en la palabra y ésta en la frase o en la palabra-frase.

Así pues, rasgos diferenciales, fonemas, morfemas y palabras son signos que sólo significan plenamente dentro de un contexto.

Por último, el contexto significa y es inteligible sólo dentro de una clave común al que habla y al que oye: el lenguaje.

Las unidades semánticas (morfemas y palabras) y las fonológicas (rasgos diferenciales y fonemas) son elementos lingüísticos por pertenecer a un sistema de significados que los engloba. Las unidades lingüísticas no constituyen el lenguaje sino a la inversa: el lenguaje las constituye. Cada unidad, sea en el nivel fonológico o en el significativo, se define por su relación con las otras partes: “el lenguaje es una totalidad indivisible” (Nota de 1964).

"Todos Santos, Día de Muertos"

El solitario mexicano ama las fiestas y las reuniones públicas. Todo es ocasión para reunirse. Cualquier pretexto es bueno para interrumpir la marcha del tiempo y celebrar con festejos y ceremonias hombres y acontecimientos. Somos un pueblo ritual. Y esta tendencia beneficia a nuestra imaginación tanto como a nuestra sensibilidad, siempre afinadas y despiertas. El arte de la fiesta, envilecido en casi todas partes, se conserva intacto entre nosotros. En pocos lugares del mundo se puede vivir un espectáculo parecido al de las grandes fiestas religiosas de México, con sus colores violentos, agrios y puros y sus danzas, ceremonias, fuegos de artificio, trajes insólitos y la inagotable cascada de sorpresas de los frutos, dulces y objetos que se venden esos días en plazas y mercados.

Nuestro calendario está poblado de fiestas. Ciertos días, lo mismo en los lugarejos más apartados que en las grandes ciudades, el país entero reza, grita, come, se emborracha y mata en honor de la Virgen de Guadalupe o del general Zaragoza. Cada año, el 15 de septiembre a las once de la noche, en todas las plazas de México celebramos la fiesta del Grito; y una multitud enardecida efectivamente grita por espacio de una hora, quizá para callar mejor el resto del año. Durante los días que preceden y suceden al 12 de diciembre, el tiempo suspende su carrera, hace un alto y en lugar de empujarnos hacia un mañana siempre inalcanzable y mentiroso, nos ofrece un presente redondo y perfecto, de danza y juerga, de comunión y comilona con los más antiguo y secreto de México. El tiempo deja de ser sucesión y vuelve a ser lo que fue, y es, originariamente: un presente en donde pasado y futuro al fin se reconcilian.

Pero no bastan las fiestas que ofrecen a todo el país la Iglesia y la república. La vida de cada ciudad y de cada pueblo está regida por un santo, al que se festeja con devoción y regularidad. Los barrios y los gremios tienen también sus fiestas anuales, sus ceremonias y sus ferias. Y, en fin, cada uno de nosotros —ateos, católicos o indiferentes— poseemos nuestro santo, al que cada año honramos. Son incalculables las fiestas que celebramos y los recursos y tiempo que gastamos en festejar. Recuerdo que hace años pregunté a un presidente municipal de un poblado vecino a Mitla: "¿A cuánto ascienden los ingresos del municipio por contribuciones?". "A unos tres mil pesos anuales. Somos muy pobres. Por eso el señor gobernador y la Federación nos ayudan cada año a completar nuestros gastos." "¿Y en qué utilizan esos tres mil pesos?" "Pues casi todo en fiestas, señor. Chico como lo ve, el pueblo tiene dos Santos Patrones."

Esa respuesta no es asombrosa. Nuestra pobreza puede medirse por el número y suntuosidad de las fiestas populares. Los países ricos pocas: no hay tiempo, ni humor. Y no son necesarias; las gentes tienen otras cosas que hacer y cuando se divierten lo hacen en grupos pequeños. Las masas modernas son aglomeraciones de solitarios. En las grandes ocasiones, en París o en Nueva York, cuando el público se congrega en plazas o estadios, es notable la ausencia de pueblo: se ven parejas y grupos, nunca una comunidad viva en donde la persona humana se disuelve y rescata simultáneamente. Pero un pobre mexicano, ¿cómo podría vivir sin esa dos o tres fiestas anuales que lo compensan de su estrechez y de su miseria? Las fiestas son nuestro único lujo; ellas substituyen, acaso con ventaja, al teatro y a las vacaciones, el *week end* y el *cocktail party* de los sajones, a las recepciones de la burguesía y al café de los mediterráneos.

En esas ceremonias —nacionales, locales, gremiales o familiares— el mexicano se abre al exterior. Todas ellas le dan ocasión de revelarse y dialogar con la divinidad, la patria, los amigos o los parientes. Durante esos días el silencioso mexicano silba, grita, canta, arroja petardos, descarga su pistola en el aire. Descarga su alma. Y su grito, como los cohetes que tanto nos gustan, sube hasta el cielo, estalla en una explosión verde, roja, azul y blanca y cae vertiginoso dejando una cauda de chispas doradas. Esa noche los amigos, que durante meses no pronunciaron más palabras que las prescritas por la indispensable cortesía, se emborrachan juntos, se hacen confidencias, lloran las mismas penas, se descubren hermanos y a veces, para probarse, se matan entre sí. La noche se puebla de canciones y aullidos. Los enamorados despiertan con orquestas a las muchachas. Hay diálogos y burlas de balcón a balcón, de acera a acera. Nadie habla en voz baja. Se arrojan los sombreros al aire. Las malas palabras y los chistes caen como

cascadas de pesos fuertes. Brotan las guitarras. En ocasiones, es cierto, la alegría mal: hay riñas, injurias, balazos, cuchilladas. También eso forma parte de la fiesta. Porque el mexicano no se divierte: quiere sobrepasarse, saltar el muro de la soledad que el resto del año lo incomunica. Todos están poseídos por la violencia y el frenesí. Las almas estallan como los colores, las voces, los sentimientos, ¿Se olvidan de sí mismos, muestran su verdadero rostro? Nadie lo sabe. Lo importante es salir, abrirse paso, embriagarse de ruido, de gente, de color. México está de fiesta. Y esa fiesta, cruzada por relámpagos y delirios, es como el revés brillante de nuestro silencio y apatía, de nuestra reserva y hosquedad.

Algunos sociólogos franceses consideran a la fiesta como un gasto ritual. Gracias al derroche, la colectividad se pone el abrigo de la envidia celeste y humana. Los sacrificios y las ofrendas calman o compran a dioses y santos patronos; las dádivas y festejos, al pueblo. El exceso en el gastar y el desprecio de energías afirman la opulencia de la colectividad. Ese lujo es una prueba de salud, una exhibición de abundancia y poder. O una trampa mágica. Porque con el derroche se espera atraer, por contagio, a la verdadera abundancia. Dinero llama dinero. La vida que se riega, da más vida: la orgía, gasto sexual, es también una ceremonia de regeneración genésica; y el desperdicio, fortalece. Las ceremonias de fin de año, en todas las culturas, significan algo más que la conmemoración de una fecha. Ese día es una pausa; efectivamente el tiempo se acaba, se extingue. Los ritos que celebran su extinción están destinados a provocar su renacimiento: la fiesta de fin de año es también la de año nuevo, la del tiempo que empieza. Todo atrae a su contrario. En suma, la función de la fiesta es más utilitaria de lo que se piensa; el desperdicio atrae o suscita la abundancia y es una inversión como cualquier otra. Sólo que aquí la ganancia no se mide, ni cuenta. Se trata de adquirir potencia, vida, salud. En este sentido la fiesta es una de las formas económicas más antiguas, como el don y la ofrenda.

Esta interpretación me ha parecido siempre incompleta. Inscrita en la órbita de lo sagrado, la fiesta es ante todo el advenimiento de lo insólito. La rigen reglas especiales, privativas, que la aíslan y hacen un día de excepción. Y con ellas se introduce una lógica, una moral, y hasta una economía que frecuentemente contradicen a las de todos los días. Todo ocurre en un mundo encantado: el tiempo es *otro tiempo* (situado en un pasado mítico o en una actualidad pura); el espacio en que se verifica cambia de aspecto, se desliga de, resto de la tierra, se engalana y convierte en un "sitio de fiesta" (en general se escogen lugares especiales o poco frecuentados); los personajes que intervienen abandonan su rasgo humano o social y se transforman en vivas, aunque efímeras, representaciones. Y todo pasa como si no fuera cierto, como en los sueños. Ocurra lo que ocurra, nuestras acciones poseen mayor ligereza, una gravedad distinta: asumen significaciones diversas y contraemos con ellas responsabilidades singulares. Nos aligeramos de nuestra carga de tiempo y razón.

En ciertas fiestas desaparece la noción misma de *orden*. El caos regresa y reina la licencia. Todo se permite: desaparecen las jerarquías habituales, las distinciones sociales, los sexos, las clases, los gremios. Los hombres se disfrazan de mujeres, los señores de esclavos, los pobres de ricos. Se ridiculiza al ejército, al clero, a la magistratura. Gobiernan los niños o los locos. Se cometen profanaciones rituales, sacrilegios obligatorios. El amor se vuelve promiscuo. A veces la fiesta se convierte en misa negra. Se violan reglamentos, hábitos, costumbres. El individuo respetable arroja su máscara de carne y la ropa oscura que lo aísla y, vestido de colorines, se esconde en una careta, que lo libera de sí mismo.

Así pues, la fiesta no es solamente un exceso, un desperdicio ritual de los bienes penosamente acumulados durante el año; también es una revuelta, una súbita inmersión en lo informe, en la vida pura. A través de la fiesta la sociedad se libera de las normas que se ha impuesto. Se burla de sus dioses, de sus principios y de sus leyes: se niega a sí misma.

La fiesta es una Revuelta, en el sentido literal de la palabra. En la confusión que engendra, la sociedad se disuelve, se ahoga, en tanto que organismo regido conforme a ciertas reglas y principios. Pero se ahoga en sí misma, en su caos o libertad original. Todo se comunica; se mezcla el bien con el mal, el día con la noche, lo santo con lo maldito.

Todo cohabita, pierde forma, singularidad y vuelve al amasijo primordial. La fiesta es una operación cósmica: la experiencia del desorden, la reunión de los elementos y principios contrarios para provocar el renacimiento de la vida. La muerte ritual suscita el renacer; el vómito, el apetito; la orgía, estéril en sí misma, la fecundidad de las madres o de la tierra. La fiesta es un regreso a un estado remoto o indiferenciado, prenatal o presocial, por decirlo así. Regreso que es también un comienzo, según quiere la dialéctica inherente a los hechos sociales.

El grupo sale purificado de ese baño de caos. Se ha sumergido en sí, en la entraña misma de donde salió. Dicho de otro modo, la fiesta niega a la sociedad en tanto que conjunto orgánico de formas y principios diferenciados, pero la afirma en cuanto fuente de energía y creación. Es una verdadera re-creación, al contrario de lo que ocurre con las vacaciones modernas, que no entrañan rito o ceremonia alguna, individuales y estériles como el mundo que las ha inventado.

La sociedad comulga consigo misma en la fiesta. Todos sus miembros vuelven a la confusión y libertad originales. La estructura social se deshace y se crean nuevas formas de relación, reglas inesperadas, jerarquías caprichosas. En el desorden general, cada quién se abandona y atraviesa por situaciones y lugares que habitualmente le estaban vedados. Las fronteras entre espectadores y actores, entre oficiantes y asistentes, se borran. Todos forman parte de la fiesta, todos se disuelven en su torbellino. Cualquiera que sea su índole, su carácter, su significado, la fiesta es participación. Este rasgo la distingue finalmente de otros fenómenos y ceremonias: laica o religiosa, orgía o saturnal, la fiesta es un hecho social basado en la activa participación de los asistentes.

Gracias a las fiestas el mexicano se abre, participa, comulga con sus semejantes y con los valores que dan sentido a su existencia religiosa o política. Y es significativo que un país tan triste como el nuestro tenga tantas y tan alegres fiestas. Su frecuencia, el brillo que alcanzan, el entusiasmo con que todos participamos, parecen revelar que, sin ellas, estallaríamos. Ellas nos liberan, así sea momentáneamente, de todos esos impulsos sin salida y de todas esas materias inflamables que guardamos en nuestro interior. Pero a diferencia de lo que ocurre en otras sociedades, la fiesta mexicana no es nada más un regreso a un estado original de indiferenciación y libertad; el mexicano no intenta regresar, sino salir de sí mismo, sobrepasarse. Entre nosotros la fiesta es una explosión, un estallido. Muerte y vida, júbilo y lamento, canto y aullido se alían en nuestros festejos, no para recrearse o reconocerse, sino para entredevorarse. No hay nada más alegre que una fiesta mexicana, pero también no hay nada más triste. La noche de fiesta es también noche de duelo.

Si en la vida diaria nos ocultamos a nosotros mismos, en el remolino de la fiesta nos disparamos. Más que abrirnos, nos desgarramos. Todo termina en alarido y desgarradura: el canto, el amor, la amistad. La violencia de nuestros festejos muestra hasta qué punto nuestro hermetismo nos cierra las vías de comunicación con el mundo. Conocemos el delirio, la canción, el aullido, el monólogo, pero no el diálogo. Nuestras fiestas, como nuestras confidencias, nuestros amores y nuestras tentativas para reordenar nuestra sociedad, son rupturas violentas con lo antiguo o con lo establecido. Cada vez que intentamos expresarnos, necesitamos romper con nosotros mismos. Y la fiesta sólo es un ejemplo, acaso el más típico, de ruptura violenta. No sería difícil enumerar otros, igualmente reveladores: el juego, que es siempre un ir a los extremos, mortal con frecuencia; nuestra prodigalidad en el gastar, reverso de la timidez de nuestras inversiones y empresas económicas; nuestras confesiones. El mexicano, ser hosco, encerrado en sí mismo, de pronto estalla, se abre el pecho y se exhibe, con cierta complacencia y deteniéndose en los repliegues vergonzosos o terribles de su intimidad. No somos francos, pero nuestra sinceridad puede llegar a extremos que horrorizarían a un europeo. La manera explosiva y dramática, a veces suicida, con que nos desnudamos y entregamos, inermes casi, revela que algo nos asfixia y cohibe. Algo nos impide ser. Y porque no nos atrevemos o no podemos enfrentarnos con nuestro ser, recurrimos a la fiesta. Ella nos lanza al vacío, embriaguez que se quema a sí misma, disparo al aire, fuego de artificio.

La muerte es un espejo que refleja las vanas gesticulaciones de la vida. Toda esa abigarrada confusión de actos, omisiones, arrepentimientos y tentativas —obras y

sobras— que es cada vida, encuentran en la muerte, ya que no sentido o explicación, fin. Frente a ella nuestra vida se dibuja e inmoviliza. Antes de desmoronarse y hundirse en la nada, se esculpe y vuelve forma inmutable: ya no cambiaremos sino para desaparecer. Nuestra muerte ilumina nuestra vida. Si nuestra muerte carece de sentido, tampoco lo tuvo nuestra vida. Por eso cuando alguien muere de muerte violenta, solemos decir: "se lo buscó". Y es cierto, cada quien tiene la muerte que se busca, la muerte que se hace. Muerte de cristiano o muerte de perro son maneras de morir que reflejan maneras de vivir. Si la muerte nos traiciona y morimos de mala manera, todos se lamentan: hay que morir como se vive. La muerte es intransferible, como la vida. Si no morimos como vivimos es porque realmente no fue nuestra la vida que vivimos: no nos pertenecía como no nos pertenece la mala suerte que nos mata. Dime cómo mueres y te diré quién eres.

Para los antiguos mexicanos la oposición entre muerte y vida no era tan absoluta como para nosotros. La vida se prolongaba en la muerte. Y a la inversa. La muerte no era el fin natural de la vida, sino fase de un ciclo infinito. Vida, muerte y resurrección eran estadios de un proceso cósmico, que se repetía insaciable. La vida no tenía función más alta que desembocar en la muerte, su contrario y complemento; y la muerte, a su vez, no era un fin en sí; el hombre alimentaba con su muerte la voracidad de la vida, siempre insatisfecha. El sacrificio poseía un doble objeto: por una parte, el hombre accedía al proceso creador (pagando a los dioses, simultáneamente, la deuda contraída por la especie); por la otra, alimentaba la vida cósmica y la social, que se nutría de la primera.

Posiblemente el rasgo más característico de esta concepción es el sentido impersonal del sacrificio. Del mismo modo que su vida no les pertenecía, su muerte carecía de todo propósito personal. Los muertos —incluso los guerreros caídos en el combate y la mujeres muertas en el parto, compañeros de Huitzilopochtli, el dios solar— desaparecerían al cabo de algún tiempo, ya para volver al país indiferenciado de las sombras, ya para fundirse al aire, a la tierra, al fuego, a la substancia animadora del universo. Nuestros antepasados indígenas no creían que su muerte les pertenecía, como jamás pensaron que su vida fuese realmente "su vida", en el sentido cristiano de la palabra. Todo se conjugaba para determinar, desde el nacimiento, la vida y la muerte de cada hombre: la clase social, el año, el lugar, el día, la hora. El azteca era tan poco responsable de sus actos como de su muerte.

Espacio y tiempo estaban ligados y formaba una unidad inseparable. A cada espacio, a cada uno de los puntos cardinales, y al centro en que se inmovilizaban, correspondía un "tiempo" particular. Y este complejo de espacio-tiempo poseía virtudes y poderes propios, que influían y determinaban profundamente la vida humana. Nacer un día cualquiera, era pertenecer a un espacio, a un tiempo, a un color y a un destino. Todo estaba previamente trazado. En tanto que nosotros disociamos espacio y tiempo, meros escenarios que atraviesan nuestras vidas, para ellos había tantos "espacios-tiempos" como combinaciones poseía el calendario sacerdotal. Y cada uno estaba dotado de una significación cualitativa particular, superior a la voluntad humana.

Religión y destino regían su vida, como moral y libertad presiden la nuestra. Mientras nosotros vivimos bajo el signo de la libertad y todo —aun la fatalidad griega y la Gracia de los teólogos— es elección y lucha, para los aztecas el problema se reducía a investigar la no siempre clara voluntad de los dioses. De ahí la importancia de la prácticas adivinatorias. Los únicos libres eran los dioses. Ellos podían escoger y, por lo tanto, en un sentido profundo, pecar. La religión azteca está llena de grandes dioses pecadores —Quetzatcōatl, como ejemplo máximo—, dioses que desfallecen y pueden abandonar a sus creyentes, del mismo modo que los cristianos reniegan a veces de su Dios. La Conquista de México sería inexplicable sin la traición de los dioses que reniegan de su pueblo.

El advenimiento del catolicismo modifica radicalmente esta situación. El sacrificio y la idea de salvación, que antes eran colectivos, se vuelven personales. La libertad se humaniza, encarna en los hombres. Para los antiguos aztecas lo esencial era asegurar la continuidad de la creación; el sacrificio no entrañaba la salvación ultraterrena, sino la salud cósmica; el mundo, y no el individuo, vivía gracias a la sangre y a la muerte de los hombres. Para los cristianos, el individuo es lo que cuenta. El mundo —la historia, la sociedad— está condenado de antemano. La muerte de Cristo salva a cada hombre en

particular. Cada uno de nosotros es el Hombre y en cada uno están depositadas las esperanzas y posibilidades de la especie. La redención es obra personal.

Ambas actitudes, por más opuestas que nos parezcan, poseen una nota común: la vida, colectiva o individual, está abierta a la perspectiva de una muerte que es, a su modo, una nueva vida. La vida sólo se justifica y trasciende cuando se realiza en la muerte. Y ésta también es trascendencia, más allá, puesto que consiste en una nueva vida. Para los cristianos la muerte es un tránsito, un salto mortal entre dos vidas, la temporal y la ultraterrena; para los aztecas, la manera más honda de participar en la continua regeneración de las fuerzas creadoras, siempre en peligro de extinguirse si no se les provee de la sangre, alimento sagrado. En ambos sistemas vida y muerte carecen de autonomía; son las dos caras de una misma realidad. Toda su significación proviene de otros valores, que las rigen. Son referencias a realidades invisibles.

La muerte moderna no posee ninguna significación que la trascienda o refiera a otros valores. En casi todos los casos es, simplemente, el fin inevitable de un proceso natural. En un mundo de hechos, la muerte es un hecho más. Pero como es un hecho desagradable, un hecho que pone en tela de juicio todas nuestras concepciones y el sentido mismo de nuestra vida, la filosofía del progreso (¿el progreso hacia dónde y desde dónde?, se preguntaba Scheler) pretende escamotearnos su presencia. En el mundo moderno todo funciona como si la muerte no existiera. Nadie cuenta con ella. Todo la suprime: las prédicas de los políticos, los anuncios de los comerciantes, la moral pública, las costumbres, la alegría a bajo precio y la salud al alcance de todos que nos ofrecen hospitales, farmacias y campos deportivos. Pero la muerte, ya no como tránsito, sino como gran boca vacía que nada sacia, habita todo lo que emprendemos. El siglo de la salud, de la higiene, los anticonceptivos, las drogas milagrosas y los alimentos sintéticos, es también el siglo de los campos de concentración, del Estado policiaco, de la exterminación atómica y del *murder story*. Nadie piensa en la muerte, en su muerte propia, como quería Rilke, porque nadie vive una vida personal. La matanza colectiva no es sino el fruto de la colectivización.

También para el mexicano moderno la muerte carece de significación. Ha dejado de ser tránsito, acceso a otra vida más vida que la nuestra. Pero la intranscendencia de la muerte no nos lleva a eliminarla de nuestra vida diaria. Para el habitante de Nueva York, París o Londres, la muerte es la palabra que jamás se pronuncia porque quema los labios. El mexicano, en cambio, la frecuente, la burla, la acaricia, duerme con ella, la festeja, es uno de sus juguetes favoritos y su amor más permanente. Cierto, en su actitud hay quizá tanto miedo como en la de los otros; mas al menos no se esconde ni la esconde; la contempla cara a cara con impaciencia, desdén o ironía: "si me han de matar mañana, que me maten de una vez".

La indiferencia del mexicano ante la muerte se nutre de su indiferencia ante la vida. El mexicano no solamente se postula la intranscendencia del morir, sino del vivir. Nuestras canciones, refranes, fiestas y reflexiones populares manifiestan de una manera inequívoca que la muerte no nos asusta porque "la vida nos ha curado de espantos". Morir es natural y hasta deseable; cuanto más pronto, mejor. Nuestra indiferencia ante la muerte es la otra cara de nuestra indiferencia ante la vida. Matamos porque la vida, la nuestra y la ajena, carece de valor. Y es natural que así ocurra: vida y muerte son inseparables y cada vez que la primera pierde significación, la segunda se vuelve intranscendente. La muerte mexicana es el espejo de la vida de los mexicanos. Ante ambas el mexicano se cierra, las ignora.

El desprecio a la muerte no está reñido con el culto que le profesamos. Ella está presente en nuestras fiestas, en nuestros juegos, en nuestros pensamientos. Morir y matar son ideas que pocas veces nos abandonan. La muerte nos seduce. La fascinación que ejerce sobre nosotros quizá brote de nuestro hermetismo y de la furia con que lo rompemos. La presión de nuestra vitalidad, constreñida a expresarse en formas que la traicionan, explica el carácter mortal, agresivo o suicida, de nuestras explosiones. Cuando estallamos, además, tocamos el punto más alto de la tensión, rozamos el vértice vibrante de la vida. Y allí, en la altura del frenesí, sentimos el vértigo: la muerte nos atrae.

Por otra parte, la muerte nos venga de la vida, la desnuda de todas sus vanidades y pretensiones y la convierte en lo que es: unos huesos mondos y una mueca espantable.

En un mundo cerrado y sin salida, en donde todo es muerte, lo único valioso es la muerte. Pero afirmamos algo negativo. Calaveras de azúcar o de papel de China, esqueletos coloridos de fuegos artificiales, nuestras representaciones populares son siempre burla de la vida, afirmación de la nadería e insignificancia de la humana existencia. Adornamos nuestras casas con cráneos, comemos el día de los Difuntos panes que fingen huesos y nos divierten canciones y chascarrillos en los que ríe la muerte pelona, pero toda esa fanfarronada familiaridad no nos dispensa de la pregunta que todos nos hacemos: ¿qué es la muerte? No hemos inventado una nueva respuesta. Y cada vez que nos la preguntamos, nos encogemos de hombros: ¿qué me importa la muerte, si no me importa la vida?

El mexicano, obstinadamente cerrado ante el mundo y sus semejantes, ¿se abre la muerte? La adula, la festeja, la cultiva, se abraza a ella, definitivamente y para siempre, pero no se entrega. Todo está lejos del mexicano, todo le es extraño y, en primer término, la muerte, la extraña por excelencia. El mexicano no se entrega a la muerte, porque la entrega entraña sacrificio. Y el sacrificio, a su vez, exige que alguien dé y alguien reciba. Esto es, que alguien se abra y se encare a una realidad que lo trasciende. En un mundo intrascendente, cerrado sobre sí mismo, la muerte mexicana no da ni recibe; se consume en sí misma y a sí misma se satisface. Así pues, nuestras relaciones con la muerte son íntimas —más íntimas, acaso, que las de cualquier otro pueblo— pero desnudas de significación y desprovistas de erotismo. La muerte mexicana es estéril, no engendra como la de los aztecas y cristianos.

Nada más opuesto a esta actitud que la de europeos y norteamericanos. Leyes, costumbres, moral pública y privada, tienden a preservar la vida humana. Esta protección no impide que aparezcan cada vez con más frecuencia ingeniosos y refinados asesinos, eficaces productores del crimen perfecto y en serie. La reiterada interrupción de criminales profesionales, que maduran y calculan sus asesinatos con una precisión inaccesible a cualquier mexicano; el placer con que relatan sus experiencias, sus goces y sus procedimientos; la fascinación con que le público y los periódicos recogen sus confesiones; y, finalmente, la reconocida ineficacia de los sistemas de represión con que se pretende evitar nuevos crímenes, muestran que el respeto a la vida humana que tanto enorgullece a la civilización occidental es una noción incompleta o hipócrita. El culto a la vida, si de verdad es profundo y total, es también culto a la muerte. Ambas son inseparables. Una civilización que niega a la muerte, acaba por negar a la vida. La perfección de los criminales modernos no es nada más una consecuencia del progreso de la técnica moderna, sino del desprecio a la vida inexorablemente implícito en todo voluntario escamoteo de la muerte. Y podría agregarse que la perfección de la técnica moderna y la popularidad del *murder story* no son sino frutos (como los campos de concentración y el empleo de sistemas de exterminación colectiva) de una concepción optimista y unilateral de la existencia. Y así, es inútil excluir a la muerte de nuestras representaciones, de nuestras palabras, de nuestras ideas, porque ella acabará por suprimirnos a todos y en primer término a los que viven ignorándolo o fingiendo que lo ignoran.

Cuando el mexicano mata —por vergüenza, placer o capricho— mata a una persona, a un semejante. Los criminales y estadistas modernos no matan: suprimen. Experimentan con seres que han perdido ya su calidad humana. En los campos de concentración primero se degrada al hombre; una vez convertido en objeto, se le extermina en masa. El criminal típico de la gran ciudad —más allá de los móviles concretos que lo impulsan— realiza en pequeña escala lo que el caudillo moderno hace en grande. También a su modo experimenta: envenena, disgrega cadáveres con ácidos, incinera despojos, convierte en objeto a su víctima. La antigua relación entre víctima y victimario, que es lo único que humaniza al crimen, lo único que lo hace imaginable, ha desaparecido. Como en las novelas de Sade, no hay ya sino verdugos y objetos, instrumentos de placer y destrucción. Y la existencia de la víctima hace más intolerable y total la infinita soledad del victimario. Para nosotros el crimen es todavía una relación —y en ese sentido posee el mismo significado liberador que la fiesta o la confesión. De ahí su dramatismo, su poesía y —¿por qué no decirlo?— su grandeza. Gracias al crimen, accedemos a una efímera transcendencia.

En los primeros versos de la octava elegía de Duino, Rilke dice que la criatura —el ser en su inocencia animal— contempla lo *abierto*, al contrario de nosotros, que jamás vemos hacia adelante, hacia lo absoluto. El miedo nos hace volver el rostro, darle la espalda a la muerte. Y al negarnos a contemplarla, nos cerramos fatalmente a la vida, que es una totalidad que la lleva en sí. Lo *abierto* es el mundo en donde los contrarios se reconcilian y la luz y la sombra se funden. Esta concepción tiende a devolver a la muerte su sentido original, que muestra época le ha arrebatado: muerte y vida son contrarios que se complementan. Ambas son mitades de una esfera que nosotros, sujetos a tiempo y espacio, no podemos sino entrever. En el mundo prenatal, muerte y vida se confunden; en el nuestro. Se oponen; en el más allá, vuelven a reunirse, pero ya no en la ceguera animal, anterior al pecado y a la conciencia, sino como inocencia reconquistada. El hombre puede trascender la oposición temporal que las escinde —y que no reside en ellas, sino en su conciencia— y percibir las como una unidad superior. Este conocimiento no se opera sino a través de un desprendimiento: la criatura debe renunciar a su vida temporal y a la nostalgia del limbo, del mundo animal. Debe abrirse a la muerte si quiere abrirse a la vida; entonces "será como los ángeles".

Así, frente a la muerte hay dos actitudes: una, hacia adelante, que la concibe como creación; otra, de regreso, que se expresa como fascinación ante la nada o como nostalgia del limbo. Ningún poeta mexicano o hispanoamericano, con la excepción, acaso, de César Vallejo, se aproxima a la primera de estas dos concepciones. En cambio, dos poetas mexicanos, José Gorostiza y Xavier Villaurrutia, encarnan la segunda de estas dos direcciones. Si para Gorostiza la vida es "una muerte sin fin", un continuo despenarse en la nada, para Villaurrutia la vida no es más que "nostalgia de la muerte".

La afortunada imagen que da título al libro de Villaurrutia, *Nostalgia de la muerte*, es algo más que un acierto verbal. Con él, su autor quiere señalarnos la significación última de la poesía. La muerte como nostalgia y no como fruto o fin de la vida, equivale a afirmar que no venimos de la vida sino de la muerte. Lo antiguo y original, la entraña materna, es la huesa y no la nariz. Esta aseveración corre el riesgo de parecer una vana paradoja o la reiteración de un viejo lugar común: todos somos polvos y vamos al polvo. Creo, pues, que el poeta desea encontrar en la muerte (que es, en efecto, nuestro origen) una revelación que la vida temporal no le ha dado: la de la verdadera vida. Al morir

la aguja del instantero
recorrerá su cuadrante
todo cabrá en un instante

...

y será posible acaso
vivir, después de haber muerto.

Regresar a la muerte original será volver a la vida de antes de la vida, a la vida de antes de la muerte: al limbo, a la entraña materna.

Muerte sin fin, el poema de José Gorostiza, es quizá el más alto testimonio que poseemos los hispanoamericanos de una conciencia verdaderamente moderna, inclinada sobre sí misma, presa de sí, de su propia claridad cegadora. El poeta, al mismo tiempo lúcido y exasperado, desea arrancar su máscara a la existencia, para contemplarla en su desnudez. El diálogo entre el mundo y el hombre, viejo como la poesía y el amor, se transforma en el del agua y el vaso que la ciñe, el del pensamiento y la forma en que se vierte y a la que acaba por corroer. Preso en las apariencias —árboles y pensamientos, piedras y emociones, días y noches, crepúsculos, no son sino metáforas, cintas de colores— el poeta advierte que el soplo que hincha la substancia, la modela y la erige forma, es el mismo que la carcome y arruga y destrona. En este drama sin personajes, pues todos son nada más reflejos, disfraces de un suicida que dialoga consigo mismo en un lenguaje de espejos y ecos, tampoco la inteligencia es otra cosa que reflejo, forma, y la más pura, de la muerte, una muerte enamorada de sí misma. Todo se desempeña en su propia claridad, todo se anega en su fulgor, todo se dirige hacia esa muerte transparente: la vida no es sino una metáfora, una invención conque la muerte —¡también ella!— quiere engañarse. El poema es el tenso desarrollo del viejo tema de Narciso —al que, por otra parte, no se alude una sola vez en el texto. Y no solamente la conciencia se contempla a sí misma en sus aguas transparentes y vacías, espejo y ojo al mismo tiempo,

como en el poema de Valéry: la nada, que se miente en la forma y vida, respiración y pecho, que se finge corrupción y muerte, termina por desnudarse y, ya vacía, se inclina sobre sí misma: se enamora de sí, cae en sí, incansable muerte sin fin.

En suma, si en la fiesta, la borrachera o la confidencia nos abrimos, lo hacemos con tal violencia que nos desgarramos y acabamos por anularnos, Y ante la muerte, como ante la vida, nos alzamos de hombros y le oponemos un silencio o una sonrisa desdeñosa. La fiesta y el crimen pasional o gratuito revelan que el equilibrio de que hacemos gala sólo es una máscara, siempre en peligro de ser desgarrada por una súbita explosión de nuestra intimidad.

Todas estas actitudes indican que el mexicano siente, en sí mismo y en la carne del país, la presencia de una mancha, no por difusa menos viva, original e imborrable. Todos nuestros gestos tienden a ocultar esa llaga, siempre fresca, siempre lista a encenderse y arder bajo el sol de la mirada ajena.

Ahora bien, todo desprendimiento provoca una herida. A reserva de indagar cómo y en qué momento se produjo ese desprendimiento, debo apuntar que cualquier ruptura (con nosotros mismos o con lo que nos rodea, con el pasado o con el presente) engendra un sentimiento de soledad, En los caos extremos —separación de los padres, de la Matriz o de la tierra natal, muerte de los dioses o conciencia aguda de sí— la soledad se identifica con la orfandad. Y ambas se manifiestan generalmente como conciencia del pecado. Las penalidades y vergüenza que infligen el estado de separación pueden ser consideradas, gracias a la introducción de las nociones de expiación y redención, como sacrificios necesarios, prendas o promesas de una futura comunión que pondrá fin al exilio. La culpa puede desaparecer, la herida cicatrizar, el exilio resolverse en comunión. La soledad adquiere así un carácter purgatorio, purificador. El solitario o aislado trasciende su soledad, la vive como una prueba y como una promesa de comunión.

El mexicano, según se ha visto en las descripciones anteriores, nos trasciende su soledad. Al contrario, se encierra en ella. Habitamos nuestra soledad como Filoctetes su isla, no esperando, sino temiendo volver al mundo. No soportamos la presencia de nuestros compañeros. Encerrados en nosotros mismos, cuando no desgarrados y enajenados, apuramos una soledad sin referencias a un más allá redentor o a un más acá creador. Oscilamos entre la entrega y la reserva, entre el grito y el silencio, entre la fiesta y el velorio, sin entregarnos jamás. Nuestra impasibilidad recubre la vida con la máscara de la muerte; nuestro grito desgarrar esa máscara y sube al cielo hasta distenderse, romperse y caer como derrota y silencio. Por ambos caminos el mexicano se cierra al mundo: a la vida y a la muerte.

Nota informativa

"Todos Santos, Día de muertos", forma parte del libro *El laberinto de la soledad*, cuya primera publicación la realizó la editorial Cuadernos Americanos, en 1950. La ficha bibliográfica de esa primera edición es:

Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad*. Ediciones Cuadernos Americanos, México, 1950. Dicha edición se terminó de imprimir el día 15 de febrero de 1950, en los talleres de la Editorial Cultura, en la ciudad de México.

La transcripción actual se realizó del volumen VIII de las *Obras completas*, editadas por el Fondo de Cultura Económica en México. La ficha bibliográfica de esta edición es:

Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad*. (*El peregrino en su patria. Historia y política de México*), en OC, v. VIII, (segunda reimpression de la segunda edición), Círculo de Lectores/Fondo de Cultura Económica, México, 1996.